FILÓSTRATO

VIDAS DE LOS SOFISTAS

EDITORIAL GREDOS

FILÓSTRATO

VIDAS DE LOS SOFISTAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARÍA CONCEPCIÓN GINER SORIA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 55

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

PRIMERA EDICIÓN, 1982.
1.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 617-1999.

ISBN 84-249-0854-6.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

INTRODUCCIÓN

Flavio Filóstrato de Lemnos[1], probablemente el segundo de la conocida familia de sofistas cuyos miembros más eminentes viven durante los siglos II y III d. C., es el autor, entre otras, de la obra usualmente denominada *Vidas de los sofistas*. Reúne en ella noticias sobre una selección de personalidades notables en la peculiar actividad literaria que él precisamente denominó *Segunda Sofística*.

La dedicatoria de la obra a Gordiano (durante su proconsulado, anterior al 238, en que asume el Imperio), pariente de Herodes, ha suscitado duda en varios puntos. Solía admitirse que aquél, emperador durante veintidós días en el año 238, había sido dos veces cónsul, la segunda de ellas en 229; luego habría desempeñado el proconsulado de África durante varios años, función que ejercía cuando se le nombró emperador a los setenta y nueve años. Estas fechas per-

[1] Nacido entre 160 y 170 d. C. Información sobre los varios sofistas de este nombre, biografía del autor y obras en G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, capítulo I; cf. también la introducción de A. BERNABÉ PAJARES a su traducción: *Filóstrato. Vida de Apolonio de Tiana*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1979. Se dice que Filóstrato murió durante el reinado de Filipo el Árabe, 244-249.

mitían situar la terminación de las *Vidas* entre 230 y 238[2]. Recientemente se ha visto la posibilidad de que Gordiano hubiera sido cónsul una sola vez, en fecha no conocida, y de que se hallara cumpliendo su proconsulado en Acaya, no en África, al ser elegido emperador. Con ello, la fecha de composición de las *Vidas* se adelantaría algún tiempo[3]. Durante su estancia en Acaya habría vuelto a encontrarse con Filóstrato, a quien había tratado ya en el Círculo de Julia Domna, instalado en Atenas[4].

No hay contradicción, como pudiera parecer, entre la dedicatoria al «cónsul preclaro», antes de comenzar el prólogo, y la designación de Gordiano como «procónsul excelso» en sus líneas finales: haber sido cónsul confiere un rango social que perdura, concluida la función en sí, como varios pasajes del mismo Filóstrato confirman[5].

Se ha dudado también de que Gordiano estuviera unido a Herodes por lazos familiares[6], entendiendo que sólo había

---

[2] El texto de las *Vidas* permite dar como seguro el tiempo de la muerte de Heliogábalo, entre 222, mencionado en II 31, 625, y 238, año del acceso de Gordiano al sillón imperial.— Citamos, en adelante, los pasajes de *Vidas* por el libro, número de la biografía y página de la edición de OLEARIO.

[3] Cf. la discusión en BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, págs. 6 y sigs. Recientemente, I. AVOTINS, «The Date of the Recipient of the *Vitae Sophistarum*», *Hermes* 106 (1978), 242, para quien las *Vidas* se dedican a Gordiano I, mientras éste es procónsul de África en 237.

[4] Julia Domna muere en 217. Está confirmado epigráficamente que Filóstrato fue general hoplita, esto es, encargado de aprovisionamientos, en torno a 220, en Atenas. (Cf. J. S. TRAILL, «Greek inscriptions honoring Prytaneis», *Hesperia* 40 [1971], 308; en pág. 324, ratifica una opinión de K. MÜNSCHER en *Philologus*, suppl. X [1905-1907], 490 y 515).

[5] Cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists....*, pág. 7, n.1, y S. FOLLET, *Athènes au II et au III siècle. Études chronologiques et prosopographiques*, París, 1976, pág. 31.

[6] Cf. V. NUTTON, «Herodes and Gordian», *Latomus* 29 (1970), 718.

existido una vinculación, más bien, de índole cultural, por haber recibido Gordiano enseñanza de un discípulo de Herodes, o por descender Gordiano de un sofista famoso[7]. La dificultad de precisar el parentesco de Gordiano I con Herodes ha hecho suponer que la persona a quien se dedican las *Vidas* es Gordiano II, hijo de Gordiano I[8], que fue colega de su padre en el Imperio durante cerca de un mes, tiempo que duró su vida a partir de esta circunstancia. El viejo emperador se suicidó al conocer la muerte de su hijo. Entendemos que es Gordiano I a quien Filóstrato dedica su libro, como ha venido manteniéndose, dada la débil consistencia de las reflexiones que sostienen la otra posibilidad[9]. Por otra parte, el parentesco con Herodes que Filóstrato aduce como razón primera de su dedicatoria parece admisible, aunque no debió de ser un parentesco cercano. El futuro emperador tiene unos diecisiete años cuando muere Herodes. Es difícil que Filóstrato, viviendo en Atenas, no hubiera conocido y precisado esta relación, si hubiera existido en grado próximo.

Como puede inferirse de la lectura de las *Vidas,* la obra debió de escribirse en Atenas. Filóstrato habla de las ciudades de Asia, de los viajes de los sofistas y de sus actuaciones con las perspectivas que tendría un habitante de Atenas.

El título usual, *Vidas de los Sofistas,* tal vez no fuera el original. Salvo la de Herodes Ático y la de Polemón, las llamadas *biografías* distan de lo que podría esperarse en un

---

[7] Es la tesis de J. H. Oliver, en «The Ancestry of Gordian I», *Am. Jour. Phil.* 89 (1968), 345, que hace descender a Gordiano de un famoso sofista, Maecio Faustino. Precisamente, Maecia Faustina se llama la hija de Gordiano I, madre del pequeño emperador, de trece años, Gordiano III (238-244).

[8] Así T. D. Barnes, «Philostratus and Gordian», *Latomus* 27 (1968), 581. No hay tampoco base suficiente para este cambio.

[9] Cf. Bowersock, *Greek Sophists...*, pág. 6.

espécimen de tal género. La de Filóstrato es una biografía *sui generis,* polarizada en informaciones sobre la profesión sofística y juicios de estilo, con detrimento de las noticias propiamente biográficas. Faltos de otro mejor, el título sirve bien para identificar la obra. Los coloquios o pláticas de Antioquía en que se discutía sobre los sofistas, mencionados en el prólogo, pudieron suscitar la oportunidad de un trabajo que (reuniendo materiales ya publicados, información oral dispersa que iba alterándose, falta de la adecuada fijación y datos fidedignos de origen vario, especialmente los que pueden obtenerse de la obra publicada de los grandes declamadores) fuera una guía selectiva que orientase sobre personalidades ilustres de la profesión sofística, su estilo y escuelas. Quizá el deterioro[10], en todos los órdenes, después de los emperadores filhelenos, de aquellas condiciones que habían permitido el auge esplendoroso de los grandes declamadores y sus exhibiciones por todo el Imperio Romano, no fuera ajeno a la oportunidad de esta presentación del movimiento sofístico.

Los artífices del discurso, contemporáneos del autor, no menos abundantes que sus famosos predecesores; sus numerosos alumnos, las personas cultivadas que disfrutaban con la refinada diversión de la literatura oratoria de espectáculo, constituyeron el público para el que Filóstrato compuso su libro. Era un público avezado, formado en escuelas donde el complejo arte de la retórica era objeto capital de estudio; un público capaz de apreciar sutiles matices de estilo y familiarizado con los nombres más representativos del arte que se había convertido en entretenimiento de predilección. Filóstrato hace llegar a este público una obra literaria de interés

[10] Cf. G. Alföldi, «The crisis of the third Century as seen by contemporaries», *Gr. Rom. and Byz. Stud.* 15 (1974), 89.

informativo, una publicación de actualidad, en la que quiere mostrar sus habilidades de narrador y su agudeza de crítico. Siendo él mismo un sofista, se siente capaz de opinar sobre el estilo de sus colegas de profesión, tanto los anteriores como los muy próximos a él, e, incluso, todavía vivos cuando él escribía; recoge las relaciones de escuela y las influencias mutuas, modifica opiniones, repara injusticias de opinión, otorgando la fama debida a sofistas maltratados, educa el gusto con sus censuras y elogios. Casi la mitad de los sofistas de su inventario serían desconocidos, a no ser por sus noticias; la arqueología va añadiendo información a estos personajes salvados del olvido por Filóstrato, que se revela veraz. Aunque tal vez no fuera exactamente su intención, la obra ha resultado ser nuestra única historia de la época más grande de la sofística[11].

Cuando en el proemio de su *phróntisma*[12], obra compuesta con finalidad primordialmente estética, advierte que no siempre hará constar los nombres de los padres, está indicando su desdén por la noticia biográfica escolar de los gramáticos y autores de *diadochaí.* Se dirige al lector que busca deleitarse conociendo los méritos y fallos de los profesionales de la elocuencia que cataloga, sus éxitos y fracasos, debidos al esfuerzo personal o a la intervención de la fortuna. Pero lo hará puliendo, con habilidad de literato, la intención ilustrativa y didáctica, que pone en segundo plano. Uno de sus artificios más evidentes es mudar la clase y disposición de los datos de cada unidad biográfica, de tal suerte que no haya ninguna que pueda tomarse como patrón. Si quisiera obtenerse, entre la más breve y la más ex-

---

[11] Cf. E. L. Bowie, «Greeks and their Past in the Second Sophistic», *Past and Present* 46 (1970), 3.

[12] En otros pasajes de *Vidas*, este término significa, igualmente, escrito literario, obra de creación.

tensa, una gradación progresiva, no habría una sola casilla vacía, abstracción hecha de la contigüidad.

Apenas puede creerse que influya de modo imperativo, en la extensión de cada *vida,* la clase y cantidad de materiales de que pudo disponer, habida cuenta de los que poseemos actualmente de algunos de sus biografiados. Las dedicadas a Herodes y Polemón, distintas en la distribución y elementos, superan con mucho a cualquiera de las demás en extensión. La que sigue en este aspecto es, sorprendentemente, la de Escopeliano, de quien apenas tenemos noticias. Y todavía varias (las de Dionisio de Mileto, Alejandro de Seleucia, Adriano de Tiro, Hipódromo de Tesalia) superan en amplitud a la de Arístides, el más eminente de los sofistas para los criterios actuales. Evidentemente, los grandes declamadores y oradores se miden en la antigüedad desde puntos de estimación inseparables de su allí y su entonces. Además, Filóstrato concede la atención que estima adecuada para su gusto y propósitos a los representantes de su misma profesión seleccionados por él.

Aunque existían ya publicaciones sobre la vida y obra de algunos de ellos, acoge en su serie [13] a los más famosos y a otros menos atendidos, da aires nuevos o completa con datos inéditos (lo dice expresamente) la narración biográfica de una figura importante o despacha con breves líneas a rétores de escasos méritos por los que siente desprecio. Biografías hay en la colección reducidas a un severo juicio de estilo. Con todo, el acopio de datos de las *Vidas* es, en conjunto, importante. Reúnen informes biográficos personales y familiares, descripción de carácter y rasgos físicos, educación y formación, maestros y discípulos, riqueza y honores,

[13] Por cierto, con más garbo que Diógenes Laercio en sus *Vidas de Filósofos.*

empleo de la fortuna personal, actividades profesionales, éxitos y fracasos, alguna vez noticias singulares que merecen especialmente el interés del narrador. A esto se añade, como fundamental, la descripción y evaluación del estilo, modificación de un juicio que estima erróneo, mención de ocasiones y lugares en que se pronunciaron ciertas declamaciones, digresiones y reflexiones, anécdotas, *chrías*, citas literales de sus biografiados y de autores clásicos, ecos de pasajes literarios conocidos y, esporádicamente, mención de fuentes. Su norma en la organización de sus materiales es la evitación cuidadosa de la uniformidad.

La lengua [14] fluye mesurada, sin relieves extremados, en frases breves. Predomina la adición narrativa, que progresa con nexos conectivos, sobre la construcción compleja y la estructura periodológica. La sencillez constructiva va pareja con la sobriedad ornamental sabiamente dosificada, propia de un buen conocedor de la retórica que, sin renunciar a sus primores, repudia todo exceso. En ocasiones peca contra la claridad, a fuerza de querer ser escueto. Aquí y allá, un toque de arcaísmo morfológico o sintáctico, apenas insistente. No faltan en su lengua los presumibles usos postclásicos y hasta novedades que conocemos por primera vez en su obra. Desprovista de espontaneidad y frescura, tal vez, pero no de agrado, casi no se permite otra vehemencia que las de sus censuras al estilo desaforado. Hay viveza en los pequeños cuadros donde presenta las actuaciones de los sofistas ante el público, el emperador o los alumnos aventajados de otro colega. Se sirve con habilidad del breve diálogo de una *chría*, de una anécdota, de dichos de sus personajes, en los que aflora el humor o se insinúa levemente la emoción.

---

[14] Cf. W. Schmid, *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern*, Hildesheim, 1964 (= Stuttgart, 1896), vol. IV.

Puede decirse que escribe decorosamente una prosa cuidada, amable, en la que hay maestría aprendida de reglas, de horas infinitas dedicadas a la lectura y estudio de los grandes autores, sin que falten cierta elegancia y tono grato, calidades de artista inteligente.

Por lo que a certidumbre de información se refiere, salvo las contadas ocasiones[15] en que mitiga la gravedad de ciertos hechos o los omite, Filóstrato suele ser veraz, aunque no satisfactorio como informador. Algunas de sus noticias han tenido confirmación epigráfica[16]. Nunca debe olvidarse su atención preferente por el arte de la declamación y el estilo de los oradores. Cierto que desearíamos respuesta a otras cuestiones, como ocurre, con frecuencia, en la lectura de algunos autores[17].

La obra está dividida en dos libros. El primero, de menor extensión y, en parte, de carácter introductorio, anuncia, al comienzo, que se darán noticias sobre los filósofos con reputación de sofistas y de los sofistas llamados, con razón, así. Siguen algunas consideraciones en torno a las similitudes y diferencias entre la vieja sofística y la que florece a partir del siglo I d. C., muy breves, si se comparan con la extensión que dedica a los orígenes del discurso improvisado, indicio del alto valor que se le atribuye. Tras una corta

---

[15] Disimula la conducta de Herodes Ático con los atenienses y su rudeza fatal con Regila; silencia el destierro de Favorino; niega el de Dión de Prusa; calla las malas relaciones de Dionisio de Mileto con el emperador Adriano. (Cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 52.)

[16] Cf. *supra*, pág. 2, y C. P. JONES, «The Reliability of Philostratus», págs. 11 y sigs., en G. W. BOWERSOCK (ed.), *Approaches to the Second Sophistic*, Pennsylvania, 1974. Expresa reservas B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II et III siècles a. J.-C.*, París, 1971, págs. 115 y sigs.

[17] El silencio total sobre Luciano de Samosata quizá se deba, simplemente, al fracaso de éste en su carrera sofística, aunque no deben descartarse otras causas.

alusión a la desconfianza que desde antiguo suscitaron los sofistas, comienza a ocuparse de los filósofos que descollaron por la forma de exponer sus ideas. De los ocho que integran su selección, los seis primeros[18] son filósofos que se hicieron notar también por su habilidad en la improvisación, la elocuencia o el ornato de su lenguaje. Su enumeración crea el ambiente adecuado para presentar a Dión y Favorino, que parecen ser los auténticos sofistas-filósofos[19]. Como retórica y filosofía, siguen siendo, para los más avisados, pilares fundamentales de la educación[20], muchos sofistas, considerándose en razón de sus aficiones y conocimientos estimables filósofos, aspiraban a tan noble título[21]. Pero Filóstrato termina la serie, muy breve, en el profesor de Herodes, Favorino, tal vez porque considera que ningún otro reúne, como éste y Dión, las proporciones adecuadas de maestro de elocuencia, declamador, divulgador de doctrinas filosóficas y conferenciante con preocupaciones éticas[22].

---

[18] Eudoxo, León y, tal vez, Días vivieron en el siglo IV a. C.; Carnéades, en el II a. C.; Filóstrato, el egipcio, en el siglo I a. C. Aparecen en fugaz inventario, sin pretensiones de biografía.

[19] De que los considera, con toda razón, sofistas, no hay duda. Cf. I 7, 487; 8, 491.

[20] Hay siempre una tácita admiración por el filósofo, aunque, en la vieja polémica por la primacía en la educación, venciera, finalmente, la retórica. Mucho antes del s. III d. C., es cosa común llamar filósofos a los que enseñan una doctrina filosófica que ellos no crean, a los moralistas que viajan divulgando principios éticos, a los que disertan sobre la libertad, la virtud o la ley. Las inscripciones dan, con frecuencia, el título de rétor y filósofo al mismo personaje. Cf., sobre el renovado antagonismo entre filosofía y retórica en el s. II a. C., G. KENNEDY, *The Art of Persuasion in Greece*, Londres, 1963, págs. 321 y sigs.

[21] Cf. G. R. STANTON, «Sophists and philosophers: Problems of classification», *Am. Jour. Phil.* 94 (1973), 350.

[22] Entre los filósofos que divulgaban sus convicciones con fluidez, se esperaría alguna alusión a Máximo de Tiro, que, en el último tercio del

Tras los filósofos encabeza la serie de sofistas Gorgias de Leontinos, el fundador de la antigua sofística. A continuación, ocho ilustres sofistas y oradores de los siglos v y iv a. C., más Esquines, el fundador de la nueva sofística en opinión de Filóstrato. Quizá tiene a Esquines por fundador de la *Segunda Sofística* a causa de sus dotes para la improvisación, por su oratoria emocional y, no menos, porque representa el eslabón entre Grecia y Asia si, como se dice, fundó una escuela de elocuencia en Rodas. Tal vez se limita a repetir una opinión corriente.

Después de la biografía de Esquines se encuentra ya la de Nicetes de Esmirna, orador del siglo i d. C., que dio, dice Filóstrato, nuevos bríos a la retórica languideciente, dotó a Esmirna de bellísimas construcciones y cultivó un estilo brillante y ampuloso. Sigue la biografía de Iseo, algo más joven que Nicetes, caracterizado por cierta sencillez en su estilo oratorio. Aunque el biógrafo no lo precisa, parecen ser cabezas de escuelas o, mejor, de tendencias, que practican dos modos un tanto diferentes de oratoria. De las biografías restantes del libro I, tres son de discípulos de Iseo y tres corresponden a maestros de Herodes. El libro II se inicia con la biografía de Herodes Ático[23], la única que se aproxima a la narración completa de la vida de una persona, tal y como exigiría por definición el género. Sus discípulos directos o los que, alumnos, a su vez, de éstos, fueron oradores insignes, superan en número, entre los de la serie, a cualquier

s. ii d. C., pronunció por todo el Imperio innumerables conferencias filosóficas. En ellas muestra su dominio del arte verbal sofístico, como lo prueba la importante porción de su obra conservada, que recuerda, de continuo, las artes de Gorgias.

[23] Ella sola constituye una cuarta parte del libro II, como la de Polemón lo es respecto de las biografías del I, descontada la parte introductoria.

otro[24]. De las treinta y tres narraciones biográficas del libro II (treinta y dos, sin la de Herodes), tienen relación inmediata con éste veintidós; cinco, con alumnos de Iseo; otros cinco sofistas se han formado con otros maestros.

Varias explicaciones han intentado justificar el lapso de más de tres siglos que separa a Esquines de Nicetes. Para C. L. Kayser[25], tiene que haber una laguna en el texto: no se entiende de otro modo la omisión de Demetrio Falereo, de Hegesias de Magnesia y otros. W. Schmid[26] opina que el biógrafo no siente interés por los sofistas anteriores a Nicetes, pero se pregunta por qué no habla de algunos posteriores a éste, como su propio antecesor Filóstrato o el famoso Nicóstrato[27]. Por su parte, W. C. Wright[28] supone la existencia de biografías de estos personajes y que, falto de datos pintorescos que añadir, Filóstrato no compuso otras de ellos. Otros autores buscan explicaciones para considerar a Esquines como padre de la *Segunda Sofística*. Pero, aunque las hubiera para preferirlo a Demetrio Falereo[29], siguen suscitando suposiciones esos siglos vacíos de nombres. Evidentemente, Filóstrato no quiere hacer una historia de la sofística. Tiene idea clara, como indica la denominación que da al

---

[24] Polemón y Arístides parecen poco fértiles a la hora de enumerar a sus alumnos.

[25] *Flavii Philostrati Opera II*, Hildesheim, 1964 (=Leipzig, 1871), pág. IX.

[26] En la introducción a *Der Atticismus*...

[27] No son los únicos. Podría también preguntarse por qué no incluye a Minuciano, ilustre orador de época de Antonino Pío, autor de varios tratados y abuelo de su amigo Nicágoras de Atenas.

[28] W. C. Wright, *Philostratus and Eunapius. The Lives of the Sophists*, Loeb Classical Library, Londres, 1952 (= 1922), página XIV.

[29] Se desprende de un pasaje de Quintiliano, *De Institutione oratoria* II 4, 41 que muchos tenían a este orador, escritor y hombre de Estado, como iniciador de nuevos empeños para la elocuencia.

movimiento sofístico renovado, de la continuidad sin ruptura con la antigua. Pero lo que le importa es resaltar la conexión entre la oratoria de su época y la clásica, modélica, de Atenas, para pasar en seguida a la nueva clase de declamadores a la que él mismo pertenece. Cuando comienza con Nicetes de Esmirna, tras la mención despectiva de Ariobarzanes, Jenofrón y Pitágoras[30], está manifestando, implícitamente, su propósito de escribir sólo las biografías de los sofistas en que se dan los rasgos distintivos de las egregias figuras que hacen llegar a la sofística al esplendor inigualable que alcanza en el siglo II, y también su intención de prescindir de aquellos en que no se daban las condiciones que adornan a los merecedores del título ilustre de sofista. No basta con ser maestro de elocuencia y orador discreto, experto en el oficio. Nicetes es declamador brillante y aplaudido, autor e intérprete de piezas oratorias famosas, en las que personifica a los grandes reyes persas enemigos de Atenas en el siglo V, viajero que exhibe su arte, abogado ilustre, profesor de retórica, encargado por su ciudad de importantes funciones, conocido por el emperador, profesional riquísimo que embellece con sus donaciones a Esmirna. Tal vez sólo se diferencian estos nuevos sofistas de sus predecesores cercanos en grados de perfección profesional, en la frecuencia de sus actuaciones fuera de la escuela solicitados por un público entusiasta de la literatura oratoria, en la acumulación de funciones relevantes[31], en la conciencia de ser los miembros de una *élite* peculiar.

---

[30] De Cilicia, Sicilia y Cirene. Seguramente es casual el lugar de origen de los mencionados, pero Filóstrato parece decir que, antes de Nicetes, había sofistas con pretensiones en las tres partes del mundo.

[31] Desde tiempo ha, reservadas a hombres sobresalientes por su elocuencia.

De entre las circunstancias que propiciaron la vitalidad renovada de la oratoria[32] desde el siglo II a. C., y, señaladamente, desde las décadas en torno a los comienzos del Imperio, conviene subrayar dos: el tipo de información e instrucción impartido a los jóvenes griegos y la aceptación por Roma de la cultura griega, en general, y, muy en primer lugar, precisamente, de su sistema de enseñanzas. La educación tradicional griega[33] dedica la mayor parte de su esfuerzo al conocimiento de los autores clásicos, al estudio de las reglas de la retórica y a los ejercicios que capacitan para la práctica de la elocuencia. Estos métodos educativos venían formando a los miembros de las clases altas de Grecia y de las regiones helenizadas en que se convirtieron los reinos surgidos de las conquistas de Alejandro en Asia y África. Fueron aceptados por Roma tras alguna resistencia y continuaron vigentes, apenas cambiados, siglos después del ocaso del paganismo. La elocuencia abre el camino del éxito, es indispensable para quien ambiciona poder o fama, o, más modestamente, ser estimado en la sociedad; llegar a ser un orador famoso es el deseo secreto de muchos jóvenes, una aspiración para la que los padres no escatiman esfuerzo. La preparación de las escuelas de retórica, además de ser adecuada para formar ciudadanos relevantes en todos

---

[32] Hay siempre causas sutiles difíciles de aprehender en los giros de la sensibilidad y el gusto, por debajo de las aparentes. ¿Por qué pervivió la oratoria, aunque sin hombres ni obras geniales, y conoció un renacimiento asombroso de su faceta artística, sin abandonar los oficios prácticos? La Lírica, la épica, la tragedia y, en fin, otros géneros nobles parecen agotados para siempre. La elocuencia pretendió llenar un inmenso vacío.

[33] Las dos formas de educación propugnadas por Platón e Isócrates persistieron sin excluirse nunca. El joven estudioso que busca una educación completa frecuenta la escuela de retórica, pero no deja de asistir a cursos en una o varias escuelas de filosofía. Con todo, domina muy extensamente la formación retórico-humanística de las escuelas de elocuencia.

los órdenes, hombres de Estado, abogados, literatos, desarrolló en sectores cada vez más amplios una disposición (ingénita en los griegos, aun en los no letrados) a deleitarse escuchando la actuación de un orador, con el atractivo adicional de hacerlo constituyendo, en buena parte, un público de expertos.

Desde finales del siglo III y comienzos del II a. C., los romanos empiezan a tomar contacto[34] con el arte de los oradores griegos. Hasta cerca del siglo I, si un orador griego hablaba ante una autoridad romana y, desde luego, si lo hacía ante el Senado, un intérprete debía verter sus palabras. Las deficiencias del procedimiento no oscurecían la percepción de los mil recursos propios de una técnica depurada. Intuyeron la eficacia práctica de los métodos que producían los excelentes oradores con quienes trataban. Los primeros buenos oradores romanos del siglo II a.C. se sirvieron de las técnicas retóricas griegas mucho más de lo que les hubiera gustado confesar en público. No es demasiado raro que los gobernantes romanos, a fines de este siglo, hablen ante los griegos en la propia lengua de éstos. Muchos romanos se dejaron seducir por la cultura helénica, otros se mostraron preocupadamente hostiles porque sentían el deber de mostrarse firmes mantenedores de la tradición, la moral y las costumbres ancestrales romanas y poner diques a la expansión invasora de una cultura que podía desvirtuarlas. Se dictaron, en el siglo II, algunas medidas oficiales que facultaban para expulsar a filósofos y rétores griegos de Roma, si bien la severidad de la letra fue, generalmente, le-

---

[34] La influencia de la cultura griega es anterior, en otros aspectos, por las naturales relaciones con los habitantes de la Magna Grecia y Sicilia. La conquista de estas regiones, en el s. III a. C., de Grecia continental y Asia Menor, en el II, multiplican repentinamente el influjo de todo lo griego.

nidad en la práctica. Filósofos, gramáticos y rétores[35] siguen en su sitio, limitados a la enseñanza privada; sin permiso para dar sesiones públícas, pero buscados para transmitir sus enseñanzas en las grandes familias romanas. Muy a principios del siglo I a. C., un edicto censorial reprueba los ejercicios retóricos en latín realizados en escuelas de rétores latinos dedicados exclusivamente al entrenamiento[36] práctico, según parece. Esta medida, sin pretenderlo, avala las excelencias de la formación humanística proporcionada por la educación griega.

Se fue haciendo usual que los hijos de buenas familias romanas y provinciales se formaran con preceptores helenos (esclavos, corrientemente); más tarde, además de la enseñanza en casa, que continuaba, hay en Roma escuelas griegas. Por último, los nobles envían a sus hijos a las escuelas sitas en Grecia y Asia Menor. Roma acepta la educación griega para siempre, en adelante[37]. Los estudiantes debían conocer la lengua griega para ser debidamente educados y adiestrados por los rétores helenos; muchos la aprenden desde la primera infancia[38]. La presencia, entre los educan-

---

[35] Y gente de toda laya, pícaros o, simplemente, menesterosos atraídos por la gran urbe, cuyas artimañas justifican el desprecio por el *graeculus esuriens* o la *Graecia mendax*.

[36] No falta en esta postura la intención política. La enseñanza en latín podía ser accesible a otras clases sociales, se adiestrarían en la oratoria enemigos potenciales del conservadurismo aristocrático. Cf. G. KENNEDY, *The Art of Rhetoric in the Roman World*, Princeton, 1972, págs. 91 y sigs.

[37] A finales del s. I a. C., existen ya escuelas latinas que repiten, en esta lengua, los métodos griegos.

[38] El griego es, además, lengua necesaria para regir a los muy numerosos súbditos de Roma que la usan como lengua materna o como lengua de cultura y comunicación en Asia y África. Se redactan en griego o se traducen disposiciones, sentencias, la correspondencia con las autoridades de ciudades griegas o helenizadas. Durante mucho tiempo, el bilingüismo es corriente en el Imperio.

dos, de los jóvenes romanos, a veces también de adultos interesados vivamente en la preparación retórica, confirma la excelencia de maestros y escuelas. Con ello, la elocuencia griega, que conocía ya una renovación por sus corrientes propias, se vigoriza, acepta las demandas que llegan de todas partes, proporciona un número creciente de profesores, toma conciencia de la admiración que despierta su arte en los rectores del mundo y accede a entregarse en exhibiciones públicas. «El poder romano ha ejercido una profunda influencia sobre casi todos los aspectos de la vida griega. No es inverosímil suponer que también haya influido sobre el desarrollo de la elocuencia»[39]. La búsqueda de estudiantes romanos y de influencia en el mundo romano serán no menos fecundas en consecuencias para el desarrollo ulterior de la *Segunda Sofística* que el influjo de las preferencias mostradas más tarde por los círculos romanos.

No hay innovaciones ni creación en la retórica romana; sólo predilección por este o aquel aspecto de lo que era viejo patrimonio helénico. Los griegos, alerta el espíritu a pesar del cansancio secular, prueban su capacidad de inventiva, la eficacia de su educación y la superioridad cultural en todos los órdenes produciendo una brillante literatura verbal, iniciando en sus secretos a sus discípulos romanos como expediente seguro para conseguir fama y honores.

Puede constatarse, por la mera enumeración, la importancia de las conexiones de rétores griegos con Roma desde el siglo II a. C. A mediados de este siglo, Hermágoras de Temnos compone un manual de retórica en el que amplía y clasifica, al extremo, todos los matices posibles del arte, dirigido a estudiantes en el último grado de preparación.

[39] Cf. C. Wooten, «Le développement du style asiatique pendant l'époque hellénistique», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 94, pág. 100 y *passim*.

«¿Quiénes eran los estudiantes... que movieron a Hermágoras a desarrollar una educación retórica avanzada? La respuesta parece ser: los romanos»[40]. Es posible que Hermágoras abriese un camino que muchos otros rétores siguieron, animados por su éxito. De las escuelas de Asia Menor sabemos de dos que conocen días de esplendor desde el siglo II. Hierocles y Menecles de Alabanda, en Caria, reciben estudiosos de todas partes. En ella se forman Apolonio *Malakós* y Apolonio *Molón,* fundadores de la escuela de Rodas[41], la más famosa del siglo I a. C. Maestro y consejero de Tiberio Graco es Diófanes de Mitilene; de su hermano Cayo, Menelao de *Máratho.* Metrodoro de Escepsis, nacido *ca.* 160, enseña, entre otros maestros griegos, a L. Licinio Craso, a fines del siglo II y comienzos del I. Cicerón y César, en 77 y 78 a. C., oyen a los maestros de la escuela de Rodas; Apolonio *Molón* ha visitado Roma en el 87 o, tal vez, en el 81. A éste debe, quizá, Cicerón la mejor y mayor parte de su formación retórica, aunque también estudió en Atenas con un Demetrio de Siria y oyó a Esquilo de Cnido, Jenocles de Adramition, Dionisio de Magnesia y Menipo de Estratónica, maestros de elocuencia. Con Pompeyo tiene relación Esquines de Mileto, como Hibreas de Milasa la tiene con Marco Antonio. Un Aristodemo de Nisa fue preceptor de los hijos de Pompeyo. Filodemo de Gádara[42] llega a Roma *ca.* 75 a. C.

---

40 Cf. KENNEDY, *The Art of Persuasion...*, pág. 319.

41 La fama de la escuela empieza en el s. II a. C. Si Esquines de Atenas fundó una escuela en Rodas a fines del s. IV, ignoramos todo de ella. La que conocemos arranca de la escuela de Alabanda, en Caria.

42 El poeta de quien conservamos varios epigramas amorosos en *Antología Palatina.* Los papiros de Herculano nos han hecho llegar, maltrecho, algo de sus obras en prosa. Sus amigos de la familia de los Pisones lo pusieron en relación con la clase alta romana. Contó con alumnos numerosos, por intermedio de los cuales se difundió la doctrina epicúrea y la literatura griega.

y escribe, entre otras obras, un tratado de retórica en la villa que ha recibido, obsequio de sus amigos, en Herculano. Muchos romanos van a Asia y Atenas o reciben lecciones de retóres griegos en la propia Roma, como el hijo de Cicerón las oyó de Gorgias de Atenas. Apolodoro de Pérgamo, ilustre creador de una escuela que mantuvo largamente su prestigio, está en Roma hacia 45 a. C., donde César le encomienda la educación de Augusto. Los partidarios de sus doctrinas sostienen controversias con los seguidores de Teodoro de Gádara, maestro de retórica, algo más joven, pero no menos ilustre, que enseña, entre otros, al emperador Tiberio. En la obra de Séneca el Viejo aparecen mencionados una larga serie de rétores griegos[43], unos afincados en Roma, otros que pasaban temporadas allí como maestros visitantes[44]. ¿Puede sorprender que la elocuencia griega acuse de algún modo la influencia de los gustos de Roma?

En otro orden de cosas, las posibilidades de la gran oratoria pública en Roma, mermadas a consecuencia de los cambios políticos producidos con el paso de la República al Imperio, se han compensado en cierta manera con la práctica de la elocuencia de salón, conocida desde época de Cicerón, al menos, en las escuelas y casas de familias aristocráticas. Paulatinamente, la estima de la oratoria como entretenimiento de nobles, solaz intelectual de raigambre helénica, se hace común en Roma y llega a ser en seguida una importante manifestación de identidad entre las clases altas de to-

---

[43] En relación con Augusto, aficionado a la declamación y buen orador él mismo, como se sabe, aparece un Timágenes y un Marco Argentario, quizá el autor de epigramas que conocemos. Roma es un hormiguero de rétores griegos en esta época.

[44] Junto con Estrabón es nuestra más amplia fuente sobre rétores griegos del s. I a. C. y primer tercio del I d. C. Desgraciadamente apenas se hace otra cosa que mencionar sus nombres.

das las dispares regiones del Imperio[45]. En el último tercio del siglo I a. C;. se produce una proliferación tumultuosa de la declamación sobre asuntos ficticios[46], en la que cabía disertar sobre cualquier tema con tal de que estuviese suficientemente alejado del presente y de la realidad. Los rétores griegos en sus escuelas de Roma, Grecia o Asia prestan atención a los intereses de sus alumnos. O, tal vez, son precisamente ellos los que fomentan la oratoria meramente artística, porque son duchos en evitar los riesgos de audacias y libertades de lengua ante el más fuerte. En todo caso, continúan la tradición mantenida en sus escuelas[47]. Todavía emergen entre los romanos del siglo I a. C. (primero, en ciertos ambientes; luego, de modo casi general) algunos criterios que llevan cuño helénico: la valoración entusiasta de los prosistas áticos, el estudio e imitación del estilo de los modelos del siglo IV a. C., la idealización del pasado, suscitada, en este caso, por el intento de legitimar el presente político. Para los griegros el redescubrimiento de estos hábitos mentales, tal vez algo desvaídos a fuerza de ser familiares en su educación, constituye un impulso renovador que les permite probar hasta la saciedad su primacía cultural, compensadora de penosos vacíos, y nutre de su propia savia a su espíritu creativo. Cuando el siglo I a. C. se aproxima a su fin, Dionisio de Halicarnaso[48] constata y agradece la influencia de Roma en el resurgimiento de la oratoria

---

[45] Con alguna razón, los sofistas están convencidos de ser heraldos y símbolos del Helenismo.

[46] El testimonio de Séneca el Viejo es bien ilustrativo en *Sentencias de los oradores, divisiones, colores*.

[47] Ya desde Demetrio de Falero, a fines del s. IV, la *melétē*, la declamación escolar realizada por el maestro como culminación del ciclo de enseñanzas y por los estudiantes con la adecuada preparación, suplía otras ocasiones de ejercicio de la elocuencia.

[48] Cf. la introducción a *Sobre los antiguos oradores*.

clasicista, fiel a los arquetipos del siglo IV ático[49]. Descontando lo que pueda haber de halago al poder imperial, es evidente que, por primera vez, se percibe algún tipo de influjo latino (que debe reducirse a sus límites estrictos) sobre las letras griegas.

Además, el Imperio proporciona condiciones vitales[50] para el cultivo del espíritu: ha traído la paz, poniendo coto a la violencia devastadora de tantas guerras, a las exacciones de sucesivos gobernantes, a las contribuciones extraordinarias, a los saqueos. Con la paz, las emprendedoras y ricas ciudades helénicas de Asia van recuperando parte de su antiguo esplendor[51], Grecia continental ve mejorada su situación precaria. Es en este ambiente donde prospera el movimiento sofístico, notorio ya a partir de mediados del siglo I d. C.[52], y que llegará a su culmen en el siglo II, precisamente el siglo de los emperadores filhelenos. Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio[53] recibieron la mejor educación griega que podía darse, compartieron sin reservas la cultura helénica, ayudaron a mantener vivo el legado clásico, vertieron donaciones para la reconstrucción de ruinas gloriosas o la erección de nuevas edificaciones dignas de

[49] El movimiento aticista parece haberse extendido ya entre los oradores griegos de la época. Leemos por primera vez los términos «asianista» y «aticista» en Cicerón. Dionisio, como Cecilio de Caleacte, su contemporáneo más joven, *críticos* ambos, prueban con su actitud que el cambio es cosa corriente.

[50] Habrá aún años angustiosos en el reinado de Vespasiano, Tito y Domiciano.

[51] En A. BOULANGER, *Aelius Aristide et la sophistique...*, hay una vívida descripción de las ciudades griegas de Asia Menor en el s. I y II d. C.

[52] Nicetes de Esmirna es admirado por Nerón; Iseo de Siria, bien conocido en Roma, tiene unos sesenta años en el giro del s. I al II. Con toda seguridad, no hubo menos sofistas en el s. I que en el II.

[53] Además de Cómodo, Septimio Severo y Caracalla.

éstas y contribuyeron en mil aspectos al esplendor, ya nunca más repetido, de este renacimiento de Grecia en su ocaso. Prueba de la predilección oficial por la elocuencia es la dotación de cátedras de retórica en Roma y Atenas, los privilegíos, donaciones y cargos públicos u honores concedidos a los oradores, el deseo satisfecho de oír a los más afamados, así como la amistosa relación personal con algunos de ellos[54]. En cambio, todo orador griego ilustre (como muchos filósofos, escritores o artistas) pasa alguna vez por la capital del mundo, como piedra de toque para su prestigio. Es evidente que la Segunda Sofística tiene, desde sus comienzos, conexiones con Roma, aunque en sí es un fenómeno puramente helénico. Filóstrato, como muchos griegos de su tiempo[55], prefiere ignorar a Roma en sus escritos.

Como es sabido, el movimiento que se refleja en *Vidas de los Sofistas* no surge, precisamente, *ex nihilo*. Nunca dejó de haber sofistas en el mundo griego, desde el siglo v a. C. hasta el final del helenismo, identificados por su actividad más característica, la educación de la juventud, y por su habilidad en la composición de discursos. Desde que renunciaron a algunas de sus más altas pretensiones intelectuales, el título de *sofista*[56] designaba al maestro de elocuencia que se

---

[54] No hay que olvidar lo que hubo de político en la conducta imperial. Sintiéndose estimados y atendidos los griegos dejarían otras veleidades molestas para la administración romana

[55] Cf. REARDON, *Courants...*, págs. 17 y sigs., y B. FORTE, *Rome and the Romans as the Greeks saw them*, American Academy in Rome, Papers and Monographs, XXIV, 1972, *passim*.

[56] Como es sabido, se llamó sofista al hombre especialmente hábil en su oficio, cualquiera que fuese. Un sentido diferente al que se hizo usual es el de persona que habla elocuentemente sobre los asuntos de su profesión en la que es experto, que se ve bien en los deipnosofistas de Ateneo de Náucratis (*floruit* hacia el 200). En el s. II, según informan las inscripciones, se honraba con el título de sofista a algunos ciudadanos especial-

ocupa de los últimos niveles de la *paideía*. Las críticas de la Academia amortiguaron el brillo que nimbaba esta designación de elocuencia, no obstante, prefirieron ser llamados rétores.

En principio, un RÉTOR es alguien que prepara los discursos que ha de pronunciar él mismo en asambleas políticas y ocasiones ceremoniales, sin excluir la composición de discursos judiciales para ser utilizados por otros o por él mismo. Algunos rétores aceptaban comunicar sus experiencias a otras personas y lo hacían de modo eminentemente práctico, con vistas a una utilidad inmediata. Se espera de un SOFISTA (a veces también llamado rétor) que sea un educador de la juventud, experto en el análisis de los grandes creadores literarios, conocedor de las normas retóricas, capaz de adiestrar en la elocuencia y artista de la palabra él mismo; todo ello, como parte medular, pero no única[57], de la instrucción que se requiere para aspirar a situaciones de relieve en la sociedad. Si el sofista es ciudadano de la ciudad en que suele dar sus lecciones, naturalmente también puede ser orador público o tener actividades relacionadas con los tribunales de justicia.

Al llegar los métodos educativos a cierta homogeneidad, hay, puede decirse, tres grados de enseñanza, sin delimitaciones demasiado estrictas entre sí, que corresponden al *Gram-*

---

mente beneméritos para con su ciudad en circunstancias relacionadas, de algún modo, con la cultura.

[57] Cf. H. I. MARROU, *Historia de la educación en la antigüedad*, Buenos Aires, 1965 (París, 1908), *passim* y, especialmente, páginas 113 y sigs. Cf. también J. BOMPAIRE, *Lucien écrivain, imitation et creation*, París, 1958, págs. 35 y sigs.

matistḗs[58], *Grammatikós*[59] y *Sophistḗs*[60]. Los últimos niveles de educación exigen un maestro altamente cualificado, ya sea llamado rétor, ya sofista. Con toda probabilidad, a la misma persona se aplicaban los dos títulos, según cuál de

---

[58] El *grammatistḗs* enseña a leer, escribir y contar, dicho sea sin otras precisiones.

[59] Con el *grammatikós* se practica la lectura y análisis (gramatical, básicamente) de textos literarios, verso y prosa, comentados. Este grado de enseñanza se complementaba con ejercicios progresivamente complejos de redacción y composición. En algunas escuelas se impartía ya casi entera la serie de *progymnásmata*, que, en otras, se dejaban para la escuela de retórica. Hermógenes de Tarso y Teón de Alejandría, del s. II d. C., han dejado en sus tratados información ordenada de los *progymnásmata* (cf. H. Lausberg, *Manual de Retórica Literaria*, Madrid, 1975, vol. II, págs. 1106 y sigs.): *fábula*, repetirla por escrito, después de oída, lo más fielmente posible; *narración*, escribir con palabras propias, brevemente, un corto relato después de oído; *chría*, las palabras de una persona o la corta versión de un hecho de autor conocido son objeto de un sencillo comentario; *sentencia*, el mismo tipo de trabajo sobre un pensamiento agudo dicho concisamente. Se añadía la iniciación en la *refutación*, *confirmación*, *amplificación*.

[60] Con el *sophistḗs* se continúan los *progymnásmata*. Había distinta extensión del entrenamiento teórico según las escuelas. A los *progymnásmata* mencionados hay que añadir: el *encomio y vituperio* con sus gradaciones y tipos; la *comparación* entre dos situaciones o personajes, desarrollada con argumentos varios; la *descripción* de un lugar, objeto artístico, etc.; la *tesis*, desarrollo de una cuestión general; la *etopeya*, y la *hipotesis*, desarrollo de una cuestión particular.—Todas estas prácticas se realizan obedeciendo a preceptos minuciosos. Simultáneamente, estudio y memorización de las reglas retóricas; lectura, análisis y estudio de oradores e historiadores, sin excluir los poetas; el alumno oye leer y comentar, y lo hace también por sí mismo. Por último, como culminación de su aprendizaje, el estudiante compone piezas oratorias ficticias, las *melétai*, siguiendo las reglas del arte y las sugerencias del maestro, que corrige antes de la memorización previa a la declamación. Tratan de aproximarse a los oradores ilustres, antiguos y cercanos, en busca de un estilo personal. Algunos llegan a realizar la proeza máxima de una lengua fluida, la improvisación.

sus actividades se considerara. A los pocos nombres[61] que nos han llegado de la primera elocuencia helenística suele anadírseles el título de rétor, como ocurre con los de siglos siguientes de los que ya tenemos más información[62], Se dice de un hombre de Estado[63], que pretendía ser al mismo tiempo filósofo académico, que se ocupaba en *díkas légein kaì sophisteúein tà rhētoriká*[64]. Otro insigne representante de la profesión[65] es denominado *rhḗtōr didáskalos tôn lógōn*. El término *sophistḗs* se prodiga poco[66]. Todavía en el siglo I d. C. se diría que la designación más utilizada es *rhḗtōr* para mencionar a un orador ya sea hombre de Estado, orador forense, profesor de retórica o declamador profesional[67]. La estimación positiva del término «sofista» parece haber ido consolidándose a lo largo del siglo II d. C., para designar a una minoría de rétores afamados que sobresalían por sus éxitos profesionales entre los innumerables maestros de elocuencia. Con este título, exponente de renovada dignidad, se designó a los hombres que llegaron a formar (y perduró hasta el final del helenismo) un influyente estamento social cuyos méritos básicos eran la enseñanza del más alto

[61] Quizá porque sus méritos fueron escasos. Nunca se había interrumpido el flujo abundoso de oradores y escuelas de retórica.

[62] En la obra de Estrabón. Los latinos recogen preferentemente el término *rétor;* las palabras relacionadas con *sofista* suelen polarizarse en el sentido peyorativo.

[63] Diodoro de Adramition, en Estrabón, XIII 614.

[64] Actividad expresada también por *rhētoreúein* (Estrabón, XIII 610).

[65] Apolonio de Pérgamo (Estrabón, XIII 625).

[66] Así son llamados un Dionisio Ático, discípulo de Apolodoro, y Diotrefes de Antioquía, maestro de Hibreas de Milasa, en Estrabón, XIII 630 y 625.

[67] Cf. también *Antología Palatina XI* 141, 142, 143. Es cosa corriente que una misma persona ejerza todas estas actividades.

grado de las artes retóricas y el ejercicio competente de la elocuencia artística.

Un sofista de época imperial dedica la mayor parte de su tiempo a enseñar[68]. La edad y preparación de los alumnos que acuden a oír sus lecciones varía. Los discípulos de Herodes Ático dan impresión de ser jóvenes ya hechos, lo mismo que los de Polemón o Favorino. Solían tener cumplidos los catorce años, aunque sabemos de algunos que llegan a la escuela a los dieciocho; Hermógenes declama ante el emperador a los quince, pero es un declamador precoz. En ciertas escuelas hay varios niveles de edad en los muchachos y, presumiblemente, de preparación. Sofistas ya maduros asisten a las declamaciones de otros colegas para perfeccionarse e informarse sobre otras orientaciones de estilo, por comprensible curiosidad, con la intención de comprobar si la realidad coincide con lo que dice la fama; en estos casos basta con un período muy corto de relación. La mayoría de los sofistas de Filóstrato no enseñan, a lo que parece, la totalidad de la teoría retórica[69]. Su cometido es aleccionar a los estudiantes en los ejercicios superiores, las *melétai*. Declaman ante ellos sus propias creaciones retóricas, preparadas de antemano o improvisadas; trabajan sobre ellas, con análisis y comentarios de todo tipo, como material de estudio. Previas las orientaciones adecuadas, encomiendan a los estudiantes, llegado el momento, la composición de *melétai* que, luego de críticas y correcciones[70], serán

---

[68] Con ser fundamental, esta dedicación es una entre varias. No se concibe un sofista que no posea una obstinada voluntad de trabajo.

[69] Los estudiantes aceptados por los grandes sofistas suelen haber superado lo más penoso de su entrenamiento con un maestro sin aspiraciones mayores. En algunas escuelas se daba, parece, el ciclo completo.

[70] El maestro emite juicios y correcciones. Pero el meollo de la enseñanza son sus propias declamaciones.

aprendidas de memoria y declamadas ante el maestro, los demás alumnos y un público restringido. Estas sesiones tienen como base previa y complemento la lectura y estudio de los prosistas clásicos, especialmente. Por supuesto, este trabajo no es una labor simple o rápida. Hay que añadir que la continua convivencia de maestros y estudiantes tiene como resultado una formación incesante e integral: como es natural, el maestro competente[71] influye en sus estudiantes, si bien esta influencia no coarta deliberadamente la libre formación de un estilo propio[72]. Con alguna razón los sofistas están orgullosos de ser los educadores del mundo. La sociedad los recompensa por ello generosamente. No es exacto afirmar que una escuela pretenda ser una fábrica de sofistas, aunque muchos jóvenes desearan serlo. Los grandes maestros de elocuencia creían firmemente estar realizando la más noble tarea. No se entendería de otro modo que un aristócrata, ciudadano insigne e inmensamente rico como Herodes Ático (caso extremo, pero no único), apreciara en tanto su función de profesor[73]. Buena prueba es que la gran mayoría de los biografiados en *Vidas* proceden de nobles familias adineradas. El siglo II d. C. es la edad de oro de los profesores, como se ha dicho.

---

[71] No pocos fueron hombres muy ilustrados, poseedores de una cultura verdaderamente amplia. Tal vez no fueron tantos los vacíos charlatanes ignorantes, pomposos y vulgares.

[72] Como prueban los discípulos de Herodes, tan diferentes a él, o imitadores de Polemón. No hay desdén, sino todo lo contrario, por los buenos sofistas contemporáneos.

[73] No es una novedad del s. II d. C. esta actitud; cf. ESTRABÓN, XIV 659: su contemporáneo Hibreas de Milasa es, en el s. I a. C., hombre de Estado y maestro de elocuencia, aunque de origen humilde. Diodoro de Adramition (ESTR., XIII 614) es un caso ilustrativo. Tan poco frecuente es un sofista de origen modesto, que Filóstrato parece asombrarse en las pocas ocasiones en que puede decirlo.

Cuatro son las ciudades que atraen a mayor número de sofistas ilustres: Atenas, Esmirna, Éfeso y, en estancia esporádica de duración variable pero obligada Roma. Aunque había escuelas (varias, posiblemente) en cualquier ciudad, los rétores prestigiosos originarios de ciudades con buena tradición de escuelas retóricas se establecen en ellas; los nacidos en otros lugares tratan de situarse en los grandes centros. Es común que coincidan en una ciudad varios maestros de renombre. Buscando honores y futuros alumnos, los sofistas visitan capitales importantes donde ofrecen exhibiciones de declamación y, a veces, se detienen a dar un ciclo de lecciones para, después de una ausencia que puede durar meses, regresar a sus escuelas.

Atenas ve intensificarse, en el siglo II, su permanente poder de convocatoria, ayudada, esta vez, por el *filhelenismo* de los emperadores. Acuden a ella estudiantes de todo el Imperio en busca de las enseñanzas que ofrece un florido plantel de sofistas, romanos deseosos de acercarse al espíritu ático y las bellezas de la ciudad casi mítica; por supuesto, los más egregios declamadores cuya fama debe someterse, inexcusablemente, al juicio de Atenas. Además de las escuelas privadas, existe en la ciudad una cátedra de retórica mantenida con recursos atenienses y otra sufragada por el erario romano[74]. Filóstrato se muestra reticente sobre los méritos de ciertos catedráticos, sin duda porque valora los éxitos en la declamación por encima de las dotes para la enseñanza. Por lo que dice, la permanencia en la cátedra, así como la designación para ella, no respondían siempre a la calidad profesional. Llegar a la cátedra de Atenas era una espectativa para el acceso a la más alta, a la de Roma. Se comprende

[74] Remitimos a las notas sobre los titulares: Loliano, el primero de la municipal, y Teódoto, de la imperial. Cf. el artículo de I. AVOTINS, «The Date...», allí mencionado.

que sean nombramientos buscados a cualquier precio por la relevante posición social que proporcionan. La retribución de una y otra cátedra es relativamente baja[75]. Los ingresos de un sofista competente pueden ser muy elevados; sus alumnos abonan una cuota, tal vez, módica (variable, según su posición, en algunas escuelas), mas, por lo numerosos, supone una pingüe cantidad anual. Cuando alguien ya ducho en el arte busca perfeccionarse oyendo a grandes maestros, suele entregar un estipendio verdaderamente excepcional. Una serie de importantes exenciones y privilegios concedidos por los emperadores a los profesores de retórica[76] contribuyen a incrementar sus ingresos; si se añade lo percibido por las sesiones de declamación y los obsequios inimaginables de sus admiradores acaudalados, las ganancias de un sofista afamado pueden ser asombrosas[77].

Raramente, mejor nunca, un sofista de talento se limita a enseñar. Su formación cultural, el conocimiento de los resortes técnicos de la elocuencia, la continuada elaboración y exposición de piezas oratorias sobre cualquier tema necesarias para la enseñanza, lo capacitan para ejercer las funciones exigidas a un orador experto. Entre ellas, la vida política municipal y la abogacía. Muchos hijos de ilustres familias escogen la profesión sofística[78] y participan en la política

---

[75] Por lo que sabemos: diez mil dracmas, la imperial y seis mil, la municipal. Dos talentos cobra Polemón por ejercer como defensor en un juicio.

[76] Cf. Bowersock, *Greek Sophists...*, cap. III. Llegaron a ser tantos los gramáticos y rétores acogidos a tales beneficios, que Antonino Pío hubo de fijar un límite. Cf. A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de nôtre ère*, París, 1968 (1.ª ed., 1923), pág. 38.

[77] Recuérdese el séquito de que se hace acompañar Polemón. Las liberalidades de tantos sofistas requieren auténticas fortunas.

[78] Que requiere un largo y costoso entrenamiento, aparte de dotes naturales. Como decía Luciano, *Sueño* 1, el oficio de las letras requería mucho trabajo, mucho tiempo, gastos considerables y una gran fortuna.

local de su propia ciudad o de aquella en que enseñan. Continúan así una tradición que encomienda a hombres elocuentes *tàs timàs kaì tàs prostasìas tôn póleōn*[79]. Como políticos intervienen en los debates de la asamblea, aceptan magistraturas[80] representan a la ciudad en gestiones importantes[81], la aconsejan y ayudan en tiempos de exaltación, penuria o catástrofe[82]. En ocasiones ceremoniales, como dedicación de edificios, elogio fúnebre, despedida o bienvenida a personalidades, el rétor contribuye al brillo de su ciudad[83]. Se espera de un sofista ilustre que sea generoso con sus riquezas para la ciudad, y no sólo ayudando a los menesterosos, con dinero, alimentos o asistencia gratis en procesos capitales. Se les ofrece y suelen aceptar[84] dignidades onerosas[85], ayudan espontáneamente a sufragar gastos difícilmente soportables por el erario local, contribuyendo al esplendor de

---

[79] Cf. Dionisio de Halicarnaso, introducción a *Sobre los antiguos oradores*. Por Estrabón, XIII 642 y 609, conocemos sofistas dedicados a la política en el s. I a. C.

[80] Loliano de Éfeso es estratego en Atenas; Herodes Ático, arconte y siempre partícipe de la política ciudadana; Apolonio de Atenas, arconte epónimo, estratego y, ya viejo, hierofante de Eleusis; Heraclides de Licia, magistrado epónimo de Licia, etc.

[81] Nicetes, aunque no asiste habitualmente a la asamblea, rinde cuentas en nombre de Esmirna ante la autoridad romana, con enojosas consecuencias para él. Polemón consigue que los litigios, salvo aquellos que pueden acarrear impureza, se sustancien en Esmirna.

[82] Tan vieja como Gorgias de Leontinos es la llamada a la reconciliación en boca de un sofista. Así lo hacen Dión de Prusa, Marcos de Bizancio, Polemón o Arístides. Polemón se permitía amonestar a los que cometían errores en la política municipal.

[83] No faltan ocasiones para un epitalamio, discurso conmemorativo, de aniversario, concursos, etc.

[84] Favorino y Filisco de Tesalia sufren procesos por rehusar servidumbres públicas. Arístides se niega, con éxito, a toda una serie de liturgias.

[85] Sacerdocios que llevan consigo grandes dispendios, organización de fiestas urbanas y panhelénicas, juegos.

la vida ciudadana en cultos suntuosos, fiestas, juegos. No se limitan[86] a las liturgias las liberalidades del sofista acaudalado, son muchos los que colaboran a la restauración de gloriosos monumentos en ruinas o construyen, a sus expensas, nuevas edificaciones y ornamentos públicos[87].

En las ocasiones en que la ciudad precisa de alguien que represente con eficacia sus intereses ante las autoridades romanas eligen para ello a un rétor eminente[88]. Algunos debieron a sus cualidades oratorias la admiración y hasta la amistad de los emperadores. Desde el siglo I d. C., por otra parte, fue cosa frecuente recurrir a rétores griegos para ciertas funciones relacionadas con la porción de habla griega del Imperio. Al pasar los años, la colaboración y buen entendimiento con Roma les proporcionan la posibilidad de acceder a ciertos cargos dentro de la administración romana y de entrar en la carrera política. Un número notable de sofistas desempeñó la secretaría imperial para asuntos griegos, otros se vieron nombrados *Advocatus Fisci* e, incluso, formaron parte del *Consilium* del emperador[89]. Estos servicios y la acertada rección de la política municipal, así como las relaciones con personas de relieve entusiastas de la declamación, hacían posible llegar a ser aceptado en el orden ecuestre o senatorial; no es sorprendente que figuren varios

---

[86] No es ocioso añadir que los estudiantes atraídos por sus enseñanzas aumentaban la fama y prosperidad de las ciudades.

[87] Así hicieron Nicetes de Esmirna, Heraclides de Licia, Damiano de Éfeso y otros. Aun siendo extraordinarias sus obras, quedan oscurecidas por el número y la magnificencia, sin par en el mundo en época alguna, de Herodes Ático.

[88] Escopeliano ganó para los asiáticos, ante Domiciano, el asunto de los viñedos; y no fue ésta su única embajada. Las de Polemón, ante Adriano, numerosas, y grande la estima del emperador. Alejandro de Seleucia llevó a Antonino Pío los problemas de sus paisanos, etc.

[89] Antípatro de Hierápolis lo fue del de Caracalla.

cónsules en una familia griega, y algunos sofistas recorrieron completo el *cursus honorum*.

La faceta menos brillante —aunque no la menos remunerada— de la profesión, por lo que tenía de oficio, era la de orador forense. Es probable que los sofistas se considerasen todos a sí mismos capacitados para actuar ante un tribunal[90]; desde luego asumen su propia defensa, caso de verse envueltos en un litigio, aunque no se dediquen habitualmente a la abogacía. No desdeñan aceptar casos espectaculares y muchos parecen actuar ante los tribunales siempre que alguien los requiere[91]. Se percibe en *Vidas* cierto menosprecio por lo que de servil pueda tener esta actividad. Tal vez por ello, para mostrar su más alta condición los alegatos de un sofista solían ser más sofísticos de lo que suele ser el lenguaje forense; se leen críticas a la teatralidad de ciertos abogados que salmodiaban trozos de sus discursos, de tal suerte que, al oírlos desde fuera, cabía la duda de si se estaba cerca de un tribunal o de un teatro. Pero ello no restaba eficacia[92] a los argumentos ni menguaba la fuerza de la persuasión, indispensable ante el tribunal. Abogados y proce-

[90] Más aún, parece que un sofista debe ser igualmente capaz en cualquier rama de la profesión. Filóstrato dice de su pariente, de igual nombre, que era perito en los tribunales, en el discurso político, en la composición de obras escritas, en la declamación, en el discurso improvisado.

[91] Así, Apolonio de Atenas, Heliodoro el Árabe, Damiano de Éfeso, Nicetes, Ptolomeo de Náucratis, etc. Quirino de Nicomedia, como Heliodoro, deben a sus cualidades de abogado el nombramiento imperial de *Advocatus Fisci*. Los que representan a sus ciudades en sus dificultades suelen ser abogados excepcionales.

[92] Generalmente. Lucilio, el epigramatista del s. I d. C., hace quejarse, en *Ant. Pal.*, XI 141, a un cuitado que ha perdido su cerdo, su buey y su única cabra, a pesar de que su abogado mezcló en el discurso al héroe espartano Otríades, a los héroes de las Termópilas y a Jerjes. En este mismo libro XI, hay varios epigramas que satirizan a los abogados, sus expresiones y léxico, su enfatuada erudición.

sos contribuyen no poco a la prosperidad de una ciudad. Porque reúnen una multitud «de litigantes, jueces, personas importantes, servidores, esclavos, alcahuetes, arrieros, buhoneros, rameras, artesanos...»[93]. No se crea que todos los abogados son sofistas cultivados; hay también meros *logógraphoi y rétores dikanikoí,* esos de quien se dice que forman un enjambre insolente y audaz. De esta producción forense, sin duda muy abundante, nada ha quedado.

Pero ninguna de sus varias actividades puede elevar a un sofista inteligente al pináculo de la fama, la riqueza y la estimación social, tanto como la práctica de la declamación artística. De las tres modalidades del género en que adiestran a sus alumnos, la epidíctica, en la que la urgencia de la persuasión es menos imperiosa, ofrece enormes posibilidades al vuelo de la imaginación y al virtuosismo espectacular. El público que asiste a las declamaciones o a una ocasión ceremonial oye al orador con disposiciones semejantes a las del que asiste a algún tipo de espectáculo teatral. Y esto, desde siempre. Ya los antiguos maestros compusieron con finalidad docente[94] piezas oratorias que constituían un alarde de técnica retórica, ornamentación y estilo, sumamente admiradas; otros discursos, escritos en torno a un problema real, no estaban menos destinados a la apreciación estética en una lectura pública o privada[95]. El gusto ancestral, nunca apagado, de los griegos por la oratoria halló satisfacción ininterrumpida en la elocuencia artística, e impulsó el desarrollo y mantenimiento de este género, que no padeció el agotamiento de otros; antes bien, alcanzó cimas

[93] Dión Crisóstomo, XXXV 15.

[94] Con este fin, probablemente, escribió Gorgias sus *paignía,* el *Elogio de Elena,* la *Defensa de Palamedes;* Antifonte, sus *Tetralogías;* Alcidamante, el *Ulises* (si es suyo), etc.

[95] Así la obra de Isócrates.

de renovada gloria. Desde fines del siglo IV, tal vez, como suele decirse, siguiendo los métodos de Demetrio Falereo, se convierte en práctica usual de las escuelas, cada vez más numerosas, la *melétē*, la declamación magistral sobre temas ficticios. Desarrollada, en principio, por los resultados satisfactorios que conseguía como parte terminal de la enseñanza retórica[96], adquiere una entidad peculiar, a un tiempo método escolar y obra bella.

Los mejores maestros declaman, como texto de base para su trabajo didáctico, discursos de creación personal que son obras logradas en su género, especímenes de un tipo de oratoria que deleita al público en espectáculo intelectual de predilección. Porque estas lecciones del arte no se desvanecían sin gloria. La invitación a algunos parientes y amigos a presenciar las sesiones de la escuela en que declamaban los alumnos adelantados, o bien el maestro estrenaba una pieza o, suprema delicia de la fiesta oratoria, pronunciaba un discurso improvisado para ilustración de sus estudiantes, debió de extenderse a mayor número de personas deseosas de disfrutar de las audiciones. Esto haría que debieran de señalarse días y lugares más amplios para acoger al auditorio creciente. A veces se hacía venir a un declamador famoso a la casa de un conspicuo ciudadano que agasajaba así a sus amigos. En ocasiones eran los magistrados municipales los que citaban a algún ilustre orador para una audición pública que tenía lugar en el edificio del consejo, en un Odeón, hasta en el teatro. La vieja costumbre de concurrir oradores a las fiestas panhelénicas[97] mantiene también para la oratoria el aplau-

---

[96] Ya es objetivo básico de Hermágoras de Temnos, en el siglo II a. C., preparar al estudiante con la mente puesta en la declamación.

[97] Ocasión para pronundar un *Olímpico, Ístmico, Délfico o Panatenaico,* sin olvidar los concursos de oratoria durante los juegos, musicales más

so popular. Cuando Roma acoge a la nube de rétores griegos que llegan a ella y oye con entusiasmo de neófito la declamación artística, hay otro factor que propicia una situación especialmente favorable para la elocuencia de salón que repercute, de algún modo, en los medios literarios griegos, ya de por sí fascinados por la tentación del éxito alcanzado con sus declamaciones. No cesarán la admiración y los aplausos fervorosos de un mundo que se complace en estas obras, tantas veces efímeras, por encima de cualquier otra literatura.

La obra de Dión Crisóstomo, felizmente llegada hasta nosotros, testimonia una parte de la copiosa pluralidad de elecciones que ofrece el género oratorio. Con los discursos conservados de Arístides, constituyen casi la totalidad[98] de nuestro *corpus* sofístico. Dos contemporáneos de Dión, Nicetes e Iseo, ilustran ya un aspecto, tal vez el más exuberante, celebrado y popular de la nueva sofística, la *melétē* histórica, paradójicamente casi del todo perdido. A pesar de la penuria de textos, con la información recogida en *Vidas* y algunas otras fuentes se puede establecer, al menos, un elenco bastante informativo de la surtida creación sofística. Toda ella tiene mucho de oratoria de entretenimiento. Incluso si cumple una función[99] admonitoria, ceremonial, encomiástica o reprobatoria, impetratoria, ético-moral, etc. (los mejores se precian de hablar tomando como base la vida real en buena parte de sus discursos, sin desdeñar por ello los temas ficticios), el sofista se esfuerza en dotarlas de bellezas for-

que atléticos, cada vez más numerosos, y en teatros. Aristocles participó en los que se celebraban en Magna Grecia y Sicilia.

[98] Como es sabido, podemos leer, además, un par de discursos de Polemón, dos de Favorino transmitidos entre los de Dión, uno de Herodes, dos resúmenes de otras tantas piezas de Adriano de Tiro y un puñado de citas y títulos.

[99] Hasta en los discursos en que se ocupan de realidades de la vida ciudadana, los sofistas parecían no tratarlas con total acercamiento.

males de todo orden; el público espera deleitarse con algo más que el vigor de los argumentos. Nadie olvida que el sofista es, ante todo, un artista de la palabra.

Son muchas las declamaciones que desarrollan un tema sacado de la historia de Grecia [100]. Las personalidades históricas a legendarias que el sofista trata de encarnar con el máximo verismo, presentadas en momentos cruciales, con frecuencia imaginarios, así como el asunto crítico que se debate en la declamación, dan pie a una exaltación de los grandes sucesos de la historia helénica y a la evocación de la cultura griega clásica. El florecimiento de la Segunda Sofística se produce en un ambiente de arcaismo. Se ven como causas de este acrecentado culto al pasado la necesidad de hacer patentes antiguas glorias para compensar la insatisfacción de su vasallaje político; una reacción de la vanidad helénica ante los romanos culturalmente inferiores; un deseo irrefrenable de exhibir los tesoros acumulados de una cultura sin rival; un afán por aliviar la penuria intelectual de su tiempo; un modo de dar a las ciudades griegas y a sus hombres un sentido más profundo; el anhelo de conservar intacta su identidad de griegos. Todas estas motivaciones, con diferente intensidad y algunas otras igualmente válidas, y el estudio e imitación de la literatura clásica como parte del sistema educacional están presentes en la vigencia del arcaísmo. De hecho, «el culto de los tiempos antiguos es una actitud general, religiosa, social y política, antes que literaria» [101]. Algunas de estas declamaciones históricas [102] son

---

[100] Ninguno de los acontecimientos o personajes que llenan esta literatura oratoria son posteriores, según se ha dicho, a 327 a. C.

[101] Cf. BOMPAIRE, *Lucien écrivain...*, pág. 45, y BOWIE, «Greeks and their Past...», pág. 3 y *passim*.

[102] Las de Arístides son el mejor ejemplo. Por lo que hace a la veracidad (salvo la concreta ficción, evidente para todos), cualquier historiador

documentos en que los datos se registran, con absoluta y erudita fidelidad de información[103]. No pocas de ellas se pronunciaron ante el emperador o ante un auditorio exigente por entendido. Si, en principio, fueron modelos de oratoria deliberativa preparados como instrumento de enseñanza, los profesores de elocuencia se entregaron con gusto a la composición de declamaciones y conferencias pensadas directamente para la audición pública, en busca legítima de aplausos, fama y riqueza. Del mismo modo, piezas judiciales ficticias, acusación o defensa para casos apenas creíbles, se declaman como oratoria de salón. Junto a temas de la historia pasada se sitúa la conferencia sobre asuntos triviales y aun absurdos, ya que no es indigno de un sofista tratar con seriedad de cosas nimias.

La oratoria epidíctica florece esplendorosa en cualquier parte, porque toda modalidad oratoria, todo ejercicio de los últimos grados de la escuela[104] se mudan en elocuencia artística destinada al espectáculo oratorio, compuesto para el éxito inmediato o con fines de más seria perdurabilidad. «El género epidíctico hace más que subsistir: se desarrolla, se enriquece, se desborda sobre las disciplinas cercanas, lo invade todo»[105]. Tres son las líneas del género epidíctico mayormente desarrolladas por la Segunda Sofística: el encomio o vituperio a ciudades, cosas inanimadas, abstractas y absurdas; la conferencia sobre asuntos intrascendentes, me-

meticuloso podría firmarlas. Además del discurso aislado, se escriben dos o más sobre el mismo punto representando posiciones contrarias.

[103] Es de temer que en boca de ciertos rétores se redujeran a mera palabrería ignorante.

[104] Hay piezas que vienen a ser el desarrollo de una síncrisis o comparación, un diálogo, una carta, una écfrasis o descripción, una *chría,* un comentario literario, etc.

[105] Marrou, *Historia de la educación...,* pág. 239.

ro pretexto para el lucimiento personal; las composiciones oratorias que expresan una lamentación, queja, consolación, etc. En esta literatura eulogística figuran también el epitafio, la monodia, el himno a los dioses, el discurso genealógico, el epibaterio, el discurso de aniversario, etc.[106].

Los discursos se pronuncian en lectura recitada, se declaman, generalmente, de memoria sin ayuda del texto escrito, se improvisan. La literatura oratoria tiene su realización más espectacular en la *improvisación*. El orador ofrece al público la posibilidad de escoger entre varios temas, se detiene un momento y comienza a hablar. Todo un increíblemente penoso trabajo previo, durante años, de preparación y memorización de recursos de utilidad ubicua no puede evitar el escollo de la superficialidad: es imposible seguir una línea de pensamiento rico cuando se está pendiente de los innumerables hilos del espectáculo. Mientras improvisa, el orador, intérprete y creador de su propio discurso, debe recordar clichés mentales, organizar su disposición, verter sus ideas con hermosas palabras y ritmos, rodearlas de agudeza, humor o *páthos*, tratar a toda costa de ser original, emitir sus frases con la voz y el gesto adecuados, incluso dar la sensación sonriente de que su verbo fluye sin esfuerzo. Todos los rétores verdaderamente famosos son formidables improvisadores[107]. Los sofistas tienen piezas de repertorio[108], como actores. Y, como actores, en sus representacio-

[106] Menandro, el rétor de Laodicea, recoge y sistematiza parte de las claves retóricas de este género.

[107] Por su incapacidad para la improvisación, Arístides queda, en *Vidas*, como un sofista inferior a muchos otros

[108] Así el tema de *Los trofeos*, de *Los escitas* Como ocurre en cualquier época, un mismo discurso se utiliza en diversas ocasiones, pretendiendo pasarlo como novedad (recuerdese el escándalo de Filagro) o advirtiendo que es pieza repetida, segun hace Dión en el *Néstor*.

nes miman el discurso, realzan sus palabras con los gratos juegos de una voz educada, actúan con atuendos deslumbrantes, enjoyados, se impregnan del personaje que representan. Nada extraño es que, como ocurre también en el teatro, el actor consiga dotar de un sentido sublime a lo que carece de él. Si el mismo tema, repetidamente solicitado, figura en el repertorio de varios astros de la sofística, es un acicate adicional para recrearlo con novedades que el público aprecia como una exquisitez. Es posible que un declamador, en la misma sesión, vuelva a pronunciar parte de la misma pieza sin repetirse, proeza que llenaba de pasmo al auditorio.

Antes de la declamación propiamente dicha, el sofista pronuncia una corta introducción[109] destinada a congraciarse con el público; viene a ser ésta también un anticipo del tono y contenido del discurso que va a seguir.

De la variedad y naturaleza de los géneros oratorios que puede ofrecer el sofista, puede dar una idea una enumeración de piezas conservadas y títulos conocidos. Las *melétai* sobre personajes y momentos del pasado se concentran en torno a ciertos núcleos de preferencia.

1. Declamaciones históricas relacionadas con:

a) Conflictos bélicos entre medos y griegos[110].

---

[109] *Laliá, diálexis, prolaliá.* Su contenido puede ser variado. Es un espacio en el que el sofista puede hablar de sus éxitos, de sucesos personales; las más de las veces, un encomio de la ciudad en que se habla. Cabe hacer un elogio de la sofística, un ataque a un rival de profesión. En una introducción al discurso pudo Herodes Ático hablar sobre la moderación en Olimpia, o Hipódromo de Mileto hacer el encomio del decoro en el lenguaje. Algunos de los más breves discursos de Dión pueden ser, realmente, introducciones de este tipo.

[110] *El que aconseja a Darío tender un puente sobre el istmo; Artábazo intentando disuadir a Jerjes de preparar otra expedición contra Grecia, Por Calímaco y Por Cinegiro,* respectivamente.

b) Guerras del Peloponeso[111].
c) Expedición a Sicilia[112].
d) Episodios de la política de Demóstenes y alguno de sus contemporáneos[113].
e) Filipo y Alejandro[114].
f) Otros personajes de la antigüedad[115].
g) Situaciones históricas varias o casos relacionables con alguna circunstancia histórica[116].

---

[111] *En favor de la paz con los lacedemonios; En favor de la paz con los atenienses; El que aconseja destruir Atenas y dispersar a los atenienses por los demos, después de Egóspotamos; Pericles aconseja la guerra, aunque el oráculo ha anunciado que ayudará a los lacedemonias; Hay que derribar los trofeos levantados por victorias de los griegos sobre otros griegos; El ateniense que reprocha a Calíxeno por no rendir honras fúnebres a los Diez; El espartiata que aconseja a los lacedemonios no recibir a los que vuelven de Esfactería sin armas; El que rechaza el proyecto de amurallar Lacedemonia.*

[112] Dos declamaciones *Aconsejando y disuadiendo de poner fin a la empresa de Sicilia; Los heridos en Sicilia piden a los atenienses que se retiran de allí morir a sus manos.*

[113] *Por y contra las alianzas de Atenas; Por y contra la ley de Leptines; Lamento por Queronea; Acusación a Demóstenes de confabularse con los persas y a Esquines con Filipo; Demóstenes niega con juramento el soborno de los cincuenta talentos; Demóstenes presenta como estimación la pena de muerte para sí mismo en el asunto de Hárpalo; Demóstenes aconseja la huida en las trirremes al llegar Filipo; Demóstenes, después de fracasar ante Filipo, se defiende de la acusación de cobardía; Demóstenes incita a la rebelión a los atenienses, mientras Alejandro está en la India; Sobre los efectos de la ley de Leptines; Esquines, al no recibir el grano de Quersobleptes; Hipérides atento sólo a los planes de Demóstenes cuando Filipo está en Elatea.* En estas declamaciones el sofista solicita, fácilmente, ser comparado con Demóstenes.

[114] *Démades se opone a sublevarse mientras Alejandro está en la India; Los tebanos presentan contra los mesenios una acusación de ingratitud porque no acogieron a sus exiliados cuando Tebas fue tomada por Alejandro.*

[115] *Solón pide la anulación de sus leyes, al obtener Pisístrato su guardia personal; Jenofonte quiere morir después de la muerte de Sócrates.*

[116] Cinco *Leuctrianas; Isócrates trata de disuadir a los atenienses de su imperialismo marítimo; Ataque a los arcadios por su profesión de mer-*

2. Declamación de un caso judicial ficticio[117].
3. Conferencias de contenido ético-moral, filosófico o político[118].
4. Conferencias sobre un punto de la leyenda o el mito[119].
5. Disertaciones literarias[120].

---

cenarios; Calias, intentando disuadir a los atenienses de la cremación de los cadáveres; Los hombres de Catania; Sobre la constitución a los ciudadanos de Larisa; Los que rechazan la alianza de los que no han sido llamados; Los atenienses, por agobios financieros, pretenden vender Delos; Los que rechazan el tratado después de matar a sus hijos; Los isleños que venden a sus hijos para pagar los tributos; Los mercenarios a los que se reclama la tierra; Los mercenarios que reclaman la recompensa de sus servicios.

[117] *Los cretenses y la tumba de Zeus; El mago que pretende morir porque no ha conseguido matar a otro mago adúltero; La muchacha violada que pide la muerte del violador; El adúltero descubierto; Defensa de un eunuco, asesino de un tirano que ha renunciado a la tiranía a cambio de la vida; Sea condenado a muerte el promotor de un disturbio y reciba una recompensa quien le ponga fin; siendo uno mismo el que lo ha promovido y apaciguado, pide la recompensa; Acusación del tirano; Una bruja pide el castigo de otra.*

[118] Cuatro *Discursos sobre el principado;* cuatro *Discursos Diogenianos; Sobre la esclavitud y la libertad; Sobre el alejamiento de la trivialidad; Sobre la belleza; Sobre la paz y la guerra; La felicidad del sabio; Sobre la deliberación; Sobre la fortuna; Sobre la muerte antes de tiempo; Encomio de la fortuna; Euboico* (elogio de la vida sencilla, ideal del filósofo cínico-estoico); *A los boristenitas; Contra las representaciones cómicas; Sobre el principado y la tiranía; Sobre la opinión popular y su valor; Sobre la reputación; Sobre la opinión en contraste con el conocimiento; Sobre la virtud y la filosofía; Sobre el filósofo; Sobre la apariencia personal; Sobre la verdad; Sobre la desconfianza; Encomio de la ley; Sobre la costumbre; Sobre là envidia; Sobre la riqueza; Sobre la libertad del filósofo.* Aunque estos temas, casi todos desarrollados por Dión de Prusa, sean calificados de filosóficos, son familiares a la literatura sofística; más aún, son ejercicios sofísticos escolares.

[119] *Sobre un mito libio; Sobre Proteo; La embajada ante Aquiles; Neso o Deyanira; Criseida* (otra ejercitación sofística dialogada).

[120] *Sobre Esquilo, Sófocles y Eurípides o sobre Filoctetes; A los troyanos; Sobre Homero; Sobre Homero y Sócrates; Agamenón.*

6. Composiciones oratorias en torno al arte retórico mismo [121].
7. Encomio [122].
8. Encomio paradójico [123].
9. Himnos en prosa [124].
10. Panegíricos líricos en prosa [125].
11. Otros subgéneros líricos en prosa [126].
12. Discurso ceremonial para ocasiones solemnes [127].
13. Discursos admonitorios y exhortatorios a ciudades [128].
14. Discursos impetratorios y gratulatorios [129].
15. Discurso funerario [130].

---

[121] *Sobre la retórica; Por los cuatro; A Capitón; Contra los que le reprochan por no declamar en público; Contra los que deshonran la elocuencia; Sobre el modo de formarse para la elocuencia.*

[122] *Elogio de la moderación; Elogio del trabajo; Elogio del decoro en el hablar; Elogio de la sofística.* Algunos de estos títulos, tal vez, corresponden a diálexis.

[123] *Elogio de la cabellera; Elog. del mosquito; Elog. de la cotorra; Elog. de Tersites; Elog. de la fiebre cuartana; Elog. de los gladiadores; Elog. de los baños.*

[124] Los himnos a distintos dioses, en prosa, constituyen una predilección para Arístides, si bien no son una novedad.

[125] *Panegírico al mar Egeo; Paneg. al pozo del Asclepieion; Paneg. al agua de Pérgamo.*

[126] *Monodia por Esmirna* (lamentación oratoria); *Epicedio por la muerte de Eteoneo; Genetlíaco a Apela* (discurso de aniversario); *Eleusinion* (panegírico y monodia por la destrucción del templo).

[127] *Panatenaico; A Roma; A Cícico; En la inauguración del Olimpieion; Ístmico a Poseidón; Olímpico.*

[128] *A las ciudades sobre la concordia; A los rodios; A los de Esmirna;* dos *A los de Tarso; A los de Alejandría; A los rodios por su costumbre de cambiar los nombres grabados en las estatuas:* varios, sobre distintos asuntos, *A los de Bitinia y A los de Corinto.*

[129] *Carta a Marco Aurelio; Por Esmirna; Carta a los emperadores; Memorial a Cómodo; Palinodia por Esmirna.*

[130] *Carta de consolación a los habitantes de Cotieo por la muerte de Alejandro; Treno y monodia por la muerte de Geta; Discurso fúnebre por Melancomas.*

16. Discursos para gestión política real[131].
17. Discursos y conferencias de intención varia[132].

Es usual que en estas piezas se articulen elementos genéricos diversos, hasta el punto de resultar ambiguas para una clasificación exigente. Se consigue un efecto de novedad variando la disposición y extensión de las porciones integrantes, asociando dos o más subgéneros sean o no afines, desarrollando los mismos motivos en cualquier pieza. Pueden aparecer fluidamente ensamblados el elogio, la exhortación, la diatriba, la apología, una écfrasis desarrollada, una comparación retórica, la invectiva, la consolación, el vituperio, etc. Hay fórmulas escolares fielmente seguidas para cada ocasión. El genio personal[133] se encarga de que los

---

[131] Varios de Dión *A los de Bitinia*, y los de Polemón, Escopeliano, Herodes, etc.

[132] *Sobre la afición a la música, el drama y la oratoria; El que se enamora de una estatua; Sobre lo que pasa en el banquete; Perì paraphthégmatos; A los de Celenas; Defensa de Néstor; Aquiles; El que trata de hacer volver a los escitas a su anterior vida nómada; El que aconseja a los que viven en tierra llana trasladarse a las montañas; Discurso egipcio.*

[133] Hermógenes de Tarso es la mejor prueba de que las reglas solas no bastan. Las conocía tan bien que pudo escribir tratados técnicos, pero no alcanzar la gloria del sofista declamador, a pesar de las esperanzas que ofreció su precocidad. Heraclides de Licia, que habia adquirido los saberes de la profesión con trabajoso esfuerzo, sufrió estrepitosos fracasos. El arsenal de que dispone el orador, el escritor en general, es sólo un auxiliar, no un sustituto del talento. Además de los tratados técnicos que encierran prolijamente todos los géneros y subgéneros con sus variedades, hay compilaciones y catálogos, antologías y repertorios, léxicos, series infinitas de lugares comunes, recopilaciones de pasajes útiles para cada punto, colecciones de *chrías*, de anécdotas y proverbios, de fábulas, etc.

mismos modelos estructurales puedan producir la obra de un Arístides, de un Polemón o de un Luciano [134].

El *estilo* es la gran obsesión de estos hombres saturados de esquemas y reglas, disciplinados por años de enseñanza y práctica en las escuelas, por el estudio y el entrenamiento permanente en tanto duraba su ejercicio profesional. El pie forzado de una temática, en parte obligadamente repetida, impulsa a buscar la originalidad en filigranas de estilo. Como el público se extasía y ofrece sus más cálidos aplausos al declamador que derrocha preciosismos verbales, los sofistas se esfuerzan en complacerlo. Emplean su afán en envolver las ideas en un cúmulo de palabras seleccionadas, aderezadas con efectos rítmicos; el estilo más sencillo, como el más ampuloso, han sufrido los mismos procesos. Buen número de sofistas movidos por la apetencia del éxito fácil malgastan sus facultades en vacíos excesos [135]. Todos caen en algún tipo de barroquismo de lenguaje; la tentación de abusar de las palabras (que nace y vive con el ser mismo de la elocuencia) es muy difícil de resistir cuando pesa tanto en la estimación estética de la época. Pero algunos sofistas prefieren expresarse con cierta sobriedad, atenuando los efectismos más llamativos y usando sabiamente los recursos ornamentales.

Tanto unos como otros siguen corrientes de estilo surgidas mucho tiempo antes. Los romanos llamaron «asianis-

---

[134] Además de BOMPAIRE, *Lucien écrivain...*, G. ANDERSON, *Lucian. Theme and variation in the Second Sophistic,* Leiden, 1976, esclarece las técnicas de creación sofística. Últimamente, M. SZARMACH, «Les discours diogéniens de Dion de Prusa», *Eos* 45 (1977), 177, prueba que estos cuatro discursos tienen como base una *chría.*

[135] No obstante, la falta de textos y la imposibilidad de reproducir el ambiente y la realización de las declamaciones, dificultan una valoración objetiva.

mo» al modo exuberante de oratoria que habían conocido, especialmente, en Asia Menor, en las escuelas prestigiosas que allí existían en los siglos II y I a. C. Pero seguidores de tal actitud literaria se encontraban en todas las ciudades griegas y helenizadas, como producto de una evolución que arrancaba de tendencias ya existentes en la elocuencia. En el siglo I a. C., se produjo, entre los rétores y escritores griegos, un cambio de sensibilidad que inducía a una vuelta consciente a los cánones de pureza y sobriedad ática. Parece que en esta ocasión las preferencias de las clases cultivadas de Roma influyeron en la renovación de un modo de arcaísmo bien familiar a los griegos [136], pero que entonces se afianza como reacción a los excesos que denuncia Dionisio de Halicarnaso. «Pero, ya en época de Dionisio, el proteico debate entre aticistas y asianistas se había hecho tan confuso y complicado que era imposible decir, con algún grado de objetividad, lo que constituía el estilo ático y asiático» [137]. Es posible que este primer movimiento aticista haya perdido vigor y que el aticismo de la sofística del siglo II d. C. sea una renovación aticista, o, más bien, que se trate de una corriente única que sufre altibajos y llega a su culminación en algunos sofistas del siglo II. En todo caso, asianismo y aticismo no son, en absoluto, tendencias paralelas excluyentes. Además de que se trata de un factor más, no el más destacado, de los que confluyen para dar razón de la *Segunda Sofística*.

---

[136] Siempre existió un *aticismo* desde que los grandes autores se sintieron como modelos canónicos. El estudio de los clásicos es la base de la educación griega. Los editores alejandrinos y los gramáticos contribuyeron a mantener el tono clásico de la lengua literaria.

[137] Cf. introducción de S. Usher a los ensayos críticos de Dionisio de Halicarnaso, en *Loeb Classical Library*.

Se acusa a los asianistas de poner en su obra exceso de ornamentación, ritmos exagerados, ampulosidad, afectación, interminables sinonimias, patetismo altisonante, rebuscamiento léxico y uso de palabras no clásicas, largos períodos sinuosos o breves frases recortadas, declamación salmodiada, etc. Se atribuye a los aticistas —cuya profesión de fe en las perfecciones clásicas resulta evidente, aunque se percibe el riesgo de involución que lleva consigo su posible dogmatismo restrictivo— la sobriedad, corrección gramatical del lenguaje, pureza de léxico, ponderación en las figuras y en las cláusulas rítmicas, asimilación estudiosa de los clásicos, respeto por la norma, compostura en el gesto. La verdad es que todo sofista busca agradar a su público; en todos puede hallarse lo que se llaman rasgos aticistas y asianistas, en realidad facetas de una tradición. Lo que varía es la proporción, el grado, el arte y la inteligencia de cada cual para usar una lengua literaria básicamente idéntica. En todos encontramos la misma postura arcaizante, idéntico amor por el pasado, parecida obsesión por la belleza formal. Polemón, bien catalogado como asianista, siembra en sus discursos, como partículas espejeantes, términos áticos. Arístides, aticista reflexivo, difiere poco en sus ritmos de lo que se tiene por usos asiánicos. Herodes Ático, admirador devoto de Polemón, es tenido por el prototipo de aticistas; por lo que puede juzgarse, Arístides lo supera y consigue su aticismo, en buena parte, eliminando de la lengua de su época las características postclásicas más notorias, sin abusar del léxico arcaizante[138]. Pero ni Herodes ni Arístides desdeñan los recursos asiánicos. La gran mayoría de los discípulos de Herodes difieren en su estilo del maestro, se inclinan por el exceso verbal. A fines del siglo II y comienzos del III, Atenodoro

[138] Cf. BOULANGER, *Aelius Aristide...*, págs. 395 y sigs.

de Eno, dice Filóstrato, reunía en sus discursos la elegancia ática y la ampulosidad ornamental. Todo esto no significa negar que ha existido una impulsión aticizante. La literatura sofística, como un rasgo más de su arcaísmo, es aticista, de un modo u otro.

Cuando se presenta al aticismo como una calidad de estilo caracterizada por la mayor frecuencia de *rasgos lingüísticos y estilísticos* normalmente usados por oradores e historiadores áticos, puede enjuiciarse con más realismo el estilo aticista de los escritores y oradores de época imperial[139]. El aticismo de la Segunda Sofística es, en buena parte, literario; ha de entenderse como un modo personal de estilo resultante de la imitación, la *mímesis*. Todo criterio que aproxime la imitación, entendida al modo griego, al plagio, debe rechazarse. Dionisio de Halicarnaso sistematiza ya el provecho que puede obtenerse de la imitación de los oradores que estudia. Su tratado sobre este concepto, perdido, testimoniaba bien el juicio de los griegos sobre la imitación de los maestros: es el mejor modo de aprender a escribir y de adquirir estilo propio[140]. Se desarrolla a partir del estudio riguroso de los prototipos clásicos y, en especial, del escritor seleccionado como más afín a las propias inclinaciones. Es un honor ser calificado de «demosténico», que se desprenda de los modos propios algo impalpable que haga pensar en Platón, en Jenofonte, en Critias. También, parecerse de algún modo a los grandes maestros contemporáneos es un timbre de gloria. Se anhelaba conseguir la identidad con el espíritu de los hombres que escribieron las obras

[139] Cf. J. Frösen, *Prolegomena to a Study of the Greek Language in the first centuries* A. D., Helsinki, 1974, pág. 97.

[140] No faltan aticistas maniáticos empeñados en una resurrección absurda. La pedantería escolar lleva a la lengua hablada un purismo intransigente —recuérdese el altercado de Filagro y la obsesión de *Keitoúkeitos*.

maestras de tiempos pasados, imbuirse de sus principios. Y esto sólo cabía intentarlo trabajando con ahínco los textos clásicos, tratando de descubrir los misteriosos manantiales del arte, leyendo sin cesar, parafraseando, ensayando, memorizando, insistiendo sin tregua[141]. El helenismo de los sofistas carece de grandeza original, pero sirve para difundir su herencia cultural. Porque sufre la fatiga de siglos de invención, reorganiza afanosamente lo aprendido[142], apuntala la mediocridad con la técnica retórica y la erudición, es consciente del valor auténtico de su *paideía*. Les debemos la conservación de muchas obras que, tal vez, hubieran perecido sin su fervorosa atención. Los sofistas han transmitido la reverencia de la cultura clásica durante innúmeras generaciones, han sido los mantenedores de una educación que guardaba los valores espirituales del helenismo.

Es frecuente que un sofista se sienta capacitado, por efecto de su preparación técnica, para cualquier tipo de actividad literaria. Escopeliano escribe una *Gigantíada;* Antípatro, una *Historia de las hazañas del emperador Severo;* Antíoco, un *Perì tês patrídos,* tal vez sobre los orígenes de su ciudad natal, Egas, además de otra obra en prosa en la que «hace alarde de su dominio del lenguaje y de las ideas y se da por entero al culto de la belleza», dice Filóstrato; Hipódromo compone *Nómoi* líricos; Loliano, tal vez, una novela; varios se distinguen en el género epistolar, como Herodes o Filóstrato Lemnio, o publican colecciones de cartas literarias, como el mismo autor de *Vidas,* de quien tenemos, además, unas *Descripciones* de una galería de cuadros, un *Heroico,* una *Biografía de Apolo-*

141 Es un honor ser calificado de demosténico, de platónico, de hacer recordar en el estilo propio a Jenofonte o Critias.

142 Cf. las obras de Bompaire, Reardon, Anderson, Clark, que, entre otros, se ocupan de este método esencial para la formación del escritor, constituido por la mímesis.

nio de Tiana. Los *Discursos Sagrados* de Arístides son una especie de memorias, «maestros en el arte de hablar bien sobre cualquier cosa». En la amplia obra de Dión de Prusa, que escribió sobre los Getas (además de otras obras perdidas), hay más de una muestra de su buen hacer literario.

Quedaría la sofística como una singularidad de la literatura, si no se recordara que, de algún modo, todos los autores de época imperial están en su mismo ambiente, son, de algún modo, sofistas. Cualquier escritor, cualquiera que sea el género, en prosa o verso, que cultive, utiliza las normas retóricas que adquirió en su preparación escolar, respeta las estructuras genéricas existentes. Porque en esta época todo género, sin excepción, se ajusta a sus convenciones. Incluso cuando se saltan las barreras de los géneros, esta desmesura, con apariencias de novedad, está sujeta a una plantilla, sigue apoyándose en los clichés establecidos. En ciertas obras de Plutarco son bien visibles la temática y la estructura del escritor retórico; se habla de una fase retórica de su producción[143]. Luciano usa con más habilidad que nadie los procedimientos que critica. Herodiano escribe una *Historia* retórica. Arriano se mira en el espejo de Jenofonte. Longo y Aquiles Tacio trabajan con todos los recursos del rétor bien entrenado. Nada ni nadie se ve libre de esta impronta, que se reduce, en el fondo, al peso de siglos creando y componiendo literatura. Mientras se agotaba del todo un universo original, la retórica ayuda a mantener una literatura artesana.

«La sofística fue, de algún modo, en los siglos imperiales, el símbolo del helenismo»[144]. Y, como muchos de sus contemporáneos (también antes y después), los sofistas creyeron que el orador es el tipo humano más grande y perfecto.

---

[143] Cf. C. P. Jones, *Plutarch and Rome,* Oxford, 1971, introducción.

[144] Boulanger, *Aelius Aristide...,* pág. 57.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Ediciones y traducciones

En el s. XVI se publican varias ediciones de Filóstrato: la de Aldo Manucio, en 1502, seguida por la *Juntina,* en 1517 y 1535, además de otra, en Venecia, de 1550; en 1516 aparece una traducción al latín de las *Vidas de los Sofistas,* por Antonio Bomfino, en Estrasburgo. Lo edita de nuevo F. Morel, en París, en 1608 y pasa casi un siglo hasta la edición de G. Oehlschläger en Leipzig (1709); la paginación que a ésta dio Olearius persiste en las citas. En el mismo s. XVIII hace una traducción al alemán D. C. Seybold (Lemgo, 1776-1777). Durante el siglo siguiente se presta atención reiterada a la obra de Filóstrato; empieza la serie de ediciones F. Didot, que encarga su publicación, en griego y latín, a A. Westermann (París, 1822; reimpresa en 1849, 1870 y 1878). Se hace una traducción al alemán por F. Jakobs, A. F. Lindan, G. J. Bekker y A. H. Christian, en Stuttgart, entre los años 1828 y 1855. Superior a todas fue la edición realizada por C. L. Kayser (Zúrich, 1844; con reimpresión en 1853), y la publicada y corregida para la colección «*Teubner*» (1870-1871) en Leipzig (reimpresa en Hildesheim, 1964). Este mismo autor edita aparte las *Vidas* en Heidelberg (1838), edición publicada de nuevo sin modificaciones en Hildesheim, en 1971. La única traducción al inglés que conocemos de las *Vidas de los Sofistas* es la llevada a cabo por W. C. Wright en la «Loeb Classical Library» (Londres, 1922; reimpresa en 1952 y 1961), cuyo tex-

to apenas difiere del de Kayser. Es el texto que hemos seguido, con escasas puntualizadones.

Sirven de base al texto de las *Vidas* tres familias de códices, reseñadas por Kayser en el vol. II, págs. IX y sigs., de la reimpresión de 1964. Son especialmente importantes los Vaticanos 64, 90, 140, y el Laurenciano 59; para su segunda edición tuvo, además, en cuenta el Marciano 391; en la tercera estudió varios Parisinos: 1696, 1697, 1767.

Estudios, libros y artículos

G. ANDERSON, *Lucian. Theme and variation in the Second Sophistic,* Leiden, 1976.

— *Studies in Lucian's comic Fiction,* Leiden, 1976.

G. ANLAUF, *Standard late Greek oder Attizismus?,* tesis doct., Colonia, 1960.

G. ARRIGHETTI, «Fra erudizione e biografia», *Stud. Clas. Orien.* 26 (1977), 13.

J. W. H. ATKINS, *Literary criticism in Antiquity,* 2 vols., Londres-Nueva York, 1952 (1.ª ed., Cambridge, 1934).

I. AVOTINS, «The Holders of the Chairs of Rhetoric at Athens», *Harv. Stud. Clas. Phil.* 79 (1975), 313.

CH. S. BALDWIN, *Ancient Rhetoric and Poetic,* Gloucester, 1959 (1.ª ed., 1924).

T. D. BARNES, «Philostratus and Gordian», *Latomus* 27 (1968), 581.

C. A. BEHR, *Aelius Aristides and the Sacred Tales,* Amsterdam, 1968.

J. BOMPAIRE, *Lucien écrivain, imitation et création,* París, 1958.

A. BOULANGER, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de nôtre ère,* París, 1968 (1.ª ed., 1923).

G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire,* Oxford, 1969.

— (ed.), *Approaches to the Second Sophistic,* Pennsylvania, 1974.

E. L. BOWIE, «Greeks and their Past in the Second Sophistic», *Past and Present* 46 (1970), 3. Recogido ahora en M. I. FINLEY (ed.), *Estudios sobre historia antigua,* trad. esp. R. LÓPEZ, Madrid, 1981, págs. 185-231.

H. CAPLAN, *Of Eloquence*, Ithaca-Londres, 1970.
D. L. CLARK, *Rhetoric in greco-roman education*, Nueva York, 1957.
K. CLINTON, «The Sacred Officials of the Eleusinian Mysteries», *The American Philosophical Society*, N. S., vol. 64, parte 3.ª (Filadelfia, 1974).
J. COUSÍN, *Études sur Quintilien I*, Amsterdam, 1967.
A. DIHLE, «Der Beginn des Attizismus», *Ant. und Abend.* 23 (1977), 162.
— *Studien zur griechischen Biographie*, Gotinga, 1956.
J. CH. ERNESTI, *Lexicon Technologiae Graecorum Rhetoricae*, Leipzig, 1795 (= Hildesheim, 1962).
E. C. EVANS, *Physiognomics in the Ancient World* (Transactions of the American philosophical Society, vol. 49, 5.ª) , Filadelfia, 1969.
S. FOLLET, *Athènes au II et au III siècle. Études chronologiques et prosopographiques*, París, 1976.
— «La datation de l'Archonte Dionysios... (IG II^2 3968)...», *Rev. Ét. Gr.* 90 (1977), 47.
— «Lettre de Marc Aurele aux Athéniens (EM 13366). Nouvelles lectures et interpretations», *Rev. de Philol.* 53 (1979), 29.
B. FORTE, *Rome and the Romans as the Greeks saw them*, American Academy in Rome, Papers and Monographs, XXIV, 1972.
J. FRÖSEN, *Prolegomena to a Study of the Greek Language in the first centuries A. D.*, Helsinki, 1974.
I. GALLO, «L'origine e lo sviluppo della biografia greca», *Quad. Ur. Cul. Cl.* 18 (1974), 173.
K. GERTH, «Die Zweite oder Neue Sophistik», en *RE*, Suppl. VIII, 1956, cols. 719-782.
P. GRAINDOR, *Un milliardaire antique. Hérode Atticus et sa famille*, El Cairo, 1930.
— *Athènes de Tibère à Trajan*, El Cairo, 1931.
— *Athènes sous Hadrien*, El Cairo, 1934.
P. GRIMAL, «Deux figures de la *Correspondance* de Pline: le philosophe Euphrates et le rhéteur Isée», *Latomus* 14 (1955), 370.
B. A. VAN GRONINGEN, «General literary Tendencies in the Second Century A. D.», *Mnemosyne* 18 (1965), 41.

— In *the Grip of the Past,* Leiden, 1953.

G. M. A. GRUBE, *A Greek Critic: Demetrius on the Style,* Toronto, 1961.

— *The Greek and Roman critics,* Londres, 1965.

R. JEUCKENS, *Plutarch von Chaeronea und die Rhetorik,* Estrasburgo, 1907.

C. P. JONES, *Plutarch and Rome,* Oxford, 1971.

— «Two Enemies of Lucian», *Gr. Rom. Byz. Stud.* 13 (1972), 475 siguientes.

G. KENNEDY, *The Art of Persuasion in Greece,* Londres, 1963.

— *The Art of Rhetoric in the Roman World,* Princeton, 1972.

H. LAUSBERG, *Manual de Retórica Literaria,* Madrid, 1975 (1.ª ed., Munich, 1960).

F. LEO, *Die griechische-römische Biographie nach ihrer literarischen Form,* Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 1901).

H. I. MARROU, *Historia de la educación en la antigüedad,* Buenos Aires, 1965 (París, 1908).

J. MARTIN, *Antike Rhetorik. Technik und Methode. Handbuch der Altertumswissenschaft,* Múnich, 1974.

H. J. MASON, *Greek Terms for Roman Institutions,* Toronto, 1974.

G. MICHENAUD, *Les rêves dans les «Discours Sacrés» d'Aelius Aristide,* Université de Mons, Bruselas, 1972.

J. L. MOLES, «The Career and Conversion of Dio Chrysostom», *Jour. Hell. Stud.* 98 (1978), 79.

A. MOMIGLIANO, *The Development of Greek Biography,* Cambridge, Mass., 1971.

E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa,* Leipzig-Berlín, 1923.

H. NORTH, «The use of Poetry in the training of the ancient orator», *Traditio* 8 (1952), 1.

V. NUTTON, «Herodes and Gordian», *Latomus* 29 (1970), 718.

J. H. OLIVER, *Marcus Aurelius: Aspects of Civic and Cultural Policy in the East,* en *Hesperia,* Suppl. 13 (Princeton, 1970).

B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II et III siècles a. J.-C.,* París, 1971.

W. RHYS ROBERTS, *Demetrius on the style,* Hildesheim, 1969 (= Cambridge, 1902).

J. DE ROMILLY, *Magic and Rhetoric in Ancient Greece,* Cambridge, Mass., 1975.

E. ROHDE, Der *griechische Roman und seine Vorläufer,* Hildesheim, 1960 (=Leipzig, 1876).

D. A. RUSSELL, «Rhetoric and Criticism», *Gr. and Rome* 14 (1967), 130.

W. SCHMID, *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern,* 4 vols., Hildesheim, 1964 (R. Stuttgart, 1887-1896).

A. N. SHERWIN-WHITE, *The Letters of Pliny,* Oxford, 1966.

F. SOLMSEN, «Philostratus», en *RE,* XX, 1941, col. 125.

G. R. STANTON, «Sophists and Philosophers: Problems of classification», *Am. Jour. Phil.* 94 (1973), 350.

U. VON WILAMOWITZ, «Asianismus und Atticismus», *Hermes* 35 (1900), 1.

CH. WALZ, *Rhetores Graeci,* Osnabruck, 1968 (= Londres, 1832-1836).

C. WOOTEN, «Le développement du style asiatique pendant l'époque hellénistique», *Rev. Ét. Gr.* 88 (1975), 94.

LIBRO I

FLAVIO FILÓSTRATO A ANTONIO GORDIANO, CÓNSUL PRECLARO 479

He reunido para ti en dos libros una relación de los filósofos con reputación de sofistas y de los sofistas con toda razón llamados así, sabedor de que tu linaje tiene relaciones con esta profesión, puesto que entre tus antepasados está Herodes, el sofista[1], y también porque recuerdo nuestras interesantes pláticas en Antioquía[2], en el tempo de Apolo Dafneo. No hago figurar también a los padres de todos, no, por Zeus, sino sólo los de aquellos que vienen de familias insignes. Pues sé que tampoco Critias[3], el sofis- 480

[1] Hay quien considera esta relación puramente espiritual, alusiva a la profesión de sofista del padre de Gordiano. Cf. *Introducción*, págs. 18 y sigs.

[2] Antioquía de Siria, fundada por Seleuco I, *ca.* 300. Muy cerca de la ciudad, en el recinto de Dafne, existía un estadio, un teatro, baños, varios templos, entre los que sobresalía el dedicado a Apolo Dafneo, algunas villas y un palacio utilizado por los emperadores. Filóstrato hace que Apolonio de Tiana, *Vida*, I, 16, visite este lugar, probable centro de reunión del círculo de Julia Domna, la emperatriz siria esposa de Septimio Severo. Cf. n. 449.

[3] ¿En cuál de sus obras puede Critias haber hecho que figurasen sólo los padres ilustres? Sabemos que Herodes había puesto de actualidad a este político y escritor del siglo v a. C. El *Fragmento* B1, en H. Diels-W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, 5.ª ed., Berlín, 1935, en hexámetros, celebrando los méritos de Anacreonte, procede seguramente de una

ta, comenzaba por los padres sino que sólo mencionaba, junto con su padre, a Homero, porque iba a revelar un hecho prodigioso: que el padre de Homero era un río[4]. Y, además, tampoco es un detalle especial, para el que quiere enterarse de muchas cosas, saber datos exactos del padre o la madre de tal o cual persona, mientras ignora sus cualidades y defectos, aquello en que tuvo éxito o en que fracasó por azar o llevado por su propio criterio. Estas líneas, procónsul[5] excelso, aliviarán el peso de tus preocupaciones, como la crátera de Elena[6] con sus brebajes egipcios. Adiós, guía de las Musas.

Hay que considerar a la sofística antigua como retórica dedicada a la filosofía, pues discurre sobre los mismos puntos que los filósofos; pero lo que éstos, mientras plantean sus cuestiones como trampas y obtienen progresos mínimos en su investigación, dicen no conocer aún, eso mismo el sofista antiguo lo presenta como seguro de saberlo[7]. En efecto, inician sus discursos expresiones como: «Yo sé», «Conozco», «Tiempo ha tengo observado» y «Nada hay seguro para el hombre». Este tipo de expresión preliminar da un eco previo de calidad a los discursos, de inteligencia y

---

obra dedicada a algunos grandes poetas, quizá del estilo de la obra de Glauco de Region, *ca.* 400, *Sobre los antiguos poetas y músicos*. El *Fr.* 44, en prosa, contiene datos biográficos de Arquíloco.

[4] Buscando orígenes míticos para el más excelso poeta. El río Melete pasa por ser el padre de Homero en alguna de las vidas homéricas. De ahí, el sobrenombre de Melesígenes dado a Homero.

[5] Sobre la aparente contradicción entre «cónsul» en la dedicatoria y «procónsul» en el texto, cf. *Introducción*, pág. 8.

[6] Expresión proverbial que alude al poder de algo para alejar las preocupaciones. Elena poseía, *Odisea*, IV 219 y sigs., una droga, obsequio de Polidamna, mujer del rey egipcio Thon, que calmaba el dolor y la ira y hacía olvidar toda preocupación.

[7] Sobre esta seguridad, ironiza PLATÓN, *Menón* 70b, cuando dice que los tesalios, aleccionados por Gorgias, acostumbraban «a responder sin temor y con elevación, si alguien les preguntaba, como es natural que lo hagan los que son sabios».

claro dominio de la verdad. La filosofía se aviene bien con 481
la mántica, basada en conocimientos humanos que egipcios y caldeos y, antes que éstos, los indios acumularon, buscando la verdad con el concurso de miríadas de astros[8]; la sofística, con la profecía y los oráculos de inspiración divina. Pues, efectivamente, también a Apolo Pítico es posible oírle:

Yo conozco de las arenas el número y las medidas del mar[9],

y

Una muralla de madera da a Tritogenia el providente Zeus[10],

y

Nerón, Orestes, Alcmeón, matricidas[11]

y muchas cosas semejantes, como a un sofista[12].

La antigua sofística, hasta cuando presentaba cuestiones filosóficas, las exponía prolijamente y por extenso[13]; argu-

---

[8] Los oráculos caldeos se basan en la Astrología. Sobre adivinación, sigue siendo libro básico A. BOUCHÉ-LECLERQ, *Histoire de la Divination dans l'Antiquité*, Nueva-York, 1975 (rep. de París, 1879-82).

[9] Es el primer verso de un oráculo compuesto de cinco, respuesta a una consulta de Creso. Lo recoge H. W. PARKE, *The Delphic Oracle*, II, Oxford, 1956, pág. 42.

[10] Es la sexta línea de un oráculo que, en su forma más amplia, tiene doce versos, recogido también por PARKE, *ibídem*. Lo conocemos desde HERÓDOTO, VII 141, como respuesta de Delfos a los atenienses, tal vez sugerida por el que había de interpretarlo, Temístocles: las murallas de madera de Atenas frente a los persas son sus naves.

[11] No es un oráculo esta cita de Filóstrato. Lo da SUETONIO, *Nerón* 39, como escrito por mano anónima en una pared de Roma, si bien aparece en otros autores.

[12] Las tres citas ilustran, en opinión de Filóstrato, el confuso barroquismo verbal de algunos sofistas.

[13] En una larga exposición o en un diálogo, como dice PLATÓN que hacía ya Parménides, en *Sofista* 217c.

mentaba sobre el valor, sobre la justicia, sobre héroes y dioses y cómo se había configurado la forma del universo. La que le sucedió, que habría que llamar no nueva, pues es antigua, sino más bien segunda sofística, exponía discursos en los que el orador personificaba los tipos del pobre y el rico, del noble y el tirano, y cuestiones, donde encarnaba a personajes concretos[14], para las que la historia es guía adecuada. Fue iniciador de la más antigua Gorgias de Leontinos, en Tesalia[15], y de la segunda, Esquines, hijo de Atrometo, cuando se apartó de la actividad política ateniense y se estableció en Caria y Rodas; y desarrollaban los temas, estos últimos, según reglas, los epígonos de Gorgias, conforme a su criterio.

482 Las fuentes del discurso improvisado, en opinión de algunos, manan de la iniciativa de Pericles[16], por lo que también fue considerado Pericles grande en la elocuencia; o de Pitón de Bizancio[17], según otros, de quien Demóstenes dice haber sido el único ateniense capaz de atajarlo cuando sol-

---

[14] H. LAUSBERG, *Manual de Retórica Literaria*, Madrid, 1975 (Múnich, 1.ª ed., 1960), II, § 1147, habla de «concretización social de tipos (padre, hijo, rico, pobre, etc.) y concretización individual de personalidades históricas».

[15] La estancia de Gorgias en Tesalia fue breve, al decir de ISÓCRATES, XV 155, pero eficaz. PLATÓN, *Menón* 70a-b, lo presenta inculcando en los tesalios modos sofísticos.

[16] El estadista, cuya actividad política va pareja con la grandeza de Atenas en el siglo V a. C. Su discurso, en el libro segundo de la *Historia* de Tucídides, tal vez sugiera algo de lo que fue su oratoria.

[17] Pitón de Bizancio, discípulo de Isócrates y, tal vez, de Platón, estuvo al servicio de Filipo de Macedonia y representó sus intereses en Atenas en varias ocasiones. Tal vez Isócrates mismo influyó en él, de algún modo, durante su visita a Atenas en 343 a. C., ocasión en la que DEMÓSTENES, según dice en *Sobre la corona* 136, frenó su arrogante retórica. FILÓSTRATO repite idéntica información, precisando los argumentos de Pitón en defensa de Filipo, en *Vida de Apolonio* VII 37.

taba el torrente osado de de sus palabras; hay quien conside-
ra la improvisación oratoria hallazgo de Esquines, pues éste,
cuando llegó de Rodas ante Mausolo de Caria, le hizo gus-
tar las delicias de un discurso improvisado. A mí me parece
que Esquines improvisó más que nadie, como embajador y
en los informes tras sus gestiones, como abogado y como
orador público, y que sólo dejó sus discursos redactados por
escrito para no resultar inferior a las meditadas piezas de
Demóstenes; pero que fue Gorgias el iniciador del discurso
improvisado[18], ya que se presentó en Atenas en el teatro y
se atrevió a decir: «Proponedme un tema», y ofreció, por
primera vez, a un público tan arriesgada posibilidad, dando
a entender, sin duda, que lo sabía todo, que hablaría sobre
cualquier asunto, abandonándose a la improvisación; y creo
que tal novedad le vino al pensamiento a Gorgias por lo que
sigue: Pródico de Ceos había escrito una fábula no carente
de agrado —la Virtud y el Vicio se presentan a Heracles en
figura de mujer, ataviada, la una, con engañosos ropajes de
vistosos colores; la otra, de cualquier modo, y ofrecen a He-
racles, todavía joven, la primera: ociosidad y goce volup-
tuoso, la otra: indigencia y fatigas— y, tras añadirle unas
extensas reflexiones como conclusión, Pródico ofrecía lec- 483
turas de su fábula, retribuidas, visitando las ciudades y he-
chizándolas, al modo de Orfeo y Támiris[19]. Por estas ac-

[18] Si su capacidad para la improvisación era un don natural, no es menos cierto que seguía ya una tradición retórica, confrontar G. Kennedy, *The Art of Persuasion in Greece*, Londres, 1963, págs. 154 y sigs.

[19] Orfeo, el cantor tracio, es, tal vez, una personalidad real deformada por la leyenda hasta convertirla en mito. Reúne todas las perfecciones, en grado más que humano, para el canto y la música. Participa en la expedición de los Argonautas. Su amor por su esposa Eurídice lo lleva a descender al Hades. Es núcleo originario de una corriente religiosa muy extendida, el orfismo, que cree en un «Más Allá» dichoso. En torno a estas doctrinas hay una literatura: unas Argonáuticas, ochenta y siete Himnos y

tuaciones adquirió gran fama en Tebas y aún más entre los Lacedemonios, como persona que difundía una enseñanza conveniente para los jóvenes. Gorgias, entonces, haciendo mofa de Pródico por declamar historias añejas y cien veces repetidas, se entregó a la improvisación. Y no le faltaron envidias. Pues había en Atenas un tal Querefonte[20], no aquel a quien la Comedia llamaba «palo de boj» y que estaba enfermo de la sangre a fuerza de cavilaciones; al que me refiero ahora tenía como diversión la insolencia y la burla desvergonzada. Este Querefonte, haciendo mofa del serio empeño de Gorgias, le dijo: «Gorgias, ¿por qué las habas llenan de humos el vientre, pero no hacen lo mismo al fuego?»[21]. Y

---

las tablillas inscritas con que sus adeptos se hacían enterrar. De los trabajos dedicados a Orfeo mencionaremos a W. K. C. Guthrie, *Orpheus*, 2.ª ed., Londres, 1952; R. Böhme, *Orpheus der Sänger und seine Zeit*, Berna, 1970, y É. des Places, *La religion grecque*, París, 1969, págs. 191-206 (muy informativas).—Támiris el tracio, *Ilíada* II 594 sigs., presumía de ser capaz de vencer a las Musas con su arte. Ellas, enojadas, le arrebataron su habilidad en el canto y la cítara, además de cegarlo.—La palabra de los sofistas causaba en el auditorio efectos descritos, con frecuencia, como semejantes al hechizo que consigue la magia. Protágoras (Platón, *Protágoras* 315a) fascinaba a sus oyentes con sus palabras como Orfeo. Filóstrato decribe efectos semejantes en Escopeliano y Pólux, en Dión y Favorino; tiene, además, otras expresiones más generales sobre el poder de la palabra, conocido tan bien ya por Gorgias. Cf. J. de Romilly, *Magic and Rhetoric in Ancient Greece*, Cambridge, Mass., 1975.

[20] Querefonte es el amigo de Sócrates que se encargó de preguntar en Delfos si había algún hombre más sabio que el filósofo. La comedia lo lleva con frecuencia al escenario, resaltando su mal carácter y la palidez causada por sus largas reflexiones nocturnas. Así, en Aristófanes, *Nubes* 503, *Avispas* 1408, 1412, *Aves* 1296, 1564. Como es sabido, se trata de una sola persona.

[21] La pregunta se repite, casi exactamente, en Ateneo, 408b. Es un modo de aludir a las supuestas necias reflexiones y preocupaciones de los sofistas. Recibir golpes con una caña es un castigo ridículo y humillante para un adulto; por otra parte, en una caña hueca llevó Prometeo el fuego que había robado para los hombres.

aquél, sin alterarse por la pregunta, contestó: «Eso lo dejo para que tú lo averigües. Yo sólo sé, tiempo ha, que la tierra cría cañas para la gente como tú.»

Al percatarse los atenienses de la habilidad de los sofistas, los excluyeron de los tribunales, como a hombres que triunfaban sobre lo justo con ayuda del razonamiento injusto y eran más fuertes que las personas honradas. Por eso, Esquines y Demóstenes se achacaban mutuamente esta condición[22], no como injuria, sino como algo que desacreditaba ante los jueces; pues, en privado, se consideraban dignos de admiración por su habilidad sofística. Demóstenes, si hay que creer a Esquines, se vanagloriaba ante sus amigos de que desviaba el voto de los jueces en favor de su opinión personal; y Esquines no creo que hubiera llegado ante los rodios 484
como representante de un arte que éstos aún no conocían, si no lo hubiera estudiado ya cuidadosamente en Atenas.

Los antiguos llamaban sofistas no sólo a los oradores que sobresalían por el brillo de su elocuencia, sino también a los filósofos que divulgaban sus doctrinas con fluidez, de los que es obligado ocuparse en primer lugar, ya que, sin ser sofistas, porque parecían serlo alcanzaron tal renombre.

1

Eudoxo de Cnido[23], Si bien dispensó atención preferente a las doctrinas de la Academia, fue, sin embargo,

---

[22] Las acusaciones de palabra fácil en el oponente, como artero instrumento de la injusticia, constituyen un lugar común en la oratoria. *Technítēs lógōn* llama Esquines a su rival, en *Contra Timarco* 170; Antifonte (Tucídides, VIII 68) «era sospechoso para el pueblo a causa de su reputada elocuencia».

[23] Eudoxo de Cnido, *ca.* 390-*ca.* 338 a. C., fue discípulo de Platón cuando ya tenía más de veinte años. Había estudiado matemáticas con Arquitas de Tarento y medicina con Filistrón, y fue matemático excepcional,

incluido entre los sofistas a causa del ornato de su lenguaje y su facilidad para la improvisación, y mereció el nombre de sofista en el Helesponto, la Propóntide, en Menfis y en el Egipto de más allá de Menfis, al que delimitan Etiopía y la zona donde moran los ascetas desnudos[24].

2

485 León de Bizancio[25] oyó las lecciones de Platón siendo aún muchacho. Siendo ya adulto se le llamó sofista por ser versado en todas las modalidades de oratoria y persuasivo en sus réplicas. Así, fue al encuentro de Filipo cuando éste dirigía una acción militar contra Bizancio y le preguntó: «Dime, Filipo, ¿por qué motivo inicias esta guerra?» Y al contestarle: «Tu patria, por ser la más hermosa de las ciudades, me ha inducido a amarla y, por eso, vengo a las puertas de mi amada», replicándole, dijo León: «No suelen ir con

---

geómetra, estudioso de la astronomía, filósofo y legislador. Estuvo largo tiempo en Egipto dedicado a estudios de astronomía. Enseñó en Cícico y otros lugares de Asia Menor. A su regreso a Atenas figuró como brillantísimo miembro de la Academia.

[24] Suele llamárseles «Gimnosofistas» a los ascetas indios con que tomó contacto Alejandro Magno. Algunos de estos sabios desnudos, supuestamente emigrados a Egipto y Libia, afirmación problemática, aparecen en la tradición con unas ideas y un género de vida afines a los Pitagóricos. Cf. n. 126 a III 4 de *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* de Pseudo Calístenes traducida por C. García Gual, Madrid, 1977, y n. 8 a I 2 de *Vida de Apolonio*, trad. de A. Bernabé Pajares, Madrid, 1979, ambos en «Biblioteca Clásica Gredos».

[25] León de Bizancio, personaje eminente en su ciudad, notable orador, fue enviado a Atenas buscando apoyo, cuando Filipo sitiaba Bizancio en 340 a. C. La tradición lo tiene como hombre ingenioso y agudo en sus respuestas, como leemos en Plutarco, *Nicias* 22. Pudo haber sido discípulo de Platón y parece que no debe identificársele con el historiador del mismo nombre, del que tenemos algún fragmento.

espadas a la puerta de su amada los que merecen ser correspondidos; pues los enamorados no precisan instrumentos bélicos, sino musicales.» Y Bizancio quedó libre, tras dirigir Demóstenes largos discursos a los atenienses, y unas pocas palabras León al propio Filipo. Fue como embajador a Atenas este mismo León cuando se debatía en disensiones la ciudad desde hacía tiempo y se regía por normas distintas a las tradicionales, y al presentarse ante la asamblea provocó una carcajada general con su aspecto, pues estaba gordo y ventrudo en exceso. Pero, sin turbarse por las risas, «¿De qué os reís, atenienses?, preguntó, ¿acaso de que soy obeso y corpulento? Tengo una mujer mucho más gruesa y, cuando estamos a bien, la cama nos da espacio suficiente, pero si estamos disgustados ni siquiera la casa basta.» El pueblo de Atenas volvió a la avenencia[26], apaciguado gracias a León, que improvisó magistralmente en armonía con la ocasión.

3

Días de Éfeso[27] había echado las amarras de su filosofía en el puerto seguro de la Academia, pero fue considerado
como sofista por lo siguiente: al ver a Filipo en actitud hos- 486
til contra los griegos, lo persuadió de que emprendiera una campaña contra Asia y él anduvo de un lado a otro diciendo a los griegos que debían seguir a Filipo en la empresa, pues era decorosa hasta la esclavitud en tierra extraña con tal de ser libre en la propia patria.

---

[26] Con mínimas variaciones, ATENEO, 550f, pone esta misma anécdota en boca de León, pero hablando éste de Pitón de Bizancio, que también logró con su palabra la reconciliación de sus conciudadanos.

[27] Ya sea su nombre Días, Bías o, como se ha pretendido, Delio, sólo sabemos de él lo que aquí dice Filóstrato.

4

También Carnéades de Atenas[28] figura en la lista de los sofistas. Había ejercitado su inteligencia en el estudio de la filosofía, mas por el enérgico brío de su lenguaje, llegó a la mayor perfección en la elocuencia.

5

Estoy informado de que también Filóstrato, el egipcio[29], se ocupaba en estudios filosóficos en unión con la reina Cleo-

---

[28] Carnéades de Cirene, *ca.* 214-*ca.* 129 a. C., más tarde ciudadano ateniense, dirigió la Academia desde *ca.* 160 a *ca.* 137; para unos, la segunda o Academia Media, que se llama asi desde Arcesilao, escolarca en 268; para otros, la tercera o Nueva Academia, que también se admite iniciada por Clitómaco. Sus doctrinas filosóficas, que tuvieron gran difusión e influencia, fueron divulgadas (él no las publicó) por su discípulo Clitómaco. Las conocemos con menos precisión de lo deseable, sobre todo por Sexto Empírico y Cicerón. Su posición es contraria a todo dogmatismo, sostiene la imposibilidad de la certeza total o de la incertidumbre completa, así como la de llegar al conocimiento de la divinidad. Fue enviado por los atenienses a Roma, en 155, dirigiendo una embajada, de la que también formaban parte el estoico Diógenes y el peripatético Critolao, para intentar que se aminorara la multa de quinientos talentos impuestos por Roma a los atenienses en castigo por la destrucción y saqueo de Oropo. Consiguió la reducción de la multa y dejó una impresionante fama de hábil orador, tan hábil como pudiera serlo un sofista.

[29] Filóstrato el Egipcio tenía fama de elocuente improvisador, que solía servirse de un estilo exuberante y panegírico. No tiene relación conocida con la familia de los Filóstratos. PLUTARCO, *Catón el Joven* 57, menciona su relación con Catón el Joven en Sicilia; en *Antonio* 80, nos informa de que se había introducido de modo fraudulento en la Academia; tal vez su género de vida no era el adecuado para quien se tenía por platónico. Filósofo palaciego en la corte de Cleopatra, al ser derrotado Marco Antonio consiguió el perdón de Octavio por intermedio de Ario Dídimo, el estoico. Su caída inspiró a Crinágoras un epigrama que conservamos en *Ant. Pal.* VII 645.

patra, pero se le denominó sofista, porque se plegó a un modo de exposición pomposo y lleno de colorido al tener trato habitual con una mujer para quien hasta el amor a la cultura tenía un contenido sensual. Por lo cual algunos le cantaban este dístico alusivo:

adopta el modo de ser del más que sabio Filóstrato: con tan estrecha amistad a Cleopatra se liga que, al verlo, él parece ella[30].

6

También a Teomnesto de Náucratis[31], entregado, de cierto, al quehacer filosófico, la ornamentación de su lenguaje lo ha llevado al rango de los sofistas.

7

A Dión de Prusa[32] no sé qué hay que llamarlo a causa de su perfección en todo. Pues era un *cuerno de Amal-* 487

[30] Un dístico elegíaco de contenido semejante cita Ateneo, 317, como de Teognis de Mégara, en él se dice que el pulpo cuando se asusta huye, muda el color y se hace idéntico a la roca a la que se adhiere.

[31] Salvo alguna dudosa mención (tal vez Plutarco, *Bruto* 24), nada más sabemos de él.

[32] Nacido el 40 d. C., de familia rica e influyente en su ciudad, Dión de Prusa recibió en Bitinia la mejor educación helénica. Se trasladó a Roma, como maestro de retórica y orador, en tiempo de Vespasiano. Tuvo relación con Musonio, que lo inició en el estoicismo. Su amistad con un pariente de Domiciano caído en desgracia provoca su exilio: se le prohibió permanecer en Italia o Bitinia. Seguramente, el destierro es causa de lo que se ha llamado «su conversión a la filosofía». Durante catorce años va de un lado a otro, al modo del filósofo cínico-estoico errante predicando la moralidad y la virtud, el comportamiento ético. No fue filósofo especulativo ni tampoco original; como era usual en la época, una suma de doctrinas de origen diverso constituyen su «filosofía». Regresa a Roma *ca.* 96, cuando Nerva es emperador, recupera su prestigio social y sus riquezas, pero no cambia sus há-

tea[33], según el dicho, compendio de lo más excelso, de lo mejor de la oratoria; estuvo atento al eco sonoro de Demós-

---

bitos de filósofo, sus prédicas misioneras. Sabemos de un proceso sustanciado, en 112, ante Plinio el Joven, *legatus Augusti* en Bitinia desde 110: se le acusaba de haber ofendido a Trajano y de mala administración, pero el emperador no parece que estimó muy graves sus culpas. Desde esta fecha no sabemos más de él. Se sitúa su muerte en 117.—Aunque suele distinguirse en sus obras un período retórico y otro filosófico, o clasificárselas en políticas, morales y sofísticas, resulta un análisis artificial; Dión es, a un tiempo, orador, conferenciante, predicador filosófico y ensayista literario, fino sofista siempre, tanto en su temática como en el estilo y la forma. Tenemos de él ochenta discursos, de los que tres no son suyos, y títulos de varias obras no conservadas. La forma de los discursos es varia: el segundo es un diálogo sobre la monarquía entre Filipo y su hijo Alejandro, leído, posiblemente, ante Trajano en 104; el sesenta y uno, *Criseida,* es un diálogo entre Dión y una dama culta; el *Euboico* es, en cierto modo, un idilio en prosa. Le preocupan, y escribe sobre ello, el Estado ideal, la virtud, la ley, la esclavitud, la libertad, pero también la veracidad de Homero, Arquíloco, los matices de las tres tragedias compuestas por cada uno de los grandes trágicos sobre Filoctetes. Su discurso *Olímpico* es, tal vez, en palabras de G. KENNEDY, *The Art of Rhetoric in the Roman World,* Princeton, 1972, pág. 577, «el mejor discurso que nos queda de la época del Imperio romano y digno de ser comparado con la obra de los oradores áticos». Conoce y utiliza todos los artificios de la sofística, pero no se concentra en temas históricos del pasado real o imaginario, le importa la realidad más que la fantasía, la actualidad y muchas cosas más. No es profundo, pero sí muy grato en su tratamiento de problemas de filosofía práctica. Es sencillo, cuidadoso en su lengua, elegante y buen estilista, aunque haga alguna concesión al verbalismo. El sobrenombre de Crisóstomo que le dieron los sofistas prueba que lo tenían por un egregio representante de su arte.— La edición más completa es la de J. W. COHOON y H. LAMAR CROSBY, 5 vols., en Loeb Classical Library, Londres, 1932-1951. Recordamos el estudio de H. VON ARNIM, *Leben und Werke des Dio von Prusa,* Berlín, 1898. Remitimos a la información de los Apéndices de G. W. BOWERSOCK (ed.), *Approaches to the Second Sophistic,* Pennsylvania, 1974.

[33] Amaltea —cabra o ninfa, según las versiones— fue la nodriza de Zeus cuando se criaba, lejos de la voracidad de su padre, Crono, en el monte Ida de Creta. Zeus-niño, jugando, rompió un cuerno a la cabra y, a cambio, prometió que el cuerno se llenaría de toda clase de frutos sólo con desearlo.

tenes y Platón[34], al que, como los puentes en los instrumentos de música, Dión añadía su tono personal con vehemente sencillez. Por otra parte, en los discursos de Dión destaca como excelente la suma de cualidades de su espíritu. Así, amonestó más de una vez a ciudades intemperantes[35] sin parecer mordaz ni odioso, sino que las contenía como a la impetuosidad de los caballos, con freno más que con látigo; en cambio, si hacía el elogio de ciudades bien gobernadas, no daba impresión de ensalzarlas, sino de llevarlas a la idea de que perecerían si cambiaban. Por lo demás, el tono de su filosofía no era mediocre ni irónico, mas sí firmemente insistente, con un tinte de apacibilidad como aliño. De que también era capaz de escribir historia da prueba su obra *Los Getas*[36] —llegó, en efecto, hasta los Getas cuando fue de un país a otro. *El Euboico*[37], el *Elogio del loro*[38] y cuanto ela-

---

[34] Filóstrato ve confirmada su observación en los dos libros que Dión lleva siempre consigo.

[35] Dirigió discursos a las ciudades de Rodas, Tarso, Atenas, Nicomedia, Celenes, Apamea, etc.

[36] De la que tenemos escasísimos fragmentos. Seguramente pasó una parte de su destierro en la región del Danubio y, allí, recogió información para su historia.

[37] Encantador idilio en prosa, donde describe a una familia de cazadores cuya vida se desarrolla en contacto con la naturaleza, felices y sin ambiciones, sencillos y puros. Debió de ser pronunciado en Roma *ca.* 160. F. Jouan, «Les thèmes romanesques dans l'Euboïcos de Dion Chrysostome», *Rev. Ét. Gr.* 90 (1977), 38, interpreta la obrita como un discurso de propaganda en favor de la política agraria de los emperadores. Encuentra en ella temas novelescos que son comunes a las novelas de la época. Paul Mazon, *Lettres d'Humanité*, vol. II, París, 1943, percibe tres partes distintas en contenido y estilo: una escena bucólica, un sermón estoico y un apólogo moral. Debe añadirse que, en todo caso, impresionan la percepción delicada de la naturaleza y los sentimientos sinceros expresados en sobrio ático.

[38] Perdido, como el *Elogio del mosquito;* un *Encomio de la cabellera*, de Dión, nos lo ha transmitido Sinesio. Tiene razón Filóstrato, estos temas

boró Dión con esmero sobre asuntos intrascendentes no hay que estimarlos nadería sino obra sofística, pues es propio de un sofista tratar con seriedad tales cosas.

488 Vivió en la época en que Apolonio de Tiana[39] y Eufrates de Tiro[40] daban a conocer su filosofía, y tuvo amistosa relación con ambos, aunque estaban enemistados entre sí[41], contrariamente a los modos de la filosofía. Su estancia entre los getas no considero exacto llamarla exilio[42], pues no se le había impuesto exiliarse; ni tampoco un viaje común, pues desapareció, sustrayéndose a los ojos y oídos de la gente, y desempeñó diversas actividades en distintos lugares por miedo a los tiranos de Roma, por quienes todo tipo de filosofía era perseguida. Mientras plantaba, cavaba, sacaba agua para baños y huertos y realizaba mil tareas semejantes para su sustento, no descuidaba el trabajo de la mente, sino

---

son tan sofísticos, como los elogios de la ley, de las costumbres, etc., que figuran como temas en discursos de Dión, conservados.

[39] No puede evitarse, *mutatis mutandis*, comparar a Apolonio de Tiana, el taumaturgo y predicador pitagórico del s. I d. C., cuya vida escribió Filóstrato, con Dión de Prusa.

[40] Filósofo estoico de quien Plinio el Joven tiene excelente opinión. En *Cartas* I 10, expresa éste ampliamente su veneración por Eufrates, alaba su inteligencia, aspecto físico, atractivo personal, afabilidad, etc. Timócrates de Heraclea dejó la medicina por la filosofía cuando oyó a Eufrates, cf. I 25, 536. No obstante, parece que los reproches de Apolonio eran, de algún modo, justificados: Eufrates buscaba el éxito y la riqueza abandonando sus deberes de predicador. Cf. P. Grimal, «Deux figures de la *Correspondance* de Pline: le philosophe Euphratès et le rhéteur Isée», *Latomus* 14 (1955), 370.

[41] La hostilidad de Eufrates contra Apolonio de Tiana aparece en varios pasajes de la biografía de este último, especialmente en V 33, 37. En V 27 y 28, Filóstrato presenta también a Dión. Consta la relación de los tres hombres. Cf. Grimal, «Deux figures...».

[42] No hay duda de que lo fue. Filóstrato se muestra reacio a admitir el exilio de sus personajes, como ha de verse en la biografía de Favorino, y a callar lo que va en desdoro de los sofistas que admira.

que se mantenía firme con ayuda de dos libros: eran éstos el *Fedón* de Platón y el *Sobre la Embajada* de Demóstenes. Frecuentaba los campamentos militares con los harapos que solía y, percibiendo que los soldados se disponían a sublevarse por el asesinato de Domiciano[43], no se inhibió cuando vio estallar el desorden, sino que sin ropa, subiendo de un salto a un elevado altar, comenzó a hablar así:

entonces el prudente Ulises se despojó de sus harapos[44],

y, tras decir esto y dar a conocer que él no era un mendigo ni quien pensaban, sino el sabio Dión, expuso con vehemencia la acusación del tirano y explicó a los soldados que era mejor ser sensato y acatar las decisiones de los romanos. Y, ciertamente, el poder de persuasión de este hombre fue tal que fascinó, incluso, a los que no conocían bien la cultura griega. Así, el emperador Trajano[45] le hizo subir en Roma en el carro dorado sobre el que los Césares formaban en los desfiles triunfales después de sus guerras y le decía, volviéndose con frecuencia hacia Dión: «Qué me dices, no lo entiendo, pero te amo como a mí mismo.»

Muy propias del estilo sofístico son las imágenes[46] de los discursos de Dión, en las que, aun cuando se excede, también es claro y adecuado al asunto.

---

[43] Dión pudo obrar así en favor de Nerva. En todo caso, su exilio terminó, como el de otros, con la subida de éste al trono el año 96.

[44] *Odisea* XXII 1.

[45] Trajano lo distinguió con su amistad, aunque parece difícil creer que estuviera a su lado en una ocasión semejante. Este triunfo ocurrió en 102. Tenemos noticia de que Dión pronunció ante Trajano dos discursos, al menos.

[46] Suelen ser elegantes e ingeniosas, pero demasiadas.

8

489 De manera semejante también a Favorino[47], el filósofo, su fluida y bella palabra lo proclamó sofista[48]. Procedía éste de la Galia occidental, de la ciudad de Arelate, que se halla

[47] Favorino de Arelate, la actual Arlés, nació entre los años 80 y 90 d. C. y vivió hasta después del consulado de Frontón, en 143. Sofista profundamente versado en todas las facetas de la cultura griega, filósofo, erudito, escritor prolífico de variadas orientaciones, que elige para expresarse la lengua griega. Sus viajes como divulgador de filosofía y declamador lo llevan a Roma, Grecia y Asia Menor, donde, en Éfeso, permanece largo tiempo. Probablemente, su enfrentamiento con Polemón, que enemistaba también a los admiradores de uno y otro y causaba serios altercados entre los habitantes de Éfeso y Esmirna, fue la causa de su confinamiento en la isla de Quíos, hacia 131. Regresa a Roma en el gobierno de Antonino Pío. Conocemos unos treinta títulos de sus obras, pero sólo podemos leer, aparte los fragmentos, dos discursos que figuran entre los de Dión de Prusa: el 37, *Corintíaco, y* el 64, *Sobre la Fortuna;* además, un opúsculo no completo, *Sobre el exilio,* recuperado en el Papiro Vaticano 11. Unas *Memorabilia* y una *Historia varia* fueron utilizadas por Diógenes Laercio y Ateneo. Los *Discursos Pirrónicos,* en diez libros, exponían las doctrinas escépticas de Pirrón. En alguna otra obra se ocupaba de la filosofía de la Academia. A los títulos que figuran en la biografía podemos añadir un *lusus, el Elogio de la cuartana,* y algún escrito contra el estoicismo. Lo mencionado da alguna idea de las obras de este rétor exuberante que gustaba de ser llamado filósofo. De sus ediciones mencionamos: G. Vitelli y M. Norsa, *Il papiro vaticano greco 11,* Ciudad del Vaticano, 1931; E. Mensching, *Favorin von Arelate. Der erste Teil der Fragmente, Memorabilien und Omnigena Historia Texte und Kommentare* 3, Berlín, 1963; A. Barigazzi, *Favorino di Arelate,* Florencia, 1966, que recoge, además, amplia documentación sobre el aticismo de Favorino en pág. 29. Remitimos a los índices de Bowersock, *Approaches...,* ant. cit.

[48] Los filósofos de la época viajan divulgando sus conocimientos. Pero los intereses de Favorino eran múltiples, en *Noches Áticas,* de Aulo Gelio, aparece hablando sobre literatura, gramática, medicina, astronomía, jurisprudencia, etc. Es gran conversador y capaz de pronunciar todo tipo de discursos.

a orillas del Ródano. Era hermafrodita[49] y andrógino de nacimiento, cosa que se manifestaba incluso en su aspecto, pues ni de viejo tuvo pelo en el rostro; y se manifestaba también en la voz, que sonaba al oído aguda, fina y chillona, como aquélla con que la naturaleza ha dotado a los eunucos. Sin embargo, era tan ardoroso en el amor, que, por adúltero, fue llevado a los tribunales por un cónsul. Tuvo una disensión con el emperador Adriano sin que le ocurriera ningún mal[50]. Por lo cual proclamaba en tono oracular, como paradójicas, tres circunstancias de su vida: ser galo y tener mentalidad de griego, ser eunuco y sufrir un proceso por adulterio, haberse enfrentado a un emperador y estar vivo. Pero esto sería, más bien, motivo de elogio de Adriano, porque, siendo él emperador, disputó de igual a igual con quien le era posible ajusticiar. Pues un rey es más fuerte, si

cuando se irrita con hombre de baja condición[51],

---

[49] La tradición lo tiene por *sine testiculis natus*, B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des II et III siècles a. J.-C.*, París, 1971, n. 34 a pág. 246. M. Delcourt, *Hermafrodita*, traducción española, Barcelona, 1970, pág. 74, lo tiene por asexuado, pues en la concepción de los antiguos los seres con doble sexualidad neutralizan sus afinidades reduciéndolas a cero. Sin embargo, son varios los indicios de que Favorino fue hombre disoluto y lascivo. En el estado de la ciencia actual quedan muchos puntos oscuros aún sobre los intersexuales (cf. L. Wilkins *et alii*, *Enfermedades endocrinas*, Barcelona, 1966). Véase Luciano, *El eunuco* y *Demonacte* 12-13.

[50] Los dos posibles motivos para el exilio serían el enfrentamiento con Adriano, cuando intentaba rechazar la carga del sacerdocio sin renunciar a sus privilegios y exenciones como filósofo, y sus diferencias con Polemón, que alteraban la paz de Esmirna y Éfeso, exasperando al emperador. J. H. Oliver, *Marcus Aurelius: Aspects of Civic and Cultural Policy in the East*, en *Hesperia*, suppl. 13 (Princeton, 1970), pág. 93, opinando como los más, estima ser ésta la causa del exilio.

[51] *Ilíada* I 10 y II 196.

domina su espíritu, y

es grande la cólera de los reyes nacidos de Zeus,

si se contiene con ayuda del buen juicio. Bueno sería que añadieran esto último a los pensamientos de aquellos poetas que se ocupan de perfeccionar el natural de los reyes.

490 Proclamado sumo sacerdote, recurrió contra los usos tradicionales de su país natal apoyado en las normas que regulan tales cuestiones, arguyendo estar libre de cargas públicas por dedicarse a la filosofía[52], pero, al ver que el emperador iba a condenarlo, negando su condición de filósofo se le anticipó así: «Señor, dijo, he tenido un sueño que debo comunicarte. Mi maestro Dión se me ha aparecido y me ha amonestado respecto del litigio, diciendo que venimos a la vida no sólo para nosotros mismos, sino también para nuestra tierra patria. Acepto, pues, señor, este servicio al Estado y obedezco a mi maestro.» El emperador tomó este asunto como un pasatiempo[53] —solía distraer sus egregios cuidados dirigiendo su atención a filósofos y sofistas—, pero a los atenienses les pareció indignante: fueron en grupo, a toda prisa, los propios altos magistrados de Atenas y derribaron la estatua de bronce[54] de nuestro hombre, como acérri-

---

[52] Barigazzi, *Favorino...*, pág. 21, cree que Favorino tiene derecho a ser mencionado en la historia de la Academia y del escepticismo. Los representantes de la Academia de la época están tan cerca de los escépticos, que hay pocas diferencias entre unos y otros. Para Reardon, *Courants...*, pág. 28, la filosofía de Favorino es pobre y ruin, siempre o casi siempre subordinada a sus hábitos de rétor.

[53] Suele pensarse que Adriano se divertía, en el fondo, con cuestiones como las de Favorino. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969, págs. 51 y sigs., ve más claro en el carácter difícil de este emperador.

[54] Se le habían erigido, como dice en *Corintíaco* 26, *hóti attikízei têi fonêi.*

mo enemigo del emperador. Mas cuando él se enteró, sin quejarse ni irritarse por la ofensa dijo: «Mejor librado hubiera salido también Sócrates perdiendo una estatua de bronce por causa de los atenienses, que bebiendo la cicuta.»

Fue amigo entrañable[55] de Herodes, el sofista, que lo consideraba padre y maestro y le escribía así: «¿Cuándo te veré, cuándo podré libar la dulzura de tu boca?» Por eso, cuando murió hizo a Herodes heredero de cuantos libros poseía, de su casa en Roma y de Autolecito[56]. Era éste de la India, muy oscuro de color, fuente de regocijo de Herodes y Favorino, pues cuando los tres habían bebido solía mezclar el ático con palabras indias y se expresaba en un griego bárbaro con lengua tartajosa.

La rivalidad[57] entre Polemón y Favorino empezó en Jonia, al inclinarse los efesios por éste, en tanto que Esmirna admiraba a Polemón. El problema aumentó en Roma, ya que, con sus elogios al uno o al otro, los cónsules e hijos de los cónsules hicieron nacer entre ellos el antagonismo que suele encender envidias desmedidas, incluso en hombres prudentes. Puede excusárseles de su sed de gloria porque la 491
naturaleza humana tiene inmarcesible afán de honores, pero

---

[55] Lo fue también de Plutarco (a quien, tal vez, debe su inclinación a la filosofía de la Academia), de Frontón, de Aulo Gelio (que recogió sus discursos y reseña sus inclinaciones y trabajo), de Sexto Cecilio, el jurisconsulto.

[56] Autolecito significaría: «el que lleva consigo su propia redoma». Los nombres parlantes, aludiendo a su trabajo, son frecuentes en los esclavos. Cf. F. Sommer, *Zur Geschichte der griechischen Nominalkomposita,* Múnich, 1948, pág. 85, n. 1.

[57] En las disputas entre los grandes sofistas tomaban parte las ciudades que los acogían: las atizaban para su diversión y se comentaban por todas partes. Los oponentes empleaban los recursos más variados, desde el discurso a la injuria. En su tratado de *Fisiognómica,* Polemón describe con malignidad los ojos del celta, Favorino sin duda.

merecen censura por los discursos que compusieron uno contra otro, pues el ultraje es cosa desatinada y, aunque sea verdadero, no libra de reproche ni siquiera al que hace comentarios sobre asuntos tales. A los que llaman sofista a Favorino les basta como prueba esta misma rivalidad suya con un sofista, pues la competición por la fama de que he hablado se dirige, frecuentemente, contra los rivales en la misma profesión[58].

Compone en un lenguaje algo deshilvanado, pero erudito y agradable. Se decía que improvisaba con fluidez. Los escritos contra Próxeno[59] hay que pensar que Favorino ni los ideó ni los escribió, sino que son producto de la mente de un jovenzuelo en plena borrachera o, mejor, en medio de una vomitina. Pero los discursos *Sobre la muerte antes de tiempo, Por los gladiadores y Por los banos*[60] opino que son auténticos y bien compuestos, y mucho más todavía, los de contenido filosófico, de los que son los mejores los *Pirrónicos*[61], pues no quita, a los que, siguiendo a Pirrón, observan la suspensión de juicio, la posibilidad de actuar en materia
492 judicial. Cuando declamaba en Roma, todas sus actuaciones suscitaban atención. Pues, hasta para los que no sabían la lengua griega, no dejaba de ser una delicia la audición, sino que, incluso, los embrujaba con los efectos de su voz, con su mirada elocuente, con el ritmo de su lenguaje. Les fascinaba también el remate del discurso que aquéllos llamaban

---

[58] Como decía ya Hesíodo, *Trabajos y días* 25: «el alfarero tiene celos del alfarero y el carpintero del carpintero»,

[59] La lengua de Favorino en sus pendencias con Polemón hacía creíble que fuera autor del libelo.

[60] No los conservamos, y es tanto más de lamentar, cuanto que son bastantes novedosos para la usual temática sofística.

[61] Fundador del escepticismo es Pirrón, que vive entre *ca.* 365 y *ca.* 275.

oda, y yo, en cambio, ansia de aplausos, pues se recita como porción sobreañadida después de desarrollar la argumentación[62]. Se dice que fue alumno de Dión, pero dista tanto de él, como los que no lo han sido.

Hasta aquí lo que se refiere a los filósofos con renombre de sofista. Los llamados con justa razón sofistas fueron los siguientes.

9

Sicilia dio el ser a Gorgias de Leontinos[63], a quien pensamos que debe atribuírsele la paternidad del arte de los so-

[62] Predicando a los frívolos ciudadanos de Alejandría, Dión se escandaliza de que todos los oradores concluyan sus discursos cantando. Así, dice en XXXII 68: «Si alguien pasa cerca de un tribunal, no sabría con seguridad si dentro están en una fiesta o en un juicio...» Hasta los médicos dan sus dictámenes cantando. Como se ve, tampoco Filóstrato gusta de tales salmodias.

[63] Gorgias de Leontinos es un nombre siempre asociado a las técnicas retóricas. Discípulo de Empédocles, sus cualidades personales y su formación le llevan a ser orador y maestro de la palabra, en un mundo en que el desarrollo de la actividad política y judicial requiere hombres capaces de expresarse de modo convincente. La antigüedad consideró a Gorgias como el inventor de los procedimientos que pueden hacer del discurso una pieza artística sin perder sus fines prácticos de persuasión. Cuando se dice que es un creador de la prosa artística, se está valorando la permanencia de las figuras gorgianas en toda la literatura griega y en las que nacen después. De hecho, tanto los poetas como los prosistas anteriores a Gorgias se sirven intuitivamente de tales artificios del lenguaje. Él los identificó como tales, los reunió y esbozó métodos para utilizarlos como medios técnicos capaces de realzar las calidades de un discurso. En su larga vida, desde comienzos del siglo v a comienzos del iv, más de cien años, lo encontramos hablando en Atenas —a donde llegó en 427, con el encargo de solicitar ayuda para su pueblo contra Siracusa—, en Beocia, Argos y Tesalia, donde tal vez murió. Durante las grandes solemnidades celebradas

fistas. En efecto, si consideramos cuánto contribuyó Esquilo al desarrollo de la tragedia al dotarla de sus ropajes, del alto estrado[64], de los tipos de héroes, de los mensajeros que cuentan lo ocurrido en lugares lejanos o en el interior de la morada, de las normas sobre lo que debe realizarse en la escena y detrás de ella, algo así sería Gorgias para los de su profe-
493 sión. Fue para la sofística modelo inicial de vehemencia, de empleo insólito del lenguaje, de noble inspiración, de intepretación grandiosa de los grandes temas, de construcciones en frases vivas y cortas, de giros inesperados, procedimientos con los que el discurso se hace más deleitoso y vivaz —además de que lo revestía de palabras poéticas por mor del ornato y la gravedad. Que improvisaba con facilidad, lo he dicho ya al comienzo del libro[65]; cuando pronunciaba sus discursos en Atenas[66], ya de edad, no es sorprendente que mara-

---

en Olimpia y Delfos, sus discursos rivalizan, en aceptación popular, con la obra de los poetas. Abusa de los recursos formales y gasta, a veces, su fluidez inagotable en el mero juego verbal. Si las figuras gorgianas *(isócola, párisa, homeotéleuta, «antíthesis»,* etc.) son, igualmente, usadas por escritores geniales y mediocres, no parece justo achacar a Gorgias la mala calidad de estos últimos. Tenemos de él algunos fragmentos breves, algo más de un *Epitafio y* dos ejercitaciones retóricas, el *Elogio de Elena* y la *Defensa de Palamedes.*

[64] Hesiquio, s. v. *okríbas,* da, entre otros sentidos, *logeîon,* parte de la escena sobre la que actúan los actores. Es un problema debatido el de si los actores y el coro actuaban, en los primeros tiempos del teatro, en la *orchéstra,* al mismo nivel unos que otros. El primer paso para actuar a distinto nivel pudo ser un estrado o plataforma para los actores, que pudo estar, incluso, en el centro de la *orchéstra.* Cf. T. B. L. Webster, *Greek Theatre Production,* Londres, 1956, y N. C. Hourmouziades, *Production and imagination in Euripides. Form and Function of the scenic Space,* Atenas, 1965, pág. 60. Ver Platón, *Banquete* 194b.

[65] Cf. *Introducción* de Filóstrato, 482.

[66] Los atenienses tuvieron ocasión de comparar a los grandes sofistas que coincidían en sus giras profesionales (cf. el *Protágoras* de Platón y su penetrante caracterización de varios rétores en *Fedro 267).*

villara a la gente del pueblo, pero, por lo que sé, atraía también a los hombres más eminentes: a Critias y Alcibíades en su juventud, a Tucídides y Pericles[67] ya hombres maduros. Y Agatón[68], el poeta trágico al que la comedia consideraba ingenioso y de elegante verbo, a menudo es gorgiano en sus yambos.

Personaje principal en las solemnidades de los griegos, pronunció el discurso *Pítico* desde el altar, por lo que le fue erigida una estatua de oro en el templo de Apolo Pítico. El *Olímpico* fue su mayor contribución sobre cuestiones políticas, pues viendo a los griegos presa de graves disensiones, fue portavoz de avenencia; quiso desviar con él su atención hacia los bárbaros, buscando persuadirlos de convertir en botín de guerra no sus propias ciudades sino la tierra de los bárbaros. El *Epitafio* que pronunció en Atenas fue dicho en honor de los muertos en las guerras, a los que los atenienses entierran a expensas públicas con loa solemne, y está compuesto con destreza suprema. Con él instigó a los atenienses contra los Medos y Persas abogando con espíritu idéntico al del *Olímpico*, pero no habló, sin embargo, de la concordia entre los griegos, puesto que se hallaba ante los atenienses, ardientes defensores de un imperio que no era posible conservar a no ser con una actuación inflexible, sino que se ex- 494
tendió en elogios de los triunfos contra los Medos, haciéndoles ver que las victorias, contra los bárbaros, reclaman himnos, contra los griegos, lamentos fúnebres.

Se dice que Gorgias llegó a los ciento ocho años sin experimentar declive en su cuerpo por la vejez, antes bien, go-

---

[67] Sorprendente inexactitud: Pericles ya había muerto cuando Gorgias llegó a Atenas.

[68] Tanto el discurso que PLATÓN pone en boca de Agatón en el *Banquete* 194e y sigs., como los fragmentos de Agatón prueban su afición a las figuras gorgianas, relevantes en la prosa de Tucídides.

zando de buena salud hasta el final de su vida y de agudeza juvenil en sus sentidos.

10

Protágoras de Abdera[69], el sofista, fue discípulo de Demócrito en su ciudad, pero también tuvo relación con los *magos* persas[70] cuando la expedición de Jerjes contra Grecia. Pues era su padre, Meandro, poseedor de riquezas cuan-

---

[69] Protágoras de Abdera vive desde *ca.* 485 a *ca.* 411. Poseedor de los saberes enciclopédicos que caracterizan a los primeros sofistas, hábil en argumentar de modo convincente, pensador sagaz, recorre las ciudades griegas enseñando, por una remuneración elevada, a los jóvenes, que acuden ávidos de obtener los conocimientos y la preparación que admiran en estos hombres excepcionales. En Atenas permanece largas temporadas enseñando a sus alumnos y exponiendo sus ideas en conferencias públicas. Pericles deja a sus cuidados la legislación de la nueva ciudad de Turios, en la Magna Grecia, fundada en 444. Pero, más tarde, los atenienses se escandalizan de las opiniones del sofista y sufre un proceso por impiedad. Es posible que muriera en un naufragio, camino de Sicilia, huyendo de la condena. Protágoras enseñaba la posibilidad de defender, igualmente, los dos lados opuestos de un razonamiento o dos afirmaciones antagónicas. Cuando afirmaba que el hombre es la medida de todas las cosas estaba abriendo también las puertas a un relativismo peligroso para creencias e instituciones, para el Estado mismo. En religión profesaba un agnosticismo que le hacía sostener la imposibilidad de conocer si existen o no los dioses. Pero defiende para el hombre el sentido de la moralidad y la justicia, la obediencia a las leyes que se establecen. La información sobre su obra escrita es confusa, algunos títulos pueden ser parte de una obra más extensa. Recordamos, con este reparo, *Sobre la verdad, Discursos demoledores, Las antilogías, Sobre el Estado primitivo* y, tal vez, un libro *Sobre los dioses*. Se interesó por los estudios gramaticales. Sólo consevaremos de él pocos y breves fragmentos.

[70] Cf. Heródoto, VIII 120 y VII 109, sobre magos educadores. Diógenes Laercio, IX 34, dice de Demócrito que «fue instruido por algunos magos y caldeos que Jerjes dejó como preceptores después de haber sido huésped de su padre». Filóstrato se equivocaca de abderita, según parece.

tiosas en comparación con muchos de los tracios y, habiendo acogido a Jerjes en su casa, con regalos obtuvo de él para su hijo la enseñanza de los *magos*, ya que no educan los *magos* persas a los que no son persas, a no ser que el Gran Rey lo ordene. Cuando expresa su incertidumbre sobre si los dioses existen o no, en mi opinión, Protágoras sostiene un criterio desusado que procede de su educación persa. Pues los *magos*, en sus ceremonias ocultas, invocan a los dioses, pero, en público, tratan de destruir la creencia en la divinidad porque no quieren que parezca que su poder procede de ella. A causa de estas ideas fue expulsado por los atenienses de todos sus dominios; según algunos, tras ser juzgado; en opinión de otros, tras una votación que le fue adversa, sin juicio[71]. Anduvo de un lugar a otro, del continente a las islas, guárdándose de las trirremes atenienses diseminadas por todos los mares y naufragó cuando navegaba en una pequeña embarcación.

Él fue el iniciador de la enseñanza remunerada[72], el primero que transmitió a los griegos una actividad de ningún modo censurable, pues apreciamos más lo que pretendemos con gasto que lo gratuito. Platón, conocedor de que Protágoras se expresaba con noble lenguaje, pero que se adormecía 495
en su solemnidad y era más prolijo de lo que pide la moderación, caracterizó su estilo en un largo mito[73].

---

[71] Cf. E. DERENNE, *Les procès d'impieté*, Lieja-París, 1930. Seguramente, Protágoras huyó. El proceso, si lo hubo, sería provocado por los acontecimientos del 415 y los juicios fulminantes contra los hermocópidas y remedadores de los misterios. (Diágoras de Melos, acusado de ateísmo, huye de Atenas, al decir de DIODORO XIII 6, 7. La tensión y el miedo a las delaciones, las condenas a muerte por impiedad hacen muy peligrosa, durante algunos meses, la permanencia en Atenas para un extranjero poco piadoso.)

[72] PLATÓN, *Protágoras* 349a.

[73] *Ibid.* 320b.

11

Hipias de Élide[74], el sofista, estaba dotado de una memoria tan excepcional, incluso en su vejez, que, con oír una sola vez cincuenta nombres, los repetía en el mismo orden en que los había oído. Introducía en sus disertaciones cuestiones de geometría, astronomía, música y ritmo, y hablaba en sus conferencias también de pintura y escultura[75]. Esto, en los demás sitios, pero, en Esparta, hablaba sobre las clases de Estado y colonias y sus empresas, pues los lacedemonios, por su ambición de mando, disfrutaban con este tipo de temas. Es suyo un *Diálogo troyano,* que no es un discurso. Néstor, en Troya ya conquistada, aconseja a Neoptólemo, hijo de Aquiles, sobre cómo debe comportarse para ser considerado un hombre ilustre. Como representante de Élide, tomó parte en mayor número de embajadas que griego alguno, y en ningún sitio perjudicó su buena fama con sus discursos oficiales o sus disertaciones; por el contrario, con-

[74] Hipias de Élide, sofista que aúna la sabiduría y la habilidad manual, nació a mediados del siglo v y alcanzó, casi, el siglo de vida. Imparte sus enseñanzas por las principales ciudades griegas, comunicando a sus alumnos conocimientos de matemáticas y geometría, astronomía, gramática, retórica, música, dialéctica. Experto en todos los trabajos que se hacen con las manos, fabricaba sus vestidos, zapatos y ornamentos. Se dice que compuso elegías, tragedias, ditirambos y obra en prosa; que explicaba a los poetas. De entre sus ideas conocemos la estimación del *nómos,* la ley, como imposición tiránica sobre el hombre y la naturaleza; la *phýsis,* infinita en sus manifestaciones. De su obra escrita conocemos algunos títulos: *Nombres de pueblos,* que hace suponer una preocupación etnográfica; las *Listas de vencedores Olímpicos,* que sería una aportación a la cronología; el *Diálogo troyano,* y una *Recopilación,* que hace pensar en un conjunto misceláneo.

[75] Suele pensarse como fuente para Hipias el diálogo platónico *Hipias mayor* 281-286, pero esta alusión a que hablaba de pintura y escultura pudiera proceder de una fuente común.

siguió pingües riquezas y fue inscrito en las tribus de ciudades pequeñas y grandes. Por dinero también se trasladó a Inicó, insignificante ciudad siciliana[76] de cuyos naturales hace mofa Platón. Aunque también en las demás ocasiones 496
era celebrado, solía fascinar a los griegos, en Olimpia, con sus discursos plenos de matices y resultado de minuciosa elaboración. No era su verbo escaso, sino desbordante y natural; y en pocas ocasiones recurría a términos poéticos.

12

Tan grande llegó a ser la fama de sabio de Pródico de Ceos[77], que, incluso, el hijo de Grilo[78], cuando estaba prisionero en Beocia, oía sus disertaciones, dejando un garante de su persona. Cuando, como embajador en Atenas, se presentó ante el Consejo, dio la impresión de ser un hombre

[76] Cf. PLATÓN, *Hipias mayor* 282d-e, donde Hipias menciona sus ganancias en esta pequeña ciudad y presume de haber ganado más que entre dos sofistas cualesquiera juntos.

[77] Pródico de Ceos es el sofista de voz grave y salud frágil que PLATÓN presenta en *Protágoras* 315d. Además de la enseñanza, sus dedicaciones predilectas fueron la etimología y la sinonimia, entendida ésta como la búsqueda de la estricta precisión en el significado de palabras en apariencia sinónimas. Escribió un libro, *Las horas,* cuyo interés principal era la agricultura —que lleva al hombre desde una situación de primitivismo a la vida organizada en ciudades—, el Estado, la religión y las leyes. La fábula de *Heracles en la encrucijada* que nos transmite, sin pérdida, al parecer, de lo esencial, JENOFONTE, *Memorables* II 1, 21-34, pertenece a este libro. Se dan como fechas posibles de su nacimiento los años entre 470 y 460; vivía aún durante el proceso de Sócrates.

[78] Nada sabemos de esta prisión de Jenofonte, hijo de Grilo, en Beocia, salvo lo que dice aquí Filóstrato. J. K. ANDERSON, *Xenophon,* Londres, 1974, pág. 18, piensa que, si tal cosa ocurrió, el trato especial dado a Jenofonte pudo deberse a su amistad con Próxeno, el aristócrata beocio que, después, le hizo llamar para que lo acompañase en la expedición que preparaba Ciro.

extraordinario, aunque hablaba con voz difícil de oír y profundamente grave. Solía seguir el rastro de los jóvenes de familias distinguidas[79] y de casas ricas, hasta el punto de tener gente encargada de este acoso, pues era hombre obsesionado por el dinero y dado a los placeres. Jenofonte no estimó indigno referir *La elección de Heracles,* la fábula de Pródico que he recordado al comienzo[80]. ¿Por qué habríamos de dar detalles sobre la lengua de Pródico, si Jenofonte ofrece de ella un esbozo suficiente?[81].

13

497 A Polo de Agrigento[82], el sofista, lo instruyó Gorgias mediante el pago de elevadas sumas, pues Polo era de clase adinerada. Hay quien dice que Polo fue el creador del *párison,* la *antíthesis* y el *homeotéleuton*[83]. Se equivocan, pues lo que hace Polo es abusar de exquisiteces de lenguaje ya descubiertas, por lo que Platón, burlándose de él por estas pretensiones, dice: «oh, probo Polo, para saludarte a tu manera»[84].

[79] Cf. PLATÓN, *Sofista* 231d: «(el sofista) es un cazador asalariado de jóvenes ricos».

[80] Cf. 482 de la *Introducción* de FILÓSTRATO. Éste, en su *Vida de Apolonio* VI 10, hace una breve écfrasis de una pintura inspirada en el apólogo de Pródico, más de seis siglos después de que éste lo compusiera.

[81] En el pasaje citado, Jenofonte relata por extenso la narración de Pródico y advierte que ha hecho un resumen aproximado y con palabras mucho menos elevadas que las del sofista.

[82] Polo de Agrigento, sofista particularmente dado a los peores extremos de la retórica, solía acompañar a Gorgias en sus viajes. Es posible que compusiera un manual de este arte, en donde recopilara lo más formal de las enseñanzas de su maestro. Era muy joven cuando Platón nos lo presenta con su maestro en Atenas. Los diálogos de Platón *Gorgias* y *Fedro* son nuestras principales fuentes de información sobre Polo.

[83] Cf. *Índice de términos con sentido retórico.*

[84] La frase es de *Gorgias* 467b. Traducimos «probo Polo», porque, en el pasaje citado, Sócrates emplea una parísosis yuxtaponiendo dos pala-

14

Los que inscriben a Trasímaco de Calcedón[85] entre los sofistas me parece que entienden mal a Platón cuando dice que es lo mismo esquilar un león que incriminar a Trasímaco[86]. Esto significa que le echa en cara escribir discursos judiciales para otro y pasarse la vida en los tribunales actuando como un sicofanta.

15

A Antifonte de Ramnunte[87] no sé si hay que llamarlo excelente o malvado. Excelente, debe ser llamado por lo 498

bras con el mismo número de sílabas y vocales de idéntico timbre y cantidad, según los usos sofísticos.

[85] Trasímaco de Calcedón nace en torno a 460. Apenas tenemos de él algunos breves fragmentos de una obra que sabemos abundante. Compuso tratados y discursos políticos motivados por circunstancias reales y también varios escritos retóricos con los que influyó, de modo definitivo, en el estilo de la prosa ática. Se alaba su composición a base de amplios períodos y sus cláusulas rítmicas. Poseía recursos que conmovían los sentimientos de los jueces. Se le tiene por uno de los pensadores que defienden la legitimidad del derecho del más fuerte, así en PLATÓN, *República* 338c.

[86] También en *República* 341c: «¿Crees que estoy tan loco como para intentar esquilar a un león o incriminar a Trasímaco?» La expresión suena a proverbio. En todo caso, es un modo de reconocer la habilidad de Trasímaco en la elocuencia judicial.

[87] Aún no está solucionada, y tal vez no llegue a estarlo, la debatida cuestión de si es uno mismo el sofista que defiende la igualdad esencial de todos los hombres en un escrito *Sobre la verdad*, al que se añadirían *Sobre la concordia*, *El Político* y *Sobre la interpretación de los sueños*, y el orador a quien elogia TUCÍDIDES, VIII 68: «Antifonte.. entre los atenienses de su tiempo no fue inferior a ninguno en cualidades personales y fue superior a todos en idear un plan y en exponer sus opiniones; y aunque no hablaba ante la asamblea popular ni tampoco voluntariamente en ningún otro

que sigue: fue muchas veces estratego, logró muchas victorias, incrementó la escuadra ateniense con sesenta trirremes equipadas, pasaba por ser el más eminente de los hombres en el uso de la palabra y en hallar las ideas esenciales de un discurso. Por estas causas, merece ser elogiado por mí y por cualquier otro. Sin embargo, aparece, con razón, como un malvado por lo siguiente: derrotó la democracia[88], esclavizó al pueblo ateniense, fue partidario de Esparta, primero, en secreto, más tarde, a las claras, y fue el que impuso contra la tradición política de Atenas al Consejo de los Cuatrocientos Tiranos.

En cuanto a la retórica[89], unos dicen que Antifonte la creó cuando aún no existía; otros, que, ya creada, la amplió. Para unos, llegó a ser un hombre cultivado por su propio es-

---

debate público a causa de ser sospechoso para la gente por su habilidad oratoria...», en traducción de F. R. ADRADOS, Madrid, 1955. Hubo, además, otro personaje de este mismo nombre autor de algunas tragedias. Antifonte de Ramnunte trabajó como logógrafo componiendo discursos judiciales para ser pronunciados por otros, tres de los cuales hemos conservado, junto con tres tetralogías, llamadas así porque cada una de ellas incluye el primer discurso del acusador, el primero del acusado, el segundo del acusador y el segundo del acusado. Parecen ser, estos últimos, modelos de escuela de discursos judiciales. Se dice que entre sus alumnos pudo estar Tucídides. Como fecha de nacimiento, *ca.* 480.

[88] En 411, encabezando una corriente de opinión junto con Pisandro, Frínico y Terámenes, estableció el Consejo de los Cuatrocientos, que duró en el poder cuatro meses. La acusación de filolaconismo es casi un lugar común para todo político criticado en la época. La disciplina de Esparta parecía muy deseable para la versátil asamblea ateniense. El principal objetivo de los Cuatrocientos era la paz con Esparta, el final de la guerra, a toda costa.

[89] Es casi seguro que tuvo escuela de retórica (cf. PLATÓN, *Menéxeno* 236a).

fuerzo; para otros, por la instrucción recibida de su padre, pues era su padre Sófilo, maestro experto en ejercicios retóricos que educó al hijo de Clinias[90], además de a otros hombres importantes. Cuando Antifonte llegó a ser insuperable en el arte de la persuasión, y fue apodado Néstor[91] porque convencia a la gente, hablara sobre lo que hablara, anunció unas sesiones de alivio del sufrimiento por la palabra, en la seguridad de que no podría hablársele de un dolor tan terri-
ble que él no pudiera expulsarlo de la mente[92]. Critica la co- 499
media a Antifonte como persona ducha en cuestiones legales y por vender a alto precio discursos compuestos[93] con daño de la justicia a gente en muy comprometida situación. Voy a poner en claro la verdadera naturaleza de esta crítica. Los hombres, en las demás ciencias y artes, aprecian a los que sobresalen en cada una de ellas y, así, admiran, de los médicos, al más capaz frente al menos capaz, admiran en adivinación y música al más entendido, el mismo voto emiten respecto de la carpintería y los demás oficios; en cambio, a la retórica la elogian, sí, pero la miran con suspicacia, como actividad taimada, ávida de lucro y desarrollada con menoscabo de la justicia. Opinan así sobre este arte no sólo la gen-

---

[90] Alcibíades.

[91] El anciano héroe homérico, ducho como nadie en el arte de la palabra.

[92] Cf. Pseudo-Plutarco, «En Corinto puso una consulta en una casa cerca del mercado y escribió en la puerta que curaría con sus palabras a todos los que se sintieran agobiados por las penas. Y, haciendo preguntas, encontraba las causa y consolaba a los deprimidos.» Cf., asimismo, Diógenes Laercio, II 5, 25: «Antifonte, el sofista, es seguramente el que practicaba la curación mental en Corinto.»

[93] Se dice que fue el primer logógrafo; sus discursos legales son los más antiguos que se conservan.

te común, sino incluso los más ilustres de los hombres instruidos. Llaman, en efecto, oradores hábiles a aquellos tan capaces de elaborar con ingenio un discurso como de pronunciarlo, pero esta calificación que ponen a su superioridad no es favorable. Al tener esta cuestión tal naturaleza, no es un absurdo, creo yo, que también Antifonte haya llegado a ser motivo cómico, cuando la Comedia se ocupa precisamente de aquello que llama la atención.

Murió en Sicilia a manos del tirano Dionisio[94], pero las causas por las que murió las achacamos a Antifonte más que a Dionisio. Menospreciaba, en efecto, las tragedias de Dionisio de las que, precisamente, Dionisio se enorgullecía más
500 aun que de su autoridad omnímoda. Y, en una ocasión en que el tirano mostraba curiosidad por la buena calidad del bronce y preguntaba a los presentes qué continente o isla preparaba el mejor bronce, Antifonte, que asistía por casualidad a la conversación, dijo: «El mejor yo sé bien que es el de Atenas, del que están hechas las estatuas de Harmodio y Aristogitón[95].» Por causas así, encontró la muerte, bajo sos-

---

[94] La mezcla de tres o, al menos, dos personas distintas que presenta Filóstrato debía ser ya muy vieja. El Antifonte de la comedia (cf. *Avispas* 1270, 1301) puede ser el orador y político, tal vez también, el autor de las obras mencionadas, además de los discursos. Hay un Antifonte, poeta trágico, muerto a palos, condenado a tal género de muerte por Dionisio de Siracusa, que menciona Aristóteles, *Retórica* II 6 1385a9. El gobierno de Dionisio empieza *ca.* 405. Pseudo Plutarco, 833, da tres versiones distintas de la muerte de Antifonte correspondiendo también a tres personas distintas. Nuestro orador sufrió, en 411, un juicio en el que fue condenado a muerte, confiscación, privación de sepultura y degradación cívica para él y sus descendientes. Se defendió él mismo, en un discurso antológico, pero inútil.

[95] Que, en el año 514, mataron a Hiparco, hermano de Hipias, el tirano de Atenas, hijo y sucesor de Pisistrato.

pecha de maquinar contra Dionisio y tratar de revolver a los sicilianos contra él. Erró Antifonte, primero, por entrar en conflicto con el tirano, bajo el cual había preferido vivir antes que someterse a la democracia en su patria; luego, tratando de liberar a los sicilianos cuando había esclavizado a los atenienses. Además, al apartar a Dionisio de escribir tragedias, lo apartaba del gusto por la vida plácida, pues tales dedicaciones son apacibles. Para sus súbditos es preferible un tirano cuando afloja las riendas a cuando las sostiene con rigor, pues si da esparcimiento a su ánimo, ordenará menos ejecuciones, cometerá menos violencias y rapiñas. Un tirano que dedica atención a las tragedias debe ser comparado a un médico que se siente enfermo e intenta curarse a sí mismo. Pues la composición de mitos, las monodias y los ritmos de los coros, la caracterización de los personajes, la mayoría de los cuales han de aparecer como buenos, aparta a los tiranos de su inflexibilidad y vehemencia, lo mismo que tomar medicinas aparta las enfermedades. Consideremos estas reflexiones no como una acusación contra Antifonte, sino como un consejo para todo el mundo: no provocar a los tiranos ni incitar a la cólera su temperamento brutal.

Muchos son sus discursos forenses, en ellos hay pericia[96] y todos los recursos del arte de la retórica; otros son sofísticos: el más acabadamente sofístico es *Sobre la concordia,* en él figuran brillantes sentencias filosóficas, una exposición noble y matizada con las flores de términos poéticos, párrafos prolijos semejantes a llanos sin relieve.

[96] Cf. Tucídides, VIII 68: «...Antifonte... es, sin duda alguna, el hombre que, hasta mi tiempo, mejor se ha defendido de una acusación capital...»

16

501 Critias[97], el sofista[98], si bien derrocó la democracia en Atenas, no es por eso un malvado —pues la democracia hubiera sido aniquilada por sus propios males internos: tan radical era que ya no hacía caso ni a los que la regían según sus leyes—, sino porque fue un partidario descarado de Esparta, traicionó los lugares sagrados, derribó, en connivencia con Lisandro, las murallas e impidió a los atenienses exiliados por su culpa afincarse en parte alguna de Grecia, amenazando a todos con una guerra con Esparta, si alguien acogía a un exiliado ateniense; porque superó a los Treinta[99] en crueldad y ensañamiento y compartió con los lace-

[97] Critias nace en Atenas, *ca.* 460, de noble familia emparentada con Platón. Es el modelo acabado de lo que puede lograr el radicalismo intelectual sofístico de un hombre inteligente, físicamente perfecto y convencido de la superioridad de su casta. Como su amigo Alcibiades, estimó y oyó a Sócrates. Intervino apasionadamente en la política ateniense, sustentando ideas compartidas por un grupo numeroso y no de los peores; aspiraba a la oligarquía extrema; carecía de creencias religiosas «inventadas por un hombre astuto», y estimaba necesaria la ley como instrumento de gobierno, en la idea de que un orador hábil podía siempre interpretarla convenientemente. Estuvo desterrado en Tesalia, donde, quizá, conoció a Gorgias, y murió en el año 403 defendiendo sus ideales. Escritor fértil en prosa y verso, compuso elegía y tragedia, un libro en hexámetros sobre grandes poetas, descripciones en prosa y verso de Constituciones; reunió *Aforismos,* escribió *Proemios* de oratoria política dirigidos al pueblo, etc. Los escasos fragmentos que conservamos no permiten conocer su estilo.

[98] Cf. A. Battegazzore y M. Untersteiner, *Sofisti. Testimonianze e frammenti,* IV, Florencia, 1967, pág. 214, señalan como opinión compartida que Critias no fue exactamente un sofista profesional, puesto que no fue maestro de retórica ni profesor itinerante.

[99] Al final de la guerra del Peloponeso, abril de 405/404, establece, con el apoyo del nauarca espartano Lisandro, vencedor de Atenas, la oligarquía de los Treinta. Asesinatos, persecuciones, confiscaciones, elimi-

demonios la insensata resolución de que quedara convertida el Ática en pastizal de ovejas, vacía de su grey humana, por eso, me parece el más perverso de entre todos los hombres reputados por su maldad. Y si se hubiera dejado llevar a tales extremos por ser un hombre sin instrucción, tendría validez la opinión de los que dicen que su conciencia se relajó por culpa de Tesalia[100] y sus amistades en ella, pues las personas incultas son fáciles de dirigir en la elección de su estilo de vida. Pero, puesto que había recibido una excelente educación, ya que solía emplear abundantes sentencias morales y su linaje retrocedía hasta Dropides, que fue arconte en Atenas después de Solón, no podría escapar a la acusación universal de que cometió tales yerros por maldad natural. Es también cosa rara que no se asemejara en nada a Sócrates, hijo de Sofronisco, de quien, más que de nadie, recibió su formación filosófica, el hombre que tenía fama de ser el más sabio y más justo de su tiempo, y que, en cambio, se pareciera a los tesalios, entre los cuales, hasta durante las reuniones en que corre el vino, se guarda una actitud de violenta petulancia y despotismo. Sin embargo, tampoco los tesalios descuidaban su instrucción, sino que, poniendo sus ojos en Gorgias de Leontinos, las ciudades de Tesalia, gran- 502
des y pequeñas, usaban las figuras gorgianas; tal vez hubieran pasado a imitar el estilo de Critias, si Critias hubiese hecho ante ellos alguna exhibición de su arte personal. Pero él no se ocupaba de tal cosa, sino que contribuía a hacer más penosa la oligarquía entre ellos con sus conversaciones con

nación de las instituciones democráticas, sumergen durante unos meses a Atenas derrotada en una pesadilla de terror.

[100] Jenofonte, *Helénicas* II 3-36, da noticia de la conducta de Critias en Tesalia, incitando a subversiones y revueltas, movido más por su peculiar personalidad, que por motivos políticos coherentes. Cf. Platón, *Critón* 53d: «En Tesalia hay desorden y libertinaje.»

los aristócratas, atacando todo modelo de democracia, afirmando calumniosamente que los atenienses eran los más criminales de los hombres; de suerte que, pensándolo bien, sería Critias el que había pervertido a los tesalios más que los tesalios a Critias.

Murió a manos de Trasíbulo y sus correligionarios[101], que hicieron regresar de File al partido democrático; algunos opinan que, al final, fue un hombre íntegro, pues hizo de la tiranía su mortaja. Pero quede claro, por lo que a mí respecta, que ningún hombre muere honrosamente por lo que él mismo eligió con deshonor; razón por la que, según creo, la ilustración de este hombre y sus obras suscitan menos el interés de los griegos, pues si la obra literaria no armoniza con los principios del autor parecerá que hablamos con lengua ajena, como las flautas.

En cuanto al estilo de sus discursos[102], Critias es pródigo en máximas y sentencias y capaz, como nadie, para expresarse en un lenguaje elevado que, sin caer en la afecta-
503 ción ditirámbica, no se refugia en términos poéticos, sino que está constituido por los más adecuados vocablos y es muy natural. Yo lo veo eminente en la expresión concisa; diestro para el ataque en el tono de la apología; aticista no sin moderación, y nada aficionado a términos raros —la falta de gusto en el aticista es cosa bárbara—, sino que, como destellos de rayos de sol, brillan los términos áticos en su discurso; el paso asindético de una frase a otra[103] es una habilidad elegante de Critias, y su afán, lograr singularidad en la secuencia de ideas, en el modo de expresarse; sin em-

[101] En el año 403, peleando contra los demócratas acaudillados por Trasíbulo.

[102] Seguramente alude Filóstrato a sus discursos políticos, dirigidos al pueblo.

[103] Cf. *Índice de términos con sentido retórico*.

bargo, el hálito de su discurso es corto, pero dulce y plácido como el soplo del Céfiro[104].

17

La sirena que está sentada sobre la tumba de Isócrates[105], el sofista, colocada en actitud de cantar, simboliza el

[104] Es corriente que los testimonios antiguos lo comparen con Lisias. (Cf. A. GARZYA, «Osservazioni sulla lingua di Crizia», *Emerita* 20 [1952], 402.) Filóstrato pierde un poco el sentido de la realidad cuando alaba el aticismo de Critias.

[105] Isócrates, del demo ático de Erquia, discípulo de Gorgias, conocedor de las enseñanzas de Protágoras y Pródico, a los que seguramente oyó, es orador y maestro de elocuencia que perfecciona las calidades del discurso. Recoge las ideas y experiencias de la sofística en materia retórica y les incorpora su laboriosa contribución personal. En su escuela de retórica, abierta en Atenas *ca.* 388, acoge como discípulos a los hombres más conspicuos del siglo IV. El estudio de la historia de Grecia fue parte esencial en su preparación para la vida política, completada con las usuales materias de los sofistas. Dejó a un lado las especulaciones para concentrarse en la vida real de su tiempo; no puede hablarse de una filosofía de Isócrates, ni siquiera entendida a la manera de Protágoras o Pródico. Su modo de formar a los jóvenes, tan distinto del preconizado por Platón, acabó por ser, en tanto existió Grecia, la *educación*. Su influencia como educador y humanista ha sido enorme y duradera; siendo hombre de inteligencia media y escasamente original logró éxitos nunca igualados en su escuela de Atenas. Su participación en la vida pública, aunque tal vez importante, es indirecta, ejercida por medio de discursos a las clases políticas de Grecia, escritos para ser leídos porque carecía de condiciones físicas para la declamación. En ellos exhorta a la unión entre los griegos, propugna ideales panhelénicos, canta la grandeza ejemplar de Atenas. En este aspecto, también, su influencia fue perdurable.—Hijo de familia acomodada que perdió sus bienes en las guerras del Peloponeso, escribió discursos judiciales de encargo, antes de abrir la escuela. Su larga vida, 436-338, se extinguió, tal vez, por decidido deseo de morir, después de la derrota de Queronea. Quedan de él algunas cartas, seguramente no auténticas, y 21 discursos de temática variada, escritos en una prosa formalmente impecable, articulada en fluida periodización.

poder de persuasión de este hombre, facultad que unía al empleo de normas y usos retóricos. No fue el primero en hallar el *párison*, la *antíthesis* y el *homeotéleuton*, pero usó con perfección estos recursos ya ideados y prestó especial cuidado a la amplificación mediante los recursos del arte, al ritmo, a la construcción artística de la frase, al encuentro
504 grato de sonidos[106]. Esta dedicación preparó, sin duda, también la posibilidad de la elocuencia de Demóstenes. Pues Demóstenes fue discípulo de Iseo, pero llegó a ser émulo de Isócrates, a quien superó en apasionamiento y vehemencia, en la amplificación y en agilidad de palabra y de pensamiento. El estilo elevado de Demóstenes es más bien enérgico, el de Isócrates, más delicado y amable. Pongamos un ejemplo del estilo elevado de Demóstenes: «Para la humanidad entera el término de la vida es la muerte, aunque uno se guarde encerrándose en una habitación minúscula; pero es preciso que los hombres superiores intervengan en todas las nobles empresas, colocando ante sí como escudo la hermosa esperanza y soportando dignamente lo que depare la divinidad»[107]. En cambio, el estilo elevado de Isócrates se exorna así: «Cuando la tierra entera que yace bajo el cielo está escindida en dos, una parte llamada Asia, la otra parte Europa, él ha conseguido, en virtud del tratado, una de las mitades, cual si se repartiera la tierra con Zeus»[108].

---

[106] Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Sobre los antiguos oradores*, trad. y com. de ST. USHER, «Loeb Classical Library», Londres, 1974: *Isócrates* 3. Busca éste a toda costa la cadencia rítmica, es esclavo del ritmo y de la estructura periódica, aunque dé impresión de frialdad y sobreabundancia de palabras.

[107] *Sobre la corona* 97.

[108] Se refiere al reparto de poderes entre Zeus, Poseidón y Plutón. El beneficiado por el tratado de Antálcidas, en el año 387 a. C., es el gran rey. El pasaje citado es *Panegírico* 179.

Se mostraba reacio a la actividad política y se abstenía 505
de asistir a las asambleas, a causa de lo menguado de su voz y a causa también de la malevolencia que, en la vida política de Atenas, es un adversario hostil de los que hablan ante el pueblo mejor que cualquier otro. No obstante, no se mostró indiferente a los asuntos públicos. En efecto, a Filipo, en las cartas que le escribió, trató de ponerlo a bien con los atenienses; y, en sus escritos sobre la paz, trató de apartar a los atenienses del imperio del mar, en la idea de que por ello estaban mal considerados. Un discurso suyo es el *Panegírico*[109], que pronunció en Olimpia tratando de persuadir a Grecia de que emprendiera una acción militar contra Asia, poniendo fin a sus disensiones internas. Éste, aunque el más bello de sus discursos, dio pie a la acusación de que había sido compuesto partiendo de los trabajos de Gorgias sobre la misma cuestión. Los escritos más elaborados de Isócrates son el *Arquidamo*[110] y el *Sin testigos*[111]. Corre, a través del primero, el noble pensamiento de levantar los ánimos tras los sucesos de Leuctra, y no sólo es selecto el léxico[112], sino esplén-

---

[109] Acabado en el año 380, se decía que Isócrates había trabajado diez años en su composición.

[110] Escrito en el año 366. En él exhorta el rey Arquídamo a los espartanos vencidos en Leuctra, en 371, a no resignarse con la derrota y seguir luchando contra Tebas. Si de Isócrates conociéramos sólo lo que dice aquí Filóstrato, tendríamos muy escasa información. Desde luego, el *Panegírico* es el mejor de sus discursos, pero se nos escapan las razones por las que selecciona los otros dos mencionados, salvo la diversidad entre ellos.

[111] Esto es, el *Contra Eutínoo,* discurso para caso judicial en el que no se presentan testigos. Parece que el discurso del oponente fue escrito por Lisias. S. Usher, «The Style of Isócrates», *Bull. Inst. Class. Stud.* 20 (1972), 39, lo considera obra inmadura de la juventud de Isócrates, pero interesante por el uso que en él hace del *eikós*, lo verosímil.

[112] Dionisio de Halicarnaso, *Sobre ant. orad.* 2, comenta que evita las palabras arcaicas y oscuras, lo que entra, tal vez, en el ideal aticista de Dionisio.

dida la composición y con bríos de alegato forense, de suerte que, incluso el pasaje del mito sobre Heracles y las vacas, está expresado con vehemencia[113]. Por su parte, el *Sin testigos* muestra en sus ritmos fuerza contenida, pues redondea un pensamiento tras otro en períodos de extensión semejante.

506 Los discípulos de nuestro hombre fueron muchos; el más ilustre, el orador Hipérides; a Teopompo de Quíos y Éforo de Cumas yo no sabría ni denigrarlos ni admirarlos. Los que creen que la comedia hace a Isócrates víctima de sus pullas por ser constructor de flautas[114], se equivocan, pues era su padre Teodoro a quien, en Atenas, llamaban el fabricante de flautas; pero Isócrates mismo no era entendido en flautas ni en cosa alguna de oficio servil, pues no hubiera obtenido una estatua en Olimpia, de haberse dedicado a un trabajo humilde. Murió en Atenas[115], próximo a los cien años, y debemos considerarlo como uno de los caídos en las guerras, pues murió inmediatamente después de la batalla de Queronea porque no pudo soportar las nuevas de la derrota de Atenas.

18

507 Respecto de Esquines[116], hijo de Atrometo, que afirmamos ser el iniciador de la segunda sofística, hay que parar

---

[113] *Arquídamo* 19. Se trata del décimo trabajo de Heracles, que, por orden de Euristeo, trajo de la isla de Eritia, cerca de Gades, las vacas de Gerión, las llevó a Lacedemonia con infinitos padecimientos y hubo de recuperarlas cuando los Neleidas, con excepción de Néstor, se apoderaron de ellas.

[114] El padre tenía un taller en el que trabajaban esclavos. También el padre de Demóstenes poseía un taller de armas y muebles.

[115] «Se dejó morir de hambre», dice PSEUDO-PLUTARCO, *Vida de los diez oradores* 837f.

[116] Esquines, ateniense, nacido *ca.* 389 a C. de familia modesta (aunque no tan baja como pretende Demóstenes, puesto que un hermano fue

mientes en lo que sigue. La totalidad de los políticos de Atenas estaba dividida en dos bandos, los unos eran adictos al Gran Rey, los otros, a los macedonios. Los dirigían, al primer grupo, el de los complacientes con el Gran Rey, Demóstenes, del demo de Peania; al de los que tenían los ojos puestos en Filipo, Esquines, del demo de Cozoquides. Les llegaba con frecuencia dinero de ambos: del Gran Rey, porque con los atenienses mantenía ocupado a Filipo para que no se lanzara contra Asia; de Filipo, porque intentaba debilitar el poderío ateniense, obstáculo para sus empresas de ultramar.

Fue origen de la desavenencia entre Esquines y Demóstenes el hecho mismo de que el uno orientara la política en favor de un rey y el otro, en provecho del otro, pero también, según me parece, el ser de caracteres opuestos, pues de caracteres opuestos entre sí se engendran odios que no tienen fundamento. Opuestos eran los dos también por lo siguiente: era Esquines amigo de la bebida, amable en su trato y despreocupado, poseedor de ese atractivo que tiene su fuente en Dionisio[117], pues efectivamente había hecho

---

varias veces estratego), arruinada en las guerras del Peloponeso, llegó a tener cierto protagonismo en la vida política ateniense, después de ser mediano actor y escribano. Elegido, con otros, para defender en diversas ocasiones los intereses del pueblo ateniense como miembro de algunas embajadas, siguió una línea favorable a los proyectos de Filipo de Macedonia, en la que no faltan puntos oscuros. Ello fue causa de sus enfrentamientos con Demóstenes, en el último de los cuales, ocurrido en 330, tras oír a Demóstenes el discurso *Sobre la corona,* los atenienses no dieron a Esquines sus votos. No pudo o no quiso pagar la multa en que incurrían los que no obtenían un quinto de los votos, se exilió y parece que abrió una escuela de retórica en Rodas. La información de Filóstrato sobre su obra es exacta y completa. Se sitúa su muerte *ca.* 314.

[117] El teatro estuvo, desde sus orígenes, ligado al culto de Dionisio, divinidad sumamente compleja, protector de la fertilidad, rodeado de ale-

508 papeles trágicos secundarios[118] cuando muchacho. En cambio, Demóstenes tenía aspecto sombrío y grave frente, y bebía agua, por lo que se le contaba entre las personas malhumoradas y de carácter difícil. Y, particularmente, cuando iban los dos en unión de otros en embajada ante Filipo y compartían las mismas vicisitudes, el uno se mostraba de buen humor y afable con sus colegas de gestión, el otro, seco y tomándolo todo en serio. Aumentó su enemistad el debate sobre Anfípolis delante de Filipo, cuando Demóstenes se quedó cortado en su discurso[119]. En cambio, Esquines[120] no era de los que en alguna ocasión tiran el escudo, para cualquiera que tenga en cuenta lo sucedido en Taminas[121], en donde los atenienses vencieron a los beocios. Su notable actuación mereció una corona de la ciudad, además de por otras causas, por haber mostrado rapidez extraordinaria en llevar la buena nueva de la victoria. Cuando lo acusó Demóstenes como culpable del fracaso de Fócide, lo absolvieron los atenienses[122]; pero, mientras que Antifonte[123] fue

---

gría orgiástica, cuyos adoradores, mayoritamente mujeres, entraban en éxtasis místico en medio de tumultuosos ritos.

[118] Demóstenes insulta a Esquines llamándolo *tritagōnistḗs,* con el sentido de actor de tercera fila, de los peores. La palabra, según parece, es invención de Demóstenes.

[119] Cf. ESQUINES *Sobre la embajada infiel* 34. Seguramente exagera con malignidad alguna vacilación de su rival en aquella difícil gestión.

[120] El texto es inteligible, de acuerdo con Krayser que no marca *crux*.

[121] Al final de *Sobre la embajada infiel* 167 sigs., hace Esquines, siguiendo las convenciones usuales, ostentación de su comportamiento como soldado. En Taminas de Eubea obtuvo especiales distinciones, en el 354.

[122] Por escaso margen de votos a su favor.

[123] Cf. PLUTARCO *Demóstenes* 14: un cierto Antifonte que había prometido a Filipo incendiar los arsenales fue condenado por el Areópago y ejecutado.

sentenciado por un tribunal, él fue castigado sin juicio[124] y los miembros del Areópago le prohibieron colaborar con ellos hablando en defensa de su autoridad en el templo de Delos. Nombrado delegado para el Consejo Anfictiónico[125], no escapó ante el pueblo a la sospecha de haber colocado él mis- 509
mo a Filipo en Elatea, al perturbar al Consejo Anfictiónico con razones engañosas e invenciones. Escapó de Atenas a escondidas, no por haber sido obligado a exiliarse, sino por alejarse de la degradación cívica a la que quedó reducido en el litigio con Demóstenes y Ctesifonte[126] por fracasar en el número de votos. Era objetivo de su viaje presentarse ante Alejandro, en la idea de que éste llegaría muy pronto a Babilonia y Susa, pero, cuando arribó a Éfeso y se enteró de que aquél había muerto[127] y de que la situación en Asia estaba muy alterada, se detuvo en Rodas; como la isla era adecuada para dedicarse a la enseñanza, convirtió a Rodas en un centro de estudios sofísticos y pasó su vida allí ofreciendo sacrificios a la tranquilidad y a las Musas, entremezclando peculiaridades áticas en los hábitos de los dorios.

Como pronunciaba discursos improvisados con fluidez y confiado en la inspiración, fue el primero en conseguir elogios en esta modalidad. Pues hablar al dictado de la ins-

---

[124] Se le había encomendado defender, en Delfos, la autoridad de los atenienses en el templo de Apolo en Delos. Como censura a la conducta política de Esquines, se envió, en su lugar, a Hipérides.

[125] Fue delegado ante el Consejo Anfictiónico en el año 339.

[126] Aparentemente, en el discurso se trataba de legitimar la proposición de Ctesifonte para conceder una corona de oro a Demóstenes en el 336. En realidad, fue, seis años más tarde, un proceso a la actividad política de Esquines.

[127] Parece excesivo el error de Filóstrato. ¿Debemos entender que Esquines había estado en otros lugares de Asia esperando la ocasión de encontrar a Alejandro y que al llegar a Éfeso, supo la noticia de muerte, en el año 323?

piración no era todavía cosa corriente en las actuaciones de los sofistas, sino que empezó a partir de que Esquines improvisara bajo el estímulo de la inspiración de la divinidad, al modo de los que emiten oráculos. Aunque había sido discípulo de Platón y de Isócrates[128], mucho fue también lo
510 que consiguió de su propio natural. Hay luz de claridad en sus discursos, tierna gravedad, gracia junto con sutileza. En una palabra, la calidad de su oratoria es demasiado poderosa para dejarse conquistar por imitación.

Los discursos de Esquines son tres; según algunos, hay un cuarto, *Sobre Delos,* que da una idea falsa de su elocuencia. No podría haber compuesto los discursos sobre Anfisa, el pueblo que consagró al dios el territorio de Crisa, de modo tan especiosamente hábil y grato, tratando de perjudicar a Atenas, según dice Demóstenes, y, en cambio, en los mitos relativos a Delos en los que cabe hablar sobre la naturaleza y linaje del dios, sobre sucesos remotos, haberse desenvuelto torpemente, y eso, cuando intervenía con su discurso, en representación de los atenienses, en una cuestión que éstos no estimaban nimia: el no ser privados de su primacía en el templo de Delos. Quede limitada, pues, la obra literaria de Esquines a tres discursos[129]: el *Contra Timarco,* la *Defensa de la Embajada* y la acusación *Contra Ctesifonte.* Hay todavía una cuarta obra suya, las *Cartas,* no muchas pero llenas de erudición y sentido moral. De sus cualidades éticas hizo una demostración ante los rodios, pues habiendo leído, en una ocasión, en público, el discurso *Contra Ctesifonte,*

---

[128] Es más creíble que se haya hecho a sí mismo, sin deber demasiado a algún profesor o escuela. Su experiencia de actor pudo ser muy útil, además, a un hombre de inteligencia notable. Cf. Kennedy, *The Art of Rhetoric...,* pág. 237.

[129] Pronunciados en 346, 343 y 330, respectivamente. Nadie admite la autenticidad de las 12 cartas que tenemos bajo su nombre.

ellos se sorprendieron de que con un discurso de tal calidad hubiera sido derrotado y tachaban a los atenienses de insensatos, pero él dijo: «No os sorprenderíais, si hubierais oído a Demóstenes en su discurso de réplica.» Con estas palabras, no sólo elogiaba a su enemigo, sino que dejaba libres de censura a los jueces.

19

Pasando por alto[130] a Ariobarzanes de Cilicia, a Jenofrón de Sicilia y a Pitágoras de Cirene, los cuales no parecían ser capaces de concebir un discurso ni tampoco de expresar lo que habían pensado, sólo que, por falta de sofistas auténticos, eran buscados con interés por los griegos de su época, lo mismo que las arvejas, por los que no tienen trigo, vayamos a Nicetes de Esmirna[131]. Pues este Nicetes, que 511

[130] No faltan nombres ni doctrina retórica en este *vacuum* de cuatro siglos, silenciados por Filóstrato, puesto que la educación isocratea perduraba. Tampoco es la única peculiaridad de las *Vidas*, que no pretenden ser meramente una historia de rétores ilustres. Filóstrato no tiene interés por el largo intervalo de Esquines a Nicetes, encuentra en este último el tipo de sofista más cercano a los de la época imperial, como decimos en la *Introducción*.

[131] C. P. Jones, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971, pág. 15, estima que la estancia de Plutarco en Esmirna, durante el reinado de Nerón, pudo deberse al deseo de oír las lecciones de retórica de Nicetes el sofista. Nerón fue, en buena parte, promotor de la segunda sofística por su protección y favor a Nicetes Sacerdos. También A. Boulanger, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de nôtre ère*, Paris, 1968 (1.ª ed., 1923), pág. 84, n. 1, coloca su *acmé* en época de Nerón. Plinio el Joven, *Epístolas* VI 6, fue alumno suyo en Roma y, allí, pudo coincidir con estos personajes Dión de Prusa. Su también discípulo Escopeliano fue la estrella de la sofística en la Esmirna de Domiciano. Esta ciudad, en adelante, albergó a las más prestigiosas figuras de la profesión. Nicetes hubo de viajar a la Galia para sostener un proceso. Viajes, escuela, procesos, intervenciones en la vida pública, son justamente las constantes que

encontró el arte de la retórica aislado en un mal rincón, lo dotó de accesos aún más rutilantes que los que él mismo había construido para Esmirna, con los que unió la ciudad a las puertas del camino de Éfeso y consiguió, por la grandiosidad de la obra, poner a la misma altura sus hechos y sus palabras. Este hombre, en asuntos jurídicos, parecía mejor que los expertos en oratoria forense y superior a los sofistas, en lo que atañe a la profesión sofística[132], por adaptarse a ambas modalidades con destreza y por mero deseo de emulación. Pues ornamentaba el lenguaje forense con la amplificación sofística y fortalecía la declamación sofística con el aguijón de la lengua judicial. El estilo de sus discursos está lejos de la antigua elocuencia política; es, en cierto modo, báquico y ditirámbico, ofrece expresiones singulares e insólitas como «los báquicos tirsos gotean miel» y «los manantiales de leche»[133].

Considerado digno de la más alta estima —¿qué tributo clamoroso de admiración no le ofrecería Esmirna, por hombre admirable y orador excelso?—, no asistía, sin embargo, con frecuencia a la asamblea y, cuando el pueblo le acusaba de tener miedo, replicó: «Temo al pueblo cuando ensalza, más que cuando censura.» En cierta ocasión un recaudador de impuestos se mostró grosero con él en un tribunal diciéndole: «Deja de aullarme»; a lo que, con fina gracia, Nicetes le contestó: «Por Zeus, cuando dejes tú de morderme.»

---

figuran en los biografiados de Filóstrato. Ignoramos la fecha de la muerte de Nicetes que pudo ocurrir muy a fines del siglo I d. C. El emperador mencionado en 512 debe ser Nerón, no Nerva.

[132] Filóstrato repetirá este cliché en otras ocasiones.

[133] Cf. Eurípides, *Bacantes* 710 sig. Eurípides es el trágico preferido de los sofistas, por su lenguaje más afín al de la oratoria y el abundante uso de sentencias (cf. H. North, «The use of Poetry in the training of the ancient orator», *Traditio* 8 [1952], 1, 19).

El viaje de este hombre hasta más allá de los Alpes y del Rin tuvo lugar por orden del emperador y la causa del viaje fue la siguiente. Un cónsul de nombre Rufo inspeccionaba[134] la rendición de cuentas públicas de Esmirna con acritud y mala intención. Nicetes, habiendo discrepado con él ásperamente en un asunto, dijo: «Adiós», y no volvió a presentarse ante el funcionario. Mientras el cónsul estuvo al mando de una sola ciudad, no pensó en que había sufrido un desaire, pero, cuando se le encomendó el mando de las tropas de Galia, se acordó de su enojo —pues los acontecimientos venturosos, además de encumbrarlos en otros aspectos, impulsan a los hombres a no soportar ya lo que, antes de su buena fortuna, soportaban con criterio de hombre común— y presentó al emperador Nerva una serie de graves quejas contra Nicetes. El emperador le contestó: «Lo oirás tú mismo cuando se defienda; si lo encuentras culpable, imponle el castigo.» Al escribir así, no desamparaba a Nicetes, sino que predisponía a Rufo al perdón, ya que Rufo no condenaría a muerte a un hombre de tal calidad si de él dependía, ni le impondría ningún otro castigo, a fin de no parecer riguroso a quien lo había erigido en juez de su enemigo. Por esta razón se desplazó hasta el Rin y la Galia y, al comparecer para su defensa, conmovió de tal modo a Rufo, que derramó éste por Nicetes lágrimas en mayor cantidad que el agua que le había concedido[135] y lo dejó marchar no sólo sin da- 512

[134] El *curator o logistés* es un comisionado imperial, inspector de cuentas. Cf. E. L. Bowie, «Greeks and their Past in the Second Sophistic», *Past and Present* 46 (1970), 3, donde dice, en pág. 37: «La creciente interferencia de Roma en la administración y las finanzas de las ciudades griegas empieza con casos aislados y acaba por imponer un *curator*. El primer indicio de estos funcionarios aparece en la vida de Nicetes.»

[135] El agua de la clepsidra que medía el tiempo concedido para su defensa.

ño, sino como persona admirable, incluso entre los más insignes de Esmirna. Tiempo después, el sofista licio Heraclides[136] trató de rectificar a nuestro orador y escribió el *Nicetes enmendado,* sin darse cuenta de que intentaba engastar en un coloso primicias de pigmeo.

20

Iseo[137], el sofista sirio, se entregó a los placeres en su juventud, vivía dominado por la comida y la afición al vino,
513 se vestía con tejidos delicados, era muy dado al amor y participaba sin recato en escandalosas francachelas. Pero, cuando llegó a hombre, cambió, de suerte que podría creerse transformado en otro, pues la jovialidad que parecía ser su envoltura la eliminó de rostro y mente; no estaba cerca ya, ni siquiera en el teatro, de los sones de liras y flautas, se despojó de los finos vestidos y la ropa de colores, moderó su mesa, renunció al amor, como si hubiera perdido sus ojos de antes. Así, al preguntarle el rétor Ardis si cierta mujer le parecía hermosa, muy sensatamente Iseo contestó: «He dejado de tener los ojos enfermos.» Y cuando otro le preguntó

[136] Cf. II 26, 612.

[137] Filóstrato da a Iseo como representante de una escuela de naturalidad y sencillez que busca, ante todo, la elocución normal y rechaza los efectos melódicos y el lenguaje ampuloso de que gustan otros sofistas. Debía de tener unos sesenta años hacia el año 100 d. C., cuando Plinio habla de él muy elogiosamente en *Epístolas* V 20 y II 3. La comparación de Juvenal, *Sátiras* III 74, *Isaeo torrentior,* alude a su facundia portentosa, tal vez porque, aun hablando con sencillez y sin ornatos barrocos, lo hacía con fluidez sobreabundante, que compensaba su escasa habilidad para la auténtica improvisación. Le gustaba ser considerado filósofo, como Dión o Favorino, sus contemporáneos. En todo caso, «la maravillosa facilidad de elocución, que Iseo debía a un trabajo encarnizado, era casi proverbial» (cf. Boulanger, *Aelius Aristide...,* págs. 94 y sig.). *Assyría,* por *Syría,* en el nombre de Iseo es muestra de arcaísmo usual.

qué ave o qué pescado eran más exquisitos para comer, «He dejado», le respondió Iseo, «de interesarme en estas cosas, pues he comprendido que recogía los frutos de los jardines de Tántalo»[138], indicando, sin duda, al que esto le preguntaba que los placeres todos son sombra y sueño.

A Dionisio de Mileto, que fue su discípulo, en una ocasión en que éste declamaba salmodiando, lo reprendió diciéndole: «Jovencito de Jonia, yo no te enseñé a cantar.» Cuando un muchachito jonio admiraba ante él la altisonante frase de Nicetes en el *Jerjes:* «Atemos a Egina a la nave del Gran Rey», soltando una carcajada, Iseo comentó: «Insensato, ¿y cómo la llevarás a altar mar?»[139].

No pronunciaba sus declamaciones improvisando, sino 514
que las repasaba desde la aurora al mediodía. Cultivó un estilo oratorio ni ampuloso ni pobre, sino sencillo y natural y apropiado a los temas. La concisión[140] al expresarse, eso,

---

[138] Lugar común sofístico que alude a la vanidad y la nada de los placeres, a la futilidad de las cosas. «¿Conocéis los jardines de Tántalo, que existen, pero no existen?», dice FILÓSTRATO en su *Vida de Apolonio* IV 25, y los menciona, asimismo, en *Vidas de los sofistas* II 14, 595. Se alude a la versión homérica, en *Odisea* XI 582-592, según la cual, Tántalo, de pie en una laguna del Hades con el agua hasta la barbilla, tiene sed y no puede beber porque el agua desaparece reabsorbida por la tierra cuando lo intenta. Dulces frutos penden de los árboles sobre su cabeza y cuando extiende las manos para alcanzarlos el viento se lo impide levantándolos hasta las nubes Es un castigo por haber servido en la mesa de los dioses las carnes de su propio hijo. Hay otras versiones tanto de la culpa como del castigo, sin que falten quienes lo consideren un hombre divino y bueno (cf. *Vida de Apolonio* III 25).

[139] La recitación salmodiada y las frases altisonantes eran cosa común en los sofistas. Filóstrato y otros prefieren la estudiada simplicidad.

[140] PLINIO, *Epístolas* II 3, alaba, entre otras cualidades, su finura y elegancia, así como la inteligente composición. Tal vez su estilo no era del gusto de todos, si consideramos el pasaje en el que JUVENAL, *Sátiras* III 74, alude a Iseo: «Inteligencia viva, audacia desvergonzada, más torrencial que Iseo... eso es un griego.»

y la habilidad para condensar cualquier asunto en una breve síntesis, son un hallazgo de Iseo, como demostró en muchas otras ocasiones, pero, de modo especial, en lo que sigue. Hacía figurar, en un alegato, a los lacedemonios deliberando sobre la conveniencia de amurallarse y, con una cita de Homero, decía sucintamente:

«Se apretaban escudo con escudo, casco con casco, hombre [con hombre[141],

estadme así, lacedemonios, y ya tenemos muralla.» En un discurso de acusación presentó a Pitón de Bizancio[142], encarcelado por prescripción de un oráculo, acusado de traición, en el momento de celebrarse el juicio por traición después de la marcha de Filipo, y resumió el cargo en tres puntos, pues lo que dijo se halla en estas tres ideas: «Pruebo que Pitón ha sido traidor con el dios que ha emitido el oráculo, con el pueblo que lo ha encarcelado, con Filipo que ha partido; pues el uno no habría dado el oráculo, si no hubiera sido un traidor; el otro no lo habría encarcelado, de no ser tal; el último no se hubiera marchado, si no fuera porque no encontró a aquél por quien vino.»

21

Sobre Escopeliano[143], el sofista, voy a hablar atacando primero a los que tratan de denigrarlo, pues lo consideran

---

[141] Es el verso 215 de *Ilíada XVI;* la muralla de Esparta estaba en la fortaleza, el valor y la unión de sus ciudadanos.

[142] Ya hemos mencionado en n. 26 la posible confusión con León de Bizancio en la tradición. En todo caso, este tema aparece con frecuencia en las declamaciones de otros sofistas.

[143] Poco más sabemos de Escopeliano de lo dicho aquí. Hay que suponerlo hombre ya hecho cuando se le encomienda la embajada ante Domi-

indigno del círculo de los sofistas y lo llaman ditirámbico, inmoderado y romo. Eso es lo que dicen de él los discutido- 515
res de sutilezas vanas, los perezosos, los que carecen de alientos para improvisar[144], pues por naturaleza es el hombre un ser envidioso. Critican, por ejemplo, a los altos los bajos, a los hombres apuestos los feos, a los ligeros y buenos corredores los lentos y paticojos, a los valientes los cobardes, los incapaces para la música a los dotados para ella, al asiduo de la palestra los que no ejercitan su cuerpo; y no hay que sorprenderse de que los tartamudos, y los que han puesto en su lengua el buey del silencio[145] y ni tienen ellos mismos un pensamiento sublime ni cuando lo concibe otro lo reconocen, desdeñen y censuren al orador que ha pronunciado discursos más ágiles, osados y grandiosos que ningún otro griego de su tiempo. Y como no comprendieron a este hombre, voy a darlo a conocer yo, y cuál era su rango y el de su familia.

Fue él, en efecto, sumo sacerdote de Asia, y lo fueron sus antecesores, todos, de padres a hijos; grande es esta corona y superior a riquezas cuantiosas. Nacido junto con otro

---

ciano. Su vida pudo acabar a finales del reinado de Trajano o comienzos del de Adriano. Con su maestro, Nicetes, e Iseo figura entre los grandes iniciadores de la Segunda Sofística. Su estancia en Atenas podría situarse *ca.* 117. Los manuscritos dicen que, en esta ocasión, Ático obsequió a su hijo con quinientos talentos y con quince a Escopeliano.

[144] El arte de improvisar, la grandiosidad y el éxito de este sofista deben de ser lo que motiva la apasionada defensa de Filóstrato. Nótese que censura habitualmente buena parte de los modos oratorios aquí enumerados. Lo que parece indudable es que Escopeliano fue estrella rutilante de la sofística.

[145] Dicho proverbial, significativo de silencio. Es posible que exprese la evidente imposibilidad de hablar con un buey sobre la lengua; o una alusión a los muertos, bien callados, con su moneda, que pudo llevar un buey grabado, en la boca, para abonar a Caronte el paso de los ríos infernales en su barca.

hermano gemelo, ambos niños estaban en la cuna, tenían cinco días de edad, y uno de ellos fue fulminado por un rayo, mientras el otro no resultó afectado en ninguno de sus sentidos, aunque yacía al lado del niño alcanzado por la chispa. Sin embargo, el fuego del rayo fue tan violento y sulfúreo que, de los que se hallaban cerca, a unos, los mató por efecto del terror, a otros, les dañó los oídos y los ojos, a otros, la descarga les alteró la mente. Pero Escopeliano no fue alcanzado por ninguno de estos males, pues pasó su vida, hasta edad avanzada, en excelente estado y sana disposición. Quiero explicarte[146] el motivo por el que me asombro de esto. Estaban comiendo una vez en Lemnos bajo una gran encina ocho segadores cerca del llamado Cuerno de la isla; este lugar es un puerto que se curva a modo de finos
516 cuernos. Cubrió una nube la encina y descargó un rayo sobre ella; ésta fue alcanzada y los segadores, cuando el golpe fulminante cayó sobre ellos, en lo que cada uno estaba haciendo así murió; éste levantando una copa, aquél bebiendo, uno amasando, otro comiendo, otro haciendo cualquier otra cosa perdieron la vida, ennegrecidos por el humo, como el bronce de las estatuas ahumado por estar cerca de las fuentes del fuego. Hasta tal punto creció aquél sin faltarle el amparo de los dioses, que se libró de la muerte producida por el rayo, a la que no escapan ni los campesinos más fuertes, y quedó indemne en sus sentidos, ágil de mente, dominador del sueño, además de que, verdaderamente, cualquier tipo de indolencia le era ajena.

Asistió a las clases de retórica de Nicetes de Esmirna, profesional brillante de la declamación artística, pero muy superior en sus actuaciones ante los tribunales de justicia. Cuando le suplicaron los clazomenios que declamara en su

[146] Más que a Gordiano, puede dirigirse Filóstrato al lector.

propia patria, diciéndole que Clazómenas progresaría grandemente si un hombre de sus cualidades les impartiera sus enseñanzas, rehusó, no sin delicadeza, diciendo que el ruiseñor no canta en una jaula, que consideraba a Esmirna como bosque que acogía su voz sonora y que estimaba del más alto valor el eco que allí se le ofrecía. Pues Jonia entera era un recinto dedicado a las Musas, pero Esmirna[147] gozaba de una posición esencial, como en los instrumentos de música el puente[148].

Las causas por las que su padre, de afable y complaciente que era se le volvió aspérrimo, se cuentan de mil modos, ya siendo una la causa, ya otra, ya varias, pero yo voy a exponer la más veraz. Después de la madre de Escopeliano, el anciano intentaba unirse a una mujer, como concubina y no legalmente; aquél, al enterarse, lo reconvino y trató de disuadirlo, cosa ésta odiosa para los viejos. Ella entonces ur- 517
dió una fábula contra el hijo: que, por estar enamorado de ella, no soportaba el fracaso. Colaboró con ella en la calumnia un esclavo, cocinero del viejo, de nombre Citero, adulando, como en una comedia, a su amo y diciéndole así: «Señor, tu hijo quiere que mueras ya, sin conceder a tu vejez una muerte natural, que no ha de tardar, planea una mala acción e intenta comprar también la ayuda de mis manos. Pues tiene para ti venenos homicidas de los cuales me manda echar el más ponzoñoso en uno de mis guisos, prometiéndome la libertad, y campos, y casas, y dinero, y todo lo que yo apetezca de tu hacienda; eso, si le hago caso, pero si no, latigazos, tortura, gruesos grilletes y la insoportable picota.» Y como daba vueltas en torno a su amo con tales halagos, cuando, no mucho después, éste se encontraba en

[147] Triunfar en Esmirna era consagración definitiva para un sofista.
[148] Lo mismo dice de Dión, en I 7, 487.

trance de muerte y otorgó testamento, fue nombrado heredero y denominado su hijo, sus ojos, su alma entera. No hay que asombrarse de esto, pues engañó a un viejo enamorado, que tal vez no estaba en sus cabales a consecuencia de la edad y del enamoramiento mismo —en efecto, hasta los jóvenes cuando se enamoran no hay uno que conserve la sensatez—, sino de que pareciera superior a la habilidad oratoria de Escopeliano y a su éxito profesional en los tribunales de justicia cuando el esclavo litigaba contra él por las disposiciones del testamento, empleando como arma contra su destreza las propias riquezas de aquél. Pues, sacando dinero de los bienes y sobornando con cantidades disparatadas de dinero a un tiempo las lenguas todas y los votos de los jueces, consiguió sentencia favorable en la totalidad del litigio, por lo que Escopeliano decía que la hacienda de Anaxágoras se había convertido en pastizal de ovejas[149] y la suya en pastizal de esclavo. Citero, que llegó a ser persona destacada en la vida política, cuando, ya viejo, se percató de que su hacienda producía menos y de que era tan poco estimado como para recibir golpes de un hombre a quien reclamaba dinero, fue a suplicar a Escopeliano que no tuviera en cuen-
518 ta su resentimiento y su cólera contra él y recuperara la hacienda de su padre dejándole a él una parte de la casa, que era muy grande, para que no viviera míseramente, y que le concediera dos de los campos que estaban junto al mar. Y casa de Citero se llama, hoy todavía, la parte de la mansión en que acabó sus días. Doy todos estos datos para que no se ignoren y para que se advierta por ellos que los hombres

[149] El abandono de las tierras de Anaxágoras se debería a su total dedicación a la filosofía. La noticia tiene amplia tradición, cf. PLATÓN, *Hipias mayor* 283a; PLUTARCO, *Moralia* 831; FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio* I 13.

son juguetes no sólo de la divinidad, sino también unos de otros[150].

No es sorprendente que, cuando Escopeliano ejercía su magisterio en Esmirna, se congregaran en ella jonios, lidios, carios, meonios, eolios, los griegos de Misia y Frigia, pues es Esmirna puerta cercana a estos pueblos al estar perfectamente dotada de vías de acceso por tierra y mar. Pero es que hacía venir a capadocios y sirios, hacía venir a egipcios y fenicios, a los más distinguidos de los aqueos y a toda la juventud de Atenas. Daba impresión a la gente de indolencia y despreocupación, porque, en los momentos previos a la declamación, tenía, las más de las veces, reuniones con los magistrados de Esmirna, en las que se ocupaba de asuntos públicos; pero sacaba el mejor partido de su natural, que era brillante y capaz de nobles ideas; por el día trabajaba menos, pero, en cambio, podía prescindir del sueño más que persona alguna, por lo que solía decir: «Oh noche, tú participas de la sabiduría más que ninguno de los dioses»[151], y la hacía auxiliar de sus trabajos; se decía, en efecto, que trabajaba sin detenerse desde el anochecer a la madrugada.

Era afecto a toda clase de poesía, pero abusaba de la tragedia tratando de emular a su maestro en grandilocuencia —pues, en este aspecto, Nicetes era muy admirado—, y llegó a tal extremo de ampulosidad, que hasta compuso una *Gigantíada* y dio a los Homéridas temas para sus composi-

[150] Que el hombre es un juguete de la divinidad es vieja idea griega (cf. Platón, *Leyes* 644d, 803c), y que también puede serlo del hombre (cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio* IV 36).

[151] Es un verso de Menandro ligeramente modificado, concretamente, el *fragmento* 199 de Meinecke. En lugar de «sabiduría», Menandro escribía «Afrodita».

ciones[152]. De los sofistas, tenía especial afinidad con Gor-
519 gias de Leontinos, y de los oradores, con los de más brillantes resonancias de lenguaje. Era hombre de donaire natural, más que afectado, pues es cosa natural para los jonios expresarse con ocurrente elegancia, pero a él le rebosaba el humor incluso en sus discursos, porque tenía a la grave seriedad por huraña e ingrata. Se presentaba ante la asamblea con rostro despreocupado y alegre y, mucho más, cuando había ira en las deliberaciones, pues moderaba los ánimos y los aplacaba con la amable disposición de su espíritu. Su comportamiento en los tribunales no era codicioso ni agresivo, pues se aprestaba gratuitamente a la defensa de los que corrían el riesgo de pena capital, y, a los que se mostraban injuriosos en sus discursos y creían conveniente hacer un alarde de energía, solía llamarlos viejecillas beodas y rabiosas. Daba sus clases de declamación a cambio de emolumentos que eran diferentes de uno a otro, según los bienes de cada cual; se presentaba ante el público ni soberbio o altanero ni amedrentado, sino como era natural que lo hiciera quien iba a contender por su propia fama, seguro de que no fallaría. Hablaba desde el asiento con elegancia, pero, cuando hablaba puesto en pie, su palabra tenía vehemencia y se volvía enérgica. No ordenaba sus ideas en el interior ni ante el público, sino que, apartándose a un lado, en un instante lo repasaba todo. Tenía una voz potente y de gratas inflexiones y se golpeaba a menudo el muslo, con lo que se mantenía alerta a sí mismo y a sus oyentes. Era excelente en el discurso con sentido encubierto y para expresarse de modo equívoco, pero digno de mayor admiración en los temas de

[152] Cf. Reardon, *Courants littéraires...*, pág. 230: «La poesía en el siglo II, donde no era erudición versificada, parece no haber sido más que una rama, especializada y menor, de la retórica.» Hablar de Homéridas en esta época es un anacronismo irónico.

gran fuste y, mucho más, en los concernientes a los medos, en los que figuran los Daríos y los Jerjes, temas éstos que, en 520
mi opinión, ha sido él el mejor en exponerlos de todos los sofistas y en transmitir a sus discípulos su modo de exponerlos; en ellos, como un actor en escena, hacía ver la soberbia y ligereza de las costumbres de los bárbaros. Se decía que en estas declamaciones se movía agitadamente como en delirio báquico y, al decir un discípulo de Polemón que declamaba redoblando el tambor, Escopeliano recogió la burla y replicó: «Sí, pero ejecuto el redoble sobre el escudo de Áyax.»

Sus embajadas ante el emperador fueron numerosas, ya que en su gestión solía acompañarle el éxito; la más notable de ellas, la relacionada con las viñas. Pues llevó a cabo esta embajada no sólo en nombre de los ciudadanos de Esmirna como la mayoría de las veces, sino de Asia entera. Voy a contar el motivo de la embajada. Había decidido el emperador que no hubiera viñas en Asia, porque era opinión común que, cuando estaban bebidos, planeaban sublevaciones, y que se arrancaran las ya plantadas y no se plantaran más[153]. Eran precisos, pues, una embajada en representación de todos y un hombre que, como un Orfeo, como Támiris[154], usara poderes de fascinación en su favor. De común acuerdo escogieron a Escopeliano y aquél, en su misión, logró un triunfo tan sobrado, que regresó no sólo con el permiso para plantar

[153] Parece que las razones de Domiciano para este edicto fueron, más bien, económicas, pues coincidió una gran escasez de grano con un notable excedente de vino. Tal vez influyó en su ánimo la desolación que habían causado los terremotos de la zona del Bósforo. Cf. SUETONIO, *Domiciano* XIV 4, Y FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio* VI 42. La fecha posible, el año 91 d. C.

[154] Lugar común para aludir al poder de fascinación de la palabra (cf. n. 19).

vides, sino con amenaza de sanciones contra los que no lo hicieran. Cuánta celebridad ganó por la cuestión de la defensa de las vides lo muestran sus palabras, pues el discurso figura entre los más admirados; lo muestran también las consecuencias del discurso, pues él recibió obsequios que es costumbre ofrecer en una corte, y muchas felicitaciones y elogios, y un grupo de brillantes jóvenes lo acompañó, además, a Jonia, enamorados de su destreza.

521 Cuando estuvo en Atenas, lo recibió como huésped el padre del sofista Herodes Ático, que lo admiró por su oratoria más que en otro tiempo a Gorgias los tesalios. Así, cuantos bustos de los antiguos oradores había en los porches de la casa ordenó que los derribaran a pedradas, en la idea de que habían perjudicado a su hijo. Herodes era, a la sazón, todavía un muchacho bajo la autoridad de su padre, entusiasta tan sólo de la improvisación, si bien no se sentía seguro en ella, pues en aquel entonces aún no había sido discípulo de Escopeliano ni conocía el enérgico esfuerzo del discurso improvisado, por lo cual acogió con agrado la estancia de nuestro orador. Luego, pues, que le oyó hablar y organizar un discurso improvisado, se alzó con alas propias por su ayuda y llegó a estar bien preparado; y, pensando que su padre se deleitaría, le anunció una declamación a la manera del huésped. Su padre disfrutó de la imitación y le obsequió a él con cincuenta talentos y a Escopeliano con quince; pero el muchacho le dio, además, a Escopeliano, tomándolo de su propio regalo, la misma cantidad que su padre le había entregado, llamándolo, además, su maestro. Y, al oírla de boca de Herodes, esta palabra fue para él más dulce que las fuentes del Pactolo.

La buena suerte que gozaba en sus embajadas puede colegirse también por lo que sigue. Precisaban los de Esmirna de alguien que fuera como embajador en su nombre, y la ra-

zón de la embajada era de suma trascendencia. Él estaba envejeciendo, ya había pasado la edad de viajar y fue nombrado Polemón que nunca había desempeñado antes una embajada. Cuando éste suplicaba a la divinidad por su éxito, pidió que le fuera dado tener el poder de persuasión de Escopeliano y, abrazándolo delante de la asamblea, muy finamente citó en su honor Polemón las palabras de la Patroclía:

Concédeme ceñir tus armas a mis hombros por si me toman [por ti[155].

Y Apolonio de Tiana, que superaba en sabiduría a la humana naturaleza, ponía a Escopeliano entre los hombres dignos de admiración[156].

22

Dionisio de Mileto[157], ya viniera como dicen algunos de muy ilustres antepasados, ya, según otros, fuera simplemente hombre libre, debe quedar aparte de esta cuestión, puesto 522
que alcanzó lustre por sus propias cualidades y acogerse al

[155] Es la súplica de Patroclo a Aquiles en *Ilíada* XVI 40.

[156] Resulta muy problemática la autenticidad de las cartas de Apolonio a Escopeliano, entre otras razones, porque, seguramente, éste no había nacido o era demasiado joven para tal correspondencia.

[157] En las excavaciones de 1968, en Éfeso, se ha encontrado (aunque en sitio distinto del ágora) la tumba de Dionisio de Mileto, un gran sarcófago que nos ha dado su nombre completo, hasta ahora ignorado (cf. *Rev. Ét. Gr.* 84 [1971], 491, número 574 del *Bull. Ép.).* Tuvo alguna diferencia importante (como Favorino y otros sofistas) con el emperador Adriano, según se colige de Dión Casio, LXIX 3, 4 (cf. capítulo IV de Bowersock, *Greek Sophists...).* Filóstrato es casi nuestra única fuente de información sobre Dionisio. Ha sido hallada, recientemente, en el ágora de Mileto una inscripción dedicada a Dionisio por uno de sus libertos, cf. L. Robert, *Bull. Corr. Hell.* 101 (1977), 125, n. 191.

seguro de sus antecesores es propio de los que no consiguen el elogio por sí mismos. Fue discípulo de Iseo, hombre, como he dicho, que hablaba con naturalidad, y se ajustó notablemente a este modelo[158] y, además, a su secuencia ordenada de pensamientos, pues también esto es, en efecto, propio de Iseo. Aunque ponía dulzura de miel en sus reflexiones, no se embriagaba en los efectismos declamatorios como algunos de los sofistas, sino que los usaba con parquedad, advirtiendo siempre a sus alumnos que había que probar la miel con la punta del dedo, no con el hueco de la mano[159], según aparece probado en todos los discursos pronunciados por Dionisio, en los judiciales basados en una cuestión de hecho, o de derecho, o dichos personificando fielmente a una de las partes[160], y, sobre todo, en el *Lamento por Queronea*. Pues, cuando describía a Demóstenes después de Queronea denunciándose a sí mismo ante el Consejo[161], daba fin al discurso con esta monodia: «¡Oh Queronea, tierra perversa», y nuevamente: «¡Oh Beocia desertora a los bárbaros pasada. Gemid, héroes, bajo tierra, hemos sido vencidos junto a Platea!» Y, otra vez, en el discurso en que se juzga a los arcadios por su profesión de mercenarios: «La guerra es artículo de mercado y los males de los griegos alimentan a Arcadia», y además: «Nos amenaza una guerra sin fundamento.»

---

[158] Hubo de corregir algunos excesos, como hemos leído en las noticias sobre Iseo (I 20, 513). Las citas que aporta Filóstrato no denotan demasiada sencillez.

[159] Expresión proverbial.

[160] Fundamento esta traducción, especialmente, en JEAN COUSIN, *Études sur Quintilien*, I 172, Amsterdam, 1967.

[161] Invención literaria muy usada como tema de discurso. Así también, Polemón en I 25, 542.

Tal era habitualmente el estilo de Dionisio y, en consonancia con él, sus declamaciones iban adelante cuando las había repasado, durante el rato que solía Iseo. La leyenda 523
que se cuenta sobre Dionisio de que ejercitaba a sus alumnos en la mnemotecnia según métodos caldeos[162], voy yo a mostrar de dónde viene. Artes de la memoria no hay ni podría haberlas, pues es, de un lado, la memoria la que nos proporciona las artes y, de otro, ella misma no puede ser enseñada ni obtenida por arte alguno, ya que es una cualidad superior de la naturaleza o una parte del alma inmortal: pues nunca las cosas humanas podrían ser tenidas por inmortales, ni sería enseñable lo que aprendemos, a no ser que la memoria tuviera su morada entre los hombres[163]. Sobre si hay que llamarla madre o hija del tiempo no discutamos con los poetas, sea lo que ellos quieran. Además de esto, ¿quién que figure entre los sabios sería tan necio como para, con daño de su propio buen nombre, cubrir de oprobio, por emplear artes de mago ante sus alumnos, incluso las enseñanzas dadas con rectitud? ¿De dónde, pues, les venía a sus alumnos la feliz memoria? Las declamaciones de Dionisio parecían

---

[162] Los conocimientos de los caldeos, a decir verdad, se tenían más por científicos, si puede hablarse así, que por esotéricos. No obstante, Filóstrato defiende aquí claramente a Dionisio de la calumnia de usar métodos mágicos. No se equivoca Bowersock, *Greek Sophists...*, pág. 116, cuando achaca la acusación a los enemigos de Dionisio, envidiosos de algún método propio para desarrollar la memoria, tal vez particularmente eficaz. También Adriano de Tiro (II 10, 590) fue tildado de usar artes mágicas.

[163] Como ocurre con frecuencia, muchas ideas de Platón se expresan como algo conocido y familiar. Hay aquí un eco de sus opiniones sobre la reminiscencia en *Menón* 81c, d. Ph. de Lacy, en Bowersock, *Approaches...*, págs. 6 y sig., estima estas alusiones a la obra de Platón, sin mencionarlo, como prueba de que se le conocía muy bien. Desde luego los oyentes o lectores de Arístides, por ejemplo, necesitaban estar familiarizados con el filósofo para seguir el curso de sus ideas. En las *Vidas* encontramos referencia a once diálogos platónicos.

fuentes inagotables de deleite y, muchas veces, se sentía obligado a repetirlas cuando comprendía que estaban gozosos de oírlas. Los muchachos de mejor retentiva las imprimían en sus mentes y las recitaban a los demás, una vez que las habían retenido más con la ayuda del ejercicio que con el auxilio de la memoria, por lo que fueron llamados virtuosos de la memoria, gente que había hecho de esta práctica
524 un arte[164]. Basándose en ello algunos dicen que las declamaciones de Dionisio son un montón de retazos espigados de aquí y de allá, en la idea de que cada uno añadía algo a lo que él había compuesto sucintamente.

Recibió grandes distinciones de cuantas ciudades lo admiraban por sus dotes; extraordinarias, de manos del emperador. Adriano, en efecto, lo nombró sátrapa[165] de pueblos muy importantes, lo hizo inscribir en el orden ecuestre y en las listas de los que son alimentados en el Museo[166]. El Museo es una mesa del Estado, en Egipto, que reúne como invitados a los hombres más ilustres de la tierra. Recorrió muchas ciudades y tuvo relación con muchas gentes, pero nunca se le tachó de impúdico o fanfarrón, porque se mostró

---

[164] Los griegos admiran la buena memoria, facultad preciosa, y conocen artificios para ejercitarla al máximo. Sin duda los sofistas, obligados por su profesión a retener toda suerte de reglas e innumerables pasajes de autores ilustres, usaban sistemas de mnemotecnia. (Cf. *Kleine Pauly*, y LAUSBERG, *Manual de Retórica...*, s. v. *memoria;* J. MARTIN, *Antike Rhetorik. Technik und Methode. Handbuch der Altertumswissenschaft*, Múnich, 1974, pág. 349. H. CAPLAN, *Of eloquence*, Ithaca-Londres, 1970, capítulo IX.) Herodes sufría por la mala memoria de su único hijo vivo (cf. II 1, 558).

[165] Esto es, lo puso al frente de una provincia. Una inscripción encontrada en Éfeso le da el título de *procurator*, cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 52, n. 3. Ya se ha dicho que las relaciones con el emperador no siempre fueron cordiales.

[166] Lo fundó Ptolomeo I Soter, en Alejandría, como institución para acoger a investigadores y eruditos a expensas públicas.

siempre sensato y equilibrado. Los que atribuyen a Dionisio el *Araspes, el enamorado de Pantea*[167], desconocen los ritmos de Dionisio, desconocen los demás aspectos de su elocuencia, ignoran su arte de argumentación oratoria. Pues este escrito no es de Dionisio sino de Céler[168], el autor de un tratado de retórica; Céler fue un buen secretario imperial, pero muy deficiente en declamación, y estaba en malas relaciones con Dionisio desde muchacho.

No se me pasen por alto aquellos datos que escuché, precisamente, de Aristeo, el más anciano de los griegos de mi tiempo y el mejor informado sobre los sofistas. Se hacía viejo Dionisio en medio de brillante fama, accedía a la cima de su arte Polemón todavía desconocido para Dionisio, cuando se presentó aquél en Sardes para defender una causa ante los Centumviros, bajo cuya presidencia se sustanciaban los procesos en Lidia. Llegó al atardecer Dionisio a Sardes y 525
preguntó a Dorión el critico, que era su huésped: «Dime, Dorión, ¿qué hace Polemón aquí?» Y Dorión contestó: «Un hombre riquísimo de Lidia, que corre el riesgo de perder su hacienda, ha traído a Polemón como abogado desde Esmirna, persuadiéndolo con unos honorarios de dos talentos, y

[167] Las vicisitudes de la vida de Pantea fueron narradas en verso por Sotéricho y por un sofista llamado Céler; en prosa, JENOFONTE en la *Ciropedia,* desde fines del libro IV al comienzo del VII. Pantea, esposa de Abradates de Susa, mujer de asombrosa belleza, formaba parte del botín de Ciro victorioso, quien encomendó su custodia a Araspes, enamorado apasionadamente de ella desde el mismo instante en que la vio. Hasta Ciro se cuidaba de no verla para que su belleza no llegara a apartarlo de sus obligaciones. Pantea acaba suicidándose sobre el cadáver de su marido. Un cuadro que representa la Historia de Pantea es el II 9 descrito por FILÓSTRATO en sus *Cuadros.* Cf. O. SCHÖNBERGER, *Die Bilder,* Múnich, 1968 pág. 403.

[168] Es posible que se trate de Canisio Céler, rétor, maestro de Marco Aurelio; o el Céler que menciona Arístides en L 57, secretario imperial. Cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists.,* pág. 53.

mañana intervendrá en el juicio.» Y Dionisio dijo: «¡Qué feliz casualidad me haces saber si consigo escuchar a Polemón!, ya que nunca he llegado a conocerlo.» Y Dorión contestó: «Parece preocuparte este joven que progresa hacia la fama.» «Ni me deja dormir siquiera, por Atenea, dijo Dionisio, sino que hace brincar mi corazón y también mi mente al pensar en cuán numerosos son sus admiradores. Para unos, su boca parece una fuente de doce caños, otros miden su lengua a codos, como las crecidas del Nilo. Tú podrías aliviar mi inquietud diciendo qué cualidad superior, cuál inferior, has visto en mí y en aquél.» Y Dorión, muy sensato, contestó: «Tú mismo, Dionisio, serás el mejor juez de ambos, pues tú, por tu saber, eres capaz de conocerte a ti mismo y no errar en la opinión sobre otro.» Le oyó Dionisio pronunciar el discurso de defensa y, cuando se marchaba del tribunal, dijo: «Fuerza tiene el atleta, pero no le viene de la palestra.» Cuando Polemón oyó esto, fue a la puerta de Dionisio y le anunció que iba a pronunciar allí una declamación; acudió aquél, y Polemón, tras una actuación brillantísima, se acercó a Dionisio y, apoyando su hombro con-
526 tra el de éste como los que van a participar en la lucha a pie firme, dijo, bromeando donosamente:

eran antiguamente, sí, eran fuertes los milesios[169].

La tierra entera es sepulcro de los hombres ilustres[170], mas la sepultura de Dionisio está en el lugar más visible de Éfeso, pues está enterrado en el ágora[171], en el lugar princi-

[169] Proverbio cuyo origen desconocemos. Con alguna diferencia está constituido el verso 1003 del *Pluto* de Aristófanes.

[170] Célebre frase de Tucídides, II 43, 3.

[171] El sarcófago no ha sido encontrado en el ágora. O Filóstrato está mal informado, o fue trasladado de lugar. Confrontar n. 157.

pal de Éfeso, donde falleció tras pasar la época anterior de su vida enseñando en Lesbos.

23

Loliano de Éfeso fue el primero en regir la cátedra de retórica de Atenas[172] y rigió también al pueblo ateniense, pues desempeñó en Atenas el cargo de estratego[173], magistratura ésta que, antiguamente, se encargaba de la leva de tropas y de conducirlas a la guerra y, ahora, se cuida de las vituallas y del abastecimiento de trigo. Una vez, se produjo un alboroto en los puestos de venta de pan y, cuando los atenienses se disponían a apedrear al estratego, Pancrates, el cínico, el que más tarde cultivó la filosofía en el Istmo, sólo con ponerse ante los atenienses y decir: «Loliano no es vendedor de pan, sino de palabras», puso de tan buen humor a los atenienses, que soltaron las piedras que tenían en la mano. En una ocasión en que llegaba de Tesalia un barco con un cargamento de cereal y no había dinero en las arcas públicas, encomendó a sus discípulos hacer una colecta de fondos y se reunió una gran cantidad. Esto parecerá propio 527
de un hombre de recursos y diestro en asuntos de Estado; lo

---

[172] Se está, generalmente, de acuerdo en que esta cátedra de retórica es la municipal, esto es, la costeada por los atenienses. Aunque no conocemos fecha exacta de su institución, tuvo lugar en el reinado de Antonino Pío. Más tarde, en la década de 170 a 180, Marco Aurelio instituye una cátedra imperial. Cf. I. Avotins, «The Holders of the Chairs of Rhetoric at Athens», *Harv. Stud. Clas. Phil.* 79 (1975), 313 s., y O. Schissel, «Lollianus aus Ephesos», *Philologus* 82 (1927), 181.

[173] Desempeña su función de estratego, esto es, de *curator annonae,* magistrado encargado del aprovisionamiento de trigo en el reinado de Adriano o en el de Antonino. Fue, además, sacerdote de Ártemis. Cf. S. Follet, *Athènes au II et au III siècle. Études chronologiques et prosopographiques,* Paris, 1976, pág. 194. Con Herodes, es el más egregio representante de la sofística en Atenas, en época de Adriano.

que voy a decir lo acredita de hombre justo y generoso: devolvió este dinero a los que habían contribuido reduciéndoles los honorarios por su enseñanza.

Este sofista tenía reputación de ser sumamente hábil en su arte[174], y muy sagaz para elaborar convenientemente las posibilidades dialécticas que hay en la invención apoyada en las reglas, y era un portento en la exposición, sencillo en la concepción de sus temas y en la disposición de sus pensamientos. Brillan en su discurso destellos que cesan al instante, como la luz del relámpago. Aparece este rasgo en toda su obra, pero especialmente en lo que sigue. Reprochaba, en una declamación, a Leptines el que, por culpa de su ley, no llegara a los atenienses el grano del Ponto[175] y, en el momento culminante, dijo así: «Cerrada está la boca del Ponto por una ley y unas pocas sílabas impiden el aprovisionamiento de Atenas; el mismo poder tiene Lisandro luchando con sus barcos, que Leptines luchando con su ley.» Otra vez declamaba argumentando contra los atenienses que, por agobios financieros, proyectaban vender las islas y dijo así con vehemencia: «Anula, Poseidón, la gracia de estar fija que dispensaste a Delos, déjala huir ya que la han vendi-

[174] En una lista de prítanos de fecha posterior a Adriano, aparece también el nombre de Loliano. Un epigrama inscrito en la base de una estatua dedicada por sus discípulos nos recuerda su trabajo como abogado. Schissel ha reunido los escasos fragmentos de una *Téchnē* de Loliano. Cf. P. Graindor, *Athènes sous Hadrien*, El Cairo, 1931, págs. 199 y sigs.

[175] Situación imaginaria que nunca llegó a producirse puesto que la ley de Leptines, votada en 356 a. C., no llegó a entrar en vigor por la intervención previa de Demóstenes, que la atacó victoriosamente en 355. La supresión de las exenciones de cargas publicas y privilegios que proponía Leptines hubiera producido mínimos beneficios y, tal vez, grandes males, como disgustar al regente del Bósforo, por donde pasaba el trigo que tanto necesitaba Atenas, además de anular honores tradicionalmente mantenidos por la democracia ateniense.

do»[176]. Improvisaba al modo de Iseo, de quien había sido discípulo. Percibía generosos emolumentos y enseñaba en sus clases no sólo declamación, sino también los ejercicios retóricos elementales[177]. Estatuas suyas había en Atenas[178], una en el ágora y otra en el bosquecillo que, según se dice, había plantado él mismo[179].

24

No omitiré al sofista Marcos de Bizancio[180], en defensa del cual yo me permitiría reconvenir a los griegos porque,

[176] Es dudoso que se trate de una situación real pero no deja de ser sorprendente como invención. GRAINDOR, *Athènes sous Hadrien,* pág. 192, piensa que la pobreza del Estado ateniense pudo inducir a sus magistrados a poner en venta alguna de las islas que poseían. Quizá Loliano hizo desistir de su propósito a los atenienses, ayudado por la generosidad de Adriano, que acudió en ayuda de Atenas. En el siglo I se había producido una situación semejante para la isla de Salamina. En el mito, Poseidón había concedido a Delos que vagaba flotando por los mares, la gracia de quedar fija. O, quizá fue Apolo, por ser la isla el lugar de su nacimiento.

[177] Esto no debía ser cosa frecuente, cuando Filóstrato lo reseña.

[178] Su fama no se debía sólo a su actividad de sofista y a sus funciones públicas. Un códice del siglo II ha mostrado 46 fragmentos de una obra de la que se da como autor a Loliano, el papiro de Colonia 3328, editado por A. HENRICHS, *Die Phoinikiká des Lollianos,* Bonn, 1972. Se trata de una novela, *Phoinikiká,* de la que es parte también el texto del papiro de Oxirrinco 1368. Cf. M. FDEZ. GALIANO, «Diez años de Papirología griega», *Estudios Clásicos* 23 (1979), 292, y C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972, págs. 317 y sigs. Últimamente, Henrichs duda de la autenticidad de la atribución. Ya se ha dicho que Loliano escribió también un manual de retórica.

[179] Por una inscripción sabemos que estaba vivo en 142, no cuándo murió. Al menos tuvo una hija, Hordeonia Pulchra, cf. FOLLET, *Athènes...,* pág. 194.

[180] Muy poco más puede añadirse a lo que escribe Filóstrato sobre MARCOS DE BIZANCIO. Hay algunos datos más aportados por la arqueología. Es posible que Marcos haya sido profesor de Marco Aurelio. Indicio

siendo de tal calidad como voy a mostrar, todavía no ha al-
528 canzado la celebridad que le corresponde. El linaje de Marcos retrocede hasta el antiguo Bizante[181]; su padre, del mismo nombre, tenía esclavos dedicados a la pesca en Hierón, el Hierón cercano a las bocas del Ponto. Fue su maestro Iseo, de quien aprendió a expresarse con naturalidad, que él ornamentó, además, con graciosa delicadeza. Ejemplo más que suficiente del estilo de Marcos es la declamación del *Espartiata que aconseja a los lacedemonios no admitir a los que vuelven de Esfactería sin armas*[182]. En efecto, comenzaba su tema de este modo: «Como un lacedemonio que hasta su vejez ha conservado el escudo, yo mataría gustoso a estos hombres que lo han abandonado.» Cómo era este hombre en la presentación de sus discursos puede colegirse por lo que sigue. Cuando enseñaba en sus clases cuán amplio y variado es el arte de los sofistas ponía como símil del discurso el arco iris y empezaba la introducción así: «El que ve el arco iris como un solo color no ve nada que le admire, el que ve sus colores, todos, se embelesa.» Los que atribuyen esta parte introductoria a Alcínoo, el estoico, se equivocan en el estilo de su elocuencia, se equivocan, asimismo, respecto a la verdad, son los más injustos de los hombres y despojan a este sofista incluso de sus escritos profesionales.

---

de sus funciones es el hallazgo de monedas de Bizancio con su nombre. Se ha encontrado un sarcófago perteneciente a un hijo o esclavo suyo. Cf. Bowersock, *Approaches...*, pág. 39.

[181] Bizante, hijo de Poseidón, habría fundado la ciudad de Bizancio, fortificándola con ayuda de su padre y de Apolo. Tener antepasados míticos era un honor del que se hacía ostentación. Cf. en la biografía de Herodes Ático, II 1, 545.

[182] Los despojaron de sus derechos cívicos, aunque más tarde se los restituyeran (Cf. Tucídides V 34).

El gesto de sus cejas y el aspecto meditativo de su rostro revelaban a Marcos como sofista[183]; en efecto, estaba siempre con la mente ocupada en alguna reflexión y ejercitándose en los recursos que conducen a la elocuencia improvisada. Esto se revelaba en la fijeza de sus ojos clavados, casi siempre, en secretos pensamientos, según él mismo confesaba. En efecto, cuando le preguntó uno de sus amigos cómo había declamado el día anterior, contestó: «Por lo que a 529
mí respecta, bien; por lo que respecta a mis discípulos, menos bien.» Al sorprenderse el amigo de su respuesta, «Yo, dijo Marcos, incluso en silencio estoy trabajando y me ejercito en dos y aun tres temas junto con el que expongo al público.» Solía llevar descuidados barba y cabellos, por lo que parecía a la gente más rústico de lo que debiera un hombre cultivado. Eso mismo le ocurrió a Polemón, el sofista, con él. Se presentó en la escuela de Polemón, siendo ya hombre famoso, cuando se estaban sentando los que concurrían a la sesión, y lo reconoció uno de los que habían visitado Bizancio y se lo descubrió a su vecino, éste al siguiente, y se extendió a todos la noticia de que era el sofista de Bizancio. Por lo que, cuando Polemón solicitó los temas[184], se volvieron todos a Marcos para que lo propusiera. Y, al preguntar Polemón: «¿Por qué miráis hacia el rústico?; él no os va a dar un tema», Marcos alzó mucho la voz como solía e, irguiendo la cabeza, dijo: «Lo propondré y declamaré.» En ese momento, Polemón cayó en la cuenta de quién era, al identificar su acento dorio, y pronunció un discurso dedicado a él, extenso y admirable, dejándose llevar por la inspi-

[183] Filóstrato gusta de introducir algún rasgo fisiognómico Descubrir el espíritu de un hombre por sus rasgos exteriores es cosa que está de moda en época imperial. Recordemos la codificación de escritos anteriores, hecha por Polemón en su tratado de fisiognómica.

[184] Para improvisar sobre aquel que fuera grato a los oyentes.

ración del momento; y, una vez que declamó y lo oyó declamar, suscitó admiración y la tributó.

Con posterioridad a esto, llegó Marcos a Mégara —ciudad fundadora de Bizancio—, cuando estaban los megarenses enemistados con los atenienses, con ánimos caldeados como si se acabara de promulgar el conocido decreto contra ellos[185], y no consentían su presencia en los Juegos Píticos Menores cuando llegaban. Pero Marcos se presentó en medio de ellos y de tal modo cambió la disposición de los megarenses, que los convenció para que abrieran sus casas y recibieran a los atenienses con sus mujeres y sus hijos. Lo admiró también el emperador Adriano cuando fue como
530 embajador en nombre de los bizantinos, ya que fue el mejor dispuesto de los emperadores de otros tiempos para ensalzar la valía personal.

25

Polemón[186], el sofista, no era de Esmirna, según creen los más, ni, como creen algunos, de Frigia, sino que es ori-

[185] Se refiere al decreto megárico promulgado por Pericles en 432 a. C., por el que se prohibía a los megarenses abordar en los puertos de la confederación ático-délica, lo que suponía la ruina para la pequeña y activa polis del istmo.

[186] Polemón de Laodicea vivió desde *ca.* 87 a *ca.* 143. Honrado desde su juventud por ciudades y emperadores, famoso hasta extremos inimaginables, entusiásticamente admirado, incluso, por sus colegas de profesión, acompañado siempre de éxito clamoroso, riquísimo, amigo de los emperadores, hijo predilecto de Esmirna, que no era su ciudad natal, su prestigio lo rodeó de todo cuanto un hombre puede apetecer en el mundo. No faltaron espíritus más críticos, como se desprende de FRONTÓN, *Epístolas* II 5. Lo que nos ha llegado de él parece decepcionante, porque lo apreciamos de modo distinto a como lo hacían sus contemporáneos o porque sus palabras necesitan la voz, el gesto y el ambiente en que se crearon. Los dos discursos suyos que leemos pertenecen al género judicial. Con ellos trata

ginario de Laodicea de Caria, en las riberas del río Lico, ciudad situada en el interior pero más poderosa que las de la costa. La familia de Polemón fue y aún lo es fecunda en cónsules, y muchas ciudades le fueron afectas, especialmente Esmirna. Pues éstos, desde su primera juventud, vieron en él algo extraordinario y acumularon sobre su cabeza todas las coronas otorgadas en la ciudad, confiriéndoles a él y a su familia los privilegios más codiciados en la ciudad, pues les concedieron a él y a sus descendientes presidir los juegos Olímpicos instituidos por Adriano[187] y embarcarse en la trirreme sagrada, que, en el mes Ancesterión[188], es llevada 531
procesionalmente al ágora y que el sacerdote de Dioniso dirige como piloto soltando sus amarras desde el mar.

Por el hecho de ejercer su profesión en Esmirna, la favoreció en los siguientes aspectos. En primer lugar, hizo que

---

de decidir si corresponde hacer el elogio fúnebre por los muertos de Maratón al padre de Cinegiro o al de Calímaco, ambos caídos en la batalla. Se supone que una ley concedía este honor al padre del combatiente más valeroso. El tema de los maratonómacos, con todas las invenciones imaginables, era cantera inagotable. —Además de su amplia producción oratoria, de la que tan poco poseemos, Polemón escribió un tratado de fisiognómica del que nos ha llegado una traducción al árabe, una paráfrasis en griego de Adamancio de Alejandría y una versión latina anónima tardia. Cf. E. C. Evans, *Physiognomics in the Ancient World* (Transactions of the American Philosophical Society, vol. 59, 5.ª) , Filadelfia, 1969, págs. 11 y sigs.— De entre sus editores y estudiosos mencionamos a H. Hinck, *Polemonis sophistae declamationes*, Teubner, Leipzig, 1873; R. Förster, *Scriptores Physiognomonici graeci et latini* vols. I-II, Leipzig, 1893; H. Jüttner, *De Polemonis rhetoris vita operibus arte* (Breslauer philol. Abhand., VIII, 1), Breslau, 1898; W. Stegeman, *Antonius Polemon, der Hauptvertreter der zweiten Sophistik*, Stuttgart, 1942. Remitimos, además, a los índices I y II de Bowersock, *Approaches...*

[187] Estos juegos se celebraban en Esmirna.

[188] Mes que se extendía, aproximadamente, de mediados de febrero a mediados de marzo actuales. La temperatura suele ser benigna en esta época en la región.

la ciudad pareciera más poblada de lo que estaba, ya que afluyó a ella la juventud de los continentes y las islas, una juventud ni licenciosa ni con lacras de chusma, sino seleccionada y puramente griega. Además, consiguió que se gobernara con espíritu de concordia y sin revueltas; antes, Esmirna era víctima de sediciones, pues los habitantes del interior tenían desavenencias con los que vivían cerca del mar. También en las embajadas fue hombre benemérito para la ciudad, presentándose ante los emperadores y defendiendo su estilo de vida peculiar[189]. A Adriano[190], inclinado a los efesios, de tal modo lo cambió a favor de los de Esmirna, que en un solo día aquél vertió generosamente diez millones de dracmas sobre Esmirna con los que se construyó el mercado del trigo, el gimnasio más grandioso de Asia y un templo visible desde la lejanía, el templo que, sobre una altura, parecía hacer frente al Mimante[191]. También les ayudaba amonestando a los que cometían errores en la vida pública y, haciéndoles sensatas advertencias, consiguió, igualmente, desterrar toda soberbia y arrogancia, cosa tanto más importante cuanto que no era propio del modo de ser jonio cambiar de hábitos.
532 Les ayudó también, sin duda, en lo que voy a decir. Los litigios que sostenían entre sí no consintió que los llevaran a otra parte, sino que hizo que se sustanciaran en la ciudad. Me refiero a los litigios por asuntos de dinero, pues los juicios contra adúlteros, ladrones, sacrílegos y homicidas, de los que, si no se tiene cuidado, se origina impu-

---

[189] La embajada sustituyendo a Escopeliano tuvo lugar en Roma, ante Trajano, *ca.* 113 (cf. I 21, 521).

[190] Una inscripción hallada en Esmirna corrobora la información de Filóstrato sobre los logros de Polemón ante Adriano.

[191] El monte que se halla al N. de la pequeña penísula, paralela a la cual se extiende la isla de Quíos que llama Homero «ventoso Mimante» en *Odisea* III 172.

reza, no sólo los animó a llevarlos a otros lugares, sino, incluso, a eliminarlos a todos de Esmirna, pues en su opinión requerían un juez provisto de espada. Las críticas que sufría de todo el mundo porque, cuando viajaba, le seguían una numerosa recua de acémilas, muchos caballos, muchos esclavos, muchas razas de perros, cada una para un tipo de caza, en tanto que él mismo viajaba en un carruaje con frenos de plata de Frigia o de la Galia, eso, precisamente, conseguía celebridad para Esmirna, pues a una ciudad le prestan brillantez su ágora y la suntuosidad de los edificios, pero también se la presta una familia próspera porque no sólo una ciudad da fama a un hombre sino que también la recibe de él. Atendía, no menos, Polemón a Laodicea, visitaba con frecuencia a su familia y prestaba ayuda en los asuntos públicos en la medida de sus posibilidades.

Las mercedes que le otorgaron los emperadores fueron éstas: el emperador Trajano, viajar por tierra y mar libre de gabelas; Adriano, la misma exención para todos sus descendientes y, además, lo hizo inscribir en el círculo del Museo para la manutención honorífica que se practicaba en Egipto[192], y, en Roma, cuando pidió doscientas cincuenta mil 533
dracmas, sobrepasó esta suma sin que aquél dijera que le hacía falta ni advertir el emperador que se la daría. Le acusaron los de Esmirna de haber dispuesto, para su propio solaz, de gran parte de las donaciones en dinero concedidas a ellos por el emperador, y el emperador envió, entonces, una carta concebida en los siguientes términos: «Polemón me ha dado cuentas del dinero que os he concedido.» Si bien es cierto que esto pudiera llamarse indulgencia, sin duda no hubiera podido conseguir indulgencia en asuntos de dinero de no haber alcanzado las cimas excelsas de otros méritos.

---

[192] Cf. I 22, 524 y n. 166.

El Olimpieon de Atenas[193], construido después de un lapso de quinientos sesenta años, fue consagrado por el emperador como una grandiosa batalla contra el tiempo y encargó también a Polemón que pronunciara un discurso en la ceremonia. Y éste, como solía, fijando los ojos[194] en sus pensamientos a medida que se le presentaban, se entregó al discurso y, desde el umbral del templo, pronunció una pieza oratoria extensa y admirable, y desarrolló, como proemio del discurso, la idea de que el estímulo inicial del discurso
534 no le había surgido sin ayuda de la divinidad. El emperador[195] puso a bien con Polemón a su propio hijo Antonino en el momento de la transmisión del cetro, cuando se convertía de mortal en dios. Qué fue lo que ocurrió, necesario será que lo refiera. Cuando Antonino tenía a su cargo el gobierno de toda Asia[196], fue a alojarse, una vez, a la morada de Polemón, como que era la mejor de Esmirna y de su más distinguido ciudadano; pero, por la noche, llegó Polemón de un viaje y se puso a decir a gritos en la puerta que era insoportable verse echado de su propia casa, y, a continuación, obligó a Antonino a mudarse a otra casa. Se enteró de esto el emperador, pero nada preguntó sobre ello para no

---

[193] Pisístrato había comenzado la construcción de este templo en el último tercio del siglo VI a. C. Se continuaron, sin acabarse, las obras *ca.* 174 a. C., por interés de Antíoco Epífanes. Se debe a Adriano la terminación del templo en 131. Herodes Ático debió de sentirse herido cuando se encomendó a Polemón el solemne discurso de la dedicación; aun cuando, como parece ser cierto, consideraba a Polemón superior a él.

[194] Gesto bien estudiado, corriente en la profesión, indicio de concentración en profundos pensamientos. En su tratado de fisiognómica, Polemón se ocupa extensamente de los ojos y de la mirada como medio de conocer el carácter de un hombre, sus cualidades espirituales.

[195] Su amistad con Adriano se confirma en la versión arábiga del tratado de fisiognómica, donde se menciona un viaje al E. en el que Polemón figuraba en el séquito del emperador.

[196] Como procónsul.

renovar la llaga; mas, pensando en lo que acontecería tras su muerte y en que, muchas veces, incluso la gente de buen natural sufre la incitación de personas que los encizañan e instigan, temió por la seguridad de Polemón, por lo cual, en sus disposiciones testamentarias acerca de los asuntos del Imperio, decía: «Polemón, el sofista, ha sido mi consejero en estas decisiones», con lo que lo preparaba para alcanzar perdón más que suficiente como gratitud por sus buenos servicios. Antonino solía bromear con Polemón sobre el incidente de Esmirna dando a entender que no lo había olvidado, si bien, por las mercedes con que lo encumbraba más en cada ocasión, garantizaba que no lo tenía en cuenta. Le gastaba así chanzas como ésta: cuando llegaba Polemón a la ciudad, Antonino lo abrazaba y decía: «Dad alojamiento a Polemón y que nadie lo eche.» Cuando un actor trágico que actuaba durante los Juegos Olímpicos de Asia, presididos por Polemón, aseguraba que iba a denunciarlo porque lo ha- 535
bía echado de allí al comienzo de la obra, preguntó el emperador al actor qué hora era cuando lo expulsó del teatro; contestó que mediodía, y, con muy fina gracia, el emperador comentó: «A mí me echó de su casa a media noche y no lo denuncié.»

Séame lo dicho prueba de la benignidad de un emperador y de la soberbia de un hombre. Era, en efecto, tan altanero Polemón, que hablaba a las ciudades en actitud de superioridad, a los emperadores en la disposición de quien no es inferior, a los dioses de igual a igual. Cuando desarrollaba ante los atenienses un discurso improvisado en la primera ocasión en que fue a Atenas, no hizo el elogio de la Ciudad, habiendo tantas razones que cualquiera hubiese podido citar en honor de los atenienses, ni se dilató hablando de su propia fama, aunque es éste asunto que suele beneficiar a los sofistas en sus exhibiciones, sino que, sabiendo bien que

conviene refrenar el temperamento de los atenienses más que exaltarlo, habló así: «Se dice que vosotros, atenienses, sois un público experto en materia de elocuencia. Voy a comprobarlo.» Llegó a Esmirna, con la intención de conocer Jonia, el soberano de la región del Bósforo, hombre bien formado en la cultura griega, y no sólo no figuró Polemón entre los que le presentaban sus respetos, sino que, incluso, dio largas a su reiterada pretensión de reunirse con él hasta que forzó al rey a presentarse a su puerta con una retribución de diez talentos. Fue a Pérgamo[197] cuando tenía una enfermedad en las articulaciones y durmió en el recinto del templo, y, cuando se le presentó Asclepio y le recomendó que se abstuviera de bebidas frías, dijo: «Señor excelentísimo, ¿y si tuvieras como paciente a un buey?»

Esta arrogancia y altanería las adquirió de Timócrates, el filósofo, con el que tuvo relación durante cuatro años cuan-
536 do fue a Jonia. No estará mal dar a conocer también a Timócrates. Era éste hombre del Ponto, y Heraclea su ciudad natal, gente afecta a la cultura griega. Se aplicó, al principio, al estudio de los tratados de medicina[198] y fue buen conocedor de las doctrinas de Hipócrates y Demócrito. Pero, cuando oyó a Eufrates de Tiro[199], se pasó con velas desplegadas a la modalidad filosófica de aquél. Era tan desmedidamente colérico, que, cuando hablaba, se le erizaban la barba y los cabellos de la cabeza como a los leones en la aco-

[197] El templo de Asclepio en Pérgamo era muy frecuentado, en época imperial, por enfermos que buscaban recuperar la salud y la amena sociedad de los allí reunidos. Entre los grandes sofistas, sabemos de las visitas de Hermócrates, Polemón y, por supuesto, de Elio Arístides.

[198] Es posible que se deba a la influencia de Timócrates el gusto de Polemón por la fisiognómica. Por Galeno sabemos que se tenía a Hipócrates como el fundador de esta rama de la ciencia. Timócrates nos es conocido sólo por lo que dice Filóstrato.

[199] Cf. n. 40.

metida. Era fértil de lengua, impetuoso y súbito, razones por las que contaba con la mayor admiración por parte de Polemón, que gustaba de tales vehemencias de lenguaje. Así, cuando se produjo una desavenencia entre Timócrates y Escopeliano porque éste se había entregado a los cuidados de las depiladoras y sus emplastos de pez, la juventud que frecuentaba entonces Esmirna tomó partido por uno u otro, y Polemón, que había sido discípulo de los dos, fue de los adictos a Timócrates y lo llamaba padre de su propio verbo. Y cuando se excusaba ante él por los discursos contra Favorino, reprimía su natural con aire circunspecto y humilde, como esos niños que temen los palos del maestro si han sido indisciplinados.

También ante Escopeliano adoptó esta actitud modesta, algún tiempo después, al ser elegido para desempeñar una embajada en representación de Esmirna: le suplicó, entonces, que le prestara su poder de persuasión a manera de armadura de Aquiles. Con Herodes, el ateniense, se comportaba en unas ocasiones con humildad, en otras con altanería. Voy a aclarar en qué consistía la cosa, pues es interesante y vale la pena recordarlo. Como Herodes apreciaba más el dominio de la elocuencia improvisada que su aureola de cónsul y descendiente de cónsules, cuando aún no conocía a 537
Polemón llegó a Esmirna para oír sus enseñanzas, por la época en que él inspeccionaba personalmente como *corrector*[200] las ciudades libres, lo abrazó y saludó muy afectuosamente y, al tiempo que separaba su boca de la boca de Polemón, dijo: «¿Cuándo, oh padre, te oiré?» Él pensaba que Polemón aplazaría su actuación diciendo que vacilaba en arriesgarse ante tan alta personalidad, pero aquél, sin

[200] Esto es, *diorthōtés* (cf. H. J. Mason, *Greek Terms for Roman Institutions*, Toronto, 1974, *s. v.*, e *infra*, n. 226).

evasivas, contestó: «Óyeme hoy. Vamos.» Al oír esto, dice Herodes que se sintió asombrado ante él, de la calidad de su lengua cuando improvisaba y de su talento. Este episodio pone de relieve el engreimiento de nuestro hombre y, por Zeus, su inteligencia, de la que se servía para causar turbación. Lo que sigue ahora atestigua su moderación y respeto por las conveniencias: cuando Herodes se presentó a su declamación lo acogió con un elogio extenso y digno de la elocuencia y las obras de Herodes. Los recursos de actor que utilizaba en las declamaciones se pueden conocer por Herodes, según éste cuenta en una de sus cartas a Bárbaro[201]; los describiré yo también tomándolo de allí. Se presentaba a las declamaciones con expresión de sosiego y confianza en el rostro; solía llegar en litera, porque estaba enfermo de las articulaciones. Los temas solicitados no los preparaba ante el público, sino que se retiraba de la vista de la gente un breve espacio. Su palabra era límpida y vibrante, inflexiones asombrosas resonaban en su voz. Dice Herodes que saltaba de su asiento en los puntos culminantes de sus temas, tal era su exceso de impetuosidad; y, cuando redondeaba un período, la frase final la emitía con una sonrisa, dando a entender que hacía su exposición enteramente sin esfuerzo, y hería el suelo, en algunos momentos de sus te-
538 mas, no menos que el caballo homérico[202]. Dice también Herodes que le oyó la primera declamación con disposición de juez, la segunda, anhelante por oírlo, la tercera, transido de admiración, pues, efectivamente, asistió a sus lecciones

[201] Tanto Kayser como Wright sustituyen en sus ediciones el *Bárbaros* de los manuscritos por un *Bâros* desconocido. Una inscripción hallada en el ágora de Atenas asegura que se trata de *M. Vettoulenos Civica Bárbaros,* cónsul ordinario en 157, amigo de Herodes y tío de Lucio Vero. Cf. FOLLET, *Athènes...*, pág. 36.

[202] En *Ilíada* VI 507.

durante tres días. Recoge Herodes los temas a cuyo desarrollo asistió. Era el primero: *Demóstenes niega con juramento el soborno de los cincuenta talentos*, acusación que presentó contra él Demades sobre el supuesto de que Alejandro había comunicado el hecho a los atenienses basándose en las cuentas de Darío; el segundo daba argumentos para derribar los trofeos de los griegos cuando la guerra del Peloponeso llegó a su fin con la paz[203]; el tercer tema daba razones para que los atenienses regresaran a sus demos después de Egospótamos[204]. Por estas sesiones dice Herodes que le envió ciento cincuenta mil dracmas, denominándolas honorarios de sus clases y que, como no las aceptó, se creyó despreciado, pero que, en una ocasión en que Munacio, el crítico, persona que procedía de Trales, bebía en su compañía, le advirtió: «Herodes, creo que Polemón, como soñaba con doscientas cincuenta mil dracmas, considera que ha recibido menos de lo debido, porque no le has enviado tan elevada cantidad.» Dice Herodes que le añadió entonces las otras cien mil dracmas y que Polemón las aceptó de buen grado, como quien cobra lo suyo. Herodes concedió también a Polemón como obsequio no presentarse después de él en una sesión de declamación, ni defender un argumento 539
tras él, y marcharse aquella noche de Esmirna para no verse obligado a hacerlo, pues también consideraba una insolencia ser obligado a algo. En adelante, mientras vivió, alabó siempre a Polemón y fue su más ferviente admirador. Así, cuando Herodes declamó en Atenas de modo insuperable el

[203] Tema que figuraba, sin duda, en el repertorio de muchos sofistas. Pedir que se declamara sobre un tema familiar era el mejor medio para que el público conociera las cualidades de un orador. Un poco más adelante se nos dice que también Herodes tenía una declamación sobre este mismo tema.

[204] Cf. I 17, 505. La tradición mantenía esta admonición desde Isócrates.

tema de los trofeos y fue aplaudido por el brío elocuente de su exposición, dijo: «Leed la declamación de Polemón y conoceréis a un orador excelso.» En las fiestas Olímpicas, cuando Grecia entera lo ovacionaba gritando: «Eres como Demóstenes», dijo: «Ojalá fuera como el frigio», designando así a Polemón, porque entonces Laodicea estaba integrada en Frigia. Cuando el emperador Marco le preguntó: «¿Qué opinas de Polemón?», Herodes recitó, fijos los ojos:

ruido de corceles de rápidos pies cerca mis oídos[205],

aludiendo a lo vibrante y sonoro de su palabra. Y, cuando le preguntó el cónsul Bárbaro[206] cuáles habían sido sus maestros, contestó: «Fulano y mengano, cuando yo recibía enseñanza; Polemón, cuando ya la impartía.»

Dice Polemón que oyó también las lecciones de Dión y que, por esta razón, hizo un viaje al país de los bitinios. Solía decir Polemón que había que llevarse las enseñanzas de los prosistas a hombros, las de los poetas, en carros[207].

También lo que sigue es un episodio de los que reportaron gloria a Polemón. Disputaba Esmirna por sus templos y sus atribuciones en ellos, y designaron a Polemón como abogado defensor de sus intereses cuando ya estaba llegando al final de su vida. Como murió al iniciarse el viaje para ir a defender estos derechos, la ciudad se puso en manos de otros abogados. Y como éstos expusieron torpemente su
540 asunto ante el tribunal imperial, dirigió el emperador[208] su

---

[205] *Ilíada* X 535.

[206] Cf. n. 201.

[207] Polemón nos dice, de este modo, que la escuela debe preparar al futuro orador de suerte que penetre y retenga más la obra de los poetas, que la de los prosistas, para usarla oportunamente. Cf. North, «The use...», pág. 31.

[208] Antonino Pío.

mirada a los representantes de Esmirna y preguntó: «¿No había sido designado Polemón abogado defensor de esta causa?» «Sí, respondieron, si te refieres al sofista.» Y el emperador dijo: «Tal vez haya escrito algún discurso abogando por los derechos en litigio, como era natural teniendo que exponer su defensa ante mí y sobre tan graves cuestiones.» «Tal vez, contestaron, oh emperador, pero no que sepamos nosotros.» Entonces el emperador aplazó el juicio hasta que fue traído el discurso y, una vez leído ante el tribunal, el emperador falló en consonancia con su contenido, y se marchó la gente de Esmirna tras lograr la victoria y diciendo que Polemón había resucitado para su bien.

Puesto que de los hombres ilustres son dignas de recordación no sólo las cosas dichas en serio, sino también las que se dicen en broma, citaré asimismo algunos rasgos de humor de Polemón a fin de que no parezca que han sido olvidados. Un muchacho jonio vivía en Esmirna una vida de molicie muy por encima de lo usual en Jonia; lo estaba aniquilando su enorme riqueza, que es mal maestro de naturalezas intemperantes. Era el nombre del muchacho Varo y tan estropeado estaba por los aduladores, que se hallaba persuadido de ser el más guapo de los hombres guapos, el más alto entre los altos, el de mejor familia y el más diestro de los que acudían a la palestra, así como de que ni tan siquiera las Musas preludiaban más dulcemente que él cuando se disponía a cantar. Cosas semejantes a éstas pensaba también de los sofistas, que superaría, incluso, la elocuencia de aquéllos cuando declamara, pues, en efecto, también practicaba la declamación; y los que recibían de él dinero en préstamo añadían al pago de intereses la obligación de oírlo cuando declamaba. Fue sometido también Polemón a esta gabela cuando todavía era joven y aún no estaba enfermo,
porque había tomado de él dinero a préstamo. Y como no se 541

mostraba servil ni asistía a sus declamaciones, el mozo estaba irritado y lo amenazaba con un requerimiento por deudor moroso. Los requerimientos son un escrito de la autoridad judicial anunciando un juicio en rebeldía contra el que no ha devuelto un préstamo. Como tacharan a Polemón sus allegados de poco amable y obstinado, porque, estando en su mano no ser demandado y beneficiarse del préstamo del muchacho con tal de que le ofreciera una señal de buena voluntad, no lo hacía, sino que lo provocaba y encolerizaba, dio oído a estos consejos y asistió a una audición. Pero, cuando, entrada ya la tarde, la declamación del mozo seguía adelante y no aparecía puerto alguno de arribada para el discurso, que estaba todo él plagado de solecismos, barbarismos y contradicciones, se levantó de un salto Polemón tendiendo las dos manos y dijo: «Varo, hazme llegar el requerimiento.»

Una vez, cuando el procónsul había mandado torturar a un facineroso convicto de múltiples delitos y decía no saber qué castigo habría digno de sus fechorías, Polemón, que se encontraba a la sazón presente, dijo: «Oblígale a aprenderse de memoria alguna antigualla.» Pues, aunque nuestro sofista había aprendido de memoria muchísimas líneas, consideraba este aprendizaje lo más fatigoso de su preparación. Otra vez, viendo a un gladiador que sudaba copiosamente, empavorecido ante un combate en el que le iba la vida, exclamó: «Estás tan angustiado como si fueras a declamar.» Encontró, en otra ocasión, a un sofista que compraba salchichas, anchoas y los alimentos más baratos y le dijo: «Amigo, es imposible representar la altivez principesca de Darío y Jerjes comiendo esas cosas.» Timócrates, el filósofo, le decía cierta vez que Favorino se había vuelto hablador en exceso y, agudamente, Polemón, «Como todas las viejas», dijo,
542 mofándose de sus aires de eunuco. Cuando un actor trágico,

en los juegos de Olimpia, invocaba[209]: «Oh Zeus», señalando al suelo, y «oh tierra», dirigiéndose al cielo, Polemón, que presidía estos Juegos Olímpicos, lo excluyó del certamen diciendo: «Éste ha incurrido en solecismo con la mano.» Sobre esto, nada más, pues ello basta para mostrar el humor de nuestro personaje.

El estilo[210] de los discursos de Polemón es emocional, vehemente, de penetrante sonoridad, como la trompeta olímpica; sobresale en él lo demosténico de su talento, la solemnidad sin pausada afectación, brillante e inspirada como la que surge del Trípode[211]. Se equivocan en su valoración los que dicen que maneja la agresión dialéctica mejor que ningún sofista, y que peor, en cambio, la defensa. Contradicen esta afirmación como incierta cualquiera de sus temas retóricos en los que desarrolla una defensa, pero, especialmente, el de *Demóstenes niega con juramento el soborno de los cincuenta talentos*. En la disposición de tan ardua defensa logró cumplido equilibrio entre el hilo dialéctico y el ornamento e industria de la exposición. Veo idéntico desacierto en los que entienden que eludía los temas de contenido ambiguo[212], obstaculizado en su carrera como un caballo por terreno abrupto, y que manifestaba su aversión por ellos recitando este pensamiento homérico[213]:

---

[209] Parte de una invocación de Eurípides, *Orestes* 1496. Se recitaban pasajes de los grandes poetas de la antigüedad.

[210] Conviene añadir el uso de léxico aticista, que equilibraría alguna excesiva frondosidad.

[211] Esto es, parecía hablar como inspirado por la divinidad, al modo de los que emiten oráculos.

[212] El miedo, la vergüenza, la discreción o la astucia obligaban a los personajes de estos temas a hablar veladamente, pero de modo que comprendiera el oyente avisado.

[213] *Ilíada* IX 312-313.

odioso para mí como las puertas del Hades es aquel que una cosa esconde en su pecho y otra dice,

pues, tal vez, decía esto aludiendo indirectamente a lo enojoso de tales temas, no obstante desarrollarlos también con maestría, como muestran: *El adúltero descubierto; Jenofonte quiere morir después de la muerte de Sócrates; Solón pide la anulación de sus leyes, al obtener Pisístrato su guardia personal,* y los tres Demóstenes: *El que se acusa a sí mismo después de Queronea; El que presenta como esti-*
543 *mación la pena de muerte para sí mismo en el asunto de Hárpalo,* y *El que aconseja la huida en las trirremes al llegar Filipo, aunque Esquines había hecho disponer por ley la muerte del que hablase de la guerra.* De entre los temas ambiguos desarrollados por él, en éstos, especialmente, pone riendas al discurso y la secuencia de ideas mantiene el doble sentido.

Sometido, con frecuencia, a cuidados médicos cuando sus articulaciones se iban anquilosando, los animaba a excavar y cortar en «las canteras de Polemón.» Daba noticias a Herodes sobre la enfermedad enviándole este mensaje: «Debo comer, y no tengo manos; necesito andar, y no tengo pies; hay que sufrir, y, entonces, tengo manos y pies.»

Murió cuando tenía unos cincuenta y seis años, tope de edad éste que, para otras dedicaciones del espíritu, es el umbral de la vejez, mas, para un sofista, es todavía juventud, pues este oficio, con el paso de los años, va acrisolando el saber.

No tiene sepultura alguna en Esmirna aunque muchas se señalen como la suya. Unos dicen que fue enterrado en el jardín del recinto sagrado de Árete; otros, que no lejos de allí, a la orilla del mar, que hay un templo pequeño y en él una estatua de Polemón, ataviado como en los ritos de la tri-

rrene, bajo la cual yace nuestro personaje; otros, que en el patio de su casa bajo las estatuas de bronce. Pero nada de esto es verdad, pues si hubiera muerto en Esmirna, no se le hubiese considerado indigno de yacer en ninguno de los templos admirables de la ciudad. Es más verosímil la noticia de que yace en Laodicea, junto a las puertas de Siria, en donde están también las tumbas de sus antepesados; que fue enterrado todavía vivo, cosa que había encomendado a sus más íntimos allegados, y que, cuando yacía en el sepulcro, 544
recomendaba a los que cerraban la tumba: «Deprisa, deprisa que no me vea el sol guardando silencio.» Y a sus amigos que lloraban por él les dijo gritando: «Dadme un cuerpo y declamaré.»

La grandeza de Polemón concluye con Polemón, pues sus descendientes, aunque tengan parentesco con él, no resisten una confrontación con sus perfecciones, excepto uno, del que hablaré dentro de poco[214].

26

No debemos olvidar a Segundo de Atenas[215], al que llamaban algunos «clavija de madera» porque era hijo de un carpintero. Segundo, el sofista, era exuberante al concebir un tema, pero sobrio en la exposición; siendo maestro de Herodes tuvo una desavenencia con él, cuando todavía era su alumno, y entonces Herodes se burlaba de él citando aquéllo de[216]:

---

214 Hermócrates de Focea, de quien Filóstrato se ocupa en II 25, 608.

215 Hay que admitir la posibilidad de que este Segundo sea el mismo personaje conocido como Segundo el Silencioso, filósofo que había hecho voto de silencio al descubrir una grave falta en su madre (cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, págs. 118-119).

216 Cambiando una palabra de HESÍODO, *Trabajos y días* 25, logra Herodes una frase ingeniosa.

y el alfarero está celoso del alfarero y el carpintero del ora-
[dor,

pero, cuando murió Segundo, pronunció el discurso fúnebre en su honor y vertió lágrimas por él aunque había muerto viejo.

545 Merecen ser recordados muchos de sus discursos, pero de un modo especial este tema: *Sea condenado a muerte el promotor de un disturbio y reciba una recompensa quien le ponga fin; siendo uno mismo el que ha promovido y apaciguado, pide la recompensa.* Situación que resolvía, resumiendo, del siguiente modo: «¿Qué es, decía, lo primero? Promover el disturbio. ¿Y lo segundo? Ponerle fin. Entonces, luego de dar satisfacción por el delito cometido, recibe, si puedes, la recompensa por el bien que has hecho.» Así era este hombre; está enterrado cerca de Eleusis, en el lado derecho de la vía a Mégara.

LIBRO II

1

Respecto de Herodes de Atenas[217] hay que conocer lo que sigue. El sofista Herodes pertenecía por línea paterna a

[217] La extensión de la biografía de Herodes Ático (o de Atenas) es muy superior a cualquier otra; por ello, sólo alguna información a pie de página aclarará ciertos puntos. Su vida se extiende desde *ca.* 101 a *ca.* 178. Su incalculable fortuna, su poder y su brillante personalidad contribuyen no poco al prestigio de la sofística, a la que se entregó desde su juventud hasta el final de su vida, poniéndola por encima de sus innúmeros intereses. Desde la obra (precedida ya por varias publicaciones) de P. Graindor, *Un milliardaire antique. Hérode Atticus et sa famille,* El Cairo, 1930, que sigue siendo básica, son muchos los que le han dedicado su atención. Los Apéndices I y II de Bowersock, *Approaches...,* remiten a lo que podría considerarse como su bibliografía esencial. La documentación epigráfica sobre Herodes y su familia, hallada en Maratón, Cefisia, Corinto, Atenas, Esparta, etc., sigue aumentando. Sus contemporáneos, Aulo Gelio, Frontón y Luciano, se ocupan de él en sus obras. Restos arqueológicos de las obras debidas a su magnificencia no permiten olvidarlo. Aunque no quedaran otras noticias que la biografía de Filóstrato, bastarían para inmortalizar al hombre que, en el siglo II de nuestra era, no admite parangón sino con los emperadores de Roma. Sólo un discurso, que tal vez no compuso él, nos ha llegado; figura en E. Drerup, *Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums,* II 1, Paderborn, 1908.

un linaje[218] que había dado dos cónsules y se remontaba a la
546 estirpe de los Eácidas[219], a los que, en otros tiempos, Grecia había hecho sus aliados contra el Persa; y no desdecía de Milcíades ni de Cimón[220], hombres, los dos, excelsos y de grandes méritos a los ojos de los atenienses y demás griegos
547 por sus hazañas en la contienda contra los medos. Pues el uno consiguió la primera victoria sobre los medos y el otro exigió reparación a los bárbaros de los desafueros que cometieron después.

Supo utilizar sus riquezas mejor que hombre alguno, virtud ésta que no debemos tener por sencilla de ejercitar, sino por muy difícil y enojosa, pues los hombres ebrios de riqueza anegan a los demás en insolencia. Suele motejarse de ciego a Pluto[221], que, incluso si el resto del tiempo pareció ciego en época de Herodes recuperó la vista, pues dirigió su mirada a sus amigos, a las ciudades, a los pueblos; por todos ellos veló nuestro hombre y atesoró riqueza en los corazones[222] de los que la compartieron con él. Solía decir, en efecto, que convenía al buen administrador de su riqueza socorrer a los que estaban necesitados, para que no lo estuvieran, y a los que no sufrían necesidad, para que no llega-

[218] Cf. GRAINDOR, *Un milliardaire antique...*, págs. 1-17.

[219] Éaco, hijo de Zeus, nacido en la isla de Egina, es, a su vez, padre de Telamón, que llegó a ser rey de la isla de Salamina; su hijo Áyax condujo a los guerreros de la isla a la guerra de Troya, en la que rivalizó con Aquiles en fuerza y valor. En las guerras contra los medos se hizo sentir para los griegos la protección de los Eácidas durante la batalla naval de Salamina. Por otra parte, Áyax es el héroe epónimo de la tribu Ayántide a la que pertenece Maratón, lugar de origen de Herodes y sus antepasados.

[220] Aunque humanos, cabía sentirse muy honrado de estos dos antecesores, que se tenían a sí mismos por descendientes de Éaco.

[221] Pluto personifica a la riqueza; ciego, reparte torpemente sus dones.

[222] Idea semejante en Mateo VI 20.

ran a padecerla; llamaba, a la riqueza inútil y estancada por culpa de la tacañería, «riqueza muerta» y, a las bodegas escondidas en las que algunos amontonaban su dinero, «calabozos de caudales» y, a los que consideraban acertado ofrecer sacrificios a sus tesoros acumulados, los denominaba «Alóadas», que sacrificaron en honor de Ares después de encadenarlo[223].

Las fuentes de sus riquezas fueron muchas y, de muchas ramas de la familia, las mayores fueron las paternas y las de su madre. Pues su abuelo Hiparco sufrió la confiscación de su hacienda por ejercer poderes despóticos, asunto que los atenienses no llevaron hasta el final, aunque el emperador no estaba ignorante del caso[224]; sin embargo, a Ático, hijo de aquél y padre de Herodes, no lo vio la Fortuna con ojos indiferentes cuando de rico se hizo pobre, sino que le descubrió un tesoro asombroso en una de las casas que poseía junto al teatro, por la enormidad del cual, más precavido que satisfecho, escribió al emperador una carta concebida

[223] Oto y Efialtes, hijos de Aloeo, tuvieron a Ares preso en una vasija de bronce durante trece meses, hasta que lo liberó Hermes (cf. *Ilíada* V 385).

[224] Hiparco, el abuelo de Herodes, era el hombre más rico de su tiempo, lo que suscitaba celos hasta en los emperadores. Domiciano, por razones oscuras, confiscó sus bienes *ca.* 93. Sus tierras confiscadas eran tantas, que para conseguir venderlas el Estado hubo de ofrecer a los compradores el beneficio de entregar a la ciudad solamente 1/8 de su producción de aceite, de 1/3 que era la cantidad habitual entregada. La aspiración a la tiranía, supuesto delito de Hiparco, pudo reducirse a algún abuso de su preeminencia, como sucedió también con Herodes. La intervención del emperador, no solicitada por los atenienses en el caso de Hiparco, se debería más a su deseo de nutrir las arcas imperiales que a verdadera preocupación por los atenienses. (Cf., además, P. Graindor, *Athènes de Tibère à Trajan*, El Cairo, 1931.) Sobre el origen de la fortuna que viene de otras ramas de la familia, cf. Follet, *Athènes...*, pág. 177.

548 en estos términos: «He hallado, emperador, un tesoro en mi casa; ¿qué me ordenas respecto a él?» Y el emperador —gobernaba entonces Nerva[225]— le respondió: «Usa lo que has encontrado.» Al perseverar Ático en su cautela y escribirle que la magnitud del tesoro era muy superior a su condición, le contestó: «Malgasta tu hallazgo, puesto que es tuyo.» A partir de este momento, Ático fue un hombre muy influyente y en grado más alto aún, Herodes, pues, además de la fortuna de su padre, la de su madre le añadía un caudal no muy inferior.

Espléndida fue también la magnanimidad de Ático. Gobernaba, en efecto, Herodes las ciudades libres de Asia[226] y, viendo que Troya[227] estaba muy mal de baños y que sacaban agua turbia de los pozos y excavaban aljibes para el agua de lluvia, escribió al emperador Adriano que no viera con indiferencia a una ciudad antigua y situada junto al mar consumirse de sed, sino que les otorgara tres millones de dracmas para el aprovisionamiento de agua, cantidad que muchas veces él había donado ya incluso a aldeas. Apreció el emperador el contenido de la carta como cosa que iba

[225] Conocemos la fecha aproximada del hallazgo del tesoro, puesto que Nerva reina del 96 al 98. Es muy posible que Ático conociera bien la existencia del enorme tesoro y aguardara el momento oportuno para descubrirlo; Hiparco no podía ocultar las fincas rústicas e inmuebles, pero sí, metales preciosos, gemas y obras de arte.

[226] Como *corrector,* magistrado que, en la época imperial, desempeña importantes funciones relacionadas, en especial, con las finanzas de las provincias. La libertad de las llamadas ciudades libres de Asia se limitaba, realmente, a la solución de nimios problemas municipales. Herodes actuaba como *legatus Augusti ad corrigendum statum civitatium liberarum;* para precisar, su gestión se sitúa *ca.* 135.

[227] Es Alejandría Tróada, fundada por Antígono, ciudad próspera en época imperial.

bien con su modo de pensar y encomendó al propio Herodes ocuparse del abastecimiento de agua. Pero, cuando el gasto llegó a los siete millones de dracmas y escribieron al emperador los que se ocupaban del gobierno de Asia que era imprudente gastar el tributo procedente de quinientas ciudades en las fuentes de una sola ciudad, el emperador comunicó estos reproches a Ático, y Ático, de modo más noblemente generoso que hombre alguno le dijo: «Oh emperador, no te irrites por tan poco, pues lo gastado sobre los tres millones yo se lo voy a dar a mi hijo y mi hijo lo donará a la ciudad.» Su testamento, en el que dejaba al pueblo ateniense una mi- 549
na al año para cada ciudadano, revela la liberalidad de este hombre, liberalidad que ejercitaba también en otras ocasiones. Sacrificaba con frecuencia cien bueyes a la diosa en solo un día; obsequiaba, en la celebración de los sacrificios, al pueblo ateniense por tribus y estirpes, y, cuando llegaban las fiestas dionisíacas y descendía a la Academia la estatua de Dioniso[228], ofrecía vino en el Cerámico, tanto a los ciudadanos como a los extranjeros, mientras permanecían recostados en yacijas de hiedra.

Ya que he recordado el testamento de Ático, forzoso es también describir las causas por las que Herodes se enemistó con los atenienses. Era el testamento como dije y lo redactó por consejo de sus libertos, quienes, viendo el natural de Herodes, áspero para con libertos y esclavos, trataron de congraciarse al pueblo ateniense en su calidad de inductores

---

[228] El traslado de la estatua de madera de Dioniso, revestido de una piel de cabra negra, desde la ciudad de Eléuteras, en la frontera con Beocia, al pequeño templo de Dioniso cerca de la Academia era un viejo ritual que recuerda las dificultades con que tropezó la introducción de su culto en Grecia (cf. H. JEANMAIRE, *Dionysos*, París, 1951).

de la donación. Cuál era la situación entre los libertos y Herodes muéstrelo la invectiva que compuso éste contra ellos erizando todas las espinas de su lengua. Leídas las disposiciones testamentarias, convinieron los atenienses con Herodes en que, entregándoles cinco minas a cada uno por una sola vez, obtendría de ellos la liberación de esta renta perpetua. Pero, cuando se acercaban a las mesas de los banqueros para recibir lo acordado, les eran leídos contratos de sus padres y abuelos por los que resultaban deudores de los antepasados de Herodes y se veían obligados, a su vez, a saldar deudas; y unos recibían, después de las cuentas, una insignificancia, otros nada, y algunos, incluso, eran retenidos en el ágora, como deudores[229], además. Este ardid irritó a los atenienses, que se sintieron despojados de su manda y nunca dejaron de odiarlo, ni siquiera cuando él pensaba estar dispensándoles los más altos beneficios. Solían decir, en efecto, que estaba bien llamar al estadio Panatenaico, ya que se había construido con el dinero de que habían sido despojados los atenienses todos.

[229] Los atenienses se querellaron contra Herodes. De la información que proporciona Frontón, *Cartas a Marco Aurelio* III 3, se desprende que fue Frontón el defensor de los intereses de los atenienses. Llevó adelante el proceso tal vez con menos dureza de lo previsible al conocer por una carta de Marco Aurelio el afecto de éste por su maestro Herodes. No sabemos con precisión el resultado del proceso, sólo que Herodes se vio obligado a algún tipo de compensación. Parece que, en su discurso, Herodes se desató en invectivas contra los libertos de su padre. Frontón y Herodes trabaron fuerte amistad antes del año del consulado de ambos, 143. Se sitúa la muerte de Ático y el proceso en los años próximos a la muerte de Adriano, en 138. No hay acuerdo total en cuanto a las circunstancias y cronología del proceso.

Ejerció en Atenas el cargo de arconte epónimo[230], presidió las fiestas panhelénicas[231] y, cuando recibió la corona

---

[230] En el año 127. Esta magistratura, como la mayor parte de las de Grecia, si no todas, no conlleva prácticamente ninguna autoridad, y sí, cuantiosos gastos, que Herodes asumió con generosidad principesca. Filóstrato ignora deliberadamente el mundo romano. Por eso debe recordarse que Herodes estuvo largo tiempo en Roma, aprendiendo latín y enseñando elocuencia. Tuvo amistad con las más egregias personalidades romanas y se alojó en la casa de P. Calvisio Ruso, cuya hija será la madre de Marco Aurelio. Fue profesor de éste y de Lucio Vero. Fue cónsul en el año 143 y completó el *cursus honorum* como tributo y pretor. Después se casó con una ilustre dama romana. Cf. Graindor, *Un milliardaire...*, especialmente págs. 51 y 58.

[231] Una inscripción conteniendo una carta de Marco Aurelio a los atenienses encontrada, desde 1936 a 1966, en varios fragmentos, en el ágora de Atenas y en la llamada Plaza del Mercado Romano ha dado importantes informaciones sobre el Consejo del Panhelenion y algunos aspectos de la vida ateniense y de la biografía de Herodes. La carta, que debió de ser escrita en 174/175, es estudiada en el libro de J. H. Oliver, *Marcus Aurelius...* Ha añadido, asimismo, algunas precisiones al texto S. Follet, «Lettre de Marc Aurèle aux Athèniens (EM 13366). Nouvelles lectures et interpretations», *Rev. de Philol.* 53 (1979), 29. El amplio capítulo IV del libro de Oliver está dedicado al Panhelenion. El *Synédrion tôn Panhellênōn lo* creó, al tiempo que fundaba el templo de Zeus Panhelenio, el emperador Adriano en el año 131, fecha en que también inauguraba el Olimpieon (cf. Dión Casio, LXIX 16, 2). Se hacía así realidad el liderazgo de Atenas sobre toda la Hélade, ideal tan viejo como Pericles e Isócrates. Su finalidad, estrechar los lazos religiosos, culturales, de amistad, entre las ciudades helènicas. Adriano dio las normas iniciales para su funcionamiento, y Marco Aurelio las complementa y puntualiza. La institución de unas fiestas nuevas, las Panhelenia, conmemoró este gran acontecimiento de la historia del helenismo y marca una de las etapas de la transferencia del centro del mundo romano de Occidente a Oriente. Se celebraban todos los años, pero cada cuatro eran especialmente solemnes y costaban enormes sumas al organizador que era designado para el cargo. El arconte del Panhelenion podía encargarse, parece, de las fiestas y ser sacerdote de Adriano Panheleno.

por la que se le encomendaban las fiestas Panatenaicas[232],
550 dijo: «Atenienses, a vosotros, a los griegos que vengan y a los atletas que participen en el certamen, os acogeré en un estadio de mármol blanco[233]. Y conforme a su palabra, concluyó, dentro del plazo de cuatro años, el estadio de la orilla de allá del Iliso, dando remate a una obra de belleza asombrosa, ya que ningún teatro puede competir con ella. He aquí lo que he oído contar de aquellos juegos Panatenaicos: colgaba como vela de la nave un peplo más bello que una pintura, con pliegues que henchía el viento, y avanzaba la nave sin que la arrastraran mulas sino deslizándose sobre un artificio subterráneo; largando velas desde el Cerámico[234] con mil remeros, llegó al Eleusinio, y, tras rodearlo, pasó por el Pelásgico, y, así transportada, llegó junto al Pitio, en donde ahora se encuentra varada. Dominan el otro extremo del estadio un templo de la Fortuna y su estatua de marfil, como divinidad que gobierna todo certamen. Modificó también el atuendo de los efebos atenienses en la forma actual, haciéndoles vestir por primera vez mantos blancos, pues

---

[232] Las Panateneas celebran el sinoiquismo de Teseo. Tenían lugar todos los años a fines del mes hecatombeón, hacia mediados de agosto cada cuatro años, revestían ostentosa pompa y brillantez. En época clásica empezaban con una procesión de antorchas, concursos de danzas y cantos. Lo más característico era una procesión solemne en la que figuraban los magistrados de Atenas, representantes de otras ciudades y de los metecos, las canéforas, hoplitas, caballeros, aurigas, los efebos a caballo, ancianos portadores de ramas de olivo, todos acompañando la ofrenda a la diosa, consistente en un peplo amarillo bordado que se llevaba como vela de un barco arrastrado al modo de carro. Había sacrificios, reparto de carne al pueblo, concursos de todo tipo. Cf. L. Deubner, *Attische Feste*, Darmstadt, 1956 (= 1932).

[233] Posiblemente, la promesa de Herodes tuvo lugar en el año 139 y el estadio estaba terminado en las Panateneas de 143.

[234] Sobre la topografía de Atenas, cf. I. Th. Hill, *The ancient City of Athens*, Londres, 1953.

hasta entonces se sentaban en las reuniones y formaban en las procesiones revestidos de mantos negros, de este modo, manifestaban los atenienses públicamente su duelo por el heraldo Copreo a quien ellos mismos habían matado cuando trataba de arrancar del altar a los Heraclidas[235].

Levantó también Herodes para los atenienses el teatro[236] 551
en memoria de Regila[237] y mandó hacerle el techo de cedro, madera cara incluso para estatuas. Están estas dos edificaciones en Atenas, y no tienen igual en ningún otro lugar del Imperio Romano; mas deben tenerse por dignos de mención también el teatro cubierto que hizo edificar para los corintios, muy inferior al de Atenas pero que figura entre los pocos de los que se hacen elogios en otros lugares, las estatuas del Istmo: la estatua colosal del dios ístmico y la de Anfítrite, y los demás presentes de que llenó el templo, sin pasar

[235] «...los jóvenes atenienses a los que Herodes, para salvar del olvido la memoria de su padre, ha vestido de blanco a sus expensas», puede leerse en el epigrama anónimo encontrado junto a Maratón, de *ca.* 175. Cf. J. U. Powell, «Later Elegy, Epigram and Lyric Poetry», en *New Chapters in the History of Greek Literatur,* Oxford, 1933, págs. 190 y sigs. —Copreo, hijo de Pélope, como heraldo de Euristeo, en Micenas, se encargaba de dar las órdenes de éste a Heracles (cf. *Ilíada* XV 639-640). Cuando Copreo llegó a Atenas para exigir la expulsión de los Heraclidas, su conducta altanera fue causa de que los atenienses lo mataran, quebrantando las leyes de la hospitalidad y la inmunidad debida a los heraldos. En expiación de la falta, los efebos atenienses vestían de negro en ciertas ocasiones de la vida de la ciudad.

[236] Se trata de un odeón, teatro cubierto, destinado sobre todo a audiciones de canto y música, declamaciones y conferencias. El odeón de Herodes, al SO. de la Acrópolis, del que se conservan muy importantes restos, era de grandiosas proporciones y estaba ricamente decorado.

[237] De muy noble y acaudalada familia romana, Appia Annia Regilla Atilia Caucidia Tertulla contrajo matrimonio con Herodes *ca.* 140 y murió *ca.* 161.

por alto el delfín del Melicertes[238]. Dedicó también, al dios Pítico, el estadio de Delfos, a Zeus, la conducción de aguas de Olimpia y, a los tesalios y a los griegos que habitan en torno al golfo Malíaco, las piscinas de las Termópilas, de aguas medicinales para enfermos. Colonizó también Orico en el Epiro, ahora ya en declive, y Canusio[239] en Italia, mejorando sus condiciones de vida con el abastecimiento de agua de la que tan necesitado estaba, y ayudó, a cada una de un modo, a las ciudades de Eubea, Peloponeso y Beocia. Y, con ser extremado en la magnificencia de sus obras, creía no haber hecho nada notable porque no había abierto el Istmo[240], pues consideraba una obra espléndida hendir con un canal el continente, uniendo los dos mares y reduciendo largas distancias por mar a un viaje de veintiséis estadios. Lo deseaba vivamente, pero no se atrevía a solicitar autorización del emperador para no incurrir en su enojo pareciendo acometer una empresa de la que ni siquiera Nerón había sido capaz. Descubrió este sentimiento hablando con un ami-
552 go y la cosa fue así: Según yo oí de boca de Ctesidemo, iba de viaje a Corinto, sentado a su lado Ctesidemo el ateniense y, cuando estaba en el Istmo, dijo: «¡Poseidón, quiero, pero nadie me lo deja hacer!» Se extrañó Ctesidemo de su exclamación y le preguntó el motivo de sus palabras. Y Herodes respondió: «Yo, desde hace mucho tiempo, lucho por

[238] «Hay en el templo de Poseidón, dedicados por Herodes, cuatro caballos dorados, con excepción de los cascos que son de marfil; dos tritones, cuyo busto es de oro y el resto del cuerpo desde las caderas de marfil; de pie sobre un carro, Anfítrite y Poseidón, y, de pie sobre un delfín, un niño, Palemón. Estas estatuas están hechas también de marfil y oro», PAUSANIAS, II 1, 7. En el mito, Melicertes, ahogado en el mar con su madre Ino, es llevado a tierra por un delfín; desde entonces se le llama Palemón y se celebra en su honor los Juegos Ístmicos.

[239] Canusio, en Apulia, posiblemente es parte de la dote de Regila.

[240] El de Corinto, naturalmente.

dejar a los hombres que vengan tras de mí la muestra visible de un proyecto que denote mi verdadera calidad de hombre, y me parece que aún no he alcanzado esta consideración.» Ctesidemo, entonces, se extendió en elogios de su elocuencia y de sus obras, imposibles de superar por otro, pero Herodes dijo: «Estás hablando de cosas perecederas, que son presa del tiempo; otros entrarán a saco en mis discursos, censurando cada cual un aspecto, pero la apertura del Istmo sería una obra inmortal, increíble dentro de lo natural; pues me parece que partir el Istmo es hazaña que necesita a Poseidón más que a un hombre.»

Al que llamaba la gente el Heracles[241] de Herodes era un joven de barba incipiente, con el aspecto de un celta de elevada estatura, de unos ocho pies de talla. Lo describe Herodes en una de sus cartas a Juliano[242]. Se peinaba con sencillez y tenía cejas pobladas que se juntaban en una sola; despedía de sus ojos brillantes destellos que mostraban un

---

[241] Es posible que el Heracles de Herodes, más abajo llamado Agatión, haya sido un personaje real en parte, tal vez un filósofo cínico. Pero, además de constituir aquí una digresión enojosa por lo extensa, está demasiado lleno de connotaciones literarias, es como un símbolo del héroe cínico. Cf. GRAINDOR, *Un milliardaire...*, pág. 160. El elogio de la sencillez y la austeridad son cosas propias de épocas en que impera la abundancia. El *Euboico* de Dión revela sentimientos parecidos. Cuando más adelante, Filóstrato nos informa de sus ejercicios físicos, reconocemos algo familiar, literario, como lo que puede leerse, p. ej., en PLINIO, *Panegírico de Trajano* 81: «Éstos eran, en otro tiempo, los ejercicios de la juventud, lo que formaba a los futuros jefes: competir en velocidad con los animales más rápidos, en fuerza con los más osados...». Con seguridad, el personaje no es una invención de Filóstrato, sino que figura en la tradición de Herodes. LUCIANO, *Demonacte* 1, menciona al beocio Sóstratos a quien llamaban Heracles y algunos lo identifican con Agatión.

[242] Este corresponsal de Herodes puede ser Claudio Juliano, *consul suffectus* en 158 o 159, mejor que el hispánico Antonio Juliano (cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 78).

poco su natural impetuoso, y era de nariz aguileña y cuello robusto, peculiaridad que le venía de sus trabajos más que
553 de la comida. Tenía el pecho bien configurado y hermosamente enjuto; la pierna, algo curvada hacia fuera, lo cual da estabilidad a la marcha. Se cubría con pieles de lobo cosidas, como indumento; sostenía luchas con jabalíes, chacales, lobos y toros bravos, y mostraba las cicatrices de los combates. Dicen algunos que este Heracles había nacido de la tierra en un pueblo beocio, en cambio Herodes afirma haberle oído decir que su madre había sido una mujer tan fuerte, que pastoreaba bueyes, y su padre, Maratón, del cual hay una estatua en Maratón y es un héroe rural. Le preguntó Herodes a este tal Heracles si era también inmortal y él contestó: «Tengo la vida más larga que un mortal.» Le preguntó también qué comía y él respondió: «Me alimento de leche la mayor parte del tiempo y me sustentan las cabras, las vacas y las yeguas, y también la hembra del asno me da una leche agradable de beber y ligera; pero, cuando doy con cebada, consumo diez cuartillos; me proporcionan este alimento, a escote, los labradores de Maratón y Beocia, que me llaman también Agatión, pues les parezco de buen augurio.» «Respecto a tu modo de hablar, le dijo Herores, ¿cómo fuiste educado y por quiénes? Pues no me pareces una persona sin instrucción.» y Agatión contestó: «La región interior del Ática es una escuela excelente para un hombre que quiere hablar bien, pues los atenienses de la ciudad, como acogen a cambio de una retribución a jóvenes tracios y del Ponto y de otros pueblos bárbaros que allí confluyen, estropean su lengua más de lo que ayudan a que ellos la usen bien. En cambio, la región interior, al no estar mezclada con bárbaros, mantiene la pureza de su idioma y su lengua deja oír el más puro ático.» «¿Has estado en la celebración de alguna fiesta?, continuó Herodes, y Agatión respondió: «En Delfos, pe-

ro no me junté a la multitud sino que escuché desde un sitio alto del Parnaso a los participantes en el certamen de música, cuando Pammenes actuó de modo admirable en la tragedia. Y no me pareció que obraban bien los sabios griegos 554
escuchando con placer las malas acciones de los Pelópidas y los Labdácidas, pues son consejeros de actos funestos los mitos cuando se aceptan sin desconfianza.» Viendo Herodes que era persona reflexiva le preguntó qué opinaba sobre las competiciones gimnásticas y él contestó: «Me río de ellas viendo a los hombres rivalizar unos con otros en el pancracio, el pugilato, la carrera y la lucha, y recibiendo coronas por ello. Gane la corona el corredor que adelante en la carrera a un ciervo o a un caballo y quien se ejercita para pruebas más difíciles triunfe compitiendo con un toro o un oso, como hago yo todos los días, dado que la fortuna me ha privado de la lucha más grandiosa, puesto que Acarnania no cría ya leones.»

Admirado Herodes, le pidió que comiera con él. Y Agatión le respondió: «Mañana llegaré a mediodía al templo de Cánobo[243], ten la crátera mayor del templo llena de leche que no haya ordeñado una mujer.» Y llegó, al día siguiente, a la hora que había convenido, pero apoyó la nariz en la crátera y exclamó: «No está pura la leche, pues me da olor a mano de mujer.» Y diciendo esto, se marchó sin acercarse la leche a los labios. Tomó en cuenta Herodes sus palabras acerca de la mujer, envió a los establos a alguien que se informara de la verdad y, enterado de que la cosa había sido así, comprendió que el joven tenía una naturaleza superior a la humana.

---

[243] Cánobo era el piloto de Menelao en el viaje de éste a Egipto. Murió allí mordido por una serpiente, por lo que se dio su nombre a una ciudad en una de las bocas del Nilo. El templo a que se hace referencia podría estar dedicado a alguna divinidad egipcia.

Los que acusan a Herodes de haberle levantado la mano a Antonino[244] en el monte Ida, en la época en que el uno tenía el gobierno de las ciudades libres y el otro, el de todas
555 las de Asia, me parece que desconocen la causa de Demóstrato contra Herodes, en la que lanzó abundantes acusaciones contra él, pero no aludió en absoluto a esta acción de borracho, sencillamente porque no había sucedido. Algún choque entre ellos sí hubo, como es natural en terreno difícil y en caminos estrechos, pero sus manos no llegaron a alzarse con menosprecio de la ley; no hubiera dejado Demóstrato de referirlo en su alegato contra Herodes, en el que lo atacó tan acerbamente, que incluso condenó sus acciones más encomiadas.

Hubo también contra Herodes un proceso por homicidio, suceso que se produjo así. Estaba su mujer Regila en el octavo mes de embarazo y Herodes, por una causa nimia, mandó a su liberto Alcimedonte que le pegara y, al ser golpeada en el vientre, la mujer murió de parto prematuro. Por estas causas, estimadas ciertas, presentó contra él una acusación de asesinato[245] Braduas, el hermano de Regila, miembro eminente de la clase consular, que llevaba sujeto a la sandalia el signo de su elevada alcurnia, una media luna de marfil que sube hasta el tobillo; pero, cuando se presentó ante el tribunal romano, no expuso ningún argumento persuasivo sobre la acusación que presentaba, sino que se extendió en un largo elogio de su propia persona en razón de su familia, por lo que, mofándose de él Herodes, le dijo: «Tú llevas la prosapia en las tabas.» Y cuando su acusador

[244] Tal vez el caracter apacible de Antonino Pio lo hacía vulnerable a la tremenda soberbia de los sofistas. Recuérdese el mal trato que le infirió Polemón (I, 25, 534).

[245] El juicio se celebró ante el Senado. Herodes fue absuelto. La muerte de Regila ocurre algo después del 161 (cf. FOLLET *Athènes..*, pág. 127).

presumía de ser benefactor de una ciudad de Italia, con mucho empaque Herodes le arguyó: «También yo podría referir muchas cosas semejantes de mí mismo en cualquier lugar de la tierra en que fuera juzgado.» Colaboraron en su defensa, primero, el no haber dado semejante orden contra Regila; luego, su profunda pena cuando murió. También esto último, tenido por simulación, contribuyó a inculparlo, pero, sin embargo, la verdad se impuso, pues nunca le hubiera dedicado tan hermoso teatro, ni hubiera aplazado por ella su segunda posibilidad de elección para el consulado, si no hubiera estado limpio de culpa; ni habría ofrendado las vestiduras de ella al templo de Eleusis estando impuro por su crimen cuando las llevaba, pues esto hubiera sido propio de quien buscara inclinar a las diosas al castigo del crimen más que a la indulgencia. Por ella cambió también el aspecto de su casa mandando mudar en negro los colores brillantes de las habitaciones por medio de colgaduras, pintura y mármol lesbio, piedra negra y melancólica[246]. Se cuenta que Lucio, hombre juicioso, dio consejos a Herodes sobre este asunto y, como no lograra hacerlo cambiar de parecer, lo convirtió en blanco de sus burlas. Vale la pena no pasar por alto este suceso que ha merecido la atención de los eruditos. Era éste persona notable entre los estudiosos, que se inició en la filosofía con Musonio de Tiro, se mostraba ingenioso en las respuestas y usaba su donaire con oportunidad; siendo muy amigo de Herodes, estaba a su lado cuando se hallaba éste en tan lastimoso estado a causa de su dolor y le amonestaba hablándole así: «¡Oh Herodes!, todo lo que es mesurado tie- 557
ne límites marcados por la moderación, y sobre ello oí hablar a Musonio muchas veces y hablé yo mismo, e incluso,

[246] En *Demonacre* 24, 25, 33, LUCIANO se hace eco de los extremos a que llegaba Herodes en su dolor por los seres queridos muertos. Cf. AULO GELIO, XIX 12.

te oí a ti en Olimpia[247] encomiar la moderación ante los griegos en una época en que hasta recomendabas a los ríos fluir por en medio de su cauce. ¿Dónde está ahora aquella disposición? Porque estás fuera de ti, haces cosas lamentables y pones en peligro tu buen nombre», y así muchas reflexiones. Como no lo convencía, se marchó irritado. Y, viendo a unos esclavos que lavaban rábanos en una fuente de las de la casa, les preguntó de quién era aquella comida y ellos le respondieron que los preparaban para Herodes. Y Lucio exclamó: «Ofende Herodes a Regila comiendo rábanos blancos[248] en una casa negra.» Cuando Herodes oyó esto, pues se lo refirieron, quitó los lutos de la casa, a fin de no convertirse en tema de diversión para la gente sensata.

De este mismo Lucio es la siguiente anécdota. El emperador Marco sentía gran interés por el filósofo de Beocia Sexto, frecuentaba sus clases e iba repetidamente hasta sus puertas. Cuando Lucio acababa de llegar a Roma preguntó al emperador, que partía, a dónde iba y en busca de qué, y Marco le contestó: «Hermoso es, hasta para el que va para viejo, aprender. Voy a casa de Sexto, el filósofo, a fin de aprender lo que todavía no sé.» Y Lucio, alzando su mano hacia el cielo, exclamó: «Oh Zeus, el emperador de los romanos, que ya va para viejo, se cuelga una tablilla[249] y va a casa del maestro, en tanto que mi rey Alejandro murió a los treinta y dos años.» Basta lo dicho para mostrar la clase de filosofía que profesaba Lucio, pues ello descubre a un hombre, lo mismo que el aroma revela el sabor.

---

[247] La costumbre de hablar en Olimpia con ocasión de los juegos viene, al menos, del siglo v a. C. El elogio de la ponderación debía de ser tema de repertorio para sofistas y filósofos.

[248] Traduciendo «nabos», en lugar de «rábanos», el chiste es mejor.

[249] Como un niño que va a la escuela.

Así tuvo fin el duelo por Regila. La aflicción por su hija Panatenaide[250] la aliviaron los atenienses dándole sepultura en la ciudad y decretando eliminar del año el día en que murió. Pero, cuando se le murió también su otra hija, a la que 558
llamaba Elpinice, tendido en el suelo golpeaba la tierra y gritaba: «¿Qué sacrificio ofreceré por ti?, ¿qué enterraré contigo?» Estaba a su lado, por azar, Sexto el filósofo y le dijo: «Magna cosa será la que ofrezcas a tu hija, si la lloras con mesura.» Lloraba con tales extremos a sus hijas, porque sentía profunda irritación contra su hijo Ático. Lo tildaban ante él de necio, ayuno de instrucción y flaco de memoria. Efectivamente, como no podía aprender las primeras letras, ideó Herodes el expediente de educar junto con él a veinticuatro muchachos de su edad llamados según el nombre de las letras, para que, con los nombres de los muchachos, se ejercitara por fuerza en las letras. Lo veía entregado al vino y a estúpidos amoríos, por lo que, mientras vivió, citaba, como predicción para su propia casa, aquel verso[251]

un tonto queda todavía en la amplia casa,

y, cuando murió, le dejó la herencia de su madre, pero sus bienes los hizo pasar a otros herederos[252]. Mas a los ate- 559
nienses esto les pareció inhumano, sin caer en la cuenta de

[250] Atenaide o Panatenaide (los dos nombres figuran en fuentes epigráficas) murió antes que su hermana Elpinice, la mayor de todos; ambas fallecieron antes que su madre. También mayor que Atenaide es Ático Bradua, el único que sobrevivió a Herodes. Filóstrato no menciona a Regilo, el segundo hijo varón, muerto, parece, poco después que su madre. Cf. Graindor, *Un milliardaire...*, págs. 81 y sigs. Discrepan, en algunos puntos, S. Follet, «La datation de l'Archonte Dionysios... (IG II^2 3968)...», *Rev. Ét. Gr.* 90 (1977), pág. 47, e I. Avotins, «Life...».

[251] Herodes parodia *Odisea* IV 498.

[252] Sus escasas dotes no impidieron a Ático Bradua ser cónsul en 185, arconte en 187 y procónsul de Asia bajo Septimio Severo.

que a Aquiles, Pólux y Memnón, siendo sólo sus protegidos[253], los lloró como a hijos verdaderos porque fueron hombres de calidad, de nobles sentimientos y amantes del saber, muestra acabada de la educación recibida junto a él. Así, les erigió estatuas cazando, concluida la caza y disponiéndose a cazar; unas en los bosques, otras en los campos, otras al lado de fuentes, a la sombra de plátanos otras; no escondidas, sino con maldiciones para el que las derribara o las moviera. No los hubiera enaltecido tanto, si no los supiera dignos de sus elogios. Como lo criticaran los Quintilios[254], cuando regían Grecia, por las estatuas de estos jóve-

[253] Unos los tienen por alumnos predilectos, otros, por hijos adoptivos. La palabra *tróphimoi* no figura en M. S. Smith, «Greek adoptive formulae», *Class. Quart.* 17 (1967), 302. Memnón, mencionado también en *Vida de* Apolonio III 11, era negro, etíope. Tal vez, Pólux tenía algún parentesco con Herodes. Aparecen los nombres de los tres en bases de Hermes decapitados, donde se leen imprecaciones como las aquí citadas.

[254] Son los hermanos Sexto Quintilio Condiano y Sexto Quintilio Valerio Máximo, que están en Grecia como autoridades de Roma desde *ca.* 151, uno, como procónsul de Acaya, el otro, como legado del procónsul, según opinión hasta hace poco generalmente compartida. Oliver, *Marcus Aurelius...*, págs. 66 y sigs., se inclina a pensar, en cambio, que llegan a Grecia *ca.* 170, poco antes del juicio de Sirmium en 174, para desempeñar una función colegiada como *praefecti* o *vicarii per Graeciam vice principis*, en especial representación del emperador. Están en Atenas, después del juicio de Sirmio, resolviendo asuntos judiciales, según figura en la carta de Marco Aurelio; en el 176 se hallan junto al emperador en Asia Menor, donde acompañan a Elio Arístides a su presencia; en el 177, en la Baja Panonia, al frente del ejército después de la victoria en que muere Basseo. Los que sostienen una llegada mucho más temprana a Grecia de los Quintilios suponen que éstos y los atenienses no osaron empezar a actuar contra Herodes hasta después de la muerte de Lucio Vero, amigo y discípulo de Herodes (169). El emperador se había sentido celoso, si no sospechoso, de esta amistad. Follet, «La datation...», estima que la misión de los Quintilios está aún más cerca del 174.

nes[255], como cosa excesiva, inquirió: «¿Qué os importa a vosotros si yo me distraigo con mis piedras amadas?»

Fueron causa inicial de su desavenencia con los Quintilios[256], como opinan los más, las fiestas Píticas, porque expusieron juicios encontrados sobre el certamen musical; según otros, las chanzas sobre ellos proferidas por Herodes ante Marco. Pues, cuando vio que éstos, aunque troyanos, recibían grandes pruebas de consideración por parte del emperador, exclamó: «Yo hasta a Zeus homérico censuro por ser amigo de los troyanos.» Pero la causa auténtica es la siguiente. A estos dos hombres, cuando ambos gobernaban Grecia, los invitaron a la asamblea los atenienses; entonces hablaron de que eran tratados despóticamente, aludiendo a Herodes, y suplicaron, por último, que sus palabras fueran hechas llegar a oídos del emperador[257]. Los Quintilios se apesadumbraron con las cuitas del pueblo y transmitieron con premura lo que habían oído, y Herodes, por su parte, anduvo diciendo que era víctima de las intrigas de aquéllos y que incitaban contra él a los atenienses. En efecto, después de esta asamblea, rebrotaron con pujanza hombres co-

---

[255] No conocemos fechas ni causas de la muerte de estos jóvenes, tal vez ocurrió a causa de la peste, sin mucha diferencia entre ellos; el último, Pólux, quizá en el año 173. FOLLET, *ibídem,* supone que todos los bustos de los *tróphimoi* pueden haber sido dedicados entre 170 y 175. Esta fecha, en lugar de la que solía admitirse, muy anterior, para la muerte de los tres protegidos de Herodes, justifica la desesperación de éste, ya viejo, muertos tantos de los suyos, y sus extremos de dolor.

[256] Los Quintilios eran cultos y refinados, llevaban brillante carrera política y gozaban de la estima del emperador; no soportaron la altanería del imperioso y cultísimo griego, ni sus chanzas. Cuando los atenienses se quejaban, encontraban en ellos oídos bien dispuestos.

[257] El resentimiento por la burla del testamento de Ático tampoco se había extinguido.

mo Demóstrato[258], Praxágoras[259] y Mamertino[260], y otros mu-
chos, enfrentados con Herodes en el ejercicio de las activi-
dades públicas. Presentó Herodes contra ellos[261] una acusa-
ción de concitar al pueblo en contra suya y trató de llevarlos
ante la autoridad judicial en Roma[262], pero ellos se marcha-
ron en secreto y se presentaron ante el emperador Marco,
confiando en el natural del emperador, que era muy afecto a
la democracia, y en la oportunidad de la ocasión, dado que
éste no descartaba la participación de Herodes en las intri-
gas por las que sintió desconfianza de Lucio desde que éste
560 fue su colega en el Imperio. El emperador se encontraba
entonces entre los panonios y utilizaba Sirmio como base de

---

[258] Demóstrato, hijo de Sospis de Melite, daduco eleusinio, era hombre enormemente rico, relevante en la vida política de Atenas. Ejerció funciones de arconte, estratego de hoplitas, heraldo del Areópago, gimnasiarca, *agonōthétes* de las Panateneas y Eleusinias, etc., etc.

[259] Praxágoras, terrateniente, fue, al menos, daduco eleusinio y arconte en 154. Su nombre aparece en la carta de Marco Aurelio, en un asunto de donación de tierras a la ciudad; pero recupera, por decisión imperial, otras tierras supuestamente legadas a Herodes.

[260] Mamertino fue arconte en 166 y general hoplita en 168; pertenecía a los Eumólpidas. En la carta se rechaza su aspiración a ser heraldo sagrado de Eleusis, para lo cual debía tener nexo familiar con los Kérykes. Los hierofantes debían ser Eumólpidas; los daducos, heraldos sagrados y sacerdotes del altar, Kérykes. En la época está permitido pertenecer a estas familias también por línea femenina.

[261] Recogen y estudian la documentación epigráfica sobre estas personalidades atenienses, OLIVER, CLINTON y FOLLET en obras citadas. Existen, entre algunos, relaciones de parentesco. El hermano de Demóstrato es suegro de Teódoto, el sofista (II 2, 566); Demóstrato está casado con una hija de Praxágoras. La «tiranía» de Herodes era esencialmente económica, dice OLIVER, *Marcus Aurelius...*, pág. 71.

[262] Aceptamos la interpretación de OLIVER, *ibíd.*, pág. 61, n. 1. W. C. WRIGHT, *Philostratus and Eunapius. The lives of the Sophists*, Londres, 1952 (=1922), entiende *hegemonía* como «tribunal del procónsul»; GRAINDOR, *Un milliardaire...*, pág. 122, «gobernador de la provincia».

operaciones. Demóstrato y su grupo se alojaban cerca de los
aposentos imperiales; Marco les ofrecía mercado de vitua-
llas y les preguntaba con frecuencia si precisaban algo. Los
trataba amistosamente por convicción propia y por hacer
caso a su mujer y a su hijita, todavía torpe de lengua, pues
solía abrazarse a las rodillas de su padre con muchos hala-
gos y le pedía con insistencia que le salvara a los atenienses.
Herodes estaba instalado en un arrabal donde había torres,
unas enteramente construidas y otras, a medias. Habían rea-
lizado el viaje con él dos muchachas gemelas en edad de
matrimonio, admiradas por su hermosura, a las que Herodes
había hecho educar desde la niñez y las había convertido en
sus escanciadoras y cocineras; solía llamarlas hijitas y las
amaba como a tales. Eran éstas hijas de Alcimedonte y Al-
cimedonte, un liberto de Herodes. Cuando las jóvenes dor-
mían en una de las torres, que era muy segura, las mató un
rayo que descargó por la noche. Herodes se puso fuera de sí
por esta desdicha y se presentó ante el tribunal imperial sin
estar en su sano juicio y deseando la muerte. Cuando se ade- 561
lantó a hablar, se desató en improperios contra el emperador
sin disimular ni velar el contenido de su discurso[263], según
era natural que hiciera, dominando su ira, un hombre ejer-
citado en esta modalidad de oratoria, sino que con lengua
osada y sin trabas insistía diciendo: «¡Esto es lo que me re-
porta la hospitalidad dada a Lucio, a quien tú me enviaste!
¡En qué criterios apoyas tus juicios! ¡Me sacrificas a una
mujer y a una criatura de tres años!» Y al decirle Basseo, el
prefecto del pretorio[264], que estaba buscándose la muerte,
Herodes contestó: «Amigo, un viejo teme pocas cosas.» He-

[263] Tal vez no fue un discurso tan espontáneo e irreflexivo, si se presentaba como ofendido por las sospechas del emperador a causa de su amistad con Lucio Vero y las intrigas de sus enemigos.

[264] Cf. MASON, *Greek Terms...*, pág. 16.

rodes se marchó del tribunal tras decir esto dejando aún mucha de su agua en la parte alta de la clepsidra. Hay que considerar su comportamiento en este proceso entre los más evidentemente filosóficos de Marco, pues ni frunció las cejas ni mudó el rostro, cosa que le hubiera sucedido incluso a un mediador[265], sino que, volviéndose hacia los atenienses, dijo: «Defendeos, oh atenienses, aunque no os lo permita Herodes.» Y, mientras oía la defensa, en muchas ocasiones se entristeció sin darlo a entender, pero, cuando le fue leído el documento de la asamblea en el que claramente acusaban a Herodes de captarse la voluntad de los gobernadores[266] de Grecia con la miel abundosa de su palabra y gritaron: «¡Oh miel amarga!», y de nuevo: «Felices los que mueren por causa de la plaga!»[267], tanto se conmovió su corazón por lo que oía, que se abandonó al llanto sin recatarse. Como la defensa de los atenienses contenía acusaciones no sólo contra Herodes, sino también contra sus libertos, Marco desvió su cólera contra los libertos[268] imponiéndoles un castigo «tan moderado como fue posible», pues así caracteriza él

---

[265] En el derecho ateniense el árbitro intervenía en pleitos de muy escasa importancia o trataba de buscar un arreglo entre las partes.

[266] Dado que los magistrados griegos no tenían grandes poderes, Herodes reforzaba el suyo atrayéndose a los gobernadores romanos. Otro indicio de la llegada reciente de los Quintilios .

[267] Cf. F. J. Gilliam, «The Plague under Marcus Aurelius», *Am. Jour. Phil.* 82 (1961), 302. La plaga, que tuvo variadas y graves manifestaciones, se extendió por todo el Imperio durante largo tiempo, a partir de *ca.* 166, y causó enorme mortandad.

[268] El juicio, celebrado en Sirmio *ca.* 174, fue favorable a los enemigos de Herodes, quien debió de someterse a algún tipo de compensación paliativa de su tiranía económica. La actitud de Marco Aurelio es moderada, robustece la autoridad de los Quintilios y se inclina a castigar, como máximos culpables, a los libertos de Herodes, siguiendo su postura de animadversión a éstos.

mismo su propia sentencia[269]. Sólo a Alcimedonte le eximió de castigo, diciendo que ya le bastaba con la desgracia de sus hijas. Este fue el fallo de Marco, propio de un filósofo.

Atribuyen a Herodes algunos también un exilio que no 562
sufrió y, así, afirman que vivió en Orico[270], en el Epiro, ciudad que incluso habría fundado para que fuera residencia adecuada a su persona. Herodes residió, sí, en este lugar, estuvo enfermo en él y ofreció sacrificios por haber salido felizmente de la enfermedad, pero no fue obligado a exiliarse ni sufrió tal pena. Y haré testigo de este aserto al divino Marco. En efecto, tras lo sucedido en Panonia, vivió Herodes en el Ática, en los demos que le eran más caros, Maratón y Cefisia; estaba pendiente de él la juventud de todas partes, que, por admiración de su elocuencia, acudía a Atenas. Y tratando de comprobar si no estaría enojado con él por lo ocurrido en el tribunal, envía al emperador una carta que contenía no excusas, sino quejas, pues decía preguntarse perplejo por qué razón ya no le escribía, cuando anteriormente lo hacía con tanta frecuencia, que hasta tres portadores de cartas, en cierta ocasión, llegaron a su casa en un mismo día, uno tras los pasos del otro. Y el emperador escribió a Herodes largamente y acerca de muchos temas, poniendo admirable afabilidad en sus líneas, de las que yo voy a exponer un resumen en el presente relato haciendo una selección de la carta. El comienzo de la misiva decía:

---

[269] Como, más abajo, recoge Filóstrato.

[270] No parece caber duda de que se trata de un retiro voluntario, quizá para evitarse contemplar la primera satisfacción de los que lo habían humillado con el resultado del juicio. Suele admitirse que la carta de Marco Aurelio fue algo posterior a la vuelta de Herodes. Pero ¿no cabría interpretar la acogida triunfal de los atenienses a Herodes, que documenta el epigrama de Maratón mencionado en n. 235, como una respuesta a la llamada que, en su carta, hace Marco Aurelio a la reconciliación de los enemigos de Sirmio?

«Te saludo, amigo Herodes.» Tras hacer un comentario sobre los cuarteles de invierno de campaña en los que se hallaba, a la sazón, y manifestar aflicción por su mujer muerta hacía poco[271] y decir también algo sobre la debilidad de su cuerpo, escribía a continuación: «Te deseo buena salud; y, respecto de mí, piensa que te soy muy afecto y no consideres haber recibido agravio, si, por sorprender en falta a alguno de tus servidores, he usado contra ellos de castigo 'tan moderado como era posible'. No te me enojes por ello, y, si
563 en algo te he contristado o lo hago todavía, pídeme satisfacción en el templo de Atenea de tu ciudad en la celebración de los Misterios[272]. Pues hice voto, cuando la guerra era más enconada, de hacerme iniciar y desearía que fueras tú mi guía en la iniciación.» Tal fue la defensa de Marco, muestra de afecto y entereza. ¿Quién hubiera hablado de esta suerte al que había condenado al destierro, o quién mandaría ir al destierro al que merecía que se le hablara así?

De otra parte, hay noticias de que, cuando Casio, gobernador de las provincias orientales, preparaba una conspiración contra Marco, Herodes lo reconvino en una carta[273] en estos términos: «Herodes a Casio. Te has vuelto loco.» Esta carta hay que considerarla no sólo una reprensión, sino una prueba de firmeza por parte de un hombre que pone al servicio de su emperador las armas de la inteligencia.

El discurso que pronunció Demóstrato contra Herodes es, en mi opinión, extraordinario. Su estilo, en cuanto a mos-

---

[271] La muerte de Faustina, ocurrida *ca.* 175, afectó profundamente al emperador.

[272] Marco Aurelio se hace «iniciar» durante su visita a Atenas en el año 176. Herodes es su mistagogo, acompañante y presentador durante la ceremonia.

[273] Esta carta a Avidio Casio fue escrita, probablemente, en Grecia después de su vuelta, en 175.

trar el carácter del orador, es homogéneo, pues una digna gravedad recorre el discurso desde el principio hasta el fin; los recursos de estilo de su exposición son numerosos y distintos unos de otros, si bien dignos de elogio. Téngase presente también que el discurso fue célebre entre los envidiosos a causa de Herodes, porque un hombre de su clase era censurado en él. Pero que también se mostró firme ante las injurias lo pondrán de manifiesto las respuestas dadas por él al cínico Proteo[274] en Atenas. Era éste de los que se entregan con fervor a su filosofía, hasta tal extremo que llegó a arrojarse a una hoguera en Olimpia. Solía perseguir a Herodes dirigiéndole palabras ofensivas en su lengua medio bárbara. Se dio Herodes la vuelta en una ocasión y le espetó: «Me colmas de injurias, sea, pero ¿por qué con legua tan torpe?», como insistiera Proteo en sus injurias, le dijo: «Nos hemos hecho viejos, tú zahiriéndome y yo escuchando tus insultos», demostrando que lo oía, pero que lo tomaba a bro- 564
ma por estar convencido de que las ofensas sin fundamento no llegan más allá de las orejas.

Voy a hablar también sobre la elocuencia de este hombre, acercándome a lo más característico de su discurso. Que tuvo a Polemón, Favorino y Escopeliano entre sus profesores y que frecuentó la escuela de Segundo de Atenas lo he dicho ya; por lo que se refiere a maestros de crítica, se preparó con Teágenes de Cnido y Munacio de Trales, y con Tauro de Tiro, en las doctrinas de Platón. La disposición del discurso sabiamente equilibrada, su habilidad oratoria más

---

[274] Peregrino Proteo, nacido en Misia, tuvo conexiones con los cristianos y se formó en la filosofía cínica. LUCIANO dedica un opúsculo, *Sobre la muerte de Peregrino*, a este hombre extraño que se suicidó arrojándose a las llamas de una pira el año 165 en Olimpia durante los juegos.

bien velada que insistente, grandiosidad unida a sencillez y sonoridad semejantes a las de Critias, los pensamientos tales como no se concebirían en la mente de ningún otro, facilidad para expresarse con humor sin apartarse del tema de que trata; deleitosa su lengua y rica en figuras, elegante, diestra en mudar los giros, el hálito del discurso no impetuoso sino plácido y sosegado y, en conjunto, su género de elocuencia limaduras de oro refulgiendo en un río de remolinos argénteos. Sentía veneración por todos los escritores antiguos, pero con Critias no sólo estaba identificado, sino que introdujo entre los autores habituales de los griegos a este autor hasta entonces descuidado y visto con desdén. Cuando Grecia prorrumpía en aclamaciones en su honor y lo llamaba: «Uno de los diez»[275], no se sintió abrumado por este elogio, evidentemente, muy grande, sino que dijo con elegante finura a los que lo encomiaban: «Mejor que Andócides sí soy.» Más dotado para el estudio que hombre alguno, no descuidaba las fatigas del trabajo, sino que, incluso, continuaba su preparación durante las tertulias, mientras se bebía, y de noche, en sus ratos de insomnio, por lo que los indolentes y frívolos solían llamarle «rétor cebado». Cada persona sobresale en alguna cosa y es mejor que otra en algún punto; así, uno es un portento en la improvisación, otro, en la preparación meticulosa del discurso, pero él manejaba todas las modalidades mejor que ningún sofista y extraía sus recursos patéticos no sólo de la tragedia, sino también de la vida real.

[275] Posiblemente, Cecilio de Caleacte, escritor y maestro de retórica en época de Augusto, estableció el llamado «canon de los diez oradores» a que el pasaje alude. Andócides es el menos brillante de todos.

Son muchísimas las cartas[276] conservadas de Herodes, 565
así como los discursos[277], memorias[278], manuales y compilaciones de pasajes útiles[279] y breves antologías que reúnen lo mejor de la literatura antigua. Los que lo censuran por haber fracasado[280], joven todavía, en un discurso ante el emperador en Panonia, me parecen ignorar que Demóstenes, hablando ante Filipo, tuvo un fallo semejante. Pero aquél, cuando llegó a Atenas, solicitó honores y coronas, aunque Anfípolis se había perdido para los atenienses[281]. En cambio, Herodes, al sufrir este bochorno, se dirigió al río Istro con intención de arrojarse en él, pues tanto le dominaba el ansia de alcanzar renombre en las filas de la elocuencia, que sancionaba su fracaso con la muerte.

---

[276] La colección o colecciones de cartas de Herodes estaban dispuestas de modo que figuraban agrupadas por los nombres de sus corresponsales.

[277] Se ha perdido, prácticamente, toda la obra de Herodes, salvo el discurso *Perì Politeías*. No podemos valorar su influencia literaria, que se dio, desigualmente, entre sus alumnos. Su suasoria sobre la constitución, pronunciada para animar a los ciudadanos de Larisa a unirse con Esparta contra Arquelao de Macedonia, puede estar basada en un discurso de Trasímaco de Calcedón. Últimamente se ha atribuido el discurso a Critias, aparte de que son muchos los que no lo consideran obra de Herodes. Cf. Reardon, *Courants...*, págs. 105 y n. 24; Kennedy, *The Art of Rhetoric...*, pág. 582.

[278] Se entiende que los diarios de Herodes serían de un género afín al de los de Arístides. Los manuales no eran exactamente tratados de retórica, sino capítulos informativos sobre literatura, filosofía, gramática, instituciones y materias que ayudaban poderosamente a la formación de sus alumnos. Los *kairia* pueden haber sido una selección de sus improvisaciones, recogidas por sus esclavos estenógrafos.

[279] Para el entrenamiento retórico, ejemplos y modelos.

[280] Pudo ser en 117, cuando llevó el saludo de los efebos atenienses a Adriano, que empezaba su reinado.

[281] Filóstrato tiene un lapsus: cuando Demóstenes desmereció ante Filipo, Anfípolis llevaba diez años en poder de éste.

Tenía unos setenta y seis años cuando murió consumido por un mal. Aunque murió en Maratón y encomendó a sus libertos que lo enterraran allí, los atenienses se lo llevaron a hombros de sus efebos, transportándole a la ciudad; salían al encuentro del féretro gentes de todas las edades con lágrimas y piadosas exclamaciones, como suelen hacer los hijos que quedan huérfanos de un padre excelente. Y lo enterraron en el estadio Panatenaico, inscribiendo en su honor el breve y bello epigrama siguiente:

Herodes de Maratón, hijo de Ático, de quien el cuerpo todo en esta tumba yace, en el orbe entero tiene gloria y fama.

Éstas son mis noticias sobre Herodes el ateniense, en parte ya divulgadas, en parte ignoradas por otros autores.

2

566 Hacia el sofista Teódoto[282] me lleva ahora el hilo de mi relato. Teódoto era también uno de los que regían el pueblo de Atenas en la época en que los atenienses se enfrentaron con Herodes, y no llegó a la animosidad manifiesta contra él, pero a escondidas lo atacaba con intrigas[283], pues era hábil en sacar ventaja de las circunstancias y hombre de dudosos principios. Así, tuvo estrechas relaciones con Demóstrato y sus seguidores hasta el punto de que, incluso, les ayudó en los discursos que elaboraban contra Herodes. Fue el primero en tener a su cargo la formación de la juventud

[282] Teódoto de Mélite fue arconte *basileús*, heraldo del Areópago en 173 y estratego hoplita en 170 ó 176.

[283] Estaba emparentado con los enemigos de Herodes por su matrimonio con una hermana de la mujer de Lysíades, hermano, a su vez, de Demóstrato.

de Atenas con el sueldo imperial de diez mil dracmas[284]. Esto, en sí, no es digno de mención, ni tampoco lo fueron todos los que se elevaron a este sitial, pero lo cito porque Marco encomendó a Herodes la selección de los filósofos platónicos, estoicos, peripatéticos y epicúreos[285], pero a este hombre lo eligió él mismo, por el concepto que de él tenía, para educar a los jóvenes, llamándolo maestro en el arte del discurso político y orgullo de la retórica. Fue este hombre discípulo de Loliano, aunque no dejó de escuchar a Herodes. Vivió hasta pasar la cincuentena, ocupó la cátedra durante dos años y se mostró competente en el estilo, tanto de los discursos forenses como de las más sutiles declamaciones sofísticas.

---

[284] Avotins, «The Holders...», basándose en Oliver, *Marcus Aurelius...*, págs. 80 y sigs., y M. Nächster, *De Pollucis et Phrynichi controversiis*, Leipzig, 1908, sostienen que Teódoto accede, *ca.* 174, a la cátedra imperial de Atenas, que sería fundada en esta fecha, precisamente cuando Herodes se halla —ausente en Orico— en las peores relaciones con el emperador y sus alumnos abandonados. No faltan estudiosos que apoyan la existencia de una sola cátedra, fundada en época de Antonino Pío, cuyo primer titular es Loliano de Éfeso. Marco Aurelio la convertiría en cátedra imperial, en su viaje a Atenas en 176, aumentando la remuneración hasta diez mil dracmas. Hay varias razones para admitir la existencia de dos cátedras, la municipal y la imperial. Una de ellas, muy sólida, es que Apolonio de Atenas, catedrático bajo Septimio Severo, recibe un salario aproximadamente la mitad del instituido por Marco Aurelio, seis mil dracmas, y no cabe pensar que, treinta años después, los sueldos se hubieran reducido de este modo. Avotins establece para la cátedra imperial el siguiente orden de los sofistas de Filóstrato: Teódoto, Adriano, Pólux, Pausanias, Heraclides, Hipódromo y Filisco. Loliano y Apolonio son titulares de la cátedra municipal. Kennedy, *The Art of Rhetoric...*, pág. 565, también admite la existencia de dos cátedras.

[285] Herodes es elegido, seguramente, para presidir una comisión de varios miembros. Otra deferencia de Marco Aurelio, en 176, que suaviza las asperezas de Sirmio (cf. Oliver, *Marcus Aurelius...*, pág. 80).

3

567 Renombrado entre los sofistas fue también Aristocles de Pérgamo[286], sobre el cual voy a referir cuanto oí de personas de más edad que yo. Pertenecía este hombre a una familia en la que figuraba algún cónsul y, tras estudiar filosofía en la escuela de Perípato desde la niñez a la adolescencia, se cambió a la enseñanza sofística y asistió, en Roma, a las lecciones de Herodes sobre el discurso improvisado. Mientras se dedicó a la filosofía, tenía aspecto desaliñado y tosco, la ropa sucia; pero, luego, se volvió elegante, se quitó de encima la mugre y dio entrada en su vida a cuanto hay de placentero en liras, flautas y canto, según iban llegando a su puerta. Hombre de vida sobria anteriormente, asistía ahora sin mesura a los espectáculos teatrales y a su bullicioso ambiente. Cuando estaba adquiriendo prestigio en Pérgamo y tenía pendientes de él a todos los griegos de la región, Herodes hizo un viaje a Pérgamo y le envió a sus propios
568 alumnos, y enalteció a Aristocles como lo hubiera hecho un voto de Atenea[287]. El estilo de sus discursos, brillante y aticista, más apto para la elocuencia de aparato que para el discurso forense ya que faltan en su lenguaje la expresión airada y los arrebatos momentáneos. Incluso su aticismo, si se pone a prueba comparándolo con la lengua de Herodes, parecerá mostrarse en sutilezas nimias, más que en verbo gran-

---

[286] Aristocles, documentado tambien epigráficamente, tiene relación de amistad con Frínico, el célebre lexicógrafo y rétor comtemporáneo de Marco Aurelio y de Cómodo, que le dedica alguna de sus obras. Fue *consul suffectus* en 170. Escribió algún tratado de retórica.

[287] Expresión proverbial. La diosa salvó con su voto a Orestes, en el juicio que sufrió ante el tribunal del Areópago por haber matado a su madre Clitemnestra, cuando el número de votos absolutorios y condenatorios era igual.

dioso y sonoro. Murió Aristocles, cana la cabeza[288], justo cuando se aproximaba a la vejez.

4

A Antíoco[289], el sofista, le dio el ser la ciudad de Egas de Cilicia; de familia tan noble, que todavía ahora sus descendientes son cónsules. Motejado de cobarde porque no se presentaba a hablar ante el pueblo ni intervenía en la vida política, dijo: «No es a vosotros a quienes temo, sino a mí mismo», reconociendo, sin duda, que su carácter irascible era descomedido y difícil de reprimir. Pero, sin embargo, ayudaba a sus conciudadanos con sus bienes en la medida en que podía, dándoles trigo cuando los sabía necesitados de él y dinero para sus construcciones ruinosas. Pasaba la mayoría de las noches en el templo de Asclepio[290] por causa de sus sueños y por causa de las relaciones entre los que permanecían despiertos y hablando unos con otros, pues el dios solía hablar con él mientras estaba despierto convirtiendo en hermosa proeza de su ciencia el apartar las enfermedades de Antíoco.

Fue Antíoco, de muchacho, discípulo de Dárdano, el sirio, y, en su primera juventud, de Dionisio de Mileto, cuando éste se hallaba ya en Éfeso. No tenía facilidad para la elo- 569

---

[288] Expresión que Homero aplica a Idomeneo, *Ilíada* XIII 361.

[289] Hay alguna información epigráfica sobre este sofista, de gran interés, en la extensa inscripción de Argos mandada hacer por el mismo Antíoco. Cf. L. Robert, en *Bull. Corr. Hellén.* 101 (1977), 125.

[290] Los templos de Asclepio, además de lugares sagrados, donde se acudía para recuperar la salud escuchando los consejos del dios durante el sueño, pueden compararse en esta época con los balnearios europeos del s. xix, en lo que tienen de vida social y centro de reunión. El templo de Asclepio en Egas acogía a sofistas y alumnos, según parece. Apolonio de Tiana lo visitó.

cuencia de aparato, pero, siendo hombre muy sagaz, la tachaba de pueril a fin de parecer desdeñoso más que corto; sin embargo, fue realmente reputado en la declamación. Era muy seguro en el desarrollo de temas de contenido ambiguo, impetuoso en las acusaciones y ataques, notable en la defensa y vigoroso en la caracterización; y, en una palabra, en el estilo de sus discursos era más sofístico de lo que suele serlo el lenguaje forense y más forense de lo que acostumbra el lenguaje sofístico[291]. Manejó los sentimientos patéticos mejor que ningún sofista, pues no se alargaba en monodias ni en deplorables lamentaciones, sino que los mostraba concisamente con pensamientos superiores a cuanto pudiera decirse, como se comprueba en otros temas que desarrolló y, sobre todo, en el que sigue. Una muchacha violada prefirió[292] la pena capital del que la había forzado; de este acto de violencia nació, después, una criatura y pleiteaban los abuelos para decidir junto a cuál de los dos se criaría el niño. Pronunciaba el discurso en representación del abuelo paterno y decía: «Entrega al niño, entrégalo ya, antes de que pruebe la leche de su madre.» El otro caso es el siguiente: a un tirano que había renunciado a su mando despótico a condición de quedar a salvo lo mató un eunuco convertido en tal por su causa y se defendía del cargo de homicidio. En aquella ocasión rechazó el argumento más fuerte de la acusación, el documento sobre el acuerdo, añadiendo un toque de sutileza al patetismo. «¿Con quiénes, dijo, concertó el acuerdo? Con niños, con pobres mujeres, con muchachos, con viejos, con hombres. Pero yo no tengo designación en ese acuerdo.» Todavía de más alta calidad fue la defensa de

---

[291] Esta expresión es una especie de estereotipia que Filóstrato aplica también, p. ej., a Nicetes de Esmirna (I 19, 511) y Damiano de Éfeso (II 23, 606).

[292] La otra posibilidad era aceptarlo como esposo.

los cretenses en el asunto de la tumba de Zeus, ocasión en que contendió brillantemente con razonamientos basados en el orden natural y en la esfera toda de lo divino. Pronunciaba 570
discursos improvisados, pero también se interesaba por la literatura escrita, como prueban otras obras suyas y, especialmente, la *Historia*[293], pues en ella hace alarde de su dominio del lenguaje y de las ideas y se da por entero al culto de la belleza. Respecto del final de su vida, unos dicen que murió a los setenta años, otros, que antes; según unos, en su patria, lejos de ella, según otros.

5

Patria de Alejandro, a quien la gente solía llamar Peloplatón[294], fue Seleucia, ciudad de Cilicia nada oscura; su padre, homónimo suyo y peritísimo en el discurso judicial; su madre, sin par en hermosura, según proclaman sus retratos, y parecida a la Elena de Eumelo. En efecto, Eumelo había pintado una Elena de tal calidad como para figurar erigida en el foro romano. Se dice que, además de otros, se prendó de ella sin ocultarlo Apolonio de Tiana y que rechazó a los demás, pero mantuvo con Apolonio relación amorosa por el deseo de una descendencia perfecta, pues en él más que en nadie había algo de divino. Por cuántas razones es esto increíble, está expuesto claramente en mis escritos sobre Apolonio[295]. Tenía Alejandro aspecto de dios y atraía las mira-

[293] Conocemos, por una inscripción, que escribió una *Perì tês patrídos*, probablemente una historia mítica de Egas (cf. BOWIE, «Greeks and their Past...», pág. 21 y n. 61).

[294] Peloplatón, en el sentido de *pêlinos* «de barro». Tal vez, como Hipódromo (II 27, 620), tenía como modelo a Platón; pero no se le acercaba demasiado. También este sofista está documentado epigráficamente.

[295] Apolonio «nunca se vio arrastrado a la pasión amorosa», dice en *Vida de Apolonio* I 13; del dominio de su sexualidad hace gala Apolonio

das con su belleza; era, en efecto, su barba rizosa y de largura mesurada, dulces y grandes los ojos, proporcionada la nariz, blanquísimos los dientes y los dedos, de bien formada largura, adecuados para las riendas de la oratoria. Poseía, además, riquezas que gastaba en placeres irreprochables.

Ya de edad adulta, Peloplatón representó a Seleucia en una embajada ante Antonino y circulaban comentarios malévolos contra él sobre que añadía con artificios juventud a
571 su aspecto natural. Como creyera que el emperador le hacía poco caso, alzando la voz, Alejandro exclamó: «¡Préstame atención, César.» Y el emperador, irritado contra él por habérsele dirigido con excesiva familiaridad, le replicó: «Te la estoy prestando y te conozco bien. Tú eres, dijo, el que se dedica a cuidarse la cabellera, y a lustrarse los dientes y a pulirse las uñas y el que siempre huele a esencias.»

Durante la mayor parte de su vida ejerció su actividad en Antioquía, en Roma, en Tarsos y, por Zeus, en todo Egipto, pues llegó, incluso, hasta el lugar donde moran los Gimnosofistas[296]. Sus estancias en Atenas, pocas, pero dignas de no ser pasadas por alto. Viajó, en efecto, hasta Panonia llamado por el emperador Marco que se encontraba allí en campaña y que le concedió la dignidad de Secretario Imperial para los griegos, y, al llegar a Atenas[297] (una distancia ésta nada corta para el que viene del Este), exclamó: «Permitamos aquí a la rodilla aflojarse.» Y, dicho esto, anunció a los atenienses, deseosos de oírlo hablar, que pronunciaría discursos improvisados. Enterado de que Herodes vivía en Maratón y de que la juventud toda lo había seguido hasta

---

en VI 42. Filóstrato debió de publicar esta obra no mucho después de la muerte de la emperatriz Julia Domna, por cuya sugerencia la escribió.

[296] Cf. n. 24.

[297] Doblar la rodilla para descansar, repitiendo la expresión de ESQUILO, *Prometeo encadenado* 32.

allí, escribió a éste una carta solicitando la presencia de sus alumnos[298]. Y Herodes respondió: «Con los estudiantes llegaré también yo.» Se reunieron en el Cerámico, en el teatro que llaman de Agripa[299], y, como avanzaba el día y Herodes se retrasaba, los atenienses estaban enojados de que la audición se hubiera suspendido y pensaban que era un engaño. De suerte que Alejandro se vio obligado a adelantarse y ha- 572
cer la presentación de su discurso antes de que llegara Herodes. La introducción consistió en un elogio de la ciudad y una defensa ante los atenienses por no haber venido antes a Atenas y tuvo la extensión adecuada, pues se asemejaba a un discurso panatenaico condensado. Tan distinguido pareció su porte a los atenienses, que, incluso cuando aún estaba callado, se alzó un murmullo de los asistentes que alababan su atildamiento. Logró las preferencias del auditorio el tema *El que trata de hacer volver a los escitas a su anterior vida nómada, puesto que por vivir en la ciudad sufren quebrantos en su salud*[300]. Y, tras detenerse un corto espacio, saltó del asiento con rostro resplandeciente como quien trae buenas nuevas. Avanzado ya su discurso, se presentó Herodes cubriendo su cabeza con un sombrero arcadio como era usual en el verano en Atenas; tal vez, también, dando a en-

---

[298] El texto griego dice «helenos» para designar a los discípulos de Herodes, nombre que tal vez les dio él o les dieron otros. Parece que la palabra con este sentido sólo se lee desde Herodes y es, luego, corriente para designar a los estudiantes de sofística.

[299] Pausanias, I 8, 6, llama odeón de Agripa a lo que Filóstrato suele denominar teatro del Cerámico o Agripeon. Construido, *ca.* 16, por el amigo y yerno de Augusto, Marcos Vipsanio Agripa, acabó por ser dedicado, tras algunas modificaciones, a los recitales y conferencias de los sofistas, con capacidad para unos quinientos espectadores. Cf. Follet, «La datation...», *passim*.

[300] Era un asunto que solía figurar en el repertorio de los sofistas; el público disfrutaba oyendo distintas interpretaciones del mismo tema.

tender a aquél que llegaba de camino; y Alejandro, tomando pie de su llegada, dedicó unas palabras a la presencia del gran hombre, con lenguaje elegantemente grave y sonoro, y dejó a su arbitrio si prefería escuchar el tema que estaba desarrollando o proponer él mismo otro. Volvió Herodes su mirada al auditorio y dijo que haría lo que a ellos les pareciera, y todos estuvieron de acuerdo en seguir oyendo *Los escitas,* pues, en efecto, aquél exponía brillantemente el tema en cuestión según prueba lo referido. Y, en lo que siguió, mostró también capacidad portentosa. En efecto, las reflexiones tan brillantemente expuestas por él antes de que llegara Herodes las trató, en su presencia, con términos tan distintos, con ritmos tan diferentes, que a los que lo oían por segunda vez no les dio la impresión de que se repetía. Así, el pensamiento más celebrado de la parte declamada antes de presentarse Herodes: «Quieta, hasta el agua se corrompe», después de que se presentó aquél, tomando la misma
573 idea con un vigor distinto: «Incluso de las aguas, dijo, más dulces las que corren.» También lo que sigue es de *Los escitas* de Alejandro: «Si al helarse el Istro yo me fuera al Sur y al deshelarse marchara hacia el Norte, sano estaría de cuerpo y no como ahora me hallo. Pues ¿qué mal podría padecer un hombre que sigue el giro de las estaciones?» Al final de su discurso acusó a las ciudades de ser una celda asfixiante y dijo, como remate, alzando mucho la voz: «Abre las puertas de par en par, que quiero respirar»[301]. Corrió, entonces, hacia Herodes y, abrazándolo, le dijo: «Hazme a cambio el honor de tu agasajo», y Herodes le respondió: «¿Cómo no he de agasajar a quien tan brillantemente lo ha hecho?» Terminada la audición, llamó Herodes a sus discípulos más

[301] Otro indicio de que el Agripeon era teatro cubierto y cerrado. Alejandro tiene en la mente el verso 297 de *Fenicias* de EURÍPIDES.

adelantados y les preguntó qué les había parecido el sofista; al decir Escepto de Corinto que había encontrado el barro, pero que estaba aún buscando a Platón, se lo reprochó Herodes y le dijo: «Eso no se lo digas a nadie, pues te denigras a ti mismo como crítico ignorante. Antes bien, sigue mi opinión y considéralo una especie de Escopeliano parco.» Así lo caracterizó Herodes, al percatarse de que el orador armonizaba un tipo de expresión moderada con las audacias de la mentalidad sofística. Cuando, a su vez, pronunció él su discurso ante Alejandro, incrementó las calidades sonoras de su declamación, porque sabía que aquél se deleitaba especialmente con este protagonismo del sonido, e introdujo en su discurso ritmos más ricos en matices que los de la flauta y la lira, porque le pareció Alejandro excelente también en estas variaciones. El tema preferido fue *Los heridos en Sici-* 574
lia piden a los atenienses que se retiran de allí morir a sus manos[302]. En este tema es donde pronunció, húmedos los ojos de lágrimas, aquella súplica[303] que se cita una y otra vez: «Nicias padre, si obras así, ojalá vuelvas a ver a Atenas», punto en el que dicen que Alejandro exclamó: «Oh Herodes, migajas de ti somos los sofistas todos»[304], y Herodes, sumamente complacido con el elogio y porque era rasgo propio de su natural, le regaló diez bestias de carga, diez caballos, diez escanciadores, diez taquígrafos[305], veinte ta-

[302] La base histórica de esta declamación son los tristes acontecimientos de la derrota de Sicilia, en 413 a. C., cuyo angustioso patetismo recoge TUCÍDIDES, VII 75. Nicias fue ejecutado, no volvió a Atenas.

[303] Si les da muerte, en lugar de dejarlos, vivos, a su destino.

[304] Hay en esta expresión un recuerdo de lo que Esquilo decía de sus tragedias con relación a los poemas homéricos.

[305] Herodes utilizaba a sus esclavos taquígrafos para recoger improvisaciones. Cf., para la estenografía griega, H. VON ARNIM, *Leben...*, págs. 173 y sigs.; A. MENTZ, *Geschichte und Systeme der griechischen Ta-*

lentos de oro, muchísima plata y dos muchachitos del demo de Colito que aún hablaban a media lengua, porque había oído decir que Alejandro gustaba de las voces juveniles. Así le fue su estancia en Atenas.

Puesto que también de otros sofistas he referido dichos notables, permítaseme dar a conocer a Alejandro por medio de algunas citas más, ya que no ha llegado todavía a la plenitud de fama que merece entre los griegos. De que se expresaba con elevación no exenta de agrado son prueba los siguientes pasajes de sus discursos: «Marsias adoraba a Olimpo, Olimpo, su arte de flautista»; y otra vez: «Es la tierra de Arabia denso arbolado, llanos umbríos, ni un terreno estéril, plantas y flores es esa tierra. No hay que tirar una hoja de Arabia, ni arrojar brizna alguna allí nacida, tan afortunada tierra es en el producto de sus fatigas.» Y en otra ocasión: «Hombre pobre soy de Jonia, mas Jonia es pueblo de griegos, colonos en tierra bárbara.» Antíoco, que ridiculizaba su estilo y lo despreciaba a él como a hombre que sentía voluptuosa debilidad por la mera belleza de las palabras, cuando se presentó a hablar en Antioquía se expresó así: «Jonias,
575 Lidias, Marsias, tonterías, dadme temas»[306]. Sus excelencias en la declamación quedan probadas en estos pasajes, pero veamos de mostrarlas también en otros temas. Efectivamente, cuando hacía figurar en una declamación a *Pericles aconsejando emprender la guerra, incluso después del oráculo en que el dios Pitio manifestaba que, lo pidieran o no, sería aliado de los lacedemonios*[307], se enfrentó al oráculo del si-

---

chygraphie, Berlín, 1907, y *Antike Stenographie,* Munich, 1926; H. I. Milne, *Greek Shorthand Manuals,* Londres, 1934.

[306] El abuso de plurales podría ser una característica de Alejandro.

[307] Menciona este oráculo Tucídides, I 118, como respuesta de Delfos a una consulta de los lacedemonios algo antes de las Guerras del Pelopo-

guiente modo: «El dios Pitio, promete, dicen, a los lacedemonios, que les ayudará. Habla falazmente. También les prometió Tegea.» Y cuando hablaba como el personaje que aconseja a Darío tender un puente sobre el Istro, dijo: «Que el Istro de los escitas fluya bajo tus plantas y si, caudal benévolo, da paso a tus ejércitos, tribútale homenaje bebiendo de su linfa.» Y cuando en una declamación representaba a Artábazo disuadiendo a Jerjes de intentar una segunda expedición contra Grecia, compendió así sus razones: «Tal es la situación de persas y medos, oh rey, si permaneces en tu país. Pero la tierra de los griegos es magra, la mar estrecha, denodados sus hombres y malignos sus dioses.» Cuando sus palabras intentaban convencer a los que se sentían enfermos en tierra llana de que instalaran su morada en las montañas, se expresaba así sobre la naturaleza: «Pienso que el creador del mundo a las llanuras, como hechas de materia menos preciada, las echó abajo y alzó, en cambio, a lo alto las montañas como señal de estima. Son lo primero que el sol salu- 576
da, lo último que deja. ¿Quién no amaría el lugar que posee los días más largos?»

Maestros de Alejandro fueron Favorino y Dionisio. Pero, sin recibir apenas enseñanzas de Dionisio, partió llamado por su padre que se encontraba enfermo; y, cuando éste murió, fue realmente su maestro Favorino, de quien adquirió, en especial, el delicioso atractivo del discurso. Dicen unos que Alejandro murió en Galia, siendo todavía secretario imperial, otros, que en Italia, cuando ya no lo era; unos, que a los sesenta años, otros, que sin cumplirlos todavía; algunos le atribuyen un hijo, otros, una hija, extremos sobre los que no he encontrado información fidedigna.

---

neso. El fracaso de los espartanos ante los tegeatas ocurrió en el siglo VI. Cf. HERÓDOTO, I 66.

6

Hay que tener también en aprecio a Varo de Perge[308]. Padre de Varo fue Callcles, hombre preeminente en Perge; su maestro, el cónsul Cuadrato[309], improvisaba temas sobre doctrina filosófica y profesaba la sofística al modo de Favorino. La gente llamaba a Varo «cigüeña» por lo rojizo y picudo de su nariz; que el mote tenía su gracia y no carecía de fundamento se puede colegir por las estatuas que están dedicadas en el templo de la diosa de Perge[310]. El estilo de su oratoria era del tenor de lo que sigue: «Cuando llegas al Helesponto, ¿pides un caballo?; cuando llegas al Atos, ¿quieres pasarlo en barco? ¿No conoces, hombre, los caminos? Porque has echado un puñado de tierra en el Helesponto, ¿piensas que se te va a quedar allí, cuando ni las montañas
577 permanecen?» Se dice que pronunciaba estas palabras con voz espléndida y bien cultivada. Murió en su casa sin llegar a viejo y dejando hijos; los de su linaje son, todos, personas ilustres en Perge.

7

Hermógenes, a quien dio vida la ciudad de Tarso, a la edad de quince años llegó tan alto en su fama de sofista, que hasta suscitó en el emperador Marco deseos de escucharlo. Y, en efecto, Marco hizo el viaje para oírlo, se deleitó con

---

[308] Esto es todo lo que sabemos de *Varo de Perge*, aparte de una mención en Artemidoro, *Libro de los sueños* IV 1, que nos lo presenta relacionado con Filagro.

[309] No hay seguridad en la identificación del cónsul profesor de Varo.

[310] Esto es, Ártemis.

su elocuencia, se asombró de su habilidad en la improvisación y le entregó obsequios magníficos. Pero, cuando llegó a adulto, perdió sus aptitudes sin que fuera causa una enfermedad visible, con lo que dio tema para sus chistes a los maledicentes, pues decían que sus palabras eran realmente aladas, según el dicho homérico, ya que Hermógenes las había perdido como las alas pierden las plumas en la muda, y Antíoco, el sofista, burlándose de él, en cierta ocasión, comentó: «Este Hermógenes es un viejo entre los jóvenes y,
entre los viejos, un joven.» El tipo de elocuencia que culti- 578
vaba podrá apreciarse en seguida, pues dijo, cuando pronunció el discurso delante de Marco: «He aquí ante tu presencia, emperador, un orador que aún necesita del pedagogo, un orador a la espera de la edad para serlo»; y decía otras muchas cosas tan triviales como éstas. Murió en edad avanzada, tenido por uno de tantos, ya que perdió toda estima al abandonarle su destreza en la profesión[311].

[311] Tal vez, por ello, dedicó sus esfuerzos a la enseñanza y a la composición de algunos tratados que, juntos, constituyen un compendio de retórica. No hay en ellos una línea teórica que los aúne; son una serie de definiciones, clasificaciones meticulosas, ejemplos, etc., reglas para matizar innúmeras variantes, un recetario para formar declamadores. H. Rabe edita a Hermógenes en la colección «Teubner», Leipzig, 1913: *Perì Stáseōn, Perì deōn, Progymnásmata, Perì heuréseōs, Perì methódou deinótētos*. Ch. S. Baldwin, *Medioeval Rhetoric and Poetic*, Gloucester, 1959, pág. 38, dice sobre estos tratados: «Áridas, tan impersonales como la aritmética, pedantescamente hiperclasificadas, a veces inconsistentes, estas reglas son, sin embargo, ilustrativas..., los modelos expuestos para muchachos son, evidentemente, los modelos de oratoria pública de los adultos.» El tratado de Hermógenes siguió usándose hasta el fin del helenismo (cf. Kennedy, *The art of Rhetoric...*, págs. 619 y sigs., y los Apéndices en Bowersock, *Approaches...*).

8

Filagro de Cilicia[312] fue discípulo de Loliano y el más arrebatado e irascible de los sofistas, pues se cuenta que, si alguna vez se adormilaba alguno de sus oyentes, le pegaba una bofetada; el brillante ímpetu con que empezó, siendo un muchacho, no lo perdió al hacerse viejo, antes bien lo acrecentó, de suerte que se le tuvo por la figura ejemplar del maestro. Aunque visitó muchos pueblos y tenía fama en ellos de manejar excelentemente los temas retóricos, no manejó bien en Atenas su propio carácter difícil, sino que se indispuso seriamente con Herodes, como si hubiera ido precisamente con este fin. Caminaba, en efecto, al atardecer, por el Cerámico con cuatro personas tales como suelen ser en Atenas los seguidores fanáticos de los sofistas y vio, a su derecha, a un joven que en grupo con otros se daba la vuelta, y, sospechando que hacía algún comentario burlón sobre él, le dijo: «Eh tú, ¿se puede saber quién eres?» «Anficles soy, contestó el otro, si es que has oído mencionar a Anficles de Calcis»[313]. «Mantente lejos de mis actuaciones, dijo el sofista, no me pareces estar bien de la cabeza.» Y cuando el otro preguntó: «¿Y quién eres tú para decretarlo?», respondió Filagro diciendo que recibía la peor ofensa si su persona era desconocida en algún sitio. Como se le escapara

[312] Nuestra información sobre Filagro se reduce a las líneas de Filóstrato. C. P. Jones, «Two Enemies of Lucian», *Gr. Rom. Byz. Stud.* 13 (1972), 476, prueba, de modo convincente, que el Lexífanes ridiculizado por Luciano es Filagro de Cilicia.

[313] Anficles de Calcis es, tal vez, el Flavio Anficles de una inscripción, un epigrama, que se lee en la base de un Hermes muy posiblemente dedicado por Herodes, así como el de una dedicatoria hallada en Eleusis. Sería un hombre de familia de cónsules y arconte del Panhelenion (cf. Oliver, *Marcus Aurelius...*, pág. 103).

una palabra bárbara[314] en medio de su arrebato, la captó Anficles, pues era casual y, precisamente, el número uno de los discípulos de Herodes, y le preguntó: «¿En cuál de nuestros escritores ilustres figura ese término?» Y el otro: «¡En 579
Filagro!», contestó. A este punto llegó, de momento, el altercado, pero al día siguiente, enterado de que Herodes se hallaba en su mansión de las afueras de la ciudad, le escribió una carta en la que le hacía reproches por descuidar los buenos modales de sus alumnos. Y Herodes le contestó: «Me parece que no has hecho un buen proemio», criticándolo por no haber tratado de ganarse la benevolencia del auditorio, cosa que debe considerarse proemio real de las declamaciones. Pero aquél, por no haber entendido el acertijo, o, si lo entendió, por no tomar en serio la opinión de Herodes, que era muy acertada, fracasó en su actuación al presentarse ante un auditorio hostil. Según he oído de personas de más edad que yo, sus palabras de presentación causaron enojo, porque les pareció demasiado novedoso en las cadencias y desperdigado en los pensamientos, e incluso pueril les pareció, porque con el elogio de los atenienses entremezcló un lamento por su mujer que había muerto en Jonia. Además de que, como voy a contar, urdieron una trampa contra su declamación. Había defendido en Asia el tema: *Los que rechazan la alianza de los que no han sido llamados*[315]. El discurso estaba publicado, había despertado interés y, preci-

[314] La repulsión por los términos no áticos y los barbarismos es constante. Recordemos que Frínico reprochaba a Pólux por tener a demasiados autores clásicos como auténticamente puristas en su *Léxico*. Arístides consigue, en su panegírico de Roma, no usar un solo nombre romano. Puede verse que Filóstrato tiene idéntica precaución.

[315] Quizá estaría basada la declamación en la cortés despedida de Alcibíades a los enviados argivos que llegaron a Samos para ofrecerse a los demócratas atenienses, tras el golpe oligárquico de los Cuatrocientos que reseña TUCÍDIDES, VIII 86.

samente a causa de él, estaba altamente conceptuado. Mas había llegado a los discípulos de Herodes la información de que Filagro solía improvisar el primer tema seleccionado, pero que el segundo ya no, sino que pronunciaba declamaciones añejas y dadas por él al público anteriormente; y le propusieron el mencionado tema de *Los no llamados*, y, mientras aparentaba estar improvisando, le iban leyendo ellos la declamación. Un tremendo alboroto de voces y risas interrumpió la audición[316], mientras Filagro chillaba y bramaba diciendo que se le ofendía intolerablemente y se le impedía servirse de lo que era suyo; pero no salió indemne de una acusación tan comprobada. Esto sucedió en el teatro de Agri-
580 pa[317]. Dejó, luego, pasar unos cuatro días y se presentó en la casa de reuniones de los profesionales del teatro[318] que se halla junto a las puertas del Cerámico, no lejos de las estatuas ecuestres. Y, mientras representaba admirablemente a Aristogitón cuando expone la conveniencia de acusar a Demóstenes de confabulación con los persas y a Esquines, de estar confabulado con Filipo[319], de lo que ya habían presentado ellos mismos acusación mutua, se le apagó la voz por efecto de la cólera, pues el soplo de aire que produce los

---

[316] LUCIANO, *Pseudologista* 5-7, describe una rechifla semejante ante el discurso de un «improvisador»; nos descubre que algunos sofistas encomendaban a un pariente o amigo solicitar, precisamente, los temas que llevaban en su repertorio.

[317] Vid. n. 299.

[318] Desde época helenística, cuando la actividad teatral se extiende a toda Grecia y se convierte en una profesión para muchas personas, se constituyen asociaciones profesionales de actores, músicos, poetas, flautistas, citaristas, arpistas y recitadores. Privilegios y honores, premios y recompensas, eran adjudicados a los artistas, que constituyen grupos de mutuo apoyo, dotados de poder nada despreciable. Evodiano de Esmirna (II 16, 596) estuvo al frente de una asociación de este tipo. Cf. BOULANGER, *Aelius Aristides...*, pág. 36 y n. 5.

[319] Este tema carece de realidad histórica como base.

sonidos suele ensombrecer con el silencio la voz de las personas irascibles. Más tarde ocupó la cátedra de retórica de Roma. En cambio, en Atenas, por las causas que he dicho, se le estimó siempre menos de lo que merecía.

El estilo de Filagro, en la parte preliminar de sus discursos, se muestra en pasajes como éste: «¿Es que piensas que el sol siente envidia del lucero vespertino o se preocupa de si hay otra estrella en el cielo? No es así el natural de este fuego grandioso. Incluso me parece que reparte lo suyo a cada uno al modo del poeta[320], diciendo: a ti te doy el Norte, el Mediodía a ti, a ti la tarde, mas todos en la noche quedáis, sin excepción, cuando no se me ve.

Levantóse el sol raudo dejando el bello mar[321]

y no quedó una estrella.» Qué ritmos eran los de su declamación los harán conocer sus palabras en *Los no llamados;* y se dice que, efectivamente, producía deleite con ellos: «Amigo, hoy te he conocido y hoy me hablas armado, en la mano la espada.» Y también: «Sólo conozco la amistad que nace de la asamblea. Idos, por tanto, amigos, pues mantendremos para vosotros este nombre; y si precisáramos alguna vez aliados, mandaremos por vosotros, si alguna vez ocurre.»

Era Filagro de estatura inferior a la media, siempre ceñudo, la mirada viva y propenso a dejarse llevar por la cólera, y él mismo no desconocía la aspereza de su trato. Al 581
preguntarle uno de sus amigos por qué no era feliz creando una familia, contestó: «Porque tampoco soy feliz conmigo mismo.» Dicen uno que murió en el mar, otros, que en Italia, en el umbral de la vejez.

---

[320] Posiblemente se imbrican aquí dos ideas: la del poeta repartiendo papeles a los actores y la del reparto del mundo entre los tres hijos de Crono (*Ilíada* XV 190 y sigs.).

[321] *Odisea* III 1.

9

A Arístides[322], hijo de Eudemón o de nombre Eudemón él mismo, lo vio nacer Adrianos[323], ciudad no grande de

[322] Para muchos, Elio Arístides (117 - *ca.* 180) es el más grande de los sofistas del siglo II, comparable en grandeza a Isócrates, a quien se admiró y se tuvo como modelo durante siglos, hasta el Renacimiento. «La obra de Arístides —dice G. KENNEDY, en BOWERSOCK, *Approaches...*, pág. 20— posee mayor dimensión filosófica y literaria que la de los demás sofistas.» Los supera por su legítima historicidad, conocimientos y firme erudición; por la argumentación amplia y elevada; por el uso cuidado de la lengua. Presenta muchas de sus declamaciones desde dos puntos de vista en boca de oponentes, hasta de cinco personas distintas en las *Leuctrianas.* De su amplia obra se nos han conservado cincuenta y cinco escritos, dos de ellos apócrifos. Muchos no son, propiamente, discursos, sino cartas, himnos religiosos en prosa, memorias, etc. Entre los discursos, los hay dirigidos a ciudades, declamaciones históricas al modo sofístico (sólo una de las mencionadas por Filóstrato), un *Panatenaico,* un *Elogio de Roma,* dos discursos funerarios, escritos en defensa de la retórica contra Platón, reviviendo la vieja polémica, un discurso contra los sofistas censurando los modos al uso y los llamados *Discursos Sagrados,* que son una ventana abierta en el siglo II griego. Esta obra fue escrita para ser leída, incluso enviaba sus discursos para que fueran leídos en ciertas ocasiones. Es un aticista meticuloso, depurado, copiosa y correctamente informado, aunque resulte, con frecuencia, oscuro y decepcionante. Continúa siendo esencial, A. Boulanger, *Aelius Aristide...*, ant. cit. Entre las ediciones, la de G. DINDORF, 3 vols., Leipzig, 1829 (reed., 1963); la incompleta de B. KEIL, Berlín, 1958 (=Berlin, 1898), y las de C. A. BEHR, *Aelius Aristides and the Sacred Tales,* texto y traducción, Amsterdam, 1968, *Panathenaic Oration and In defense of the Oratory,* vol. I de *Arístides* en «Loeb Classical Library», Londres, 1973, y *P. Aelii Aristides opera quae exstant omnia,* Leiden, 1976, vol. I. Los índices de BOWERSOCK, *Approaches...*, remiten a estudios y ediciones parciales. Hemos aceptado para la traducción algunas opiniones de G. MICHENAUD, *Les rêves dans les «Discours Sacrés» d'Aelius Aristide,* Bruselas, 1972.

[323] Adriano, en 123, reúne las tribus de los misios bajo tres ciudades, Adrianos, Adrianúteras y Adriania. BEHR, *Aelius Aristides...*, da Adrianos como lugar de nacimiento, aunque suele preferirse Adrianúteras.

Misia; le dieron educación Atenas, en los años de madurez de Herodes, y Pérgamo, en Asia, cuando Aristocles profesó allí la retórica. Persona de salud frágil desde joven, no fue nunca negligente en el trabajo. La índole de su enfermedad[324] y que sufría temblores nerviosos[325] lo narra él mismo en los *Discursos Sagrados*. Estos discursos[326] le ofrecen

---

[324] No se puede entender a Arístides sin tener en cuenta sus enfermedades. Es posible que fuera un muchacho débil de siempre. Está enfermo durante su viaje a Egipto en 141, pero la primera enfermedad grave se produce en su viaje a Roma en 143, le afecta los pulmones y durante toda su vida será un asmático, dolencia que tiene siempre un componente neurótico que no falta en Arístides: su vanidad, su narcisismo, necesitan el aplauso y la atención de los que le rodean, se manifiestan en un egocentrismo total. A la disnea crónica se unen dolorosas infecciones repetidas de dientes, oídos y amígdalas, una hernia estrangulada gangrenosa, orquitis, varices. Permanente, una astenia que a temporadas no le permite sostenerse en pie, ni soportar la ropa con que necesita abrigarse. Se añaden procesos del aparato digestivo, hígado y páncreas. En 165 sufre la peste y, tal vez, también las viruelas. Alivia sus padecimientos con remedios que Asclepio le revela y con su dedicación al estudio y a la retórica. Permanece dos años seguidos como incubante en Pérgamo y, luego, alternativamente, en este lugar y en otros que el dios le recomienda. Resiste con fortaleza admirable los remedios prescritos: prolongados ayunos, vómitos provocados, dietas rigurosas y variadas, baños helados en invierno con fiebre alta, sangrías sin fin, enemas, pócimas y emplastos. En medio de tan graves incomodidades hace vida social, escribe, declama, pule sin descanso su obra, estudia y lee. Por fin, en 171, mejora notablemente, tal vez deja de tener accesos agudos y sobrelleva los crónicos.

[325] Los temblores pueden ser causados por una enfermedad del páncreas o por fiebres tercianas Como lo uno no excluye a lo otro, es posible que Arístides tuviera ambos padecimientos. Cf. MICHENAUD, *Les rêves...*, pág. 101.

[326] En ellos están sus memorias desde 142 a 168, con algunos años de interrupción. El libro sexto está incompleto, tal vez murió sin acabarlo. Constituyen una autobiografía *sui generis*, la única que nos ha legado la antigüedad (cf E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an age of anxiety*, Cambridge, 1965, pág. 40) Su estilo, contra la opinión de Filóstrato, no es demasiado pulido, hasta resulta difícil con frecuencia. Como género, son

ocasión para una especie de memorias y estas memorias son excelentes maestros de la pericia en hablar bien sobre cualquier asunto. Como no le acompañaba la disposición natural para el discurso improvisado, se preocupó de la minuciosi-
582 dad en sus obras y volvió los ojos a los autores antiguos; poseía valiosas dotes innatas y eliminó de su discurso la vana palabrería. Los viajes de Aristides no fueron muchos[327], pues ni hablaba para dar gusto al vulgo ni contenía su ira contra los oyentes parcos en alabanzas. Los pueblos que visitó fueron Italia, Grecia y la región de Egipto que se halla próxima al Delta; sus admiradores egipcios le erigieron una estatua[328] de bronce en el mercado de Esmirna.

Llamar a Arístides fundador de Esmirna[329] no es un elogio vacío, sino justificado y, por demás, verdadero. Pues, de

---

obra aislada; sus ingredientes más repetidos, sueños, enfermedades y remedios, vienen a ser la manifestación de sus sentimientos religiosos.

[327] Sólo si se comparan con los viajes de los demás sofistas. Estuvo en Egipto en 141; en Roma, en 143; durante el 154 pronuncia declamaciones por toda Grecia; en 155 está en Atenas. Permanece los años siguientes en Asia Menor, aunque no en la misma ciudad. Su segundo viaje a Roma, en 156, le dio toda la gloria que buscaba. Después recorre todas las ciudades de Asia Menor, si bien Esmirna es su predilecta.

[328] Estatua e inscripción que los egipcios erigieron a Arístides en Esmirna, seguramente ya en el umbral de su vejez. La inscripción se guarda en el museo de Verona.

[329] Filóstrato calla la reprobable y egoísta conducta de Aristides para con Esmirna: su negativa cerrada a desempeñar cargos públicos, siempre molestos y onerosos, y su codicia, que le lleva a reclamar exenciones que se concedían a los profesores de retórica, cuando él no enseñaba o apenas lo hacía. Se le nombró sumo sacerdote de Asia en 147, pleiteó y consiguió verse libre. En 151 se pretendió que fuera recaudador de impuestos de Esmirna, cargo que rechazó igualmente. Tampoco consintió en ser irenarca de Adrianúteras. Parece que consiguió, no obstante, conservar el privilegio de sus exenciones.

tal modo lloró ante Marco[330] la ruina de esta ciudad arrasada por terremotos y grietas, que en el resto de la monodia el emperador rompía con frecuencia en sollozos, pero en el pasaje que dice: «Soplos del Céfiro van por una ciudad desierta», el emperador dejó caer sus lágrimas sobre el papel y prometió la reconstrucción de la ciudad conforme al requerimiento de Arístides. Había trabado Arístides relación con Marco ya en Jonia, según he oído de labios de Damiano de Éfeso. Se encontraba el emperador en Esmirna desde hacía tres días y, no habiendo sabido todavía de Arístides[331], preguntó a los Quintilios[332] si no le habría pasado inadvertido el orador entre la multitud de los que habían acudido a tributarle homenaje. Y éstos respondieron que tampoco ellos los habían visto, pues no hubieran dejado de presentárselo; y llegaron ambos al día siguiente escoltando a Arístides. Dirigiéndose a él, el emperador le preguntó: «¿Por qué te vemos con tanto retraso?» «Senor, dijo Arístides, me tenía muy ocupado el estudio de una cuestión y, cuando el pensamiento se concentra sobre algo, no debe ser apartado de lo que examina.» Muy complacido el emperador con el modo de ser del sofista, tan sencillo y absorbido por su trabajo, de nuevo le preguntó: «¿Cuándo te oiré?», y Arístides contes- 583
tó: «Propónme un tema hoy y mañana ven a oírme. Pues no

[330] El desolador terremoto de Esmirna ocurrió en el año 178 o, tal vez, en el 177. Arístides no viajó para presentar ante los emperadores las necesidades de la ciudad destruida, sino que escribió una carta, la 19 de Keil. Escribió también una *Monodia por Esmirna,* poema en prosa en la que llora la ruina de la ciudad, una *Palinodia por Esmirna y su reconstrucción* y un *Esmirnaico.* Arístides estaba en su ciudad natal cuando ocurrió el terremoto. En 179, Esmirna estaba reconstruida.

[331] La vanidad de Arístides era inconmensurable.

[332] Vid. n. 254.

soy de los que vomitan de repente[333], sino de los que preparan con rigor. Séales permitido, señor, también a mis discípulos[334] estar presentes en la audición.» «Sea así, dijo Marco, pues es una muestra de afecto al pueblo.» Y al decir Arístides: «Concédeles también, señor, gritar y aplaudir cuanto puedan», sonriendo el emperador contestó: «Eso depende de ti.» No he dicho el tema de la declamación porque cada uno da uno distinto, pero en una cosa están todos de acuerdo: en que Arístides hizo uso ante Marco de la más noble vehemencia y en que, desde tiempo atrás, el destino preparaba para Esmirna el logro de su reconstrucción por intermedio de un hombre de tan altas prendas. Y yo no quiero decir que no hubiera reconstruido el emperador de todos modos la ciudad destruida a la que había admirado cuando estaba en pie, sino que las condiciones naturales de las personas egregias y superiores, si las avivan un consejo oportuno y el arte de la palabra, brillan más y se dejan llevar con entusiasmo a acciones generosas.

He oído también de boca de Damiano que este sofista denigraba en sus declamaciones a los que improvisaban[335], pero que admiraba tanto esta habilidad, que, a solas, se ejercitaba en ella encerrándose en un cuarto y que elaboraba frase tras frase, pensamiento tras pensamiento, dándoles vueltas una y otra vez. Pero hay que considerar tal actividad más propia del que mastica que del que come, pues la improvi-

---

[333] El verbo «vomitar» usado despectivamente con el significado de «improvisar» hizo fortuna. Quizá no sea originalidad de Arístides.

[334] En muy pocas épocas de su vida enseñó. Parece que se oponía a la enseñanza remunerada, al menos presumía diciéndolo. Es difícil de creer. Damiano (II 23, 605) dice que pagó diez mil dracmas por oír a Adriano y Arístides. Tal vez no aceptaba salario, pero sí, regalos en dinero.

[335] Critica a sus colegas de profesión en *Contra los que le reprochan no declamar en público.* Los desprecia, pero, aunque con mayor elevación y cuidado, no hace cosa muy diferente en sus declamaciones sofísticas.

sación es la proeza máxima de una lengua fluida. Censuran algunos a Arístides por haber compuesto un flojo proemio en *Los mercenarios a los que se reclama la tierra*[336], pues dio comienzo al tema del siguiente modo: «No cesarán estos hombres de procurarnos molestias.» También censuran algunos el peculiar vigor del sofista cuando, personificando en sus palabras en *El que rechaza el proyecto de amurallar Lacedemonia*[337], decía así: «Ojalá no nos agazapemos en las 584
murallas adoptando la condición de la codorniz.» Le reprochan también haber soltado un dicho proverbial sin elegancia, cuando tildando a Alejandro de imitador de su padre en la sagacidad para las empresas, dijo: «Es el niñito de papá.» Le afean, igualmente, éstos mismos su sarcasmo, cuando dijo que los Arimaspos de un solo ojo eran parientes de Filipo[338]. Y, sin embargo, incluso Demóstenes se defendió ante los griegos contra el «mono trágico», «el rústico Enomao»[339]. Pero no valoremos a Arístides por estos pasajes; que lo den a conocer sus discursos: *Isócrates trata de disuadir a los atenienses de su imperialismo naval*[340], *El ateniense que reprocha a Calíxeno por no rendir honras fúnebres a los Diez*[341], *Los que deliberan sobre los problemas de Sicilia*,

---

[336] Que habrían recibido en lugar de soldada.

[337] Otros sofistas desarrollaban el mismo tema (cf. I 20, 514).

[338] Los Arimaspos, pueblo mítico habitante de las regiones nórdicas, tenían un solo ojo. Sobre ellos escribió un poema Aristeas de Proconeso. Filipo había perdido un ojo combatiendo.

[339] Son insultos de DEMÓSTENES a Esquines en *Sobre la corona* 242, burlándose de su viejo oficio de actor.

[340] Da pie a esta declamación ISÓCRATES, *Sobre la Paz* 64, donde dice: «Creo que regiríamos mejor nuestra ciudad ... si dejáramos de desear el imperio del mar.»

[341] Tema ficticio recogido como ejemplo por los autores de manuales. Son los generales ajusticiados después de la batalla de las Arginusas, en 406, que, victoriosos, no pudieron cumplir el piadoso deber de recoger a los muertos que flotaban en el mar.

585 *Esquines, al no recibir el grano de Quersobleptes*[342], y *Los que rechazan el tratado después de matar a sus hijos,* en el que, más que en ningún otro de sus temas, nos ilustra sobre cómo se pueden tratar con seguridad cuestiones arriesgadas y propias de la tragedia. Conozco muchos otros de sus temas que ponen de manifiesto la cultura de este hombre, su vigor expresivo, su habilidad en la caracterización, méritos por los que hay que valorarlo más que por las ocasiones en que se descuida o cae en amaneramientos. Arístides fue el más acabado conocedor de las reglas retóricas[343] y eminente en la preparación reflexiva, causa por la que desistió de la elocuencia improvisada. Pues la voluntad de llevar adelante cualquier trabajo tras meticulosa consideración ocupa la mente y le resta presteza.

Dicen unos que Arístides murió en su casa, otros, que en Jonia, tras haber vivido sesenta años o casi setenta, según las versiones.

10

A Adriano[344], el fenicio, lo vio nacer Tiro y Atenas le dio educación; pues, como oí yo de boca de mis maestros,

[342] Ya hemos encontrado otros títulos de declamaciones sobre las dificultades de aprovisionamiento de grano en el siglo IV, así como sobre la trágica expedición a Sicilia en el año 415.

[343] Se le atribuyen dos tratados, tenidos por apócrifos. Cf. TH. E. CORTS, *The Pseudo-Aristides treatise on public address*, Michigan, 1977.

[344] Aunque suele darse como fecha del nacimiento el año 110, aproximadamente, el relato de Filóstrato lo hace parecer mucho más joven que Herodes, nacido *ca.* 101. Podría ser Adriano, de quien sabemos muy poco, el «Pseudologista» tratado tan cruelmente por Luciano en su obra homónima, en opinión de JONES, «Two Enemies...», 480 y sigs. Disiente de tal identificación J. SCHWARTZ, *Biographie de Lucien*, Bruselas, 1965. Es cosa mínima lo que podemos leer de Adriano: en la edición de Polemón, de la colección «Teubner», por H. HINCK, están los dos muy breves ex-

llegó a esta ciudad en vida de Herodes y dio pruebas de poseer extraordinarias facultades innatas para la sofística y de que, sin duda, llegaría lejos en ella. Empezó a asistir a las clases de Herodes cuando tenía unos dieciocho años, en seguida gozó de la misma consideración que Escepto y Anficles, y fue inscrito para la clase del Clepsidrio[345] que consistía en lo siguiente: de los discípulos de Herodes, diez, los de mayores méritos, asistían, además de a las clases comunes a todos, a una sesión especial que duraba tanto como tarda una clepsidra en medir el rato que se emplea en recitar cien versos y en la que Herodes hablaba todo el tiempo sin permitir el aplauso de sus oyentes, pendiente sólo de lo que
iba diciendo. Como Herodes había transmitido a sus discí- 586
pulos su hábito de no desperdiciar ni siquiera el rato en que se reunían para beber, sino, por el contrario, de ejercitarse también en algún punto mientras consumían el vino, Adriano bebía con los del grupo de la clepsidra, como partícipe de un gran círculo secreto; y en una ocasión en que se produjo un comentario sobre el estilo de cada uno de los sofistas, se adelantó Adriano en medio de ellos y dijo: «Yo voy a ofrecer un pequeño bosquejo de sus rasgos característicos

---

tractos de otros tantos discursos de Adriano. Los dos son del género judicial; en uno de ellos, las partes enfrentadas son brujas y el posible castigo, morir en la hoguera; el otro presenta la reclamación de unos mercenarios por sus servicios. Las escasas líneas de estos *excerpta* dicen poco sobre el arte de Adriano. En una piedra de Éfeso ha sido hallado un epigrama de Adriano (cf. Apéndices de Bowersock, *Approaches...*).

[345] Muchas interpretaciones admiten que, durante esta clase especial, se tomaba algún tipo de comida o bebida; para algunos, el único alimento eran los conocimientos adquiridos. Tampoco hay acuerdo sobre el contenido de la clase: comentario obligado de cien versos, de cien palabras, explicaciones de Herodes mientras duraban cien líneas, recomendación de cien palabras como términos aticistas, etc. En la traducción se quiere reflejar un tiempo medido con algún rigor y cierta variedad en el contenido.

sin repetir de memoria trozos breves, pensamientos, frases o cláusulas rítmicas, sino aplicándome a imitarlos repentizando en el estilo de cada uno de ellos con fluidez, dejando libre vuelo a mi lengua.» Y, como omitió éste en su parodia a Herodes, Anficles le preguntó por qué razón había pasado por alto a su maestro, cuando él personalmente estaba cautivado por su estilo y veía que los demás lo estaban también. «Porque, respondió, éstos son tales, que hasta a un hombre bebido le dan posibilidad de imitarlos, pero a Herodes, el rey de la elocuencia, feliz me sentiría con remedarlo sin vino y bien sobrio.» Estas palabras, referidas a Herodes, le produjeron honda satisfacción, siendo como era especialmente débil ante el aplauso. Solicitó de Herodes que le oyera improvisar un discurso cuando todavía era un joven y Herodes, tras escucharlo, no como dicen insidiosamente algunos con sentimientos de celos y de burla, sino con su normal disposición benévola, animó al muchacho, diciéndole por último: «Éstos podrían ser los grandes fragmentos de un coloso.» Y, al tiempo que corregía lo disperso y poco trabado de su discurso, cosa natural a su edad, ensalzaba su lenguaje elevado y la nobleza de sus pensamientos. A la muerte de Herodes pronunció en su honor un discurso digno de su talla humana, de calidad tal que hizo derramar lágrimas al pueblo ateniense que escuchaba sus palabras.

Tan lleno de confianza en sus dotes accedió a la cátedra
587 de retórica de Atenas[346], que le sirvió de proemio de sus palabras ante ellos no la sabiduría de los atenienses, sino la suya propia, pues comenzó del siguiente modo: «De nuevo

[346] Posiblemente, la cátedra imperial (cf. n. 284). En el nombramiento del discípulo de Herodes sustituyendo a Teódoto, debe de haber influido el deseo de reconciliación de Marco Aurelio con Herodes.

llegan letras desde Fenicia[347].» Proemio tal era propio de quien respiraba superioridad sobre los atenienses y les otorgaba un bien mayor del que recibía. Desempeñaba sus funciones en la cátedra de Atenas con relumbrante boato, vestía ropajes costosísimos y llevaba sobre sí maravillosas piedras preciosas, acudía a sus clases en un carruaje provisto de frenos de plata y, tras impartirlas, volvía a su morada suscitando envidia con su séquito de estudiantes de retórica procedentes de todas partes, que lo veneraban ya, como las gentes de Eleusis al hierofante cuando oficia los ritos más solemnes. Los atraía con diversiones, reuniones en que ofrecía vino, partidas de caza y asistiendo, en su compañía, a las fiestas helénicas. Se comportaba, en cualquier ocasión, lo mismo que los jóvenes, por lo que se sentían ante él como hijos delante de un padre bondadoso y afable, y llevaba el paso con ellos en las danzas griegas. Yo sé bien que algunos de estos lloran cuando lo recuerdan y que imitan el tono de su voz, su modo de andar, la distinción de su atuendo.

Presentaron contra él una acusación de homicidio, de la que salió con bien del modo siguiente. Había, en Atenas, un personajillo que no carecía de preparación en la carrera sofística. Si se le llevaba un cántaro de vino, un manjar exquisito, una prenda de vestir o un objeto de plata, se le encontraba amistoso, de la misma manera que la gente se lleva a los animales hambrientos con una rama tierna[348]. Pero, si no se le hacía caso, era pendenciero y molestaba con sus ladridos. Se 588
había enemistado con Adriano a causa de su conducta desenfadada y veneraba, en cambio, a su maestro, el sofista Cresto de Bizancio. Adriano soportaba todas sus salidas de tono y llamaba a las ofensas de gentes de esta laya «picaduras de

[347] Alude al alfabeto fenicio, del que procede el griego, equiparando sus enseñanzas a tan trascendente adquisición cultural.

[348] Expresión de sabiduría popular que recoge la literatura.

chinches»; pero sus discípulos lo llevaban a mal y ordenaron a sus sirvientes que le dieran una paliza. De resultas, se le inflamaron los intestinos y murió a los treinta días; él añadió, por su parte, otras causas a su muerte, pues estando enfermo bebía en exceso vino puro. Los deudos del muerto presentaron una acusación de homicidio contra el sofista ante el procónsul de Grecia, como ciudadano ateniense que era, pues su tribu y su demo estaban en Atenas. Pero él rechazó la acusación negando que hubiera sido golpeada por sus propias manos o por las de sus esclavos la persona que se decía haber muerto. Colaboraron en su defensa, en primer lugar, los estudiantes, quienes ¿qué no dirían entre lágrimas en su favor?, y, luego, el testimonio del médico en el asunto del vino.

En la época en que el emperador Marco visitó Atenas con el fin de iniciarse en los Misterios[349], ya nuestro hombre estaba al frente de la cátedra de retórica y Marco había incluido, entre las cuestiones que le importaban de Atenas, no quedarse sin conocer la competencia de aquél en su trabajo. Pues, efectivamente, lo había encargado de la educación de los jóvenes, no por haber comprobado su valía en una audición, sino dando crédito a su fama[350]. Como el cónsul Severo[351] le criticaba la exaltada vehemencia con que desarrollaba sus temas sofísticos por estar mejor dotado pa-
589 ra el discurso judicial, Marco, para ponerlo a prueba, le sugirió presentar en un discurso a *Hipérides atento sólo a los planes de Demóstenes cuando Filipo estaba en Elatea*[352]; y él llevó el caso con riendas tan seguras que no pareció inferior al enérgico brío de Polemón. El emperador quedó admi-

[349] En el año 176 (cf. II 1, 563 y n. 272).

[350] El nombramiento, que hace el emperador urgido por su actitud conciliatoria, apoya la aceptación de una cátedra imperial.

[351] Tal vez sea el cónsul de 163, profesor y amigo de Marco Aurelio.

[352] Tema sin fundamento histórico real.

rado y lo enalteció con mercedes y obsequios. Mercedes llamo a la manutención a expensas públicas, sitial preferente en los espectáculos, exenciones de impuestos, dignidades sacerdotales y a todo cuanto da brillo social a un hombre; obsequios, al oro, plata, caballos, esclavos y cuanto significa riqueza, bienes de los que lo colmó a él y a todos los suyos.

Cuando llegó a ocupar la más alta cátedra[353], atrajo hacia sí de tal suerte la atención de Roma, que, incluso a los desconocedores de la lengua griega, les producía anhelo de oírlo. Y lo escuchaban, como a canoro ruiseñor, asombrados de su palabra fluida, su educada voz de bellas inflexiones, sus ritmos en la mera declamación y el recitado al final. Así, ocurría que, cuando se hallaban presenciando espectáculos corrientes, de bailarines éstos generalmente, si aparecía en el teatro el encargado de anunciar la audición del sofista, se levantaban espectadores pertenecientes al senado, se levantaban personas del Orden Ecuestre, y no sólo los conocedores de la cultura griega, sino cuantos aprendían en Roma la otra lengua[354], y se dirigían apresuradamente al Ateneo[355], llenos de excitación, maldiciendo a los que iban a paso lento.

Cuando se hallaba enfermo en Roma, casi muriéndose,
lo nombró Cómodo secretario imperial, disculpándose por 590
no haberlo hecho antes. Y Adriano, tras invocar a las Musas como solía, mientras besaba el documento imperial exhaló sobre él su espíritu y tuvo tan alta distinción por sudario.

---

[353] La de Roma, que suponía enorme prestigio para un sofista, además de sustanciosos ingresos (cf. KENNEDY, *The Art of Rhetoric...*, pág. 568). La estancia de Adriano en la cátedra de Atenas parece haberse prolongado hasta pocos años después del 180.

[354] El latín. Filóstrato tiene cuidado máximo en evitar palabras no griegas. A veces sustituye los nombres de las autoridades romanas por curiosas perífrasis.

[355] Fundado en Roma por el emperador Adriano para conferencias y declamaciones, entre otros actos.

Murió próximo a los ochenta años y logró tan inmensa fama, que, en opinión de muchos, fue un mago. Pero ya he dicho categóricamente, en el capítulo sobre Dionisio, que un hombre cultivado nunca se permitiría recurrir a artes de mago. Me inclino a pensar que, como contaba en sus discursos narraciones maravillosas sobre la vida y costumbres de los magos, a causa de ello atrajo sobre sí este sobrenombre[356]. Lo acusan también de portarse con desfachatez, pues cuentan que uno de sus discípulos le envió unos peces colocados en una fuente de plata repujada en oro y que él, entusiasmado con la fuente, no se la devolvió y dijo como respuesta al que se la había enviado: «¡Magnífico! ¡Los peces, estupendos también!» Pero se dice que esto lo hizo en broma, por diversión, a uno de sus discípulos que, según había oído, era muy tacaño con su dinero; y que devolvió la fuente de plata tras corregir a su discípulo con la broma.

Era este sofista de abundosa brillantez en sus concepciones y sumamente variado en la combinación de las partes de sus temas, particularidad que había tomado de la tragedia, sin adoptar estructuras fijas ni seguir dócilmente las normas; revestía el estilo de su discurso con las galas de los viejos sofistas, inclinado a la belleza de los ritmos más que a efectos sonoros de otro tipo. Pero muchas veces tenía fallos en el estilo elevado por abusar de los recursos trágicos.

11

Grecia da un trato injusto al sofista Cresto de Bizan-
591 cio[357], desdeñando a un hombre que recibió de Herodes la

---

[356] Cf. I 22, 523. Ya se ha mencionado el discurso de Adriano en que las partes son brujas. Pero, seguramente, no hay que buscar para la maledicencia otra causa que la envidia profesional.

[357] Salvo las noticias de Filóstrato, nada se sabe de Cresto de Bizancio.

más esmerada educación que puede darse a un griego y que, a su vez, formó a muchos hombres ilustres, entre los que figuran Hipódromo, el sofista, Filisco[358], Iságoras el poeta trágico, rétores eminentes cual Nicomedes de Pérgamo[359] y Áquila, el originario de Galacia oriental[360], Aristéneto de Bizancio[361], filósofos reputados, como Calescro de Atenas, Sospis[362], sacerdote al servicio del altar, y muchos otros dignos de estima. Tenía cuando enseñaba, en época del sofista Adriano, un centenar de alumnos que pagaban por sus enseñanzas; los mejores, los que acabo de citar. Cuando Adriano ocupó la cátedra de Roma, los atenienses tomaron la decisión de enviar una embajada en favor de Cresto para solicitarle del emperador la cátedra de Atenas, pero aquél se presentó cuando estaban en la asamblea e hizo que suspendieran la embajada exponiendo otras razones importantes, ademas de terminar diciendo: «Diez mil dracmas no hacen a un hombre[363].»

---

[358] De Hipódromo y de Filisco se ocupa Filóstrato en II 27, 615 y II 30, 621.

[359] Era éste hombre ilustre, lo mismo que su padre, magistrado epónimo de Pérgamo, según prueba una inscripción del Asclepieon de esta ciudad (cf. Bowersock, Approaches..., pág. 2).

[360] Áquila de Galatia puede ser la persona conocida como Sempronio Galatia, secretario imperial para la correspondencia griega (cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 20, n. 2, y pág. 56).

[361] Miembro del *Consilium* de Caracalla.

[362] Calesero, el filósofo, es hermano de Glauco, hierofante de Eleusis (cf. II 20, 601 y FOLLET, *Athènes...*, pág. 262). Sospis, de la familia de los Claudios de Mélite, posiblemente desciende del daduco mencionado en n. 258. Hay de él testimonios epigráficos que recoge K. CLINTON, «The sacred officials of the Eleusinian Mysteries», *The American Philosofical Society*, N. S., vol. 64, parte 3.ª (Filadelfia, 1974), págs. 85 y sig.

[363] La cátedra imperial estaba, parece, dotada con diez mil dracmas, la municipal con seis mil. Cf. n. 284.

Muy dado al vino, refrenaba, sin embargo, el lenguaje insultante, el desenfado y la insolencia que el vino suele llevar a la mente humana; tenía tal capacidad para aguantar sereno, que, aunque se prolongara la bebida hasta el canto del gallo, él se entregaba luego al trabajo sin haber conciliado el sueño. Solía mostrarse particularmente hostil contra los jóvenes presuntuosos, aunque éstos fueran más convenientes
592 que los demás a la hora de abonar honorarios. Así, como veía a Diógenes de Amastris, lleno de orgullosa petulancia desde muchacho, dando vueltas en su cabeza a satrapías y cortes y a su futuro relacionado con los emperadores, y afirmando, además, que un egipcio le había predicho estas cosas, Cresto lo reconvino sin callar su propia experiencia.

Dio variedad al estilo de su elocuencia con el uso de los mejores recursos de Herodes, pero les son inferiores en viveza, lo mismo que en pintura la imagen dibujada sólo, sin el complemento del color, pero hubiera llegado, incluso, a igualar su perfección, de no haber muerto a los cincuenta años.

12

A Pólux de Náucratis[364] no sé si hay que llamarlo inculto o cultivado o si, lo que parecerá una simpleza, a la vez

---

[364] Discípulo de Adriano de Tiro, profesor del que, luego, fue emperador Cómodo, hombre muy rico y declamador de éxito. Se le ha reconocido en el vapuleado rétor de *El maestro de retórica* de Luciano y en el pedantísimo hiperaticista de *Lexífanes.* (Cf. JONES, «Two ennemies...», pág. 476, y G. ANDERSON, *Lucian, Theme and variation in the Second Sophistic,* Leiden, 1976, págs. 68 y 71). Ocupa la cátedra de retórica de Atenas (presumiblemente, la imperial, por su estrecha relación con Cómodo) desde algo después de 178 a *ca.* 193 (cf. AVOTINS, «The Holders...», pág. 316). Para sus diferencias con Frínico, M. NÄCHSTER, *De Pollucis et Phrynichi controversiis,* Leipzig, 1908.

cultivado e inculto. Pues, si se toma en cuenta su *Léxico*[365], resulta un hombre que estaba bien entrenado en la lengua de la dicción ática, pero si se examina a fondo el estilo de sus declamaciones, no fue aticista de mejor calidad que otro. Así, lo que se debe saber de él es lo siguiente. Polux se había ejercitado bien en la labor de crítico, pues había sido discípulo de su padre, versado en cuestiones de crítica; en cambio, constituía sus discursos sofísticos con auxilio de la osadía, más que de las reglas del arte, confiado en su disposición natural, pues poseía excelentes dotes innatas. Discípulo de Adriano, dista, por igual, de sus más altas cualidades y de sus imperfecciones; no es demasiado sencillo ni se eleva con exceso, sólo hay que algunas gotas de almíbar mezcladas con
sus palabras. He aquí una muestra de su estilo oratorio: «Pro- 593
teo de Faro, el prodigio de Homero, forma múltiple y varia, se alza en ola, se enciende en fuego, muda en furioso león, se lanza en un jabalí, repta en figura de sierpe, salta en trazas de pantera y, cuando se hace árbol, peina melena de hojas»[366]. Pongamos como ejemplo de su arte de declamador: *Los isleños que venden a sus hijos para pagar los tributos,* puesto que se presume que éste es el tema que mejor expuso, cuyo final dice así: «Un hijo, en el continente, desde Babilonia escribe a su padre que está en la isla: "Soy esclavo de un rey a quien me entregó un sátrapa como regalo; no monto caballo medo ni sostengo el arco persa, tampoco

---

365 Se trata del *Onomasticón,* dedicado a Cómodo. No es una obra literaria, sino técnica; contiene listas de términos para facilitar a Cómodo el aprendizaje del arte de la palabra, series de sinónimos, de adjetivos, réplicas a Frínico sobre aticismo y, entremezclado, ejemplos variadísimos, noticias sobre instituciones, religión, leyes, artes, ciencias, máscaras, teatro, música, danza, etc. El texto que tenemos ha sufrido abreviaciones e interpolaciones. Lo editó E. Bethe, *Lexicographi Graeci,* I X, Leipzig, 1900-1937.

366 Reelaboración de *Odisea* IV 455-458.

salgo a la guerra ni voy de caza, como un hombre, sino que me siento en las habitaciones de las mujeres y cuido de las concubinas del rey, y el rey no lo toma a mal porque soy un eunuco. Soy estimado por ellas, porque les describo el mar de Grecia y les relato historias de las hermosas costumbres de los griegos, cómo celebran los Eleos sus fiestas solemnes, cómo da sus oráculos Delfos, cuál es en Atenas el altar de la Piedad. Tú, padre, escribe también y dime cuándo son las Hiacintias en Lacedemonia, los Juegos Ístmicos en Corinto y los Píticos en Delfos y si los atenienses vencen en sus batallas navales. Adiós, y salúdame a mi hermano, si aún no ha sido vendido".» Cuál sea la calidad de la elocuencia de este hombre es cosa que pueden juzgar los oyentes ecuánimes. Y llamo oyentes ecuánimes a los que no son ni complacientes ni hostiles. Se cuenta que pronunciaba sus discursos con voz melosa, con la que hechizó, incluso, al emperador Cómodo para conseguir de él la cátedra de Atenas. Vivió hasta los cincuenta y ocho años dejando un hijo, legítimo pero sin instrucción.

13

594 Cesarea de Capadocia, próxima al monte Argeo, es la cuna del sofista Pausanias[367]. Fue educado por Herodes y era uno de los componentes del grupo del Clepsidrio[368], a los que la gente solía llamar «los sedientos»[369], pero, aun-

---

[367] Quizás sea este PAUSANIAS el autor de un léxico en el que al comentario sobre cada palabra se añadían ejemplos de uso. Los fragmentos están publicados en H. ERBSE, *Untersuchungen zu attizistischen Lexica*, Berlín, 1950, págs. 154 y sigs.

[368] Cf. n. 345.

[369] En *Vida de Apolonio* IV 24: «... lo acompañaban los sacerdotes, lo seguían sus amigos, se alzaban cráteras de argumentaciones y las tomaban

que se elevó hasta poseer muchos de los mejores recursos de Herodes y, en especial, la técnica de la improvisación, se expresaba con lengua torpe, como es usual entre los capadocios, tropezando en las consonantes, abreviando los sonidos largos y alargando los breves, por lo que la gente solía llamarlo pésimo cocinero de manjares exquisitos. El estilo de su declamación es muy lento, pero, sin embargo, tiene vigor y no falla en los toques de antigüedad, como se puede colegir de sus declamaciones, muchas de las cuales tuvieron lugar en Roma, donde vivió y murió ya en el umbral de la vejez cuando desempeñaba la cátedra de retórica. Había desempeñado también la de Atenas[370] y, cuando se marchó de allí, como colofón de las palabras que dirigió a los atenienses recitó oportunísimamente este verso de Eurípides

Teseo, dame la vuelta para que vea la ciudad[371].

14

Atenodoro[372], el sofista, era, por lo que a sus antepasados se refiere, el más insigne de los habitantes de Eno[373]; por sus maestros y educación, el más conspicuo de los estudiantes formados en la cultura griega. Oyó las enseñanzas de Aristocles, siendo todavía un niño, y las de Cresto, al llegar al uso de razón, por lo que resultó una mezcla de ambos, reunía en sus discursos la elegancia ática y la ampulosidad ornamental. Enseñaba en Atenas en la época en que

---

los que tenían sed de ellas.» Aun así, no se excluye la posibilidad de que los miembros del Clepsidrio bebieran mientras oían a Herodes.

370 No sabemos si la imperial o la municipal. Su marcha se sitúa *ca.* 193.

371 «Para que vea a mis hijos», dice Eurípides en *Heracles* 1406.

372 Todo lo que sabemos de Atenodoro es lo que dice Filóstrato.

373 En Tracia.

también lo hacía Pólux y solía motejarlo, en sus discursos, de pueril, mencionando los jardines de Tántalo[374], compa-
595 rando así, a mi parecer, la inconsistencia y superficialidad de su arte a una aparición irreal que existe pero que no existe. Persona digna y de carácter íntegro, murió, cuando aún era joven, privado por la fortuna de llegar lejos en la vía de la fama.

15

Ptolomeo de Náucratis[375] tuvo también entre los sofistas espléndida resonancia, pues era uno de los que disfrutaban de la manutención honorífica en el templo de Náucratis, privilegio que poseían muy pocos naucratistas. Discípulo de Herodes, no imitó a su maestro, sino que se dejó, más bien, atraer por el estilo de Polemón, pues la impetuosidad y el vigor de sus palabras, así como la expresión profusamente ornamentada, son rasgos de estilo que había tomado del acervo de Polemón, y se dice también que improvisaba con fluidez inagotable. Picoteaba en juicios y tribunales, pero no tanto como para que consiguiera de ellos gran nombradía. Solían llamarlo Maratón, según algunos porque fue inscrito en Atenas en el demo de Maratón o, como oí decir a otros, porque en sus temas, extraídos de la historia ática, recordaba con frecuencia a los que en Maratón afrontaron terribles pruebas[376].

---

[374] Cf. n. 138.

[375] Nuestro conocimiento de Ptolomeo de Náucratis se limita a las líneas que siguen.

[376] «Os lo juro por los que se expusieron los primeros a terribles pruebas en Maratón», es un famoso apóstrofe de DEMÓSTENES, *Sobre la Corona* 208, que elogia el autor de *Sobre lo sublime* 16.

Hay quien acusa a Ptolomeo de no calar hondo en sus temas y de no percibir dónde tienen o no coherencia, y aducen como prueba de su acusación este tema: *Los tebanos* 596
presentan contra los mesenios una acusación de ingratitud porque no acogieron a sus exiliados cuando Tebas fue tomada por Alejandro[377]. Critican ruinmente esta declamación, desarrollada por él con la brillantez y el talento que cabe esperar, porque, dicen, si se supone el juicio en vida de Alejandro, ¿quién sería bastante osado para condenar a los mesenios?, y si ya habla muerto, ¿quién tan indulgente para absolverlos? No comprenden los que hacen tales censuras que la defensa de los mesenios se fundamenta en su petición de perdón, al esgrimir como disculpa el poder de Alejandro y el miedo que le tenían, cosa de la que tampoco el resto de Grecia era ignorante. Quede hecha con esto mi defensa de este hombre al que libero de tan injusta y lesiva acusación, pues fue, en efecto, el más comedido de los sofistas. Aunque frecuentó muchos pueblos y tuvo relación con muchas ciudades, nunca dañó su propia fama ni pareció inferior a lo que de él se esperaba, sino que recorría las ciudades como si viajara en el esplendoroso carro de la fama. Murió ya viejo en Egipto, no privado de la vista a causa de un catarro de cabeza, pero sí muy delicado de los ojos.

16

A Evodiano de Esmirna[378], su linaje lo hace llegar hasta Nicetes, el sofista; la categoría social de su familia, hasta dignidades de sumo sacerdote y magistrado encargado del aprovisionamiento; los honores por la calidad de su elocuencia, hasta Roma y su cátedra de retórica. Puesto al frente de

[377] No parece basarse en un hecho real el tema del discurso.
[378] La única información sobre Evodiano es la que figura aquí.

la asociación de artistas de Dioniso[379], gente ésta insolente y difícil de gobernar, se le tuvo por acertadísimo en su gestión y superior a cualquier censura. Cuando se le murió su hijo en Roma, no profirió indignos lamentos mujeriles, sino que, tras gritar tres veces: «¡Hijo!», lo enterró. Se moría él
597 también, en Roma, y sus amigos, todos, se encontraban presentes discutiendo qué hacer con su cadáver, si enterrarlo allí mismo o transportarlo a Esmirna, embalsamado. Y Evodiano, levantando la voz, dijo: «No quiero dejar a mi hijo solo.» Así, les encomendó con claridad que lo sepultaran al lado de su hijo. Fue discípulo de Aristocles y se dedicó al género panegírico y logró, como mezcla en acerba copa, una fuente de dulce bebida[380]. Hay quienes aseguran que también oyó las enseñanzas de Polemón.

17

A Rufo de Perinto[381], el sofista, no hay que mencionarlo por su riqueza, ni hay que decir si su familia es abundante en cónsules, ni si dirigió brillantemente los Juegos Panhelénicos en Atenas[382]; pues, aunque se mencionaran estos y muchos otros títulos, no serían dignos de compararse con la gran preparación de este hombre. Denlo, más bien, a cono-

---

[379] Cf. n. 318.

[380] Es un lugar común, documentado desde Platón hasta los Padres de la Iglesia.

[381] Seguramente es la persona que figura en una inscripción ateniense. Presidió las fiestas Panhelénicas en época de Septimio Severo y lo hizo con munificencia. (Cf. Oliver, *Marcus Aurelius...*, págs. 103 y 130-1.) Hay un manualito muy breve, casi sólo unas cuantas definiciones, de Rufo de Perinto, editado en C. Waltz, *Rhetores Graeci*, Tubinga, 1832-1836, III, págs. 447 y sig. Cf. Kennedy, *the art of Rhetoric.*, pág. 633.

[382] Cf. n. 231. No hay seguridad en la fecha de su actuación como organizador de las fiestas Panhelénicas. Cf. Follet, *Athènes...*, pág. 129.

cer su elocuencia y el talento con que desarrollaba los temas ambiguos. En esta clase de discurso era muy admirado, en primer lugar, porque es difícil de exponer, pues hace falta, en las declamaciones compuestas sobre tema ambiguo, la rienda firme para lo que se dice y la aguijada punzante para lo que se calla. Además, en mi opinión, también era estimado por causa de su natural, ya que, al ser de carácter abierto y sin malicia, asumía bien cualquier papel, incluso aquellos que no iban con su modo de ser. Llegó a ser el más rico de 598
cuantos habitaban las tierras del Helesponto y la Propóntide y tuvo enorme fama en Atenas por su habilidad en la improvisación, lo mismo que en Jonia e Italia, y nunca se indispuso con una ciudad o una persona, sino que percibía las rentas de su carácter afable[383]. Se cuenta que fortalecía su cuerpo con ejercicios, llevaba siempre un severo régimen alimenticio y se sometía a un entrenamiento parecido al de los atletas profesionales. Fue discípulo de Herodes, en su adolescencia, y de Aristocles, en su juventud, y, aunque recibía de éste grandes elogios, él se enorgullecía, más bien, de Herodes, llamándolo su señor, lengua de Grecia, rey de la elocuencia y cosas semejantes. Murió en su patria a los sesenta y un años, dejando hijos de los que no puedo decir nada notable, salvo que son hijos suyos.

18

Onomarco de Andros[384], el sofista, no suscitó admiración, pero tampoco pareció despreciable. Ejercía la enseñanza en la época en que Adriano y Cresto enseñaban en Atenas y, como vivía en una tierra próxima al Asia, se contagió, como quien se contagia de oftalmía, del estilo jónico

[383] Debía de ser poco usual.

[384] Nada más se sabe de Onomarco.

practicado, sobre todo, en Éfeso, por lo que les parecía a algunos que no había recibido lecciones de Herodes, en lo cual se equivocan respecto a él. Posiblemente, por la causa que he dicho, estropeó la calidad de su elocuencia, pero la acumulación de pensamientos, indeciblemente grata, era como la de Herodes. Puede verse qué calidad de orador es en *El que se enamora de una estatua,* si no parezco poco serio al citarlo. Dice así: «Oh belleza viva en cuerpo sin vida,
599 ¿cuál de los dioses te esculpió? ¿Persuasión, una Gracia, el mismo Eros padre de la belleza? Todo lo posees en verdad, viveza en el rostro, lozanía en la piel, agudeza en la mirada, sonrisa graciosa, rubor en las mejillas, indicios de que me oyes. Y también tienes voz siempre a punto de sonar. Tal vez vas a decir algo, pero cuando yo no esté, cruel, despiadada, a tu fiel amante infiel. Ni una palabra me has concedido. Por eso, echaré sobre ti la maldición más estremecedora para los seres hermosos: te deseo que envejezcas.»

Dicen algunos que murió en Atenas, otros que en su patria, grisáceo el cabello y próximo a la vejez, y que era rústico de aspecto y tan desaliñado como Marco de Bizancio.

19

Apolonio de Náucratis[385] impartía sus enseñanzas en competencia con Heraclides cuando éste ocupaba la cátedra de Atenas; cultivaba un discurso político muy comedido y nada apto para el debate, pues le son ajenos la amplificación ornamental y el vigor. Siendo hombre disoluto en cuestiones de amor, le nació un hijo de una relación ilegítima, Rufino, que ejerció, después que él, la profesión, pero que no exponía una idea ni un sentimiento propios, sino que se afe-

[385] Otro sofista casi desconocido. Lo encontraremos, de nuevo, en la biografía de Heraclides, II 26, 612.

rraba a las frases y pensamientos acertados de Apolonio; y,
cuando lo censuró por ello una persona entendida, dijo:
«Las leyes me permiten hacer uso de los bienes de mi padre»,
y aquél le respondió: «Lo permiten, sí, pero sólo a los hijos
legítimos.» Critican algunos a Apolonio que se trasladara a
Macedonia como asalariado de una familia en mala situa-
ción. Mas sea absuelto de faltas como éstas; pues podría en- 600
contrarse a gente muy culta haciendo por dinero muchas co-
sas impropias de un hombre libre, mas no sería Apolonio
uno de éstos, ya que compartía sus bienes con los griegos
necesitados y no era exigente al convenir sus honorarios.
Murió a los setenta años en Atenas y tuvo como mortaja la
simpatía de todos los atenienses[386]. Fue discípulo de los so-
fistas Adriano y Cresto, pero tan distinto de ambos como los
que no lo fueron. Solía repasar sus temas apartándose un
poco de delante del auditorio y durante un rato más largo de
lo discreto.

20

Apolonio de Atenas[387] alcanzó renombre entre los griegos como orador experto en casos forenses y nada despreciable en la declamación artística. Enseñó en Atenas en

[386] Como a Critias le sirvió de mortaja la tiranía (I 16, 502) y a Adriano de Tiro, la carta en que Cómodo lo nombraba Secretario Imperial (II 10, 590).

[387] Apolonio de Atenas pertenecía a una ilustre familia de sofistas, según se lee en un epigrama inscrito en la base de una estatua suya erigida en Eleusis. Fue estratego *ca.* 188, arconte epónimo *ca.* 204, hierofante de Eleusis, después de Glauco, *ca* 219. Puede que no desempeñara él mismo las funciones de estratego y arconte, dado que su nombre y el de su padre coinciden. Cf. Clinton, *The sacred Officials...*, págs. 41 y sigs., y Follet, *Athènes...*, págs. 267 y sigs.

época de Heraclides y del sofista de su mismo nombre[388] y desempeñó la cátedra de oratoria política, remunerada con un talento[389]. Fue también personalidad eminente en los asuntos públicos, presidió embajadas sobre graves cuestiones y prestó al Estado los servicios que los atenienses consideran más importantes; se le nombró arconte epónimo y
601 magistrado de aprovisionamientos y, ya en el umbral de la vejez, sacerdote encargado de pronunciar las palabras sagradas en el templo de Eleusis[390]. Tenía la voz menos sonora y peor timbrada que Heraclides, Lógimo, Glauco y otros hierofantes parecidos, mas superaba a muchos de sus predecesores por su solemnidad, majestuosidad y atuendo.

Cuando se hallaba de embajada en Roma ante el emperador Severo, bajó a la arena en un certamen de declamación contra Heraclides, el sofista; éste salió perdiendo su exención de impuestos y cargas y Apolonio, lleno de regalos. Había difundido Heraclides sobre Apolonio la falsa noticia de que salía inmediatamente para Libia[391], cuando el

[388] Apolonio de Náucratis. Compartían ambos la hostilidad contra Heraclides.

[389] Dada la remuneración, es de suponer que ocupa la cátedra municipal, mientras Heraclides rige la imperial, durante el reinado de Septimio Severo (cf. KENNEDY, *The Art of Rhetoric...*, pág. 565).

[390] Misión encomendada al hierofante. Debían ser hombres maduros y, una vez nombrados, lo eran de por vida; parece que en esta época eran elegidos. Desde siempre, pertenecen al *génos* de los Eumólpidas. Su función era anunciar, junto al daduco, los misterios; encabezaba la procesión sagrada y, dentro del Telesterion, mostraba los *hierá* a los iniciados y pronunciaba las palabras sagradas, actos esenciales que sólo el hierofante realizaba, en medio de luz esplendorosa. Nuestra información sobre los misterios es muy escasa respecto de lo realizado en el Telesterion. No hay seguridad en las fechas en que se sucedieron los hierofantes citados.

[391] Más precisamente, Egipto. El emperador, es Septimio Severo, que se halla en Africa *ca.* 203. Hay aquí un juego de palabras con Leptis, la ciudad natal de Septimio. Sobre la ley de Leptines, cf. n. 175.

emperador se encontraba allí y estaba reuniendo a grandes personalidades de toda la tierra; y, al decirle: «Es hora de que te leas el discurso contra Leptines», replicó Apolonio: «Lo será para ti, puesto que también se escribió sobre una cuestión de exenciones.»

Toma Apolonio de punto de arranque de su elocuencia el estilo de Adriano, como discípulo suyo que fue, pero, sin embargo, se desvía y da en ritmos poéticos de cadencia anapéstica; mas, si se guarda de tales artificios, parece en sus discursos severamente digno, solemne en su andadura. Estos rasgos pueden encontrarse en todos sus temas pero, sobre todo, en el que se ocupa de *Calias intentando disuadir a los atenienses de la cremación de los cadáveres:* «¡Al- 602
za en alto la antorcha, amigo! ¿Por qué violentas y bajas al suelo y torturas al fuego? Es del cielo, es del éter; a lo que tiene su misma naturaleza va el fuego. No ayuda a hundirse a los muertos, lleva a lo alto a los dioses. ¡Oh Prometeo, portador de la antorcha, portador del fuego, cómo se ultraja tu don! Con los muertos insensibles se ayunta. Socórrelo, ayúdale, roba, si te es posible, incluso desde allí, el fuego.» He aducido estas frases no para disculpar sus ritmos inmoderados, sino para aclarar que no desconocía los ritmos más sencillos. Murió cuando tenía unos setenta y cinco años, después de distinguirse por el ejercicio vigoroso de su arte en Atenas, y está enterrado en el barrio de la Vía de Eleusis. Se llama este barrio de la Higuera Sagrada y las procesiones de Eleusis, cuando se dirigen a la ciudad, descansan allí.

21

Voy a incluir en mi relación a Proclo de Náucratis[392], hombre a quien conozco bien, pues fue uno de mis maes-

[392] Nada más sabemos sobre Proclo.

603 tros. Era Proclo persona de calidad en Egipto y viendo a Náucratis víctima de banderías que gobernaban sin ningún principio moral, prefirió la paz de Atenas, se hizo a la mar en secreto y pasó su vida allí. Había llevado consigo riquezas abundantes, muchos esclavos y el resto de sus efectos magníficamente ornamentados. Bien considerado en Atenas en su mocedad, logró todavía mejor reputación cuando llegó a adulto, primero, por su género de vida, luego, según pienso, por una noble acción que tuvo como beneficiario, ciertamente, a un solo ateniense, pero puso de manifiesto su naturaleza liberal. Efectivamente, cuando llegó con su barco al Pireo, preguntó a uno de los que allí estaba si cierta persona de Atenas gozaba de buena salud y prosperidad. Y preguntaba esto refiriéndose a un ateniense que fue huésped y amigo cuando él asistía a la escuela de Adriano. Enterado de que existía y estaba vivo, pero que iba a ser echado sin tardar de su casa, ya pregonada en venta por diez mil dracmas en el mercado, cantidad que había percibido por su hipoteca, le envió el dinero, sin subir siquiera a la ciudad, mandándole a decir: «Libera tu casa para que yo no te vea abatido.» Acción que debe tenerse no sólo por digna de un hombre rico, sino de quien sabe hacer buen uso de su riqueza, de una persona de exquisita educación y fidelísimo en sus sentimientos de amistad.

Adquirió cuatro casas, dos en la ciudad, una en el Pireo y otra en Eleusis. Le llegaban con regularidad de Egipto incienso, marfil, mirra, papel, libros y todos los productos de este tipo, y, al venderlos a los que comerciaban con ellos, jamás pareció codicioso ni mezquino ni ansioso de lucro; pues no buscaba ganancia ni intereses, sino que se conformaba con el valor inicial. Con su hijo, que derrochaba el dinero en la cría de gallos, de codornices, perros, cachorros de perro y caballos, compartía las diversiones propias de la ju-

ventud, en lugar de corregirlo, y a la gente que lo censuraba por ello le decía: «Mudará antes su vida de diversión en compañía de un viejo que en compañía de jóvenes.» Cuando murieron su mujer y su hijo, cayó en brazos de una cortesana, pues también los ojos que van para viejos se dejan 604
prender, y, por haberle entregado todas las riendas a ella, que tenía la fragilidad de su femenil naturaleza, no se le tuvo por buen administrador de su hacienda.

Unas normas regían la escuela de este sofista. Al que pagaba cien dracmas[393] de una vez le estaba permitido asistir al ciclo completo de enseñanzas. Tenía una biblioteca en su casa de la que podían servirse los alumnos para complementar su instrucción. A fin de que no intercambiásemos rechiflas e insultos, cosa que suele ocurrir en las escuelas de los sofistas, nos llamaban a todos a la vez y nos sentábamos, tras acudir a la llamada, los niños primero, los pedagogos[394] en medio y los jóvenes por separado. Era cosa rarísima que él pronunciara un discurso, pero, cuando se animaba a ello, se asemejaba a un Hipias o un Gorgias. Sus declamaciones eran presentadas al auditorio tras un repaso previo del día anterior. Su memoria, viejo ya de noventa años, era superior a la de Simónides[395]. Se expresaba en sus discursos con sencillez, pero la acumulación de pensamientos recordaba a Adriano.

---

393 Resulta sorprendente esta cantidad por el ciclo de enseñanza completo. Damiano (II 26, 605) pagó 10.000 dracmas por oír a Arístides y Adriano. Recordemos (I 25, 538) la enorme cantidad que Polemón consideraba pago adecuado de sus declamaciones.

394 Esto es, los esclavos que acompañaban a los estudiantes y les llevaban los libros.

395 Cf. n. 164.

22

Fénix de Tesalia[396] no merece ni admiración ni desprecio total. Era uno de los discípulos de Filagro, mejor en la invención del discurso que en la exposición. El hilo de sus pensamientos era ordenado y no carecían de oportunidad, pero la exposición parecía deshilvanada y falta de ritmo. Pasaba por ser más adecuado para los jóvenes que empezaban, que para los que tenían ya alguna formación, porque exponía los temas escuetamente, sin que sus palabras los engalanaran. Murió en Atenas a los setenta años y fue enterrado en nada humilde sepultura, pues yace junto a los muertos en las guerras, en el lado derecho del camino que desciende a la Academia.

23

605 A Damiano de Éfeso[397], varón famosísimo, me lleva este relato. Quedan fuera de él Sóteros[398] y Sosos, Nicandros y Fedros, Ciros y Fílaces[399], pues podrían ser llamados

[396] Fénix y su hermano Fílax, a quien Filóstrato menciona con desprecio unas líneas más adelante, son los hermanos que dedican a su padre y maestro Alejandro una estatua en Delfos (cf. C. P. Jones, «Two Friends of Plutarch., *Bull. Corr. Hell.* 96 [1972], 265, y J. Pouilloux, «Une famille de sophistes Thessaliens à Delphes au II[e] siècle a. C.», *Rev. Ét. Gr.* 80 [1967], 379).

[397] Apenas nada sabríamos de Damiano sin el recuerdo de Filóstrato. Cf. Bowersock, *Approaches...*, Apéndice II.

[398] Una inscripción de Éfeso, dedicada a Sótero por sus estudiantes, pone de relieve sus méritos en la sofística.

[399] Fílax, el hermano de Fénix de Tesalia, era miembro del Areópago de Atenas y formaba parte del *koinón* tesalio, según dice una inscripción honorífica en Olimpia. Cf. n. 396 y pág. 266 del artículo de Jones, «Two Friends...».

diversión de los griegos, más que sofistas de renombre. Damiano tuvo muy ilustres antepasados, que gozaban en Éfeso de la más alta consideración, y también preclaros descendientes, pues merecieron todos el honor de figurar en el Senado[400], admirados por su celebridad y el escaso apego a las riquezas. En cuanto a él, rico hasta la opulencia en bienes de todo género, socorría a los efesios necesitados, mas, sobre todo, ayudaba al Estado aportando dinero y reconstruyendo edificios públicos que amenazaban ruina. Puso en comunicación el templo[401] con Éfeso, prolongando hasta aquél la vía que baja por las puertas de Magnesia. La nueva vía es un pórtico, todo él de mármol, de un estadio de longitud; la finalidad de la construcción, que no falten los devotos en el templo cuando llueva. Mandó poner en la inscripción dedicatoria de esta obra, concluida con enormes gastos, el nombre de su mujer, en tanto que ofrendó, en el suyo propio, el comedor del albergue del templo y lo alzó de tamaño superior a todos los de otros lugares juntos, dotándolo de una ornamentación indeciblemente hermosa, pues está embellecido con un mármol frigio tal como jamás se había tallado. Desde muchacho empezó a usar bien sus riquezas. Así, cuando Arístides y Adriano señoreaban con su arte, uno, Esmirna, otro, Éfeso, oyó las lecciones de ambos, mediante el pago de diez mil dracmas, afirmando que era más placentero gastar en tales amantes que en hermosos mancebos o doncellas, como otros hacían. Cuanto he escrito sobre estos hombres lo he dicho informado por Damiano, que conocía bien a ambos.

---

[400] De sus cinco hijos, unos fueron cónsules y otros contrajeron matrimonio con cónsules (cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 58).

[401] De Ártemis efesia, antiquísimo lugar de culto de la diosa. Aún podían verse restos del pórtico a fines del siglo pasado.

606 Lo que sigue es una demostración de la riqueza de Damiano. En primer lugar, toda la tierra que poseía estaba plantada de árboles, frutales y de sombra; en sus propiedades de la orilla del mar había construido islas artificiales y, en los puertos, muelles que ofrecían fondeadero seguro a los barcos de carga que llegaban o partían. Tenía casas en las afueras, acondicionadas, unas, como las de la ciudad, otras, a modo de grutas. Además, la conducta de este hombre en los tribunales no era la del que va exclusivamente tras la ganancia ni la del que aplaude que se obtengan beneficios de todo el mundo, sino que a los que sabía en situación apurada les ofrecía gratis la ayuda de su elocuencia. Algo semejante ocurría con sus lecciones de sofística, pues a los que veía, llegados de tierras lejanas, escasos de recursos, les perdonaba la remuneración por su enseñanza para que no gastaran en exceso sin advertirlo.

Era mejor sofista que un orador forense y más experto abogado de lo que un sofista suele ser[402]. Cuando se iba haciendo viejo, dejó ambas actividades, desgastado su cuerpo más que su entendimiento. Permitía visitarlo a los que venían a Éfeso por causa de su fama; también a mí me concedió la merced de una visita, primero, y una segunda y una tercera, después, y vi a un hombre similar al caballo de Sófocles[403], parecía despacioso por causa de la edad, pero recuperaba el ímpetu juvenil en las cuestiones interesantes. Murió en su casa, después de vivir sesenta años, y está enterrado en una de las residencias de las afueras de la ciudad, en donde había vivido preferentemente.

---

[402] Ha repetido la misma idea en I 19, 511 y II 4, 569.

[403] Expresión que aparece en *Electra* 25: «... un viejo corcel, aunque sea viejo, no pierde ánimo en los peligros». (trad. de L. Gil, Ed. Guadarrama, Madrid, 1969).

24

Patria de Antípatro, el sofista, era Hierápolis[404], que debe ser inscrita entre las más prósperas de Asia; su padre, Zeuxidemo, de los más eminentes ciudadanos de aquélla. Frecuentó las clases de Adriano y Pólux, pero armoniza 607
mejor con los modos de Pólux y, así, disminuye el vigor de sus pensamientos con los ritmos de la exposición. Oyó también las lecciones de Zenón de Atenas y aprendió de él lo más alambicado de la profesión. Era hábil improvisador, pero no descuidaba la composición bien meditada, sino que nos declamaba discursos Olímpicos y Panatenaicos y escribió una historia de las hazañas del emperador Severo, por cuya decisión personal[405] fue nombrado Secretario Imperial[406] y logró, en este cargo, sonoro renombre. Debo poner de manifiesto que muchos fueron mejores que este sofista en la declamación y también en la composición de obras escritas, mas nadie escribió cartas mejor que él, sino que, a la manera de un espléndido actor trágico que comprende bien los matices de la pieza, se expresaba con palabras dignas de la imperial persona. En efecto, su lenguaje tenía claridad y altura de pensamiento, expresión adecuada a las circuns-

[404] Es uno de los maestros de Filóstrato, al que deben añadirse, al menos, Damiano de Éfeso, Proclo de Náucratis e Hipódromo de Larisa. El maestro de Antípatro, Zenón, tal vez sea el sofista cuya obra sirvió de fuente a la de Hermógenes. (Cf. KENNEDY, *The Art of Rhetoric...*, pág. 629.) Pocos sofistas gozaron de preeminencia tan alta como la de Antípatro (cf. BOWERSOCK, *Approaches...*, Apéndices).

[405] Esto es, sin consultar a su hijo Caracalla, su asociado al *imperium*.

[406] Para la correspondencia en griego, cargo que desempeñaron varios sofistas.

tancias y un empleo sumamente grato del asíndeton, recurso de estilo[407] que da particular brillo a una carta.

Figuró en las filas de los cónsules y fue gobernador de Bitinia, mas como parecía, en exceso, proclive al uso de la espada fue separado del cargo. La vida de Antípatro duró sesenta y ocho años y fue enterrado en su patria. Se dice que murió por su obstinada voluntad de morir más que por enfermedad[408]. Fue nombrado preceptor de los hijos de Severo[409], y «preceptor de los dioses» lo llamábamos al celebrar sus actuaciones.

Cuando murió el más joven de ellos[410] bajo la acusación de conspirar contra su hermano, escribió al mayor una carta que incluía una monodia y un lamento fúnebre, donde le decía que, de sus ojos, le quedaba uno solo y una sola mano, y que aquellos a los que él había educado para que alzaran las armas uno en favor del otro, había oído decir que las habían levantado uno contra el otro. No debemos dudar de que el emperador[411] se encolerizó por sus razones, pues hubieran enfurecido, incluso, a un hombre cualquiera deseoso de que no se pusiera en duda su convicción de haber sido víctima de una conjura.

25

608 Grande en el círculo de los sofistas, Hermócrates de Focea[412] fue hombre también muy elogiado y puso de relieve

---

[407] Recurso de estilo admirado y tan usado por Filóstrato que sin él la prosa de las *Vidas* sería muy otra. Era también característico de Critias (cf. I 16, 503), y fue rescatado del olvido por la Segunda Sofística.

[408] Al parecer, se dejó morir de hambre.

[409] Caracalla y Geta.

[410] Era Geta, asesinado por su hermano Caracalla en 212.

[411] Caracalla, que comienza su reinado en 211. Antípatro muere poco después.

[412] Una inscripción de Pérgamo lo llama filósofo (cf. BOWERSOCK, *Approaches...*, Apéndice II). Favorino y Dión gustaban de ser llamados filósofos.

la importancia de las dotes naturales, en comparación con todos los que estoy reseñando, pues no fue discípulo de ningún sofista afamado, sino que, tras oír las lecciones de Rufino de Esmirna, que ejercía la profesión con más osadía
que éxito, desarrolló, con mayor variedad que griego alguno 609
y en la invención tanto como en la disposición, no un tipo determinado de temas con exclusión de otros, sino todas las modalidades al uso. En efecto, incluso componía bien las declamaciones de intención ambigua e ideaba abundantes frases de doble sentido, entremezclando el significado real en lo que decía embozadamente.

Su abuelo fue Átalo, hijo de Polemón, el sofista; su padre, Rufiniano de Focea, cónsul, que desposó a Calistó, la
hija de Átalo. A la muerte de su padre se malquistó con su 610
madre tan irremediablemente, que Calistó no vertió una sola lágrima por él, muerto en la juventud, cuando hasta a los más acérrimos enemigos les parece lamentable morir a edad tan temprana. Quien oyera contar así las cosas achacaría a maldad del muchacho el que su madre no padeciera lo más mínimo por él, mas a quien considerase reflexivamente la causa y el hecho de que el joven había tomado aversión a su madre a causa del ardiente amor de aquélla por un esclavo, le parecería que él obraba de acuerdo con las leyes, que autorizan, incluso, a matar por causas tales; en cambio, ella sería merecedora de odio hasta para los extraños por la circunstancia que había cubierto de vergüenza a ella misma y a su hijo.

Pero, así como Hermócrates sale limpio de esta inculpación, no ocurre lo mismo en lo que voy a decir ahora. La cuantiosa herencia paterna que le fue entregada la dilapidó, no en criar caballos ni en servicios al Estado, cosas de las que también cabe conseguir renombre, sino en vino y en amigos tales que darían asunto para una comedia, como lo

dieron en otros tiempos los aduladores de Calias hijo de Hipónico[413].

Cuando Antípatro accedió al cargo de Secretario Imperial y mostró deseos de unirlo a su propia hija que era poco agraciada de aspecto, no corrió Hermócrates a beneficiarse de la buena situación de aquél, sino que, al referirse la dama que interponía su mediación a la categoría social de que entonces disfrutaba Antípatro, respondió Hermócrates que nunca sería esclavo de una dote cuantiosa ni de la fatuidad
611 de un suegro. Aunque sus parientes lo inducían al matrimonio y consideraban a Antípatro un «Corinto, hijo de Zeus»[414], él no accedió hasta que el emperador Severo lo hizo ir a Oriente y le dio a la joven por esposa; y cuando le preguntó uno de sus amigos dónde tendría lugar la ceremonia de retirar el velo de la desposada, respondió Hermócrates con fina ironía: «Mejor sería la ceremonia de ponérselo, según es la esposa que tomo.» Y no mucho después puso fin a la unión, al ver que ni era atractiva de aspecto ni afable de carácter.

Cuando el emperador oyó a Hermócrates sintió por él la misma admiración que se tenía por su antepasado[415] y le dio licencia para pedirle mercedes. Y Hermócrates dijo así: «Coronas, exenciones de impuestos, alimentación a cargo del erario, la púrpura y dignidades sacerdotales, nuestro antepasado nos lo ha transmitido a nosotros sus descendientes, ¿por qué habría de pedirte lo que tengo desde hace tanto

[413] El *Protágoras* de Platón «... expone la vida de Calias más teatralmente de lo que hace Éupolis en *Los aduladores»,* dice Ateneo, 506f. A esta comedia alude, tal vez, Filóstrato.

[414] Que los corintios tenían por su epónimo y fundador. Es un modo de encarecer el poder y la riqueza de Antípatro. El proverbio tiene también otros sentidos.

[415] Polemón, a quien debe Hermócrates los innumerables honores y privilegios de que disfruta, concedidos al sofista y sus descendientes.

tiempo? Pero, puesto que Asclepio, en Pérgamo, me ha prescrito comer perdices ahumadas con incienso y esta planta aromática es ahora tan escasa aquí que se ofrece a los dioses el humo de los pasteles de cebada y hojas de laurel, solicito de ti cincuenta talentos de incienso para atender al culto de los dioses y al cuidado de mi persona.» Le concedió el incienso, con elogios, el emperador, declarando que sentía rubor por haber recibido tan humilde petición.

Ayudó a Hermócrates en su actividad profesional, en primer lugar, la fama de su bisabuelo, pues la naturaleza humana aprecia más las cualidades transmitidas por los padres a sus descendientes y, por eso, es más afamado un vencedor olímpico que procede de un linaje de vencedores olímpicos,
más bravo el soldado de una familia que no fue ajena a la 612
milicia, más atrayentes las dedicaciones de los padres y antepasados y, sin duda, mejores profesiones las heredadas. Pero le ayudó no menos la gallardía de su aspecto, pues tenía la gracia y la belleza de estatua que suelen tener los adolescentes. Su osadía juvenil ante un público numeroso producía asombro a la gente, ese asombro que sienten los hombres ante los que hacen sin esfuerzo algo grandioso. Le favorecían, también, su fluidez de palabra, las calidades sonoras de su lenguaje, el que repasara de una mirada en un instante los temas, el hecho de que sus lecturas y declamaciones fueran más propias de una cabeza cana que producto del entendimiento y la elocuencia de un joven. Las declamaciones conservadas de Hermócrates son, tal vez, ocho o diez, además de cierta exposición, nada extensa, que pronunció en la fiesta de la crátera panjonia[416]. Quede muy cla-

[416] Fiestas panjonias en honor de Poseidón se celebran en las ciudades jonias al menos desde el siglo VII a. C. Se bebía de una gran crátera que simbolizaba la comunidad espiritual de las ciudades jonias. En *Vida de Apolonio* IV 5-6, hay alguna información sobre estas ceremonias en la época.

ro que, en mi opinión, nadie hubiera superado las cualidades de orador de este muchacho, si la envidia divina no le hubiera impedido llegar a la madurez. Murió a los veintiocho años según algunos, a los veinticinco en opinión de otros. Y acogieron su cuerpo su tierra natal y la sepultura de sus mayores.

26

Hombre ilustre por demás, al igual que su familia, es Heraclides de Licia[417], que nació de nobles antepasados y fue sumo sacerdote de Licia, cargo público éste que, siéndo-
613 lo de un pueblo nada grande, los romanos estimaban muy importante a causa, según creo, de una alianza ya antigua. Pero aún más ilustre fue Heraclides en la profesión sofística, competente en la invención, competente en la declamación, sencillo en los alegatos forenses, sin efectismos desmesurados en el discurso de ceremonia.

Echado de la cátedra de Atenas[418] porque intrigaron contra él los partidarios de Apolonio de Náucratis, de los que Marciano de Dolique[419] era el primero, el de en medio y el último, se trasladó a Esmirna, ciudad que, más que ninguna otra, rendía culto a las musas de los sofistas[420]. Que la ju-

---

[417] Sus contemporáneos, Apolonio de Náucratis, Apolonio de Atenas, Antípatro de Hierápolis y Ptolomeo de Náucratis, se ensañan contra él.

[418] El concurso tuvo lugar antes de la marcha del emperador a África, en el 202. Heraclides ocuparía ya la cátedra imperial; su humillación le hubiera cerrado el camino, de no ser así.

[419] Suele usarse esta expresión para indicar perfección o grandeza única. Marciano de Dolique fue, de entre sus enemigos, quien consiguió echar a Heraclides de su cátedra y de Atenas.

[420] Al menos era un gran profesor. En Esmirna se concentran los mejores maestros y declamadores; sus alumnos eran muchos y entusiastas (cf. n. 430).

ventud de Jonia, de Lidia, de Frigia y de Caria se concentrase en Jonia para recibir enseñanza de este hombre no es cosa extraordinaria, pues Esmirna es vecina de todas ellas, pero es que hacía venir a la juventud estudiosa de Europa, a los jóvenes de Oriente, a muchos egipcios que lo habían oído hablar porque mantuvo, en Egipto, una controversia con Ptolomeo de Náucratis por cuestiones de enseñanza. Llenó, ciertamente, a Esmirna de una brillante multitud, pero aún la favoreció más en otros aspectos que voy a mencionar. Una ciudad que presta atención a sus numerosos forasteros mayormente si son amantes del saber, celebrará sosegadas reuniones del Consejo y la Asamblea, cuidará, sin duda, de no ser cogida en falta ante aquella multitud de personas instruidas, se ocupará de sus templos, gimnasios, fuentes y pórticos, a fin de que parezca cumplir sus deberes con tan densa población. Si una ciudad es rica en naves, como Esmirna, el mar le aportará productos en cantidad y sin tasa. Colaboró en el ornato de Esmirna erigiendo en el gimnasio de Asclepio una fuente de aceite con la cubierta dorada y fue, entre ellos, el magistrado portador de corona con cuyo nombre los habitantes de Esmirna mencionan sus años.

Se dice que delante del emperador Severo se interrum- 614
pió, en un discurso improvisado[421], intimidado por la corte y la guardia del emperador. Si hubiera sufrido este contratiempo un abogado, hubiera aceptado tranquilo las censuras pues el enjambre de los abogados es insolente y audaz, pero un sofista que trabaja enseñando a muchachos la mayor parte del día, ¿Cómo haría frente a esta turbación? A un orador le hace perder el hilo del discurso improvisado un oyente de rostro severo, una ovación demorada, el no ser aplaudido de modo usual; y si tiene conciencia de una mala voluntad al

[421] Cf. II 20, 601.

acecho como Heraclides sospechaba, entonces, la de Antípatro, pensará con menos agudeza, hablará con menos fluidez, pues sospechas tales son como niebla en la mente y cadenas en la lengua.

Se dice que por cortar unos cedros sagrados fue condenado a la confiscación de casi todos sus bienes, y que, cuando se alejaba del tribunal, lo acompañaban sus discípulos consolándolo y sosteniendo su ánimo, y que uno de ellos iba diciendo: «Nadie te arrebatará el talento para declamar, Heraclides, ni la gloria que con ello has conseguido», y que, cuando se puso a declamarle: «Uno solo queda retenido en el vasto...»[422], «...fisco», continuó él, burlándose, con ingenioso donaire, de sus propias desgracias.

Parece que este sofista, más que ningún otro, adquirió los saberes de la profesión con trabajoso esfuerzo, pues su capacidad natural no se prestaba a ello. Tiene, producto de sus reflexiones no falto de atractivo, un libro poco extenso
615 que lleva por título *Elogio del trabajo*. Iba con este libro en la mano, cuando encontró, en Náucratis, al sofista Ptolomeo que le preguntó de qué trataba, y, al contestarle que era un elogio del trabajo, le pidió Ptolomeo el libro, tachó la letra *pi* y le dijo: «Lee ahora el título de tu elogio»[423], Los discursos en los que Apolonio de Náucratis hablaba contra él lo tachaban de lerdo y premioso[424].

Maestros de Heraclides, Herodes sin seguridad, Adriano y Cresto entre los que lo fueron realmente; no debemos dudar de que fue discípulo de Aristocles. Se dice que tenía un

[422] «... mar», debería haber terminado el discípulo de Heraclides, citando *Odisea* IV 498, pero, al igual que Herodes en II 1, 558, cambia el último término, mostrando así humor y calma ante la adversidad.

[423] Borrando la *pi* de *pónos* «trabajo», queda *ónos* «asno».

[424] Cabía, en las palabras introductorias de un discurso, hacer el elogio de las propias cualidades y la crítica de los rivales.

estómago insaciable, que comía en cantidad manjares exquisitos y que esta voracidad en nada lo perjudicó, pues murió, en efecto, con más de ochenta años y vigoroso de cuerpo. Se dice que su tumba está en Licia. Dejó, al morir, una hija y unos libertos nada virtuosos que recibieron en herencia la Retórica. La Retórica era una finca pequeña, valorada en diez talentos, que tenía cerca de Esmirna, adquirida con el producto de sus audiciones.

27

Que nadie considere a Hipódromo de Tesalia[425] inferior a los sofistas mencionados hasta ahora, pues es innegablemente superior a algunos y no sé en qué vaya a la zaga de otros. Tierra natal de Hipódromo era Larisa, próspera ciudad tesalia, y su padre Olimpiodoro, el principal criador de caballos de Tesalia.

Cuando parecía algo grande, en Tesalia, presidir una vez los Juegos Pitios[426], Hipódromo presidió los Juegos Píticos
dos veces y superó a los que lo hicieron antes en la riqueza, 616
en la buena organización del certamen, en la nobleza de espíritu y justicia al conceder los premios. Así, su decisión respecto al actor trágico no ha permitido a otro superarlo en justicia y sensatez. En efecto, Clemente, el actor trágico bizantino, era de tal calidad como nadie jamás en su profesión; cuando fue vencedor en los concursos durante la época en que Bizancio estaba sitiada[427], se marchaba sin el reconocimiento público de sus victorias, pues no parecía bien que, por causa de una sola persona, hiciera proclamaciones de victoria una ciudad que había alzado sus armas contra los

[425] De Hipódromo apenas tenemos alguna noticia más.
[426] Una de estas dos ocasiones fue en el año 193.
[427] Septimio Severo entró en la ciudad en el 196.

romanos. Tras haber actuado de modo insuperable también en los Juegos Anfictiónicos[428], los Anfictíones se disponían a negarle la victoria por temor a la causa mencionada, pero Hipódromo se levantó de un salto con decisión y exclamó: «Medren éstos quebrantando juramentos y decidiendo injusticias. Yo doy a Clemente el voto de la victoria.» Recurrió otro de los actores ante el emperador, pero el voto de Hipódromo fue tenido otra vez por bueno, pues también en Roma consiguió la victoria el actor bizantino.

Mas, siendo hombre de tal temple ante la multitud, mostraba en sus exhibiciones asombrosa afabilidad, pues aunque había elegido una profesión narcisista y engreída, jamás caía en el elogio de sí mismo y refrenaba las alabanzas exageradas. Una vez, cuando los griegos lo ovacionaban con clamorosos elogios y hasta lo equiparaban a Polemón, exclamó: «¿Por qué me parangonáis con los inmortales?»[429]. Así, ni quitaba a Polemón su fama de hombre más que humano, ni se permitía a sí mismo compararse con tan ilustre
617 personalidad. Proclo de Náucratis había compuesto un escrito insultante, impropio de un anciano, contra todos los profesores de retórica de Atenas y hacía figurar a Hipódromo en este libelo injurioso; nosotros creíamos que íbamos a oírle un discurso compuesto como réplica contra el eco suscitado por lo que allí se decía, pero él, sin decir nada ofensivo, expuso un encomio del decoro en el lenguaje, que empezaba por el pavo real, diciendo cómo los elogios le hacen extender el abanico de sus plumas. Tal fue su comportamiento para con sus colegas mayores que él y que le superaban en muchos o en pocos años; de cómo fue para los de su misma edad cabe enterarse por lo que sigue. Un muchacho llegado

[428] En todos los Juegos, la porción deportiva cede en importancia a los certámenes musicales, en comparación con los antiguos tiempos.

[429] Son palabras de Ulises en *Odisea* XVI 187.

de Jonia a Atenas[430] prodigaba sus elogios a Heraclides hasta ser fastidioso; viéndolo Hipódromo entre los que lo escuchaban, dijo: «Este mancebo está enamorado de su maestro. Bueno sería alentarlo en su amor, pues, con suerte, puede irse de aquí convertido en un experto en el encomio.» Y, al decir esto, expresaba un elogio de Heraclides como jamás se pronunció sobre él. Su llanto por Diódoto de Capadocia[431] y el luto que vistió por este joven, que mostraba excelentes dotes para la declamación y murió en la flor de la juventud, proclaman a Hipódromo padre de los alumnos de la escuela retórica y maestro que llevaba la noble mira de que existieran, después de él, hombres insignes. Esto es, precisamente, lo que probó en Olimpia. A Filóstrato de Lemnos, su discípulo, cuando, a la edad de veintidós[432] años, iba a correr el riesgo de un discurso improvisado, le ofreció mil consejos para el arte del elogio, sobre lo que debía decir y lo que no; y, cuando los griegos a una voz pedían a Hipódromo que se presentara a hablar, al punto, también él, contestó: «No saldré a competir contra los que son mis propias entrañas.» Y, dicho esto, aplazó su actuación para el día del sacrificio. Téngase lo dicho como prueba, en mi opinión, de su calidad de hombre educado, condescendiente y de carácter bondadoso.

Después de desempeñar durante unos cuatro años la cá- 618
tedra de retórica de Atenas[433], se dejó apartar de ella por

---

[430] Los estudiantes buscan a los grandes maestros dondequiera que se hallen. Esto pudo suceder algo antes de 213, mientras Hipódromo desempeñaba la cátedra de Atenas.

[431] Diódoto de Cesarea, en Capadocia, aparece en una inscripción honorífica hallada en el Asclepieon de Pérgamo (cf. Bowersock, *Approaches...*, pág. 2).

[432] Probablemente, en los Juegos Olímpicos del 213 (cf. Avotins, «The Holders...», pág. 324). Se supone que este joven Filóstrato es pariente del autor de las *Vidas*.

[433] La cátedra imperial, desde *ca.* 209 a *ca.* 213 (cf. Avotins, *ibídem)*.

causa de su mujer y de sus bienes, pues era aquélla la más activa de las mujeres y guardiana celosa del dinero, pero como estaban ausentes, su hacienda se iba arruinando. No dejó, sin embargo, de asistir a las fiestas solemnes de los griegos, sino que acudía a ellas frecuentemente, con motivo de sus declamaciones y para que no lo olvidaran. Parecía aún mejor en estas solemnidades, porque persistía en su preparación después de haber cesado de enseñar. Hipódromo aprendió de memoria más que ningún otro de los griegos de memoria privilegiada, después de Alejandro de Capadocia, y leyó más que nadie, después de Ammonio, el peripatético, pues nunca he conocido hombre más versado en literatura que aquél. Por otra parte, Hipódromo no descuidó nunca su perfeccionamiento en la declamación, ni cuando vivía en el campo ni cuando estaba de viaje, fuera por tierra o por mar, pues lo llamaba tesoro superior a la riqueza, como dicen los himnos de Eurípides y Anfión.

Siendo tosco de aspecto, mostraba, sin embargo, una indescriptible dignidad en sus ojos, de mirada penetrante y luminosa[434]. Esto es también lo que dice haber observado en él Megistias de Esmirna, considerado fisiognomista sin segundo. Llegó, en efecto, Hipódromo a Esmirna después de la época de Heraclides, sin haber estado allí antes; bajó del barco y se dirigió a la plaza del mercado para ver si encontraba a algún experto en las peculiaridades de las escuelas locales. Al ver un templo y, sentados delante, pedagogos y acompañantes de niños que llevaban en bolsas numerosos libros, comprendió que en el interior había algún maestro ilustre impartiendo enseñanzas, y entró. Saludó a Megistias y se sentó sin preguntar nada. Megistias pensó que iba a hablarle sobre alguno de los estudiantes, o bien que era pa-

[434] Los ojos, mejor que cualquier otro rasgo, revelan el verdadero ser espiritual.

dre o ayo de algún niño, y le preguntó por qué había venido, pero aquél respondió: «Lo sabrás cuando estemos solos.» 619
Megistias, pues, tras hacer sonar la campanilla de salida para los muchachos, le indicó: «Di lo que quieres.» Hipódromo contestó: «Troquemos nuestros trajes.» Hipódromo llevaba un manto vulgar y el otro, vestiduras apropiadas para hablar ante un público. «¿Qué finalidad tiene esto?», inquirió Megistias. «Quiero hacer ante ti, respondió el otro, una demostración de mi estilo de declamar.» Pensaba Megistias, al anunciarle tal cosa, que era un perturbado y se le había ido el juicio; mas, al comprobar la perspicacia de sus ojos y verlo sensato y tranquilo, consintió en el trueque de ropas y, cuando Hipódromo le pidió que escogiera un tema, él le sugirió *El mago que pretende morir porque no ha conseguido matar a otro mago adúltero.* Como, tras acomodarse en el sitial y quedar allí un instante, se levantara de un salto, más aún invadió a Megistias la sospecha de su locura y tuvo por bobería estos detalles de superioridad; mas, cuando, comenzada su argumentación, dijo: «Pero a mí mismo sí que puedo matarme», quedó fuera de sí de puro pasmo y, corriendo hacia él, le instó a que le informara de quién era. «Soy, dijo, Hipódromo de Tesalia y he venido para ejercitarme contigo, para aprender con la ayuda de un hombre de tu competencia los rasgos especiales de la declamación jonia. Mas préstame atención en el tema completo.» Cuando el discurso estaba llegando a la meta final, se produjo una auténtica carrera de las personas cultas de Esmirna hacia la casa de Megistias, pues se había extendido presto la nueva de que Hipódromo se encontraba en la ciudad; él, entonces, tomando de nuevo el tema, trató con vigor distinto la secuencia de ideas ya expresadas[435]. Y, en su presentación

[435] Como hizo Alejandro de Seleucia ante Herodes, cf. I 5, 572. *Los escitas* figuran también en el repertorio de Hipódromo.

ante las gentes de Esmirna, les pareció un hombre portentoso digno de figurar en las filas de sus predecesores.

620 Las palabras de introducción de sus discursos tenían conexiones con Platón y Dión; la declamación, briosa como la de Polemón e, incluso, de algún modo, más grata; su fluidez de palabra, como la de los que leen sin dificultad sus pasajes más trillados. Cuando el sofista Nicágoras llamó a la tragedia «madre de los sofistas», Hipódromo completó la ingeniosidad diciendo: «Yo, a Homero, el padre»[436], y se apoyaba en su conocimiento de Arquíloco cuando llamaba a Homero voz de los sofistas y a Arquíloco, su aliento[437]. Las declamaciones conservadas de este hombre son, quizá, treinta, las mejores: *Los hombres de Catania*[438], *Los escitas* y *Démades opuesto a sublevarse mientras Alejandro está en la India*. Se cantan nomos líricos suyos, pues también se dedicó al nomo que se canta al son de la lira[439]. Murió a los setenta, año más, año menos, en su patria, dejando un hijo capaz de estar al frente de su casa y hacienda, pero algo impedido y sandio, no instruido en la sofística[440].

---

[436] Ya Isócrates, *A Nicocles* 48-49, «sugiere el uso de Homero y los poetas trágicos como modelos para el orador que busca hacer su trabajo grato al oyente, una de las más antiguas recomendaciones de la mímesis retórica», dice North, «The use of Poetry...», pág. 5.

[437] Arquíloco es el más leído de los poetas yámbicos en las escuelas.

[438] Puede que el tema se inspirara en los acontecimientos del año 425, en que tuvo lugar una erupción del Etna.

[439] Había un nomo citaródico para solistas y un nomo coródico, realizado con acompañamiento de flauta (cf. F. Lasserre, *Plutarque, de la musique*, Lausana, 1954, págs. 23 y sigs.).

[440] Una inscripción honorífica del siglo II en Tespias menciona a Olimpiodoro, el hijo de Hipódromo tan desdeñosamente aludido. Cf. H. Müller, «Marcus Aurelius Olimpiodorus», *Zeit. Papyr. Epigr.* 3 (1968), 197.

28

Los que estiman a Varo de Laodicea[441] merecedor de recuerdo ténganse ellos mismos por indignos de tal cosa, pues era vulgar, insensato y necio, y estropeaba la hermosa voz que poseía con modulaciones cadenciosas propias del canto, al son de las cuales hubiera podido bailotear cualquier degenerado. ¿Por qué citar a un maestro o discípulo suyo, por qué darlo a conocer, cuando sé bien que nadie podría enseñar cosas tales y que sería motivo de humillación, para los que las aprendieran, el haber oído semejantes enseñanzas?

29

Patria de Quirino[442], el sofista, fue Nicomedia; su linaje, ni ilustre ni despreciable; excelente su natural para recibir 621
enseñanzas y aún mejor para transmitirlas, pues no cultivaba sólo su memoria, sino también la claridad de lenguaje. Este sofista usa un período de miembros breves y es endeble al argumentar sobre cuestiones generales, pero brioso y vehemente y diestro en conmover a los que lo escuchan, además de hábil improvisador. Como tenía reputación de estar naturalmente dotado para los discursos de acusación, le fue confiado por el emperador el cargo de abogado del Fisco[443]; mas cuando accedió a esta situación de poder no se mostró riguroso ni engreído, sino afable y lo mismo que antes, ni

---

[441] La aversión de Filóstrato ha hecho que conozcamos a Varo.

[442] Esto es todo lo que sabemos de Quirino de Nicomedia, nombre que, tal vez, fuera Quirinius (cf. Bowersock, *Greek Sophists...*, pág. 22, n. 1).

[443] En su empeño de no usar otros términos que los áticos, Filóstrato designa, esta vez, al *advocatus Fisci* como *tamieíou glôtta* (cf. Mason, *Greek Terms...*, pág. 16).

tampoco ávido de riquezas, sino que, como Arístides, a quien los atenienses celebran contando que tras poner en orden el asunto del tributo y las islas regresó a ellos con el mismo manto de antes, así Quirino volvió a su tierra ennoblecido por la pobreza[444]. Censurado por los confidentes de Asia por ser más indulgente en los cargos de lo que exigía la información que ellos daban, dijo: «Mejor sería que vosotros imitaseis mi indulgencia que el que yo imite vuestra saña.» Denunciaron éstos a una ciudad sin importancia por una deuda de muchos millares de dracmas y Quirino ganó el proceso muy contra su voluntad; se le acercaron, entonces, los confidentes y le dijeron: «Esta causa te hará más que famoso, si llega a oídos del emperador», a lo que Quirino contestó: «No va con mi carácter, sino con el vuestro, ganar honores aniquilando una ciudad.» Cuando, ante su hijo muerto, lo consolaban sus allegados, dijo: «¿Cuándo pareceré un hombre, si no es ahora?»[445]. Fue discípulo de Adriano, pero no se mostraba conforme con todos sus escritos, sino que había cosas que eliminaba por mal dichas. Al septuagésimo año llegó a la meta final de su vida, su tumba está en su ciudad.

30

Filisco de Tesalia[446] era pariente de Hipódromo y estuvo siete años al frente de la cátedra de retórica de Atenas[447],

---

[444] Algo absolutamente inusitado en un sofista. Arístides es el político ateniense que consiguió formar la Liga Atico-délica en el 477 a. C.

[445] Son varios los sofistas a los que Filóstrato presenta mostrando entereza ante la adversidad. Junto a hechos reales pueden estar la contención y autodominio preconizados por la filosofía y recogidos en la literatura.

[446] Una inscripción menciona como procurador de Tesalia a un Filisco que pudiera ser este sofista (cf. BOWERSOCK, *Greek Sophists...*, pág. 103, n. 4).

[447] Quizá la cátedra imperial, desde *ca.* 213 a *ca.* 220 (cf. AVOTINS, «The Holders...», págs. 316 y 324).

privado de la exención de impuestos que ésta lleva consigo; 622
mas cómo ocurrió tal cosa forzoso será contarlo. Los heordeos macedonios[448] habían elegido a Filisco para que se hiciera cargo de algunas servidumbres públicas en su ciudad, según les estaba permitido hacer con todos los de este origen por línea materna, y, como aquél no aceptó, acudieron a la justicia. El proceso se tramitaba en el tribunal del emperador, que era Antonino, el hijo de Julia, dama con aficiones filosóficas[449]. Marchó Filisco a Roma para solventar su asunto, se aproximó a los matemáticos y filósofos que rodeaban a Julia y consiguió de ésta, por nombramiento imperial, la cátedra de retórica de Atenas[450]. Pero Antonino, como los dioses de Homero, que no en todo se hacen mutuas concesiones de buen grado, sino a veces, contra su voluntad, estaba irritado y se mostraba adusto con él por haber prosperado con rodeos. Y, cuando se enteró de que tenía, incluso, un litigio pendiente en el que él mismo había de ser juez, mandó al funcionario encargado de las causas que le ordenara defenderse por sí mismo y no por intermedio de otro. Cuando 623
se presentó ante el tribunal, causó disgusto su modo de andar, causó disgusto su postura afectada, pareció descuidado

[448] Pueblo ya mencionado en Heródoto, VII 185.

[449] Filóstrato formó parte del círculo de personas notables que reunió en torno a sí la segunda mujer de Septimio Severo, Julia Domna, en los últimos años del siglo II y primeros del III hasta 217 en que murió. Ella encomendó a Filóstrato la composición de la *Vida de Apolonio*, interesada por la filosofía y la religión tanto como por la literatra y la ciencia. Es frecuente que se la dé a conocer como una dama exquisitamente refinada, protectora generosa de artistas y sabios. La realidad era mucho más pobre en todos los aspectos, como sostiene objetivamente Bowersock, *Greek Sophists...*, págs. 101 y sigs.

[450] Antonino Caracalla da su consentimiento, fiado de informes de otros y, sobre todo, de la recomendación de Julia, sin haberlo oído. El nombramiento tuvo lugar antes de la marcha del emperador de Roma, a principios del 214.

en su atuendo, afeminado de voz, premioso de lengua y que fijaba la vista en otros sitios más que en el curso de sus pensamientos[451]. Por estos motivos, el emperador se puso en contra de Filisco, le hacía callar interviniendo él mismo a lo largo de todo el discurso en el turno del otro, le hacía preguntas embarazosas y, como las respuestas de Filisco no se ajustaban a las preguntas, gritó: «¡Qué clase de hombre es éste lo revela su cabellera, qué clase de orador, su voz!», y tras muchas interrupciones de este tipo, se puso de parte de los heordeos. Cuando dijo Filisco: «Tú me has eximido de cargas públicas al concederme la cátedra de Atenas», el emperador le replicó dando gritos: «¡Ni tú estás exento ni ningún otro de los que se dedican a la enseñanza, pues nunca privaría yo a las ciudades de los que soportan estas servidumbres por unos insignificantes discursos de nada!» Sin embargo, incluso después de este episodio, a Filóstrato de Lemnos le otorgó exención de servidumbres públicas por una declamación cuando contaba veinticuatro años. Éstas fueron las causas por las que Filisco perdió los beneficios de la exención; pero que los defectos de su mirada, de su voz y de su porte no le hagan perder su condición de hombre más versado que cualquier otro orador en la cultura griega y en el arte de componer. El estilo de su discurso era más propio de una conversación que de la elocuencia judicial, pero destacaban en el un léxico puro y resonancias nuevas. Murió dejando una hija y un hijo sin ningún mérito;
624 su vida duró sesenta y siete años. Poseía en Atenas una pequeña propiedad muy agradable, pero no fue enterrado en ella, sino en la Academia, en el lugar donde el polemarca

[451] El gesto figuraba entre las convenciones de la profesión, recuérdese I 25, 533.

organiza el certamen en honor de los muertos en las guerras[452] que están allí enterrados.

31

Eliano[453] era de Roma, pero se expresaba en el ático de los atenienses del interior[454]. Creo que este hombre es digno de elogio, primero, por haberse esforzado en conseguir un griego puro, cuando habitaba en una ciudad que usaba una lengua distinta; después, porque, llamado sofista por los que prodigan tal tipo de lisonjas, no las creyó ni dedicó alabanzas a su propio talento, ni se envaneció por este título, con ser tan grande, sino que, tras considerarse acertadamente mal dotado para el arte de declamar, se dedicó a escribir historia y logró fama con ello. Su estilo, en general, es sencillo, y comparable, en cierto modo, a lo mejor de Nicóstrato; pero, en ocasiones, pone los ojos en Dión y su energía expresiva.

Lo encontró Filóstrato de Lemos, en una ocasión, teniendo todavía en las manos un escrito que leía con voz airada y tonante, y le preguntó en qué se ocupaba; él contestó: «He elaborado un discurso de acusación contra Gínnide[455]
—pues así llamo al tirano que acaba de ser ajusticiado—, 625

[452] Honrar a los muertos en la guerra es una costumbre tan antigua como cabe pensar. En estos certámenes era obligado el elogio fúnebre; en la época, lucida ocasión para declamar.

[453] Nacido en Preneste *ca.* 170, formado en la cultura griega y en las orientaciones del estoicismo. Conservamos de él *Historia de los animales* en diecisiete libros, colección de noticias curiosas extraídas de otros compiladores, buscando en los animales sentimientos semejantes a los humanos; *Historias varias*, que reúne anécdotas, prodigios, relatos maravillosos sobre personajes históricos tomados de obras semejantes; una colección de *Cartas de labradores* y fragmentos de dos obras filosóficas.

[454] Considerado el ático más puro (cf. II 1, 553).

[455] El casi adolescente Heliogábalo, sobrinonieto de Julia Domna, asesinado por los pretorianos a los cuatro años y poco más de su reinado.

porque ha cubierto de oprobio a Roma con impudicias de todo tipo.» Y replicó Filóstrato: «Yo te hubiera admirado, si lo hubieras acusado en vida.» Pues atacar a un tirano vivo es de hombres recios; insultarlo, ya muerto, de cualquiera.

Solía decir este hombre que nunca se había ausentado de Italia para ir a parte alguna de la tierra, que no había subido a un barco ni conocía el mar, razones por las que se le apreciaba aún más en Roma, como a persona que tiene en mucho los usos tradicionales. Fue discípulo de Pausanias, pero admiraba a Herodes como el más rico en facetas de todos los oradores. Vivió más de sesenta años y murió sin hijos, pues rehusaba tenerlos por no haberse casado. Si este criterio hace feliz o desdichado, no es cuestión de discutirlo ahora[456].

32

Puesto que la Fortuna es factor poderosísimo en todas las cosas humanas, no ha de tenerse por indigno del círculo de los sofistas a Heliodoro[457], que fue un extraordinario caso de la Fortuna. Fue designado, en efecto, para defender los intereses de su país, en territorio Celta, en unión de otro. Pero, como enfermó este último y se rumoreaba que el emperador había hecho retirar muchos de los litigios, corrió Heliodoro al campamento imperial temiendo por su pleito. Llamado antes de lo que pensaba, solicitó un aplazamiento por la enfermedad de su compañero, mas el funcionario encargado de introducir las causas, hombre despótico, no se lo

456 Cuestión que aparece como ejemplo en todos los tratados de retórica.

457 Nacido en Arabia o, tal vez, en la ciudad de Palmira. Se ha especulado con la posibilidad de que sea el autor de la novela *Las etiópicas,* en cuyo caso deberíamos llamarlo Heliodoro de Émesa. Cf. Reardon, *Courants...,* pág. 336, y García Gual, *Los orígenes de la novela,* especialmente págs. 289 y sigs.

concedió, sino que le hizo presentarse ante el tribunal, mal 626
de su grado, e, incluso, arrastrándolo por las barbas. Cuando pasó al interior, miró al emperador[458] con valor, solicitó su tiempo de uso de la palabra y expuso hábilmente su solicitud diciendo: «Te parecerá extraño, poderoso emperador, que uno se declare a sí mismo inadmisible como abogado, por no tener órdenes de actuar solo en el juicio.» Se levantó, entonces, el emperador de un brinco y llamó a Heliodoro hombre «cual jamás he conocido, hallazgo feliz de mi época» y otros elogios semejantes, mientras le sacudía la mano y los pliegues del manto[459]. Al principio nos entró[460] gana de reír, pensando que se mofaba de él, pero, cuando le concedió la consideración pública del Orden Ecuestre para él y para cuantos hijos tuviera, nos llenó de asombro el modo que tenía la Fortuna de manifestar su poder en circunstancias tan absurdas; y mucho más se demostró por lo que sigue. Cuando se percató el árabe de que, por intercesión de alguna divinidad propicia su situación se había hecho inmejorable, sacó partido del entusiasmo del emperador, lo mismo que cuando los pilotos alzan sus velas hinchadas cuando el viento es favorable, y le dijo: «Señor, concédeme ocasión de declamar ante ti.» Y el emperador le dijo: «Te oiré y habla sobre esto: *Demóstenes, después de fracasar ante Filipo, se defiende de la acusación de cobardía*[461]. Y, mientras declamaba, no sólo se mostró benigno, sino que le procuraba el elogio de los demás mirando con severidad a los que escuchaban sin gestos de aprobación. E, incluso, llegó a po-

---

[458] Cf. C. P. Jones, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971, pág. 16, n. 17.

[459] Muestra y señal de afectuosa aprobación.

[460] Filóstrato estaba, pues, presente.

[461] Tema basado en la penosa actuación de Demóstenes ante Filipo, cuando se quedó cortado, sin pronunciar palabra (cf. Esquines, *Sobre la embajada infiel* 34).

nerlo al frente del más importante organismo de abogados públicos de Roma[462], como hombre especialmente adecuado para tribunales y litigios. Al morir el emperador, le fue impuesta cierta isla como lugar de confinamiento; en la isla sufrió una acusación de homicidio y se le envió a Roma para
627 que se defendiera ante el prefecto del Pretorio, mas como demostró ser inocente de la inculpación, la isla quedó libre de ser su residencia obligada. Y envejece ahora en Roma, ni tenido por hombre eminente ni despreciado.

33

Ciudad natal de Aspasio[463], el sofista, es Ravena, la ciudad italiana; lo educó su padre, Demetriano, buen conocedor de las tareas de la crítica. Era Aspasio hombre erudito y asiduo oyente de los maestros, amigo de novedades, pero sin incurrir nunca en vulgaridad porque manejaba discretamente las ideas que concebía. Esto es, sin duda, también, cosa esencial en la música, pues los tonos adecuados han dado voz a la lira y a la flauta y han enseñado la melodía. Preocupado por expresarse de modo grato y sencillo, descuidó, en sus declamaciones, el brío y la amplificación; mal dotado por la naturaleza para la improvisación, consiguió dominarla con su esfuerzo.

Fue a muchas regiones de la tierra acompañando al emperador[464] o viajando por sus propios medios. Estuvo al

---

[462] Como *advocatus Fisci;* otra vez rehúye Filóstrato, según suele hacer, la denominación latina.

[463] Resulta sorprendente una postura abierta a la novedad, «pero es un ensayo tímido comparado con la vitalidad del principio de autoridad de los antiguos», dice J. Bompaire, *Lucien écrivain, imitation et création,* París, 1958, pág. 109.

[464] Caracalla, según parece.

frente de la cátedra de Roma: cuando joven, altamente reputado, ya viejo, con críticas por no acceder a renunciar a ella en beneficio de otro. La rencilla entre Aspasio y Filóstrato de Lemnos[465] empezó en Roma y aumentó en Jonia incrementada por los sofistas Casiano y Aurelio[466]; de los dos, Aurelio era capaz hasta de declamar en las tabernas mientras la gente bebía, el otro, de osadía tal que pretendía conseguir la cátedra de Atenas aprovechándose de coyunturas que utilizaba bien, pero sin haber tenido otro alumno que Periges de Lidia. Sobre la índole de la rencilla he hablado ya, y ¿por qué habría de explicar de nuevo lo que está suficientemente aclarado? Que es posible obtener un beneficio, 628
incluso, de un enemigo[467] es cosa que ha resultado evidente en muchos sucesos humanos y, particularmente, en el caso de estos hombres: mientras estuvieron distanciados, Aspasio consiguió improvisar con fluidez porque Filóstrato era famoso en esta parcela de la profesión; en cambio, éste limpió de follaje excesivo su elocuencia hasta entonces frondosa, acercándose a la sobriedad de aquél.

La epístola escrita por Filóstrato, *Sobre cómo hay que escribir las cartas,* apunta contra Aspasio, porque, habiendo accedido éste al cargo de Secretario Imperial, escribía unas cartas en las que argüía más de lo debido y otras, sin claridad ninguna, cuando ni lo uno ni lo otro es conveniente a un emperador. Pues un emperador, al escribir una carta, no necesita razonamientos retóricos ni argumentaciones, sino su propio criterio, ni tampoco ambigüedades, puesto que lo que dice es ley y el intérprete de la ley es la claridad.

---

[465] Cf. II 27, 617.

[466] Casiano es, tal vez, un Casiano Antíoco, arconte del Panhelenion entre 232 y 238 (cf. FOLLET, *Athènes...*, pág. 130).

[467] «Precisamente de sus enemigos aprenden mucho los sabios», dice ARISTÓFANES en *Aves* 375.

Aspasio fue discípulo de Pausanias y no dejó de oír las lecciones de Hipódromo; seguia enseñando en Roma, ya viejo, cuando yo escribía este relato.

Esto, por lo que atañe a Aspasio. Sobre Filóstrato de Lemnos y la pericia de este hombre ante los tribunales, en el discurso político, en la composición de obras escritas, en la declamación, así como sobre su maestría en el discurso improvisado; sobre Nicágoras de Atenas[468], que fue coronado heraldo del templo de Eleusis, y sobre el grado de perfección en memoria y pulcritud a que llegó Apsines de Fenicia[469], sobre esto, no debo ser yo quien escriba, pues se desconfiaría de mí, pensando que exageraba sus méritos porque eran mis amigos.

---

[468] En una base de Eleusis aparece Nicágoras, heraldo sagrado y titular de la cátedra de Atenas. (Cf. FOLLET, *Athènes...*, págs. 248 y 288; CLINTON, «The Sacred Officials...», págs. 8 y sig.) Escribió unas *Vidas de hombres ilustres,* tras el ejemplo de Plutarco y su amigo Filóstrato (cf. W. STEGELMANN, en *RE* 17, 1936, col. 217).

[469] Apsines de Mégara está relacionado, por su matrimonio, con los Claudio de Mélite en Atenas. Compuso un manual de retórica que puede leerse en L. SPENGEL, *Rhetores Graeci* (Leipzig, 1894), I 217 y sigs.

ÍNDICE DE TÉRMINOS CON SENTIDO RETÓRICO

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL